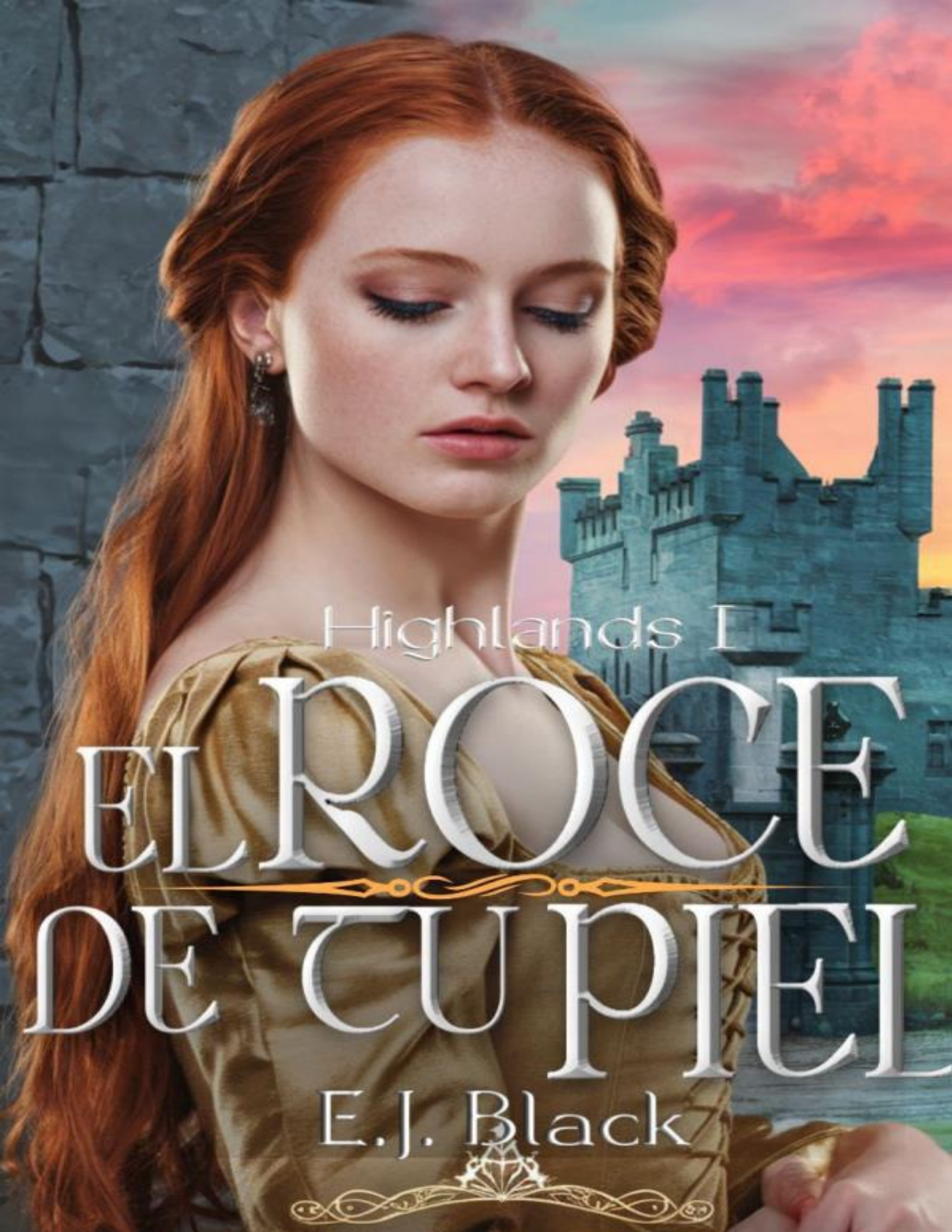




Highlands I

EL ROCE DE TUPIEL

E.J. Black

El Race De Tu Piel

Trilogía I - Highlands

E.J. Black

Sinopsis

Para terminar la guerra entre Escocia e Inglaterra los clanes más fuertes de las tierras altas deciden unir fuerzas, para esto el Laird del clan McAllen envía a sus dos hijas para que Duncan, hijo del Laird Blair escoja a su futura esposa. Maisie McAllen no se considera candidata para ser la esposa del futuro Laird . Una, por la horrible cicatriz que le rodea el brazo izquierdo y parte de su espalda. Y dos, porque no desea casarse con alguien que no la ama.

Duncan Blair, no quiere casarse, pero sabe que debe poner a su clan por encima de todo. Cuando conoce a las hermanas McAllen, sabe que escogerá a la dulce Valoree, porque ver a Maisie y su horrible cicatriz no le provocan nada más que asco, además de que su carácter intratable y rebelde lo sacan de sus casillas. Pero cuando el peligro los une, Duncan descubrirá que detrás de la cicatriz hay una fuerza tan feroz como el rojo de su cabello... y que resistirla podría ser su mayor batalla.

Prólogo

Isla de Mull, Escocia, 1325

La comitiva de los McAllen había llegado finalmente a la isla de Mull. Después de días de viaje, el cansancio pesaba sobre todos, en especial sobre Valoree, quien no veía la hora de descansar. Maisie, en cambio, estaba más que emocionada. Aunque su cuerpo estaba agotado, la emoción de estar lejos de las tierras del norte la mantenía en pie. Este era su primer viaje fuera de su hogar, y no podía esperar a explorar cada rincón de las tierras del clan Blair. Quería recorrer el castillo, conocer las colinas y los valles, ver el mar que rodeaba la isla, respirar aires diferentes, descubrir horizontes nuevos.

—Me pregunto cómo será Duncan Blair —comentó Valoree, caminando a su lado, con la voz cansada.

Maisie no respondió de inmediato. El hijo del Laird Blair no le importaba mucho. En realidad, la única razón por la que había aceptado ese viaje era para conocer nuevas tierras. Sabía que, con la guerra de por medio, ese era quizás el único modo en que podría ver algo más allá de los confines de su propio clan.

—No lo sé, y realmente no me preocupa —respondió Maisie finalmente, sin darle mayor importancia.

Valoree la miró con una expresión de reproche, algo que Maisie notó de inmediato.

—Como siempre, ¿no? Solo piensas en ti misma —espetó Valoree, su tono impregnado de crítica—. Sabes que esto es importante para nuestro clan, pero lo único que te interesa es tu propio placer.

Maisie frunció el ceño y se giró hacia su hermana, incrédula. ¿Desde cuándo Valoree McAllen se había vuelto tan generosa al pensar en los demás? La mayor parte del tiempo, Valoree solo parecía preocuparse por su apariencia, por cómo lucía su cabello o sus vestidos. Maisie no pudo evitar sentir cierta sorpresa al escucharla hablar de esa manera.

—No me preocupo porque, siendo realistas, ya sabemos a cuál de las dos elegirá el hijo del Laird Blair —replicó Maisie, una sonrisa irónica asomando en sus labios.

Valoree intentó disimular una pequeña sonrisa, pero Maisie lo notó. Sabía perfectamente cómo cortar de raíz cualquier intento de pelea con su hermana: Simplemente insinuando que era más hermosa. Y, en cierto modo, era verdad. Valoree poseía una belleza clásica, con su cabello rubio oscuro y sus ojos azul claro. Maisie, en cambio, era todo lo contrario. Su cabello, de un rojo vivo, la hacía destacar entre su propio clan, un rasgo heredado de su madre, al igual que sus ojos de un azul eléctrico intenso. Sin embargo, lo que más la diferenciaba de su hermana, más allá del color de su cabello o sus ojos, era la cicatriz que le rodeaba el brazo izquierdo y parte de la espalda, una marca que no podía esconder, ni ante los demás ni ante sí misma.

—Tienes razón, Maisie —reconoció Valoree, con un tono condescendiente—. Sin ofender,

pero sabes que soy una mejor opción. Fui educada para ser la esposa de un Laird. Mientras tú preferías jugar con el arco y las flechas, yo aprendía a bordar y a comportarme como una dama.

—Le veo más utilidad a saber defenderme que a tejer una manta —replicó Maisie, algo irritada por el comentario de su hermana—. Pero, sinceramente, espero que consigas lo que quieres y te cases con ese tal Duncan Blair. Al menos sabré que, si tú te casas con él, la guerra tendrá más posibilidades de terminar y Escocia podría ser libre del dominio inglés. Y tal vez, con algo de suerte, finalmente pueda ser libre yo también y viajar a donde quiera sin restricciones.

—Difícil lo veo —respondió Valoree con una sonrisa irónica—. Papá está convencido de que seré yo la elegida por el futuro Laird, y a ti te casará con Edzel para que dejes de lado tus sueños y esa rebeldía tuya.

Las palabras de su hermana cayeron como un jarro de agua fría sobre Maisie. ¿Casarla con Edzel? ¿Su padre ya tenía planes para ella? El pensamiento la dejó tensa. No quería casarse, no con Edzel ni con ningún otro hombre que no amara, que no la amara a ella por completo, cicatrices y todo. Su corazón soñaba con algo más. Era una idea estúpida, quizás, pero soñaba con casarse con alguien que la viera más allá de sus defectos, que compartiera sus deseos, sus pasiones, sus sueños.

Sabía que la realidad era otra, pero, por más que lo intentara, no podía dejar de soñar.



Duncan Blair se levantó de su cama al alba, con el cuerpo aún cargado de cansancio. Apenas puso los pies en el suelo, un escalofrío recorrió su espina dorsal. El invierno se aproximaba y las temperaturas en las Tierras Altas empezaban a descender de manera considerable, añadiendo aún más agotamiento a un pueblo ya desgastado por la interminable guerra. Llevaban años de luchas sangrientas, y Escocia, cada vez más debilitada, vería su derrota si no lograban aliarse con otros clanes.

Las batallas por la independencia escocesa llevaban ya treinta y dos años, un conflicto que había comenzado incluso antes de su nacimiento. Duncan jamás había conocido un solo día de paz entre Escocia e Inglaterra. Sus recuerdos estaban entretejidos con las historias de batallas, emboscadas y sangre derramada en nombre de la libertad.

Caminó hacia la chimenea, donde las brasas agonizaban, y avivó el fuego con movimientos rápidos y precisos. El calor lo reconfortó brevemente. Se echó el tartán sobre los hombros, ajustando el manto escocés alrededor de su cuerpo, y giró la cabeza hacia el lecho. Allí, entre las sábanas revueltas, dormía Gina, la mujer que había compartido su cama durante los últimos meses. Su cabello caía en ondas sobre los hombros desnudos, y su rostro, sereno en el sueño, le transmitía una falsa fragilidad.

Gina era joven y, como a él le gustaban, de naturaleza sumisa. Poseía un cuerpo que muchos hombres habrían codiciado: curvas generosas, pechos abundantes y una disposición siempre servicial. A Duncan le fascinaba esa docilidad. Las mujeres, para él, eran criaturas fáciles de manejar, complacientes, destinadas a obedecer sin cuestionar. Por eso detestaba a las mujeres de carácter rebelde. Gina, en cambio, siempre había sido sumisa, siempre dispuesta a satisfacerlo. Y

él lo valoraba.

El sol apenas empezaba a teñir el horizonte con sus primeros destellos dorados. Duncan se apresuró a calzarse las botas y dirigirse hacia la puerta, cuando la suave voz de Gina lo detuvo.

—Duncan —susurró ella, con los ojos entrecerrados aún por el sueño—. ¿Adónde vas tan temprano?

—Tengo que reunirme con mi padre en el salón —contestó él, su voz seca, sin espacio para más palabras.

Gina asintió sin insistir. Aún acostada, lo observó con una sonrisa lánguida. Duncan esbozó una media sonrisa al verla. Le agradaba esa actitud en ella, nunca protestaba ni pedía explicaciones.

Ojalá mi futura esposa sea igual de dócil —pensó mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¿No tienes deberes que atender? —inquirió Duncan, justo antes de salir.

—Iré en un momento —respondió Gina con voz perezosa, su cuerpo aún enredado en las sábanas.

Sin más, Duncan salió de la habitación y caminó por los largos pasillos del castillo Blair. Las paredes, construidas con gruesos bloques de piedra gris oscurecida por los años, desprendían un leve olor a humedad, debido a los inviernos interminables de las tierras altas. Las antorchas colgadas en intervalos irregulares iluminaban el camino con una luz parpadeante.

Sus botas resonaron contra el suelo de piedra a medida que avanzaba, bajó por las escaleras de piedra talladas toscamente pero firmes. Finalmente, llegó al gran salón, un espacio amplio con techos altos y vigas de madera expuestas que se cruzaban entre sí. Las largas mesas de roble estaban alineadas a ambos lados, listas para albergar a los guerreros y aldeanos en tiempos de celebración. Una inmensa chimenea dominaba la pared central, con un fuego ardiente que llenaba la sala de un calor acogedor y el chisporroteo de la leña. Las tapicerías, bordadas con el emblema del clan Blair, colgaban de las paredes, aportando un toque de color entre las piedras desnudas.

Allí lo esperaba su padre, el Laird del clan, en el centro de la sala, con la mirada firme y llena de expectativas, junto a él estaban también Donell, su primo, y Drostan, su mejor amigo y consejero más cercano. Duncan saludó con un leve movimiento de cabeza y tomó asiento en la mesa.

—Sabes que hoy llegan las hijas del Laird McAllen, ¿verdad? —inquirió su padre, mirándolo con seriedad.

—Ajá —respondió Duncan, sin mucha emoción.

—Como también sabes que en menos de un mes debes elegir a la que será tu esposa —continuó el Laird, clavando los ojos en su hijo, esperando más que una respuesta indiferente.

—Lo sé —bufó Duncan, con una nota de irritación en la voz—. Pero espero que el viejo McAllen cumpla su palabra y envíe también a sus hombres. No me interesa nada más que acabar con esta maldita guerra... y ganarla.

Donell, que hasta entonces había estado en silencio, intervino.

—No te preocupes, primo. McAllen no es tan estúpido como para faltar a su promesa. Sin

embargo, solo enviará la mitad de sus hombres. Quiere asegurarse de que sus hijas estén protegidas.

Duncan soltó una carcajada seca, su sonrisa torcida mostraba un leve desdén.

—Sus hijas estarán bien, siempre y cuando sepan comportarse —añadió, con una sonrisa maliciosa que no pasó desapercibida para Drostan, quien respondió con una mirada cómplice.

Sabían muy bien lo que Duncan insinuaba. Pero, por encima de todo, lo que a Duncan más le importaba no era la compañía femenina ni la belleza de las hijas del Laird McAllen. Lo que realmente le quitaba el sueño era la guerra, y la certeza de que solo una alianza fuerte los llevaría a la victoria.

Parte I

Capítulo 1

Todo el clan Blair esperaba la llegada de la comitiva McAllen al castillo. A lo lejos, se podía ver cómo avanzaban, sus figuras recortadas contra el horizonte. Era solo cuestión de tiempo antes de que estuvieran cara a cara.

—¿Cómo crees que sean las hermanas McAllen? —preguntó Drostan, rompiendo el silencio. Duncan se encogió de hombros, haciéndole saber que no tenía idea.

—Yo pude ver a la menor de las McAllen, Valoree —intervino Donell, provocando que Duncan y Drostan fruncieran el ceño, confundidos—, cuando viajé a las tierras del norte para llevar el mensaje de mi tío sobre la unión de los clanes.

Duncan y su amigo asintieron, comprendiendo la situación. Donell rodó los ojos y continuó hablando.

—Es hermosa, su cabello es rubio y brillante, y sus ojos azules. Además, por lo que pude observar, está muy bien educada y familiarizada con todos los deberes que se esperan de la esposa de un Laird.

Duncan no pudo evitar levantar una ceja ante la descripción de Valoree, pero su curiosidad no estaba completamente satisfecha.

—¿Y cómo es la mayor? —preguntó Duncan, su tono cargado de interés.

—Maisie McAllen... a ella no tuve el placer de conocerla durante mi estancia en el castillo Allen —respondió Donell—, pero según lo que escuché, es un espíritu libre, sin ataduras a nada ni a nadie. Muchos dicen que tiene el carácter suficiente como para provocar otra guerra, de lo fiera y rebelde que es.

Duncan hizo una mueca al escuchar la palabra *rebelde*, una cualidad que encontraba exasperante. Sin embargo, la palabra *fiera* provocó una chispa de interés en su interior, una sensación que no pudo ignorar.

—También escuché que ella y su padre no se llevan bien —agregó Donell, bajando un poco la voz, como si estuviera compartiendo un secreto—. Dicen que cuando era niña provocó un incendio haciendo que dos casas quedaran hecha polvo, incluida su madre dentro. Aunque Maisie sobrevivió, quedó marcada para siempre. Desde entonces, su padre la rechaza, y ahora lleva el recordatorio de lo que hizo en su piel.

Duncan y Drostan intercambiaron una mirada cargada de significado. La historia de Maisie no era como la de otras jóvenes con las que habían tratado.

—Quiero conocer a esa mujer —comentó Drostan con una sonrisa astuta.

Duncan lo miró de reojo, molesto.

—¿Qué? —replicó Drostan, encogiéndose de hombros—. Si tú eliges a la hermana buena, yo puedo quedarme con la rebelde, ¿no? Me gustan las mujeres a las que hay que domar. Es mucho más interesante que una que te obedezca en todo. Eso es muy aburrido.

Donell no pudo evitar soltar una carcajada ante el comentario de Drostan.

—No te quedarás con ninguna —sentenció Duncan con tono severo.

—¿Acaso piensas quedarte con las dos? —provocó Drostan, con una sonrisa burlona.

Duncan sonrió de medio lado.

—No es mala idea.

Continuaron hablando y bromeando hasta que un mensajero llegó para informarles que las hermanas McAllen ya habían llegado. Los tres hombres se levantaron y salieron del castillo, colocándose junto al Laird Blair para recibir a las visitantes.

Duncan observó cómo dos jóvenes se acercaban, escoltadas por dos guerreros del clan McAllen. Según la descripción de Donell, la joven de cabellos rubios y ojos azules debía ser Valoree. Su porte era impecable, su figura esbelta y perfectamente proporcionada, y no pasó desapercibido para Duncan la sonrisa seductora que le dirigía, consciente de que él la observaba.

—La pelirroja debe ser Maisie McAllen —le susurró Donell, inclinándose ligeramente hacia Duncan.

Duncan siguió la dirección de la mirada de Donell y vio a Maisie. A simple vista, las dos hermanas no parecían compartir muchos rasgos en común. Valoree era la belleza clásica, mientras que Maisie, con su cabello rojo fuego y ojos azules electrizantes, irradiaba una energía completamente distinta. Su cuerpo, más fornido que el de su hermana, emanaba una fuerza innegable. Maisie no era menos hermosa que Valoree, pero lo que la hacía resaltar era su aire de desafío, su presencia intensa.

Cuando las hermanas llegaron frente al Laird Blair, ambas hicieron una pequeña reverencia como saludo. Duncan no apartó los ojos de ellas. Valoree le devolvía la mirada, casi devorándolo con sus ojos, mientras que Maisie lo observó de manera diferente: curiosa, analítica, como si intentara descifrar algo de él que no se veía a simple vista.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó el Laird Blair, mirando a las dos jóvenes con curiosidad.

—Cansado, teníamos muchas ganas de llegar —respondió Valoree antes de que Maisie pudiera siquiera pensar en una respuesta.

—Este es mi hijo, Duncan, el futuro Laird del clan Blair —habló el Laird, presentando a su hijo con orgullo.

—Maisie —replicó la pelirroja con tono firme—, y ella es mi hermana Valoree. Imagino que ya saben que somos las hijas del Laird McAllen.

El tono de Maisie sorprendió a algunos de los presentes, y no fue solo Duncan quien se quedó perplejo. Había algo en la manera en que habló que provocó una reacción visible entre los asistentes.

—¡Maisie! Esa no es forma de hablarle al Laird. Discúlpate —exclamó Moira, la tía de las hermanas McAllen, que había sido designada para cuidarlas durante el viaje.

—Lo siento, Laird —se disculpó Maisie, bajando la cabeza, algo avergonzada. En realidad, no había tenido intención de sonar tan brusca al dirigirse al líder del clan.

Douglas Blair, el Laird, le dedicó una sonrisa indulgente, algo que no pasó desapercibido para Duncan, quien frunció el ceño. Su padre no era conocido por tolerar faltas de respeto, y verlo actuar así lo desconcertaba.

—No te preocupes, niña —replicó el Laird con suavidad—. Mejor entremos al castillo para que puedan descansar y acomodarse.

Entraron en el castillo y se dirigieron al gran salón, donde las hermanas McAllen fueron invitadas a sentarse. Maisie, aunque intentaba mantener la compostura, no podía evitar dirigir furtivas miradas hacia Duncan. Era impresionante. Su presencia irradiaba fuerza y autoridad, una figura digna de ser el futuro Laird.

Su cabello castaño oscuro, levemente ondulado, caía desordenadamente hasta rozar el cuello. Sus ojos, de un verde intenso, parecían capturar cada detalle a su alrededor, tan afilados como las espadas que colgaban de las paredes del castillo. Poseía una mandíbula fuerte y definida, cubierta por una ligera barba que le daba un aire salvaje, pero a la vez sofisticado, era un auténtico guerrero de las tierras altas.

Su rostro cuadrado y sus facciones severas, con una nariz recta y labios finos, formaban una combinación casi perfecta, una que no pasaría desapercibida para nadie. No pudo evitar admirar lo musculoso que era, sus brazos fuertes bajo el manto escocés, como si pudiera derribar a un hombre con un solo golpe. Maisie trató de apartar su mirada, pero el magnetismo que él irradiaba hacía que le fuera imposible.

Sin embargo, al seguir su mirada, notó que sus ojos estaban fijos en su hermana Valoree.

Por supuesto —pensó Maisie sin mostrar sorpresa en lo más mínimo.

Sabía que Duncan no se fijaría en ella. No había espacio para ese tipo de ilusiones. Valoree era la favorita, la que todos esperaban que fuera elegida. Así que Maisie se obligó a apartar esos pensamientos de su mente.

—¿Qué puedes contarnos de ti, Valoree? —preguntó Duncan, con evidente interés.

Valoree sonrió coquetamente, su tía Moira observándola con orgullo. Maisie, en cambio, rodó los ojos, incapaz de contener su desdén.

Si tan solo supieran cómo es en realidad —pensó Maisie, acomodándose en su asiento, cubriendo su rostro con las manos en una señal clara de aburrimiento. Necesitaba salir de ahí, recorrer los alrededores, hacer cualquier cosa antes que quedarse sentada escuchando lo

maravillosa que era su hermana.

—Toda mi vida me dediqué a aprender las cosas básicas que una mujer debe saber, como cocinar, coser, también sé sembrar y recoger granos... —empezó Valoree, recitando su lista interminable de virtudes domésticas.

Maisie dejó de prestar atención, desconectándose del monótono discurso de su hermana.

—¡Maisie! —La voz de su tía la sacó de su ensoñación minutos más tardes—. El Laird te está hablando.

Maisie levantó la cabeza y notó que todos la miraban. Douglas la observó con una sonrisa divertida.

—Lo siento... ¿Qué decía, Laird? —preguntó rápidamente, sintiendo una nueva ola de vergüenza. Ya era la segunda vez que metía la pata delante del Laird, y no quería imaginar lo que sucedería si continuaba así.

—Tu hermana nos estaba hablando un poco de ella —repitió el Laird con calma—. ¿Qué puedes contarnos tú?

Maisie miró a su tía, quien la fulminó con la mirada.

«*Si dices algo que nos avergüence, dormirás en el establo con los caballos*» —parecía advertirle con los ojos, recordándole las viejas amenazas de su infancia. Maisie no pudo evitar sonreír al recordar esas palabras, pero rápidamente apartó la sonrisa. Ya no era una niña, y no iba a mentir sobre lo que sabía o no sabía hacer.

—No sé... No hay mucho que contar —respondió finalmente—. Tengo veintiún años, domino a la perfección el arco y la flecha, y me defiendo más o menos bien con la espada.

La reacción en el salón fue inmediata. Excepto Moira y Valoree, todos los presentes la miraron sorprendidos. Era evidente que no era común que una mujer supiera manejar un arco o una espada, al menos no en el clan Blair. Aunque, en el propio clan McAllen, pocas mujeres se interesaban por aprender a defenderse.

—¿Y la cocina? —preguntó Duncan, arqueando una ceja con curiosidad.

Antes de que Maisie pudiera responder, su tía se adelantó.

—Ella no tuvo tiempo para eso —intervino Moira—. Primero fue el incendio que la afectó y le dejó parte de la piel quemada. Estuvo mucho tiempo recuperándose, y cuando se recuperó, sus intereses eran otros. No hubo manera de que aprendiera otras cosas.

Maisie reprimió el impulso de replicar. Su tía la estaba pintando como una chica inconsciente y desinteresada. Quería defenderse, explicar que no era así, pero sabía que tenía que respetar al Laird. Por ahora, tendría que aguantarse.

—Entiendo —musitó el Laird, pensativo.

Duncan observó la escena en silencio. Ya había decidido quién sería su esposa. Estaba claro

que Valoree era la opción perfecta: educada, obediente, exactamente lo que buscaba en una mujer. Maisie le gustaba, sí, pero no lo suficiente como para considerarla una opción seria. Además, Maisie era todo lo contrario a Valoree. Si tenía que pasar el resto de su vida casado, prefería que fuera con una mujer que lo obedeciera sin cuestionar, que supiera comportarse... y, por supuesto, que lo complaciera en la cama.

Capítulo 2

A Maisie le habían asignado una habitación contigua a la de su hermana. Era espaciosa, con gruesas paredes de piedra que mantenían la estancia fresca incluso en los días más cálidos. Un gran tapiz colgaba de una de las paredes, representando escenas de batallas y símbolos del clan Blair, mientras que una cama amplia con dosel de madera oscura ocupaba el centro, adornada con mantas de lana tejidas a mano y pieles de animal para combatir el frío de las noches. Un pesado arcón de roble descansaba a los pies de la cama, y junto a la pared opuesta había un escritorio rústico con un tintero y pergaminos.

Se acercó a la ventana estrecha, protegida por contraventanas de madera, y desde allí pudo ver el bullicio del clan Blair, personas yendo de un lado a otro, niños corriendo y jugando sin preocupación. El sonido de las risas y el eco lejano del martilleo en la herrería se filtraban débilmente.

Inconscientemente, una sonrisa se dibujó en su rostro. La tentación de bajar y explorar era demasiado fuerte como para ignorarla. No se contuvo más, salió de la habitación y, al dar unos pasos, se encontró con Creed, su escolta personal y mejor amigo desde la infancia.

—¿A dónde vas, Maisie? —preguntó Creed, cruzándose de brazos con una leve sonrisa.

—A conocer el clan Blair. ¿Vienes? —respondió ella, sus ojos brillando de entusiasmo.

—Sabes que sí —contestó él, sin dudar.

Ambos descendieron la amplia escalera de piedra hasta llegar al gran salón, pero antes de cruzarlo para salir al exterior, se toparon con Duncan, quien estaba acompañado de dos hombres más: Drostan y Donell.

Duncan clavó su mirada en Maisie y luego la desvió hacia Creed, evaluándolo con una expresión indescifrable, antes de volver a posar sus ojos sobre ella.

—Pensé que querías descansar —comentó Duncan, con su habitual tono serio. Sin embargo, Maisie no se dejó intimidar por su porte autoritario ni su gran tamaño.

—Al parecer, te has equivocado —replicó ella, plantándole cara con firmeza.

Drostan y Donell no pudieron contener una carcajada ante la respuesta desafiante de Maisie. Duncan los fulminó con la mirada, respirando hondo para no dejarse llevar por la irritación que ya comenzaba a brotar en su interior. Pero algo más lo incomodaba, ¿qué hacía ese guerrero tan cerca de ella?

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente a Creed.

—Es mi escolta personal y viene conmigo —intervino Maisie antes de que Creed pudiera responder—. Solo queremos conocer tu clan.

Duncan asintió, aunque algo molesto.

—Vamos, yo mismo te acompañaré en el recorrido —ofreció inesperadamente, provocando miradas de sorpresa tanto en Maisie como en Donell y Drostan—. Tú —añadió, mirando a Creed

—, puedes volver a tus asuntos.

—¿No puede venir con nosotros? —preguntó Maisie, claramente irritada.

—No —respondió Duncan, cortante.

—¿Por qué no? —insistió ella, desafiando su autoridad.

—Porque lo digo yo —replicó Duncan con tono tajante.

—¿Y por qué no quieres que nos acompañe? —volvió a insistir Maisie, haciendo que la irritación de Duncan aumentara.

—¿Sabes qué? Puede hacer lo que quiera —resopló Duncan, claramente fastidiado, pero consciente de que no ganaría esa batalla. Maisie sonrió, satisfecha por haber logrado que su amigo se quedara—. Vamos, andando.

Duncan y Maisie salieron del castillo, seguidos a una distancia prudente por Creed, quien intentaba no incomodar al futuro Laird con su presencia. Al cruzar las grandes puertas de madera y hierro, el bullicio del pueblo que rodeaba el castillo los envolvió. Las casas más cercanas al castillo eran pequeñas y hechas de piedra, con techos de paja que brillaban bajo el sol de la mañana. Algunas tenían jardines llenos de hierbas aromáticas o gallinas picoteando el suelo. Más allá, un terreno amplio y despejado servía como área de entrenamiento para los guerreros; allí, hombres practicaban con espadas y lanzas, sus gritos resonando en el aire mientras los niños más pequeños los observaban fascinados.

Cerca del terreno de entrenamiento, el granero se alzaba como una estructura más alta, construido de madera oscura y lleno de heno fresco, que un par de hombres cargaban en carretas. Los establos estaban justo al lado, con caballos relinchando y aldeanos ocupados cepillándolos o ajustando sus monturas. El sonido del martillo de un herrero retumbaba desde un taller cercano, donde se reparaban herramientas y herraduras. Más lejos, las calles de tierra estaban llenas de actividad: mujeres cargaban cestas de lino, los niños corrían descalzos persiguiéndose entre risas, y los vendedores ofrecían frutas, pan y telas en pequeños puestos improvisados. La vida del clan era vibrante, sencilla, pero llena de propósito.

Maisie no pudo evitar sonreír al ver a un grupo de niños trepar a un árbol cercano, mientras Duncan los observaba con una mezcla de orgullo y responsabilidad. A pesar de los retos, el clan era fuerte, y todo lo que se veía a su alrededor lo confirmaba.

Mientras caminaban, Duncan miró de reojo a Maisie. Observó cómo sus ojos se movían con curiosidad, absorbiendo cada detalle del lugar. Eso lo hizo sonreír ligeramente, aunque no permitió que ella lo notara. La recorrió con la mirada de manera más discreta, deteniéndose en sus hombros, donde la cicatriz de la quemadura asomaba. Era una herida fea, con la piel arrugada y endurecida, pero lo que más le intrigaba era la historia detrás de esa cicatriz, y hasta dónde llegaba.

De pronto, rompió el silencio.

—¿Te dolió? —preguntó, haciendo que Maisie lo mirara, desconcertada—. La herida —añadió, señalando su hombro.

Maisie bajó la mirada hacia su cicatriz, sonriendo débilmente antes de responder.

—Muchísimo. Hubo un momento en que desear morir parecía mejor —confesó, su voz cargada de recuerdos dolorosos—. El olor... era insoportable. Pero lo peor fue cuando intentaron

despegarme el vestido que se había adherido a mi piel. Incluso ahora, después de tantos años, no puedo estar cerca del fuego sin entrar en pánico —admitió, con la voz temblando ligeramente—. De hecho, solo logro dormir con la luz de la luna. No puedo soportar tener fuego cerca y estar sola.

Duncan sintió un escalofrío al imaginar la escena. A pesar de su fortaleza y dureza, no pudo evitar sentir compasión por todo lo que ella había soportado. Le resultaba difícil concebir el dolor que Maisie había sufrido, tanto físico como emocional.

—Recuerdo haber sufrido mucho, pero al menos seguía viva. Mi madre no tuvo tanta suerte, y es por ella que decido vivir cada día como si fuera el último —continuó Maisie, esbozando una pequeña sonrisa.

Duncan la observó con atención. Aquella sonrisa débil, que apenas curvaba sus labios, le reveló una parte de Maisie que no esperaba. Nunca imaginó que detrás de la fuerza que ella proyectaba, hubiera una historia tan dolorosa. Maisie no era simplemente la joven rebelde de la que había escuchado hablar; era alguien que había pasado por mucho.

—Lo siento. No debí ser tan entrometido —comentó Duncan, dándose cuenta de que había invadido un terreno muy personal.

—Mi hermana será una buena esposa —replicó Maisie de repente, desviando la conversación por completo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Duncan, confuso.

—A Valoree y a ti —explicó Maisie, con naturalidad—. Hacen una buena pareja. Además, mi hermana fue criada para ser la esposa de un Laird. Sabrá cumplir con su papel como tu mujer.

Las palabras de Maisie hicieron que Duncan la mirara con curiosidad. Era cierto que él planeaba elegir a Valoree, pero hasta ese momento, solo Donell y Drostan estaban al tanto de su decisión. Siempre pensó que cuando anunciara su elección, Maisie se sentiría herida o desplazada, pero sus palabras indicaban lo contrario.

Maisie estaba resultando ser una verdadera caja de sorpresas.

—¿Y por qué crees que no podrías ser tú a quien elija? —preguntó Duncan, con la intención de ponerla a prueba y, al mismo tiempo, intrigado por lo que ella respondería.

—Por muchas razones —contestó Maisie, observando a unos niños que jugaban con espadas de madera, lo que le trajo recuerdos de cuando jugaba igual con Creed—. No sé nada sobre cómo ser una buena esposa. Ya escuchaste a mi tía Moira. De todos modos, me caes bien, y estoy segura de que serás un buen Laird... y un buen cuñado.

—¿No quieres casarte conmigo? —inquirió Duncan, visiblemente sorprendido por su respuesta.

—Hablas como si realmente estuvieras deseando que me case contigo y acabara de rechazarte —respondió Maisie con una risa ligera—. Y, para aclararlo, soy la mujer aquí. No decido con quién me casaré, por mucho que quiera o me oponga.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo con un matrimonio arreglado? —preguntó Duncan, cruzando los brazos mientras la observaba detenidamente.

Maisie negó con la cabeza, manteniendo una expresión seria.

—No. Quiero casarme con alguien a quien ame, y que me ame a mí también. Alguien que no

me obligue a hacer cosas que detesto, que valore mi opinión como su esposa.

—Vaya, no esperaba escuchar algo así de la princesa McAllen —comentó Duncan, esbozando una leve sonrisa.

Ambos se rieron.

—Está claro que no me conoces bien. Y no soy una princesa —respondió Maisie, sin titubear—. Solo soy la hija del Laird McAllen —Luego recordó la conversación reciente con Valoree, y aunque no quería admitirlo, sabía que acabaría casándose con Edzel—. Sé que terminaré en un matrimonio sin amor, pero hacerme a la idea no va a matar a nadie, ¿verdad?

Duncan la observó detenidamente. Maisie era mucho más compleja de lo que había imaginado al principio.

—Entonces, si te elijo, ¿no te opondrías a casarte conmigo? —preguntó Duncan, curioso por su respuesta.

—Por supuesto que no. No soy tonta —respondió Maisie, sonriendo—. Primero, porque la guerra con Inglaterra probablemente terminaría. Y segundo, porque no tendría que volver al castillo Allen con mi padre y mi tía.

—Interesante —murmuró Duncan, procesando cada palabra de Maisie.

Le gustaba su sinceridad, su forma de hablar sin filtros. Ella podría ser una buena esposa, aunque aún le faltaban cosas por aprender. Maisie era diferente, y eso la hacía atractiva a sus ojos, pero no estaba seguro de si sería la elección correcta.

—¿Habrás alguna fiesta esta noche? —preguntó Maisie, desviando la conversación al ver a varias mujeres y hombres que comenzaban a decorar las casas centrales y preparar animales para el sacrificio.

—Sí —respondió Duncan, asintiendo—. No estamos en tiempos de fiesta, pero queríamos alegrar el ambiente, especialmente ahora que nuestros clanes se unirán.

—¿Y la harán aquí? Pensé que las fiestas se hacían en el gran salón del castillo —inquirió Maisie, frunciendo el ceño con curiosidad.

—Parte de la fiesta será aquí, al aire libre. Luego, cuando el frío aumente, nos trasladaremos al gran salón y seguiremos hasta bien entrada la noche —explicó Duncan, relajado.

—Entiendo. Entonces esta noche anunciarás tu compromiso con mi hermana.

Duncan se quedó mirándola detenidamente. Eso era lo que había planeado hacer, pero después de conocer mejor a Maisie y escucharla hablar, ahora tenía dudas. Por primera vez, se cuestionaba si Valoree era realmente la mejor opción. Quería escuchar también la opinión de Valoree antes de tomar una decisión definitiva.

—Aún no he elegido —contestó Duncan, con una media sonrisa.

Maisie no pudo evitar sonreír ante su respuesta.

—Si tú lo dices —replicó encogiéndose de hombros, como si no le diera importancia—. Vamos, ayudemos a esas personas.

Sin darle tiempo a reaccionar, Maisie tomó a Duncan del brazo y lo arrastró hacia donde un pequeño grupo de mujeres y hombres recolectaban leña para el fuego.

Duncan se sintió sorprendentemente libre en ese momento. Una sensación de alegría inesperada lo invadió, y aunque lo intentó, no pudo negar la corriente de electricidad que recorrió su cuerpo cuando Maisie lo tocó. Al verla tan espontánea, interactuando sin reservas con la gente de su clan, Duncan no pudo evitar sonreír.

Sin embargo, rápidamente apartó esos pensamientos. Tenía que centrarse en lo que realmente importaba: la guerra. No podía permitirse distracciones ni sentimientos. Su responsabilidad era con su clan, y solo con ellos.

Capítulo 3

La noche había caído y la mayoría estaba disfrutando de la gran fiesta que se celebraba en el centro del pueblo.

Maisie se encontraba alejada junto a Creed; la gran fogata la mantenía aislada, solo podía observar cómo se divertían las personas, bailando y bebiendo. Pudo ver a su hermana sonriendo y hablando con Duncan, quien sonreía animadamente y solo tenía ojos para ella.

—¿Quién es ella? —escuchó a Creed y lo miró frunciendo el ceño.

—¿Quién? —preguntó, mientras su amigo señalaba hacia donde estaban bailando algunas mujeres y hombres.

—La pelinegra del vestido verde.

Maisie observó a la mujer que había cautivado la atención de su amigo y sonrió, era hermosa y el brillo en sus ojos era innegable.

—¿Te gusta? —preguntó ella, divertida.

—Es muy hermosa.

—Ya, ¿por qué no vas y bailas con ella?

—No sé...

—¡Vamos! Arriésgate —exhortó Maisie, animándolo a acercarse a la encantadora mujer—. Yo estaré bien aquí.

—¿Segura?

—¡Claro, ve!

Creed sonrió y se alejó de Maisie para acercarse a la mujer que había atraído su atención. Al llegar, comenzó a bailar con todos hasta acercarse a ella; bailaron juntos hasta que terminó la música. Cuando ella se disponía a marcharse, Creed la tomó del brazo, deteniéndola. Maisie observó atentamente, viendo cómo intercambiaban un par de palabras antes de que ella se fuera, dejando a su amigo parado como un tonto mientras la música comenzaba de nuevo.

—Hola —se presentó un hombre al sentarse junto a Maisie. Ella lo miró frunciendo el ceño—. ¿No te importa que me sienta aquí?

—Ya estás sentado, ¿no? —replicó, volviendo a mirar hacia la multitud en busca de su amigo, pero no lo encontró.

—Vaya, eres dura —comentó el hombre, recibiendo una mirada desafiante de Maisie—. Soy Drostan —añadió, pero ella ni lo miró. Él sonrió—. Es aquí cuando deberías decir tu nombre también.

—No es necesario que lo diga cuando ya lo sabes —respondió ella con seriedad, aunque en el fondo aquello le divertía.

—Vale, no me digas tu nombre, ya que supuestamente lo sé, Maisie —dijo, logrando que ella

tratara de esconder una media sonrisa—. ¿Por qué estás tan alejada de todos?

—El fuego —respondió, y Drostan rápidamente recordó la conversación que había tenido con su amigo. A pesar de que Duncan se había callado sobre varios aspectos de Maisie, pudo captar que tenía miedo al fuego, así que decidió no seguir por ese camino.

Maisie lo miró más detenidamente mientras él parecía relajado, reclinado ligeramente en el banco con una sonrisa confiada. Drostan era un hombre de estatura imponente, de hombros anchos y brazos musculosos que se notaban incluso bajo la tela de su manto escocés. Su cabello era castaño claro, rebelde y apenas recogido en una corta trenza que le caía sobre el hombro. Tenía una mandíbula marcada y una barba ligera, bien cuidada, que acentuaba su aire rudo pero atractivo. Sus ojos, de un color azul acero, parecían tener un brillo constante de picardía, pero también de alerta.

—¿Y qué te ha parecido nuestro clan? —preguntó Drostan rompiendo el silencio.

Maisie lo pensó antes de responder, pero al final lo hizo; ese tal Drostan parecía un buen tipo.

∞∞∞

Duncan disfrutaba de la fiesta junto a la gente de su clan. Al ver a Valoree acercándose, sonrió cuando estuvieron lo suficientemente cerca.

—¿Te diviertes? —inquirió Duncan.

—Mucho, me gusta estar aquí; todos son muy amables —respondió sonriendo tímidamente. Duncan recordó a Maisie y lo diferentes que eran.

—Me alegro de que te estés adaptando —comentó él. Valoree lo miró rápidamente, sonriendo al pensar en su futuro juntos, tal como todos esperaban.

—Muchas mujeres me han dado algunos regalos, creen que soy yo a la que elegirás como tu esposa —mencionó Valoree, y Duncan frunció el ceño.

—No hemos tenido mucho tiempo para hablar, pero me gustaría saber qué intenciones tienes si te casas conmigo.

Valoree se enderezó, adoptando una postura perfecta.

—Quiero casarme contigo. Me educaron para ser una buena esposa, viajé hasta aquí para eso. Sé que podría hacerte feliz y ser una buena madre para tus hijos.

Duncan asintió, sintiendo que la respuesta era completamente opuesta a la que había recibido de Maisie. Eso reafirmaba aún más su impresión de que Valoree era la mejor opción, pero había algo que lo detenía de tomar una decisión definitiva.

Inconscientemente, buscó a Maisie entre la gente, pero no la encontró y frunció el ceño. ¿Dónde estaba?

—¿Bailamos? —propuso Valoree, atrayendo la atención de Duncan.

Cuando Duncan se levantó junto a Valoree y se acercaron a donde todos bailaban, muchos empezaron a vitorear con alegría por el futuro Laird. La emoción aumentó aún más cuando comenzaron a bailar juntos; muchos se detuvieron solo para observarlos y animarles a seguir.

—Creo que su hijo y mi sobrina Valoree hacen una bonita pareja; serán muy felices juntos —

comentó Moira al Laird.

—¿Eso piensas? —inquirió el Laird, sonriendo mientras miraba a su hijo—. Yo opino que con Maisie también forman una bonita pareja.

Moira miró a Douglas como si hubiera profetizado el fin del mundo.

—Si conociera bien a Maisie, no diría eso. Conozco a mi sobrina y sé que no sería una buena esposa para su hijo; ella podría meterlos en problemas. Además, está casi comprometida con uno de los guerreros de nuestro clan, Edzel.

—¿Cómo?! —Moira se dio cuenta de que había hablado de más; no debía haber mencionado que su cuñado pensaba casar a Maisie con uno de sus guerreros—. ¿Acaso estás diciendo que el Laird McAllen envió a una de sus hijas comprometida, cuando el trato fue que mi hijo elegiría a una de ellas?

—¡No! Claro que no. Disculpa si mis palabras fueron malinterpretadas, Laird. Lo que quise decir es que, como mi cuñado está casi seguro de que su hijo escogerá a Valoree, planea casar a su otra hija con uno de sus guerreros. Pero Maisie no está comprometida con nadie. No hasta que su hijo elija a su esposa.

Douglas miró a Moira con el ceño fruncido; aún no creía esa historia, pero esperaba que se aclarara cuando su hijo tomara una decisión.

∞∞∞

Duncan vio a Maisie alejada de todos, pero se irritó al encontrarla junto a su amigo Drostan.

—¡Ese idiota! —murmuró en voz baja.

Cuando iba a acercarse a ellos, su padre lo llamó y se vio obligado a detenerse.

—¿Sí?

—Sé que es muy pronto; apenas hoy llegaron las hermanas McAllen —explicó Douglas—, pero quisiera saber cuál de las dos te está gustando más para ser tu mujer.

Duncan volvió a mirar a Maisie, la vio reír junto a Drostan y sintió algo que ignoró. Luego volvió su atención a su padre.

—Aún no lo sé, pero creo que Valoree es la mejor opción hasta ahora —respondió—. A más tardar para la próxima semana sabrán mi decisión. No te preocupes, papá, antes de volver al campo de batalla estaré casado.

—Tienes dos opciones, Duncan: una para ser feliz y otra para vivir tranquilamente. Solo debes saber cuál escoger —advirtió Douglas, antes de dejar a su hijo confundido por sus últimas palabras.

Sin más, se acercó a Maisie y a Drostan.

—Veo que tienen una fiesta aparte —comentó al llegar junto a ellos. Maisie lo miró con el entrecejo arrugado—. La fiesta se trasladará al gran salón; la temperatura está comenzando a descender.

—Bien —respondió Drostan, levantándose y colocándose al lado de Duncan—. Iré a ayudar entonces. Fue un placer hablar contigo, Maisie.

Ella le sonrió en respuesta, y Drostan le dio una palmada en el hombro a su amigo antes de alejarse, dejándolos a solas

—Te has perdido de la fiesta por estar aquí —expresó Duncan, mirándola.

—Sabes por qué —respondió ella, manteniendo la mirada

—No debes tenerle miedo. Sé que puede ser algo difícil de superar, pero debes enfrentarlo. Eres muy valiente para temer algo que puedes extinguir.

—Eso lo dices porque no tienes idea de lo que sufrí —replicó Maisie, y Duncan se sintió culpable. No quería que sus palabras sonaran como ella las había interpretado.

—Lo que quiero decir, Maisie, es que tu madre no hubiera querido que le tuvieras miedo a nada.

—No le temo a nada —afirmó ella con orgullo. Duncan la miró arqueando una ceja—. Bueno, vale, al fuego sí. Mi madre me enseñó que la vida hay que vivirla como uno decida. Si quieres ser feliz, lucha por serlo, es lo que siempre me decía antes de dormir.

—¿La extrañas? —preguntó Duncan con suavidad.

—Mucho. Tenía once años cuando ocurrió lo del incendio. Valoree era más pequeña, debía tener unos seis años. ¿Y tú?

—¿Si extraño a mi madre? —Duncan asintió lentamente—. A veces pienso en ella, pero no de buena forma. Nos abandonó; prefirió huir con un inglés a quedarse con sus hijos.

—¿Hijos? ¿Tienes hermanos?

—Sí, Kala, mi hermana —respondió Duncan—. Estaba en la fiesta, pero como preferiste aislarte no pudiste conocerla. Es castaña, con ojos marrones como los míos, llevaba un vestido verde.

—Espera, ¿dijiste castaña con un vestido verde? —preguntó Maisie, sorprendida. No podía ser. ¿Su amigo se había quedado embobado con la hermana de Duncan?

—Sí, pronto se casará con uno de nuestros guerreros —comentó Duncan, y Maisie no pudo creer la suerte de Creed. Ahora se sentía culpable por haberlo incitado a que fuera tras ella.

—¿Ella lo quiere?

—En realidad, no. Pero mi padre quiere que se case —respondió él con resignación—. Mejor entremos.

—¡Duncan, mañana...! —La voz de Valoree interrumpió el momento cuando apareció de repente, pero al ver a su hermana, se detuvo—. Oh, Maisie.

—¿Mañana qué? —preguntó Duncan, esperando que Valoree continuara.

Valoree sonrió dulce y coquetamente.

—Me preguntaba si mañana podrías enseñarme el pueblo, y luego podríamos ir al lago cerca de aquí. Tu padre, el Laird, me comentó que es realmente bello.

—Claro —aceptó Duncan—. Si quieres, puedes venir también, Maisie.

Valoree rápidamente fulminó a su hermana con la mirada. Maisie sonrió para sí, tentada a aceptar solo para molestarla, pero ya tenía otros planes.

—No, gracias. Mañana pienso visitar el establo, y luego quiero ver el entrenamiento de los guerreros. Drostan me dijo que es muy hábil con el arco y la flecha, y bueno, quiero ver si es cierto.

A Duncan no le gustó lo que escuchaba, pero prefirió guardarse sus pensamientos. Sería mejor así.

—Bien —respondió secamente mientras se alejaba de las hermanas sin despedirse. Maisie frunció el ceño.

¿Qué bicho le picó ahora?

—No quiero que arruines mis posibilidades con Duncan, Maisie.

—¿Cómo? —preguntó Maisie, sin entender.

—Sabes que no eres una opción para ser su esposa —afirmó Valoree con frialdad, y Maisie bufó.

—¿Gracias?

—Yo soy a quien va a elegir. Esta noche me lo dejó bastante claro. Además, tía Moira habló con el Laird y ambos están de acuerdo. Dicen que para la próxima semana estaremos comprometidos, y poco después, casados.

Maisie sintió una punzada en el pecho. Una parte de ella ya lo sabía, pero la otra temía el destino que le aguardaba: casarse con Edzel, un hombre al que aborrecía.

—Tranquila, sé que eres la mejor opción —respondió Maisie con una calma fingida.

Valoree la miró un poco desconfiada, ella conocía a Maisie y sabía que no se quedaría quieta.

—No creo que eso sea lo que pienses. —Valoree se encogió de hombros—. Pero quiero que te comportes mientras estés aquí. Me prepararon para ser la esposa de un Laird. Soy la que merece ser la mujer de Duncan Blair, y temo que lo arruines todo como siempre —sentenció Valoree. Maisie se detuvo a mirar a su hermana, estaba un poco dolida por sus palabras, aunque estaba acostumbrada a sus crueles palabras, aún era doloroso el rechazo de su hermana pequeña.

—¿Entonces, según tú, no merezco ser la esposa de alguien como Duncan? —preguntó Maisie, cruzándose de brazos y levantando una ceja.

—Edzel es una elección adecuada para ti. Espero que no arruines las cosas con él, sabes bien cómo es —respondió Valoree.

—No has respondido mi pregunta.

—No, no eres digna de ser la esposa de Duncan —contestó Valoree, bajando un poco la mirada—. Papá te sigue tratando como una hija solo por respeto a la memoria de mamá, porque sabía cuánto te adoraba. Eras su favorita.

—No lo era. Mamá nos amaba a las dos —replicó Maisie, con firmeza.

—¡Mentira! Siempre te daba más atenciones a ti.

—Porque tú siempre tuviste a papá —expresó Maisie, sin titubear—. Y mamá me daba el cariño que él no me daba. Pero tú siempre querías más, ¿verdad, Valoree?

Valoree miró a Maisie por un breve momento antes de desviar la mirada.

—Eso es todo —concluyó Valoree, dándole la espalda y preparándose para marcharse.

—Si tú mereces —Maisie recalcó con énfasis— ser la esposa del futuro Laird, es gracias a mí.
No lo olvides.

Capítulo 4

Maisie despertó con un leve dolor de cabeza, producto del exceso de whisky la noche anterior. Después de la conversación con su hermana, había decidido beber un poco para despejarse, pero terminó bebiendo más de la cuenta.

—Solo espero no haber hecho algo estúpido —se dijo a sí misma mientras se levantaba.

Un jarrón con agua descansaba en una pequeña mesa al lado de su cama, así que no perdió tiempo en lavarse el rostro. Unos minutos después, se puso uno de sus vestidos más cómodos, de color verde musgo, y optó por peinarse con una trenza. Parte de su cicatriz quedaba a la vista, pero no le molestaba. El tiempo de avergonzarse de sus heridas había quedado atrás. Cuando estuvo lista, salió de la habitación, encontrándose con su mejor amigo en el pasillo.

—Buenos días, Creed.

—Parece que has dormido bien —comentó Creed, sonriendo.

—¿Y tú? ¿Cómo terminaste la noche? —preguntó Maisie, notando cómo su amigo sonreía aún más—. Parece que mejor que yo.

—Puede ser.

—Cuéntamelo todo —exigió ella, divertida.

—Claro, pero será después de que desayunes. Te están esperando abajo en el gran salón —respondió Creed, y Maisie abrió los ojos con sorpresa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?! Si ya me miraban raro, ahora será peor por llegar tarde a todo.

—No eres rara —afirmó Creed, siguiéndola mientras ella comenzaba a caminar.

—Lo sé, pero los demás lo piensan, y no puedo hacer nada contra eso —sonrió Maisie, mientras caminaba más despacio, sin importarle lo que la gente pensara de ella.

Al llegar al gran salón, vio que todos ya estaban sentados desayunando. La mesa, larga y robusta, estaba cubierta de bandejas y platos de madera con abundantes alimentos: hogazas de pan recién horneado, cuencos con avena espesa endulzada con miel, pequeños quesos curados, y trozos de carne salada y ahumada. También había jarras de cerámica con leche fresca y cerveza ligera, que servían como bebida para acompañar. El olor cálido y reconfortante del pan mezclado con la carne llenaba el aire.

Al parecer, mi presencia no era tan necesaria —pensó Maisie.

—Buenos días —saludó educadamente y, sin esperar respuesta, se sentó en el primer asiento vacío que encontró. Creed tomó asiento a su lado.

Su tía Moira la miró con una expresión asesina, pero Maisie le devolvió una sonrisa, indiferente a lo que su tía pensara.

—Es ella —susurró Creed, inclinándose hacia Maisie.

—¿Quién? —preguntó ella, sin entender.

—La dama que conocí anoche —respondió Creed, señalando discretamente.

Maisie miró hacia donde él indicaba y, efectivamente, era la hermana de Duncan, la mujer que había cautivado a su amigo. Maisie se preocupó. Tendría que hablar con Creed y explicarle que no podía seguir viéndola. Kala ya estaba comprometida, y aquello solo podría traer problemas.

—Siento decírtelo yo, pero no puedes enamorarte de ella, Creed —murmuró Maisie, manteniendo la mirada baja.

—Lo sé, pero fue algo inevitable.

—Es la hija del Laird y hermana de Duncan, además está comprometida con un...

—Lo sé —interrumpió Creed—. Anoche hablamos mucho tiempo. Lo que me consuela es que ella tampoco está de acuerdo con ese compromiso.

—Vaya, vaya. Pero eso me preocupa. Si alguien los ve, podrían exiliarte o, peor aún, matarte —advirtió Maisie con tono serio.

—Descuida —respondió Creed, despreocupadamente.

Pero eso no fue suficiente para que Maisie dejara su preocupación de lado. Creed podía elegir a la mujer que quisiera para él, era muy atractivo y un guerrero valioso en la guerra. Su cabello negro y salvaje sobresalía ligeramente del cuello de su camisa de lino, con mechones desordenados que le daban un aire indomable, pero innegablemente varonil. Sus facciones eran marcadas, con una mandíbula firme y labios definidos, acompañados de unos ojos oscuros que parecían analizarlo todo a su alrededor con intensidad. Era el tipo de hombre que no pasaba desapercibido, tanto por su presencia como por su actitud, y justamente había elegido enamorarse de la hija del Laird del clan Blair, quien, para empeorar la situación, ya estaba comprometida.

Después del desayuno, todos comenzaron sus respectivas actividades. Maisie decidió ignorar por completo a Duncan, lo que le molestó más de lo que esperaba. No estaba acostumbrado a ser ignorado por ninguna mujer, y el hecho de que Maisie lo hiciera lo ponía de mal humor.

Por supuesto, Valoree estuvo presente para recordarle su promesa de enseñarle el clan. Duncan no tuvo más opción que cumplir, aunque no lo deseaba. Antes de salir, observó cómo Maisie se dirigía junto a su escolta hacia los establos, recordando que por esa razón ella había declinado su invitación de acompañarlos.

Maisie llegó a los establos junto a Creed, ansiosa por ver los caballos del clan Blair. Quería saber si eran tan impresionantes como los suyos. Luego, pensaba dar un paseo con su yegua, Lara, una pura sangre blanca con manchas negras, realmente hermosa. El establo era amplio y robusto, construido con vigas de madera oscura. El suelo estaba cubierto de paja fresca que crujía bajo los pies, y las bridas y sillas de montar colgaban ordenadamente de ganchos en las paredes.

Había muchos caballos, cada uno en su respectivo compartimento, algunos relinchando suavemente mientras otros comían tranquilamente el heno que los hombres les estaban colocando. Los cuidadores se movían con eficiencia, cepillando a los animales, revisando sus herraduras y asegurándose de que todo estuviera en orden. Los caballos que ellos habían traído durante el viaje estaban en el otro extremo del establo, donde un hombre alto y fornido ajustaba una silla de montar con precisión, mientras tarareaba una melodía.

—Mira qué hermosos son, Creed.

—Creo que Lara es más hermosa —respondió él con una sonrisa.

—Claro que sí.

—Tú debes de ser Maisie —habló una voz femenina.

Al escuchar su nombre, Maisie se giró y vio que era Kala, la hermana de Duncan. La joven tenía un parecido innegable con su hermano: sus ojos de un azul intenso, y su cabello castaño oscuro, ligeramente ondulado, caía en suaves mechones que enmarcaban su rostro de forma delicada. Aunque sus facciones eran más suaves y femeninas, la misma fortaleza que caracterizaba a Duncan se podía percibir en ella, especialmente en la manera decidida de llevarse a sí misma.

—Sí, lo soy —respondió Maisie con una sonrisa amable—. Y tú debes de ser Kala.

—La misma. Ayer no te vi en la fiesta.

—Estaba un poco alejada. No soy muy dada a participar en fiestas —admitió Maisie.

—Entiendo —comentó Kala, aunque Maisie no dejó pasar las miradas que ella y Creed intercambiaron.

—Saben que no pueden, ¿verdad? —dijo Maisie, mirándolos con severidad. Kala la observó, confusa—. Sé que estás comprometida, y no quiero que se metan en problemas. Lo mejor es que mantengan las distancias.

—Maisie...

—No, Creed —lo interrumpió ella—. Eres mi mejor amigo desde que éramos niños, eres como un hermano para mí. Y tú, Kala, sabes que esto es peligroso para ambos.

—Lo sé, pero no quiero casarme con alguien que no amo. ¿Suenas estúpido, verdad?

—No, porque yo también odiaría casarme así, por eso te entiendo. También entiendo todo lo que está en juego si llegan a descubrirlos —explicó Maisie con seriedad.

—Claro —murmuró Kala, mientras Creed gruñía, enojado, y se alejaba de ellas.

—Creed, ¡espera! —llamó Maisie, pero su amigo no le hizo caso y siguió caminando.

—Realmente no quería, pero me gusta —confesó Kala—. Anoche traté de alejarlo todo lo que pude pensando en el riesgo, pero simplemente sucedió. Bailamos, conversamos, bebimos un poco de whisky... y no sé por qué te estoy contando esto.

—Porque soy la mejor amiga de Creed —respondió Maisie, esbozando una sonrisa—. Además, puedes confiar en mí. Soy la primera interesada en que nada de esto se descubra.

Kala sonrió también, y ambas siguieron conversando mientras hacían su recorrido por el establo hasta llegar a la yegua de Maisie.

—No puedo creer que le hayas dicho eso a Duncan. ¡Debe haberlo fastidiado mucho! —exclamó Kala, aún riendo desde que Maisie le confesó que no quería casarse con su hermano.

—¿Por qué crees que lo fastidió? —preguntó Maisie, frunciendo el ceño.

—A mi hermano, nunca lo habían rechazado. Jamás. Y que vengas tú y le digas que no quieres casarte con él... como me hubiera gustado ver su cara —Kala no podía parar de reír.

—Pues lo tomó con bastante calma —expresó Maisie, acariciando a Lara—. Además, estoy segura de que él tampoco quiere casarse conmigo. Escogerá a mi hermana.

—Te diré algo, prefiero que se case contigo antes que con Valoree. O sea, sé que es tu hermana, pero no me cae bien.

Maisie sonrió, divertida.

—Por fin alguien que ve a Valoree tal como es.

—Anoche, durante la fiesta, Duncan nos presentó —continuó Kala—. Cuando me miró, lo hizo como si ya fuera la esposa de mi hermano, y ahí supe que no nos llevaríamos bien. Luego escuché hablar de ti y pensé: Tengo que conocerla, somos iguales.

—¿En serio? —preguntó Maisie, sorprendida.

—Sí —asintió Kala—. Mi padre siempre me regaña, diciendo que una dama escocesa, hija de un Laird, no debería estar en los entrenamientos de los guerreros, y menos rodeada de tantos hombres. Pero al final, hago lo que quiero.

—Nos parecemos mucho —reconoció Maisie, riendo junto a Kala, mientras continuaban su charla.

Más tarde, ambas salieron del establo y se dirigieron hacia la zona de entrenamiento. La mayoría de los hombres ya estaban allí, luchando entre ellos, afilando sus espadas o practicando con el arco. Al poco tiempo, Drostan se acercó a ellas.

—Maisie, me alegra verte por aquí. Kala —saludó Drostan, sonriendo.

—Te dije que vendría, ¿no? —respondió Maisie con una sonrisa.

—Claro. Ven, te mostraré qué tan bueno soy con el arco —propuso Drostan, mientras Maisie y Kala compartían una mirada cómplice.

—Estoy ansiosa por verlo —contestó Maisie, sonriendo de medio lado.

—En realidad, no es tan bueno —susurró Kala, provocando la risa de Maisie.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Drostan, entrecerrando los ojos, pero ambas negaron con la cabeza, ocultando su risa.

Mientras pasaban entre los hombres que luchaban con sus espadas, a Maisie le entraron ganas de probar.

—¡Drostan! ¿Por qué no empezamos con un combate? —sugirió Maisie, señalando las espadas con una sonrisa retadora.

Varios guerreros detuvieron su entrenamiento para observar el «espectáculo» que estaba a punto de comenzar.

—¿Por quién apuestas, Kala? —preguntó Drostan, inspeccionando su espada con aire de superioridad.

—Te deseo suerte, Drostan. La necesitarás —respondió Kala, sonriendo, mientras él hacía una mueca.

—¡¿Preparada, linda?! —bromeó Drostan, provocando las risas de los hombres alrededor.

—¿Lo estás tú? —replicó Maisie, y antes de que él pudiera reaccionar, levantó su espada y lo atacó sin darle tiempo a defenderse. Drostan cayó al suelo fácilmente.

—Esto va a ser divertido —comentó Kala, cruzándose de brazos, mientras los observaba.

—¡Eso es trampa! —gritó Drostan desde el suelo, mirando a Maisie con incredulidad, pero ella sonreía victoriosa.

—No lo es, te pregunté si estabas listo —respondió Maisie, atacándolo de nuevo sin darle tiempo a estabilizarse. Casi lo hace caer al suelo por segunda vez.

Los guerreros observaban con asombro la batalla. No podían creer lo bien que Maisie manejaba la espada y cómo estaba agotando tan rápidamente a un guerrero como Drostan.

Duncan llegó a la zona de entrenamiento junto a Valoree. Era el último lugar que visitarían del clan antes de dar por terminado el paseo. Estaba deseando acabar; no es que Valoree le desagradara, pero le aburría un poco escucharla hablar de lo perfecta que era y de todo lo que haría si se convertía en su esposa.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Valoree al ver a los guerreros reunidos en medio del campo.

—No lo sé —respondió Duncan, frunciendo el ceño.

Al acercarse y ver lo que sucedía, se quedó sin palabras. Maisie estaba luchando contra Drostan en un combate cuerpo a cuerpo con espadas. Era increíble lo bien que Maisie manejaba la espada, moviéndola con agilidad para defenderse y atacar. Pero lo más sorprendente fue cuando vio a su amigo en el suelo, con la espada de Maisie apuntando a su cuello. Drostan debía sentirse humillado de que una mujer lo hubiera derribado, pero su expresión contaba otra historia: estaba sonriendo, satisfecho, con la respiración agitada, al igual que Maisie.

Los ojos de Duncan siguieron a Maisie mientras se acercaba a las dianas. Había tres, cada una con flechas que los guerreros habían lanzado antes, pero ninguna estaba clavada en el centro. Maisie tomó un arco cualquiera y una flecha, se dirigió hacia la primera diana, apuntó con calma y disparó. La flecha voló y se clavó justo en el centro.

Un jadeo colectivo recorrió a los guerreros al ver su precisión.

Sin inmutarse, Maisie pasó a la segunda diana. Volvió a tensar el arco, apuntó y lanzó otra flecha. De nuevo, dio en el centro. Los murmullos de asombro se hicieron más fuertes, pero ella no pareció notarlo. Finalmente, se posicionó frente a la tercera diana, y, con la misma precisión implacable, lanzó la flecha que, una vez más, se clavó en el centro.

Los guerreros estallaron en aplausos, lanzando vítores y elogios.

Duncan no podía apartar la vista de ella. Algo en su interior lo mantenía completamente absorto. Maisie, con el rostro ligeramente sudado por el ejercicio y su cabello trenzado un poco alborotado, parecía una diosa ante sus ojos. Su melena rojo fuego contrastaba con sus penetrantes ojos azul eléctrico, irradiando fuerza y determinación.

No sabía exactamente lo que sentía, pero sabía que era algo que lo descolocaba profundamente, algo que no le gustaba admitir... y mucho menos sentir.

Capítulo 5

Duncan y Valoree se acercaron al grupo donde estaban Maisie, Kala y Drostan.

—Nunca había conocido a una mujer como tú, salvo Kala, por supuesto —comentó Drostan, mientras las dos se miraban y sonreían.

—No puedo creer que lo hayas hecho, Maisie —la voz de Valoree interrumpió el momento, atrayendo la atención de todos. Maisie la miró con el ceño fruncido, y luego dirigió su mirada a Duncan por un instante.

—¿Disculpa? Maisie no ha hecho nada malo —respondió Kala, mirándola desafiante.

—¿Hacer el ridículo frente a todos no te parece malo? —replicó Valoree, con desdén—. Te comportaste como alguien incapaz de mantener la compostura.

—Saber cómo defenderme no significa que no sepa comportarme —contestó Maisie, con una calma controlada—. Y parece que la única que piensa que hice el ridículo eres tú. Solo mira a tu alrededor.

Maisie señaló a los guerreros, quienes seguían elogiándola por su valentía y destreza. Valoree, al ver que nadie la apoyaba, no tuvo más remedio que guardar silencio.

—Hermano —intervino Kala, sacando a Duncan de su aparente trance—, ¿te has divertido en tu recorrido con... Valoree?

—Por supuesto que sí —respondió Valoree rápidamente, sin darle a Duncan la oportunidad de hablar—. El clan es maravilloso, y el lago cercano es precioso. Apenas termine el invierno, no puedo esperar para probar sus aguas.

Los presentes intercambiaron miradas, frunciendo el ceño ante el comentario de Valoree. Maisie no pudo evitar rodar los ojos. La que estaba haciendo el ridículo era claramente Valoree.

—Me alegra que se hayan divertido —comentó Maisie, mirando a Duncan con una ceja levantada.

¿Seguiré negando que ya ha escogido a Valoree? —pensó Maisie.

—Un día de estos podría llevarte a verlo también, Maisie —ofreció Drostan con una sonrisa, lo que hizo que Duncan lo mirara rápidamente, con una expresión severa.

—No lo creo, Drostan. Tienes mucho trabajo, ¿verdad? —replicó Duncan, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que no le gustaba la idea de ellos dos solos.

—Claro, pero siempre puedo hacer un hueco para la mujer que logró derrotarme en un combate —respondió Drostan, con una chispa de diversión en sus ojos.

—Me encantaría —respondió Maisie, sonriendo. Kala no pudo evitar soltar una carcajada al ver la expresión de Duncan.

—Creo que deberías llevar a Valoree a un lugar más... apropiado para una *dama* —comentó Kala entre risas.

El rostro de Valoree se había puesto rojo de la ira. Era evidente que Kala se estaba burlando de

ella, y aunque Valoree ardía por dentro, no podía permitirse perder los estribos. Maisie sabía que su *perfecta* hermana se tragaría su furia para no parecer grosera.

Duncan y Valoree se adelantaron hacia el castillo, mientras Maisie y Kala los seguían de cerca. Ya era hora de almorzar, y Maisie no quería llegar tarde como había pasado con el desayuno. Además, esperaba encontrarse con Creed para hablar con él. Se había ido bastante molesto, y esa situación la incomodaba.

Al llegar al salón, vio que su tía Moira ya estaba sentada a la mesa. Valoree, por otro lado, no se veía por ningún lado, pero Maisie le restó importancia. También estaban Donell, el primo de Duncan, varias mujeres que Maisie aún no conocía, y la segunda esposa del Laird, pero no había señales de Creed.

—No puedo creer que todavía siga enojado conmigo —murmuró Maisie, mirando a Kala mientras ambas permanecían apartadas, esperando el momento adecuado para sentarse.

—Sé que lo haces porque quieres protegernos, pero...

—Le gustas, y tú a él —la interrumpió Maisie, observando la expresión de su amiga. Kala asintió, sonriendo con timidez.

—Si tan solo hubiera una forma de convencer a mi padre de romper mi compromiso y casarme con Creed. Él también es un guerrero, y siendo tu escolta, es de confianza.

—Tal vez, si Duncan estuviera de acuerdo, podría convencer a tu padre —sugirió Maisie.

—Lo dudo mucho. Duncan es más estricto que mi padre. Nunca rompería un acuerdo, y menos un compromiso. Preferiría condenarme antes que humillarse —respondió Kala, con desilusión.

—¿De verdad haría eso? —preguntó Maisie, sorprendida.

Kala asintió con resignación.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó Maisie, esperando la respuesta.

—Necesito hablar con él a solas, en un lugar apartado, sin que nadie nos interrumpa.

—Pero, Kala...

—Sé que es peligroso, pero tú nos vas a ayudar, ¿verdad? —pidió Kala, mirándola con esperanza.

Maisie suspiró profundamente, sabiendo que aquello era una mala idea. Hacer de intermediaria en un encuentro secreto no sonaba nada bien. Pero comprendía lo que sentían. Si ella estuviera en la misma situación, probablemente haría lo mismo.

Después del almuerzo, ambas subieron a la habitación de Maisie para planear mejor el encuentro.

—Esta noche, después de que todos estén dormidos... ¿en el establo o en el granero? —preguntó Kala.

—El granero es mejor. Los animales en el establo podrían asustarse y hacer ruido. Yo le diré dónde y cuándo encontrarte —respondió Maisie, pensativa.

—Perfecto, muchas gracias, Maisie —agradeció Kala, con una sonrisa.

—Solo prométeme que no harán nada indebido —advirtió Maisie, apuntando a Kala con un dedo.

Kala sonrió tímidamente.

—Claro que no. No soy tan imprudente, Maisie.

Entretanto, Valoree, que había estado observando a Maisie y a Kala en secreto, sonrió para sí misma, ya que sabía que aquello se convertiría en un problema tarde o temprano. Bajó las escaleras rápidamente y se topó con Duncan. De inmediato, su expresión cambió a una de preocupación.

—¡Duncan! —lo llamó, y él se detuvo al oír su nombre—. Estoy preocupada por Maisie.

—¿Qué le ha pasado a Maisie? —preguntó Duncan, alarmado, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—No es que le haya pasado algo, pero temo que esté por cometer una locura. Ya sabes cómo es ella, rebelde, y siempre hace lo que quiere. Esta vez no puedo quedarme callada.

—¡Entonces habla de una vez, mujer! —exclamó Duncan, impaciente, casi desesperado.

—Ella... ella tiene planeado verse con alguien esta noche, en el granero, después de que todos se vayan a dormir.

Duncan la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes eso? No puedes ir por ahí inventando cosas sobre tu hermana, Valoree.

—No estoy inventando nada, lo he oído yo misma. Pasaba por su habitación y la escuché hablando con tu hermana, Kala. Maisie dijo que el granero era mejor porque los animales del establo podrían hacer ruido. Y mencionó que se encontraría con alguien.

—¿Con quién? —preguntó Duncan, intentando ocultar su irritación.

—No lo sé, no dijo ningún nombre —respondió Valoree, fingiendo preocupación.

—No te preocupes, no permitiré que eso ocurra. Y créeme, se llevará un castigo que no olvidará —sentenció Duncan, girándose rápidamente y alejándose de Valoree.

Ella esbozó una sonrisa satisfecha. Quería ver cómo Maisie afrontaría esa situación ahora. Con suerte, Duncan actuaría con inteligencia y la enviaría de regreso a su clan.

Duncan estaba furioso. La idea de que Maisie pudiera verse con otro hombre lo irritaba profundamente.

No cuando existe la posibilidad de que ella sea mi esposa —pensó.

No iba a permitir que eso sucediera. Sin embargo, lo que más le perturbaba era pensar en quién sería ese hombre. No podía ser Drostan; su amigo sabía perfectamente cuál era su lugar y cuál era el propósito de las hermanas McAllen en el clan. No, no podía ser él.

La noche cayó, y como de costumbre, cenaron a la hora habitual. Muchos se quedaron en el gran salón bebiendo whisky, entre ellos, Duncan.

—¿Le has avisado? —preguntó Kala, impaciente.

—Sí, ya le dije dónde encontrarte. Yo estaré cerca, vigilando para que nadie los descubra —respondió Maisie, algo nerviosa.

—Perfecto, solo tenemos que esperar.

Esperaron pacientemente a que todos se fueran a dormir. Una vez que el castillo estuvo en

silencio, salieron rápidamente, casi corriendo para evitar ser vistas. Cuando llegaron al granero, respiraron profundamente, tratando de calmarse. Pero el aire se les congeló en los pulmones al escuchar una voz que no esperaban.

—¿Me pueden decir qué hacen aquí a estas horas de la noche? —sonó la inconfundible voz de Duncan, quien las observaba desde las sombras.

Capítulo 6

Maisie y Kala se quedaron paralizadas al ver a Duncan con los brazos cruzados y el ceño fruncido, claramente esperando una explicación. No sabían qué decir ni cómo justificar estar fuera del castillo a esas horas de la noche.

—Nosotras... —empezó a decir Kala, pero las palabras se le atascaron. No tenía una buena excusa que explicara su presencia allí.

—¿A quién venían a ver? —inquirió Duncan, su mirada fría e implacable. Ambas supieron de inmediato que estaban perdidas, Duncan ya lo sabía—. Y no intenten negarlo. Sé que venían a encontrarse con un hombre.

Maisie miró a Kala, quien estaba visiblemente asustada, y con razón. Si alguien descubría que Kala y Creed estaban enamorados, siendo que ella estaba comprometida con uno de los guerreros de su clan, podría desencadenarse un conflicto entre los clanes.

—Kala no tiene nada que ver en esto. Soy yo la única culpable —declaró Maisie, haciendo que Kala la mirara, desconcertada.

—¿De qué exactamente eres culpable, Maisie? —preguntó Duncan, su tono exigiendo respuestas. Quería saber quién era el hombre con el que Maisie supuestamente iba a encontrarse.

—Ya lo sabes. No es necesario que te lo diga, ¿verdad? —respondió Maisie, desafiándolo con la mirada.

Duncan apretó los puños. Maisie siempre lograba sacarlo de quicio. Nunca había conocido a una mujer que lo frustrara tanto. Pero eso tenía que cambiar.

—Mañana te quiero en el ala este del castillo. Ahí hablaremos más a fondo, y espero que tengas mucho más que decir —ordenó Duncan, con la furia contenida en cada palabra—. Ahora, andando.

Ambas se miraron brevemente y siguieron a Duncan en silencio, sin atreverse a hablar, especialmente Kala, que se sentía culpable por haber arrastrado a Maisie a esa situación. Duncan las escoltó a sus respectivas habitaciones; primero dejó a Kala, y luego a Maisie. En esos breves minutos a solas, ninguno de los dos dijo una palabra, lo que solo aumentaba la tensión que Duncan sentía. De alguna forma, el silencio de Maisie lo enfurecía aún más.

A la mañana siguiente, Maisie se despertó temprano. Sabía que tenía que hablar con Kala antes de enfrentar a Duncan, pero también sabía que no podía retractarse. Si lo hacía, condenaría tanto a su amigo como a Kala.

—No debiste culparte a ti misma, Maisie —expresó Kala, apareciendo en su habitación.

—No había otra opción, Kala. Tú misma dijiste que Duncan nunca rompería un acuerdo. ¿Crees que se sentiría mejor si le dijeras que estás enamorada de otro? —replicó Maisie.

—No... —susurró Kala, con la voz cargada de remordimiento—. Lo siento mucho, Maisie. Me advertiste y no quise escucharte. Ahora, por mi culpa, Duncan piensa mal de ti.

—No te preocupes por eso. No sería la primera vez, ni la última, que alguien piense mal de mí. Ya estoy acostumbrada —respondió Maisie, con una media sonrisa.

—Piensan así porque no te conocen de verdad. No saben lo increíble que eres —expresó Kala, con sinceridad.

—Gracias por decir eso. Es realmente especial tener una amiga como tú —contestó Maisie, agradecida.



Duncan esperaba a Maisie en la sala donde solía reunirse con algunos de sus guerreros. Junto a él estaban su primo Donell y su amigo Drostan.

—No creo que Maisie sea de esas —comentó Drostan, rompiendo el silencio.

—Para ti, todo lo que hace Maisie está bien, ¿verdad? —gruñó Duncan, mirándolo furioso.

—No, la verdadera pregunta es ¿qué te pasa a ti, Duncan? —respondió Drostan, sin amedrentarse—. Dices que Valoree es la mejor opción para ti, pero no puedes ocultar los celos que sientes por Maisie. Es evidente, ¿o no? —Drostan lo miró directamente, esperando que su amigo admitiera lo que era obvio para todos—. Sabes que tienes que anunciar tu decisión pronto. Y cuando todos sepan que es Valoree, Maisie tendrá que irse... y casarse con otro.

Las palabras de Drostan hicieron eco en la mente de Duncan. ¿Maisie casada con otro hombre? La idea lo incomodaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. ¿Y si ese otro hombre era el que iba a verla anoche?

—¡Maldita sea! No me gusta esa idea —exclamó Duncan, visiblemente frustrado.

—La decisión es tuya, Duncan —comentó Donell, observándolo con seriedad.

—Aunque, si quieres mi consejo, podrías ahorrarte muchos problemas enviándola de vuelta a su clan antes de que esto se salga de control. Está claro que te atraen ambas hermanas, pero tienes que escoger solo a una. Y lo mejor sería sacar a Maisie de tu cabeza si estás pensando en casarte con Valoree.

Duncan sabía que su amigo tenía razón. Aun así, no podía evitar que Maisie ocupara cada uno de sus pensamientos.

Maldita sea —pensó, dándose cuenta de que hasta ese momento no había comprendido cuánto le importaba realmente Maisie.

—No voy a enviarla de vuelta —habló finalmente, su tono cargado de decisión—. Pero va a enfrentar las consecuencias de sus actos conmigo. Voy a hablar con ella, y si detecto el más mínimo gesto de burla o desafío, le haré entender que no puede seguir haciendo lo que le plazca sin consecuencias.

—Solo asegúrate de no lastimarla —advirtió Drostan, su mirada grave.

—No hablo de ese tipo de castigo —replicó Duncan, con un gesto de frustración.

En ese preciso instante, alguien tocó la puerta, y al abrirse ligeramente, apareció la cabeza de Maisie, mirando con cautela.

—Recuerda lo que te dije —susurró Drostan, antes de levantarse de su asiento.

—Déjenme solo con ella —ordenó Duncan, con un tono firme.

Donell y Drostan intercambiaron una mirada rápida antes de salir de la habitación. El silencio se instaló en la sala, cargado de tensión. Maisie cruzó el umbral, consciente de que algo importante estaba a punto de suceder. Duncan se quedó de pie, con los brazos cruzados, observándola detenidamente.

—Estoy aquí —habló Maisie, intentando mantener su tono ligero, aunque notaba la tensión en el aire.

—Tú y yo tenemos que hablar — señaló Duncan, su voz baja pero firme—. Siéntate.

Maisie se sentó en el lugar indicado. La habitación, que ya le parecía opresiva, se sentía aún más pequeña bajo la intensidad de la mirada de Duncan.

—No tienes derecho a pedirme explicaciones, Duncan —respondió Maisie con firmeza, aunque su voz apenas era un susurro.

Duncan avanzó un paso, su expresión endurecida. Se cruzó de brazos, tratando de contenerse. Maisie siempre lograba sacarlo de quicio, pero esa mezcla de frustración y atracción lo tenía desorientado.

—¿No tengo derecho? —repitió, su voz grave y baja—. Este es mi clan, y cualquier cosa que ocurra dentro de estas murallas me concierne. Y tú, Maisie McAllen, no eres la excepción. Especialmente cuando tus acciones pueden poner en peligro la paz que hemos intentado construir.

Maisie apretó los labios, su mirada fija en él, desafiándolo sin necesidad de palabras.

—Así que te lo preguntaré otra vez —continuó Duncan, dando otro paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos—. ¿Quién era el hombre con el que planeabas encontrarte anoche?

Maisie sintió que su corazón se aceleraba, pero se mantuvo firme. No podía traicionar a Kala, y mucho menos a Creed. Duncan no tenía idea de la red de mentiras que lo rodeaban, y ella no iba a ser quien lo desvelara todo.

—No era lo que piensas —contestó Maisie finalmente, su tono menos desafiante, aunque seguía sin ofrecer detalles.

Duncan frunció el ceño, claramente molesto por la evasiva. Su paciencia, ya frágil, estaba llegando al límite.

—¿Ah, no? —replicó, su voz cargada de escepticismo—. Entonces dime, Maisie, ¿qué era? Porque todo parece indicar que estabas a punto de hacer algo que no deberías.

Maisie respiró hondo, buscando las palabras adecuadas. Sabía que no tenía muchas opciones. Duncan era inteligente, y no tardaría en descubrir la verdad si seguía presionando. Pero ella tampoco podía rendirse sin más.

—No te debo ninguna explicación, Duncan —contestó al fin, aunque en su interior sintió una punzada de incertidumbre—. Si alguien aquí debería dar respuestas, eres tú. Tú eres el que se comporta como si las decisiones ya estuvieran tomadas. Sabes que, pase lo que pase, te casarás con Valoree, y aun así me tienes aquí, exigiendo respuestas que no te incumben.

Duncan no pudo evitar que sus ojos se endurecieran ante esa afirmación. Valoree. Cada vez que Maisie mencionaba a su hermana, algo en su interior se removía, una incomodidad que no quería

reconocer. Sabía que debería estar pensando en Valoree, en su futuro como Laird, en los acuerdos entre clanes, pero en ese momento, lo único que podía ver era a Maisie, desafiándolo, enfrentándose a él sin miedo, sin reservas.

—Esto no tiene nada que ver con Valoree —expresó Duncan, con un tono bajo pero severo—. Y tú lo sabes. Lo que sucedió anoche es un tema aparte, Maisie. No me obligues a tomar medidas que ninguno de los dos quiere.

—¿Medidas? —replicó Maisie, su voz subiendo un poco—. ¿Qué piensas hacer, Duncan? ¿Castigarme como si fuera una niña desobediente? ¿O peor, exponerme ante todo el clan para que me juzguen?

Duncan cerró los ojos brevemente, intentando mantener la calma que le costaba conservar.

Maldita sea, Maisie —pensó Duncan con frustración.

La situación había escalado más de lo que había previsto, y cada palabra de ella lo empujaba hacia un abismo de emociones que no sabía cómo manejar.

—No voy a exponerte ante nadie —respondió finalmente, con un tono más controlado—. Pero te advierto que estás caminando por una línea muy fina. Ya no es solo una cuestión de autoridad, Maisie. Esto... —se detuvo, buscando las palabras correctas—. Esto también tiene que ver con lo que tú significas aquí. No puedes andar por ahí creyendo que las reglas no te aplican, que puedes hacer lo que quieras solo porque... porque...

Se detuvo, su mirada atrapada en los ojos de Maisie. Había algo en esa conexión, en el silencio que los envolvía, que lo hacía perder la concentración. Era como si todo el aire entre ellos se hubiera cargado de una tensión eléctrica, un pulso invisible que ni él podía ignorar.

—¿Porque qué, Duncan? —preguntó Maisie, suavizando su tono, pero sin perder el filo en sus palabras—. ¿Porque no soy la esposa que has elegido? ¿Porque no soy una dama obediente como Valoree?

Duncan sintió que las palabras de Maisie calaban hondo. Todo lo que decía lo desafiaba, pero también lo hacía ver una verdad que no quería enfrentar. Pero ahora, al tenerla tan cerca, le resultaba imposible seguir negándolo.

—No es eso, y lo sabes —contestó con voz ronca, su mirada volviéndose más intensa, más cargada de lo que no se atrevía a decir.

El silencio entre ellos se hizo más denso. Maisie lo miró, intentando leer lo que se escondía tras ese gesto impenetrable de Duncan, pero también sintiendo el peso de una realidad que comenzaba a desbordarse.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Maisie en un susurro.

Pero antes de que Duncan pudiera responder, la puerta se abrió de golpe, interrumpiendo el momento. Donell apareció en el umbral.

—Duncan, te están esperando. Es algo urgente.

Duncan asintió sin decir palabra, sin apartar los ojos de Maisie. El momento se había roto, pero algo había quedado ahí, en el aire, latente.

—Esto no ha terminado —expresó Duncan finalmente, con una mirada que prometía más de lo que las palabras podían decir.

Maisie lo observó mientras salía, su corazón latiendo con fuerza. Sabía que las cosas entre ellos solo habían comenzado a complicarse. Y aunque no lo quería admitir, una parte de ella temía lo que vendría después. Pero otra, más profunda, sentía que el peligro también era parte de lo que los mantenía unidos.

Capítulo 7

Maisie salió de la sala con el corazón latiendo a toda velocidad, intentando recomponerse mientras caminaba por los pasillos del castillo. La confrontación con Duncan había despertado en ella una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar. La irritación seguía presente, pero también una sensación que, por más que quisiera ignorar, no podía negar: había algo en la mirada de Duncan que la había desarmado.

¿Cómo había llegado a este punto? ¿Desde cuándo Duncan Blair tiene tanto poder sobre mis pensamientos? —pensó mientras avanzaba por los corredores de piedra.

Tenía que recordar que Duncan estaba destinado a casarse con su hermana, Valoree. Todos lo sabían, incluso ella. No había espacio para los sentimientos que comenzaban a surgir entre ellos.

Maisie sacudió la cabeza, tratando de despejar esos pensamientos.

Decidida a distraerse, Maisie caminó hacia los establos. Necesitaba un respiro, algo que la ayudara a ordenar sus ideas. Al llegar, se encontró con Creed, quien estaba preparando los caballos para una práctica.

—Maisie, ¿todo bien? —preguntó Creed, frunciendo el ceño al notar la expresión en su rostro.

—Sí, solo necesitaba salir de ese castillo un rato. Sentir el aire fresco —respondió ella, intentando sonar despreocupada.

Creed, quien la conocía mejor que nadie, sabía que algo andaba mal. Sin embargo, no insistió.

—¿Te apetece dar un paseo? —sugirió Creed, ofreciéndole una salida.

Maisie sonrió, agradecida por la oportunidad de escapar de sus pensamientos por un rato.

—Eso suena perfecto.

Ambos se subieron a sus caballos y salieron del establo, cabalgando por los verdes campos que rodeaban el clan Blair. El aire fresco y el sonido del viento le daban a Maisie la paz que tanto necesitaba. Durante un rato, ninguno habló. Era uno de los muchos motivos por los que apreciaba a Creed, él sabía cuándo mantenerse en silencio, cuándo darle espacio.

Pero incluso el silencio tenía sus límites. Después de unos minutos de cabalgar, Maisie notó la mirada de Creed sobre ella.

—Creed —habló ella finalmente, rompiendo el silencio—. Tenemos que hablar sobre Kala.

Creed, quien hasta ese momento había mantenido una expresión tranquila, frunció el ceño ligeramente. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano, pero había estado evitando esa conversación.

—¿Por qué no dejamos las cosas como están? —respondió él, con tono evasivo—. No hay necesidad de complicarlo todo.

Maisie soltó un suspiro. Lo típico de Creed, siempre queriendo evitar el problema.

—Ya están complicadas, Creed —expresó ella, con una leve sonrisa de comprensión—. Te conozco demasiado bien, y sé lo que sientes por ella. Pero también sabes lo peligroso que es. No

solo por ti, sino por Kala también.

—Lo sé —admitió Creed, con un tono más serio—. Pero es difícil. No se trata solo de lo que siento por ella. En la celebración, hablamos por horas. Hablamos de lo que quería para su vida, de su descontento con el compromiso que le impusieron, de cómo se siente atrapada en una vida que no ha elegido.

Maisie lo escuchó en silencio, entendiendo el conflicto que había en su amigo. Kala no solo era una mujer más; era la hija del Laird Blair, la hermana de Duncan, y estaba comprometida con uno de los guerreros del clan. El simple hecho de que Creed la deseara era suficiente para causar una tormenta en ambos clanes si llegaba a descubrirse.

—Creed, tú eres como un hermano para mí. No quiero verte metido en un problema del que no puedas salir. Si alguien los descubre, no solo estarás en peligro, sino también Kala. Ambos podrían ser castigados, y no de una manera liviana —advirtió Maisie, con el tono grave de quien sabe lo que está en juego.

Creed apretó los labios, sabiendo que ella tenía razón.

—Lo sé, lo sé... —murmuró, bajando la cabeza—. Pero no puedo evitarlo. No sé cómo detener lo que siento por ella.

Maisie suspiró. Podía entenderlo. El amor, o lo que fuera que estuvieran experimentando Creed y Kala, tenía una manera peligrosa de nublar el juicio. Sin embargo, no podía dejar que su amigo se expusiera a algo tan temerario.

—No puedo decirte que dejes de verla —expresó Maisie, eligiendo cuidadosamente sus palabras—, pero te estoy pidiendo que seas prudente. Sabes cómo son las cosas aquí. El clan la verá como una deshonra, y Duncan... —Maisie se detuvo un segundo, sabiendo cómo era Duncan en lo que respectaba a su familia—. Duncan no lo perdonará.

Creed asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. Sabía que Maisie tenía razón. No podía arriesgarse a que todo se viniera abajo, pero no era fácil dejar de sentir lo que sentía.

—¿Qué sugieres que haga entonces? —preguntó finalmente, su voz cargada de resignación.

—Por ahora, mantén distancia —respondió Maisie, con una expresión seria—. No quiero que termines en una situación en la que no puedas protegerte. Y si las cosas se complican, prométeme que vendrás a mí antes de hacer cualquier tontería.

Creed soltó una risa amarga.

—Prometido. No haré nada estúpido sin consultarte primero.

—Bien —asintió Maisie, suavizando su tono—. Porque de los dos, yo soy la que suele meterse en problemas. No tú.

Ambos rieron suavemente, pero la tensión en el aire aún era palpable. Maisie sabía que la situación entre Creed y Kala no iba a resolverse de manera sencilla. Las cosas ya estaban demasiado enredadas, y aunque Creed prometiera ser cuidadoso, las emociones siempre tenían la capacidad de desbordarse.

—Tú también tienes que tener cuidado, Maisie —añadió Creed después de un momento—. He visto cómo te mira Duncan.

Maisie lo miró con seriedad, sorprendida por sus palabras.

—No es lo que crees, Creed —respondió, aunque incluso ella dudaba de su propia certeza en ese momento.

—Solo te digo que tengas cuidado —dijo Creed con un tono protector—. No quiero verte lastimada.

Maisie asintió, sabiendo que su amigo solo la quería proteger.

Después de algunas horas, finalmente detuvieron sus caballos cerca de un pequeño arroyo cerca del clan. Maisie respiró profundamente, sintiéndose un poco más tranquila. Pero esa tranquilidad duró poco.

A lo lejos, vio a una figura acercándose a caballo. Duncan.

—¿Otra vez? —murmuró Maisie para sí misma, suspirando con frustración. No podía creer que él apareciera de nuevo.

Duncan se acercó, sus ojos fijos en Maisie. Creed lo miró, luego a Maisie, y sin decir una palabra, entendió que debía dejarlos solos.

—Te esperaré un poco más adelante, Maisie —informó Creed, dándole un leve toque en el brazo antes de retirarse.

Cuando Creed se alejó, Maisie se quedó sola con Duncan, quien desmontó de su caballo y se acercó lentamente.

—Maisie —empezó, su voz más suave de lo habitual—, quiero que hablemos.

Maisie lo miró de reojo, sus brazos cruzados en una postura defensiva.

—Ya hemos hablado suficiente, Duncan. No veo qué más puede decirse —respondió ella, tratando de mantener su tono frío.

Pero Duncan no se rindió.

—Te pido disculpas por antes. Tienes razón, no soy quien para tratarte como lo hice.

Maisie lo miró, y aunque podía ver algo de sinceridad en sus palabras, no iba a ceder tan fácilmente.

—Soy una mujer difícil, Duncan. Algo rebelde, sí. No siempre caigo bien, y lo sé. Pero eso no significa que me puedas castigar y esperar que cambie mi forma de ser. No voy a ser alguien que no soy.

Duncan dio un paso hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

—No quiero que cambies, Maisie. Me gustas tal y como eres.

La confesión escapó de sus labios antes de que Duncan pudiera controlarla, y ambos quedaron momentáneamente sorprendidos por la sinceridad de esas palabras.

Maisie sintió cómo su corazón latía más rápido.

¿Duncan Blair acaba de decirme eso? —pensó Maisie.

—¿Tú...? —empezó a decir, pero luego sacudió la cabeza, negándose a creer en lo que había oído—. No importa. Vas a casarte con mi hermana.

—No he dicho que eso esté decidido.

Maisie lo miró con incredulidad.

—Claro que sí. Todos saben que Valoree es la mejor opción para ti. La miraste de esa manera cuando llegamos. Es evidente.

—Esto no tiene que ver con quién es la mejor opción, Maisie —expresó Duncan, con la voz más firme—. Esto es más que un acuerdo entre clanes.

—No —respondió Maisie, dándole la espalda—. Esto es exactamente eso. Un acuerdo para unir a los clanes, para terminar con la guerra. Te casarás con Valoree, y yo me iré de aquí en cuanto lo hagan.

Duncan se acercó, deteniéndose justo detrás de ella. Podía sentir la tensión en su cuerpo.

—No estés tan segura de eso —susurró, inclinándose un poco hacia ella.

Maisie se dio la vuelta, cruzando los brazos, intentando mantener su postura firme.

—Estoy muy segura —respondió, aunque su voz tembló ligeramente cuando vio lo cerca que estaban.

Duncan sonrió de medio lado, viendo cómo ella también reaccionaba ante la proximidad entre ambos. No era solo él quien sentía la atracción que los envolvía.

Lentamente, Duncan levantó una mano, acariciando suavemente su mejilla. Maisie contuvo el aliento, pero no retrocedió. Algo en ella se negaba a apartarse, incluso cuando su mente le gritaba que lo hiciera.

—Demos un paseo —murmuró Duncan.

—¿Qué? —preguntó Maisie, frunciendo el ceño.

—Que demos un paseo —repitió, acercándose aún más.

—Lo he escuchado, pero ¿quieres que pase tiempo contigo como si nada hubiera pasado? —replicó Maisie con el ceño fruncido.

—He dicho que lo siento, Maisie. Déjame compensarlo —habló Duncan, con sinceridad—. Solo... camina conmigo.

Hubo un silencio largo, y Maisie lo observó con recelo, pero también con curiosidad. Finalmente, soltó un suspiro, asintiendo ligeramente.

—Está bien, pero solo un paseo —concedió ella.

∞∞∞

El sol se filtraba suavemente entre las copas de los árboles, iluminando el lago con destellos dorados que parecían jugar sobre la superficie cristalina. El paisaje, tan sereno y pacífico, contrastaba con la tormenta que se desataba dentro de Maisie. Se había dejado convencer por Duncan para dar un paseo, y ahora estaban aquí, en este lugar que parecía sacado de un sueño.

Duncan la había llevado a una parte aislada del lago, un lugar apartado que pocos conocían.

—Es hermoso —comentó Maisie, intentando centrarse en el entorno, en algo que no fuera él.

—Me alegra que te guste —respondió Duncan, acercándose a ella.

Su proximidad hizo que Maisie respirara hondo, intentando mantener su compostura.

—¿Trajiste a Valoree aquí también? —preguntó, en parte por curiosidad, en parte como un

mecanismo de defensa.

Duncan la miró con algo de frustración, pero su tono se mantuvo controlado.

—¿Podemos hablar solo de nosotros? —pidió él.

Maisie lo miró a los ojos, y aunque quería desafiarlo, algo en su expresión la hizo asentir.

—Está bien, hablemos de nosotros.

Duncan sonrió levemente y se agachó junto a la cesta que había traído. La abrió, revelando una variedad de frutas frescas, un trozo de queso, pan recién horneado, y una botella de whisky. Todo preparado cuidadosamente, algo que Maisie no esperaba de él.

—¡Wow! —exclamó Maisie en broma, intentando aligerar la tensión—. ¿Estás tratando de conquistarme?

Duncan la miró, una sonrisa juguetona en su rostro.

—Tal vez.

Maisie soltó una carcajada suave, pero no pudo evitar sentirse un poco nerviosa.

—No sabía que eras del tipo de hombre que se dedicaba a conquistar a las mujeres. Siempre creí que ellas venían solas a ti.

—Y no lo soy —replicó Duncan sin apartar la mirada de ella—. Al menos, no con cualquiera.

El comentario la desconcertó, y aunque quería mantener la guardia alta, una parte de ella no podía evitar sentirse intrigada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—No sé qué pensar, eres... impredecible —admitió Maisie, mordiéndose el labio, tratando de desviar la conversación para no perderse en lo que estaba sintiendo.

Duncan se rió suavemente mientras tomaba un trozo de manzana y lo llevaba a su boca.

—Si alguien aquí es impredecible, esa eres tú, Maisie. Cada día me sorprendes más. Nunca había conocido a una mujer como tú.

Maisie sintió que algo se movía dentro de ella ante esas palabras. Era difícil decir si debía tomarlas como un cumplido o como una advertencia.

—¿Debo tomarlo como un halago o una crítica? —preguntó Maisie, arqueando una ceja con una sonrisa divertida.

Duncan no respondió de inmediato. Solo la observó por un largo momento antes de inclinarse hacia ella.

—Un halago, definitivamente.

Durante los minutos que siguieron, conversaron sobre temas variados, desde las trivialidades del día a día hasta historias de su pasado. Duncan se sorprendió por la fluidez con la que conversaban, lo fácil que resultaba estar en su compañía. Maisie no era como Valoree, con quien las conversaciones eran siempre superficiales y sin profundidad. Maisie era distinta, inteligente, ingeniosa, y con una energía que lo atraía como un imán.

—Así que me odiabas —inquirió Duncan en tono burlón, recordando algo que Maisie había mencionado en medio de sus risas.

—No es que te odiara —respondió ella, divertida—. Solo quería mantenerme lejos de ti.

Porque... —Maisie hizo una pausa y bajó la mirada hacia el lago—. Debo estar lejos. Vas a casarte con mi hermana.

El ambiente se volvió tenso de repente. Las risas y la ligereza de la conversación se esfumaron. Duncan dejó lo que estaba haciendo y la miró con una intensidad renovada.

—Bien, entonces te daré otro motivo para mantenerme lejos.

Antes de que Maisie pudiera reaccionar, Duncan la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, sus labios atrapando los suyos con una fuerza y una pasión que la dejaron sin aliento. El beso fue profundo, exigente, lleno de la tensión que ambos habían estado reprimiendo durante semanas.

Maisie luchó al principio, sorprendida por el repentino arrebato de Duncan. Quiso apartarse, pero algo en su interior la traicionó. El calor de su cuerpo, el deseo acumulado, la hicieron ceder. Poco a poco, su resistencia se desvaneció y lo besó de vuelta con igual intensidad.

Sus manos se enredaron en su cabello mientras sus labios se movían con una urgencia que ninguno había anticipado. El deseo entre ellos creció rápidamente, como una tormenta desatada. El control que ambos pensaban tener se evaporó, y pronto se encontraron perdidos en el frenesí de aquel beso, enredados en un torbellino de emociones que ninguno de los dos había previsto.

Pero entonces, algo cambió.

El beso, que había comenzado como una lucha por el control, se volvió más suave, más íntimo. Ambos sintieron el peso de lo que estaba sucediendo. Esto no era solo una atracción física. Era algo más profundo, algo más peligroso.

Capítulo 8

Maisie fue la primera en apartarse, respirando con dificultad. Sus labios, aún hinchados por la intensidad del beso, temblaban ligeramente, y sus ojos buscaron los de Duncan. Ambos sabían que acababan de cruzar una línea peligrosa, una que no podrían deshacer. Pero, a pesar de ello, Duncan sentía el impulso incontrolable de volver a besarla, de reclamar lo que había comenzado con tanta pasión.

—No... esto no está bien —expresó Maisie, intentando calmar su respiración.

—Maisie... —murmuró Duncan, dando un paso hacia ella.

—Duncan, está mal que juegues con las dos cuando te vas a casar con una —replicó Maisie, mirándolo fijamente a los ojos. Vio cómo las facciones de su rostro cambiaban, cómo sus ojos, antes llenos de deseo, se oscurecían ante sus palabras.

Duncan retrocedió, apartándose de Maisie de forma abrupta y dándole la espalda. Desde donde estaba, ella podía ver cómo los músculos de su espalda se tensaban, cómo su cuerpo reflejaba la lucha interna que él intentaba contener.

Maisie lo observó por un momento, incapaz de ignorar lo atractivo que era, la fuerza que emanaba de él. Los recuerdos del beso aún recorrían su cuerpo, trayendo consigo una oleada de calor que le hizo estremecer. Pero tenía que apartar esos pensamientos. Esto no podía seguir así.

—Duncan —dijo acercándose a él, parándose justo detrás—, no tienes derecho a enfadarte. Sabes que tengo razón. ¡Mírame! —exigió.

Pero Duncan no respondió, manteniéndose con la espalda rígida, ignorándola deliberadamente.

—¡Mírame, Duncan! —repitió Maisie con más fuerza, y esta vez lo tomó del brazo, obligándolo a girarse con un brusco tirón. A pesar de que él era mucho más alto y corpulento que ella, Maisie lo enfrentó sin miedo, mirándolo directo a los ojos, desafiándolo como solo ella sabía hacerlo—. Sabes que tengo razón. ¡Niega que pretendes escoger a Valoree! —le retó—. ¡O confiesa ahora mismo que seré yo tu esposa y me entrego a ti aquí mismo!

Los ojos de Duncan se abrieron con sorpresa ante la intensidad de sus palabras. En su mente, sabía lo que más quería en ese momento, arrastrarla de nuevo hacia él, tomarla en sus brazos y sellar lo que había comenzado. Pero también sabía que estaría mintiéndole. No podía darle esa promesa.

—Tu silencio lo dice todo —concluyó Maisie, su voz fría, llena de decepción.

—Maisie, yo...

—¡No! —lo interrumpió ella con un gesto decidido—. Es mejor que volvamos al castillo. Las personas hablarían si nos vieran juntos aquí, y dudo que quieras eso, ¿verdad?

Dicho esto, Maisie se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso al castillo. Sabía que si se quedaba un segundo más, la tentación sería demasiado fuerte. Debía alejarse antes de hacer algo de lo que ambos se arrepentirían.

Duncan se quedó donde estaba, mirando cómo se alejaba. No pudo moverse, atrapado entre el deseo que sentía por Maisie y la obligación de hacer lo correcto.

Cuando Maisie se acercó a las puertas del castillo, escuchó su nombre resonar a lo lejos.

—¡Maisie! —Era Kala, que corría hacia ella con una expresión preocupada—. Te he estado buscando por todas partes. ¿Dónde estabas?

Maisie intentó calmar su agitación interior y respondió con evasiva.

—Estaba... por ahí.

En ese momento, Duncan apareció detrás de ella. Kala observó la escena, entrecerrando los ojos mientras miraba de un lado a otro, claramente formando sus propias teorías en su cabeza. Algo había pasado entre ellos. Estaba claro.

—¿Para qué me buscabas? —preguntó Maisie rápidamente, intentando ignorar la presencia de Duncan y cambiar el tema.

—Quería hablar contigo sobre algo importante... pero luego lo hacemos —respondió Kala, sus ojos todavía moviéndose entre su hermano y Maisie. No pudo evitar soltar una risita burlona al ver la tensión en el aire—. Hermano, ¿estás bien? Te noto algo tenso y agitado.

La burla en su tono provocó una risa involuntaria en Maisie, que por primera vez en minutos, se relajó un poco.

Duncan lanzó una mirada fulminante a su hermana, pero no respondió. Había corrido detrás de Maisie con la intención de aclarar lo que sentía, de explicarle su confusión... pero ahora que la tenía frente a él, supo que era mejor dejar las cosas como estaban. Maisie tenía razón. No podía seguir jugando con ambas cuando su destino ya estaba trazado. Debía casarse con Valoree.

Segundos después, vieron que Valoree se acercaba, con su característica sonrisa. Sin dudarlo, agarró el brazo de Duncan con una familiaridad que sorprendió tanto a Maisie como a Kala, quienes arrugaron el ceño al mismo tiempo.

—¿Qué es esto? —murmuró Kala en voz baja, claramente sorprendida por el gesto de su hermano.

—Debe pensar que ya están comprometidos —respondió Maisie, sin poder evitar el tono amargo que salía de su voz.

El ambiente se volvió incómodo al instante. Duncan, todavía perturbado por lo que había sucedido entre él y Maisie, no pudo evitar sentirse atrapado cuando Valoree le tomó el brazo con esa certeza, como si ya fuera un hecho que serían marido y mujer.

Valoree, sin darse cuenta de la tensión a su alrededor, sonreía con una seguridad que solo podía venir de alguien que daba por hecho su destino.

Kala, siempre observadora, decidió que era mejor apartarse antes de que la tensión explotara.

—Maisie, ven conmigo —pidió Kala, tomando a su amiga del brazo y llevándola a otro lado—. Parece que necesitamos hablar de lo que sea que estaba pasando antes de que llegara.

Maisie lanzó una última mirada a Duncan, sus ojos llenos de emociones que no se atrevía a expresar. Duncan sostuvo su mirada solo por un segundo antes de apartar los ojos, aún atrapado entre el deber y el deseo.

Kala y Maisie caminaron en silencio, con el sonido de sus pisadas resonando en el camino de

tierra. Maisie sabía que Kala tenía preguntas, y aunque quería evitar enfrentarse a lo que había pasado en el lago, también entendía que no podía guardárselo por mucho tiempo.

Mientras se adentraban en el pueblo, el bullicio de la gente a su alrededor les proporcionó un alivio temporal. Las personas iban y venían conversando entre sí. Sin embargo, las miradas curiosas no tardaron en posarse sobre ellas, o más específicamente, sobre Maisie. Era imposible ignorar las sutiles miradas de algunas aldeanas, sus ojos llenos de juicio. Algunas inclinaban levemente la cabeza en señal de respeto hacia Kala, pero a Maisie solo le ofrecían un saludo seco y educado, carente de verdadera cordialidad.

Kala notó el cambio en el ambiente, y eso hizo que frunciera el ceño.

—Cuéntame lo que pasó en el lago —pidió Kala finalmente, rompiendo el silencio. No había exigencia en su voz, sino pura curiosidad y preocupación.

Maisie suspiró, sabiendo que no podía evitar la conversación por más tiempo.

—Duncan... me besó —soltó finalmente, con un tono algo resignado.

Kala se detuvo en seco, sus ojos abriéndose de par en par.

—¿Te besó? —repitió, casi incrédula—. ¡Dime que te estoy malinterpretando!

Maisie apretó los labios y asintió lentamente. Pero antes de que Kala pudiera responder, Maisie continuó.

—Pero fue un error, Kala. No debió pasar. Él está comprometido con Valoree... bueno, casi lo está. Y me siento culpable —admitió, bajando la mirada al suelo—. Mi hermana es la que se supone que va a ser su esposa. No debería estar... haciendo esto. No con él.

Kala soltó una risa suave, sacudiendo la cabeza con una mezcla de incredulidad y simpatía.

—Maisie, ¿en serio te sientes culpable? —preguntó, dándole un suave empujón en el brazo—. No deberías sentirte así. Después de todo, Duncan claramente siente algo por ti. ¿O crees que va por ahí besando a cualquier mujer que se cruce en su camino?

—Eso no cambia el hecho de que Valoree es la favorita —respondió Maisie, mordiéndose el labio—. Siempre lo ha sido, y todos lo sabemos. Desde el primer día que llegamos, lo vi mirarla, lo vi notar su belleza y su comportamiento impecable. Valoree es perfecta para ser la esposa de un Laird. Yo, en cambio... —se interrumpió, lanzando una mirada a las aldeanas que las observaban de reojo mientras pasaban.

Dos mujeres que iban cargando cestas de frutas les sonrieron a Kala, inclinando la cabeza con respeto. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con Maisie, su expresión se mantuvo distante, como si solo la reconocieran por cortesía.

—Ya sabes cómo me ven, Kala —continuó Maisie, encogiéndose de hombros—. No soy como Valoree. Nunca lo he sido. La gente me tolera, pero no me quiere. Valoree, en cambio, tiene la simpatía de todos. Y eso es algo que no puedo cambiar.

Kala observó el entorno, viendo cómo las personas apenas le dirigían la palabra a Maisie, ofreciendo gestos educados pero fríos. No era la primera vez que notaba aquello, pero ahora que la relación entre Maisie y Duncan parecía estar tomando un giro más complicado, el contraste se hacía más evidente.

—¿Te molesta? —preguntó Kala suavemente, refiriéndose tanto a las miradas como a lo que

acababa de confesar.

Maisie negó con la cabeza, restándole importancia con una sonrisa forzada.

—Ya estoy acostumbrada. No espero caerle bien a todo el mundo. Supongo que mi manera de ser no es del agrado de muchos.

Kala detuvo su paso y se giró hacia ella, plantando ambas manos en sus caderas.

—Escúchame, Maisie. Valoree no es la única candidata para Duncan. Tú también eres una opción, lo sabes, ¿verdad? No dejes que esas miradas ni esos prejuicios te hagan pensar lo contrario. ¿No te das cuenta de lo que es evidente para todos? ¡A Duncan le gustas! Lo he visto, te busca con la mirada, se altera cuando estás cerca... Valoree puede tener todas las cualidades de una perfecta esposa, pero tú... tú le haces sentir algo más. Algo que no siente por ella.

Maisie la miró con escepticismo, aunque una parte de su interior quería creerle. ¿Cómo no sentir dudas? La lealtad hacia su hermana era lo que más la atormentaba, pero tampoco podía negar lo que había pasado en el lago.

—Kala, no es tan simple. Duncan es el futuro Laird. Necesita a alguien que lo apoye, alguien como Valoree que pueda encajar perfectamente en ese rol. Y aunque puedas tener razón en que él siente algo por mí, no creo que sea suficiente. El destino de nuestros clanes está en juego, y mi hermana es la mejor opción. Yo... yo no encajo en ese papel.

Kala soltó un resoplido de incredulidad.

—¿Y quién lo dice? ¿Las aldeanas que apenas te miran? ¿Tu tía Moira que siempre tiene algo que criticar? ¿Valoree, que por cierto, solo busca poder y posición? —Kala alzó una ceja desafiante—. Créeme, si Duncan se casara contigo, no solo encajarías, Maisie. Serías perfecta. Porque tú le darías lo que nadie más puede, alguien que lo desafíe, que lo haga mejor. Alguien que no solo lo siga como una sombra, sino que camine a su lado, como una verdadera igual.

Maisie sintió un nudo formarse en su pecho. Las palabras de Kala tocaron una parte de ella que había tratado de enterrar. Sabía que siempre había sido diferente, que no encajaba en el molde que su familia esperaba de ella, pero escuchar a Kala decirle esas cosas le dio un pequeño rayo de esperanza. ¿Y si realmente tenía razón? ¿Y si Duncan verdaderamente sentía algo por ella?

Pero antes de que pudiera responder, notó nuevamente las miradas. Esta vez, dos mujeres más que pasaban cerca de ellas murmuraron algo entre risas, lanzando una rápida mirada a Maisie antes de seguir su camino.

Kala no pudo evitar notar el gesto. Volteó los ojos y suspiró con frustración.

—Que hablen todo lo que quieran —expresó Kala, dirigiendo una mirada molesta hacia las mujeres—. Son unas envidiosas. Lo que les molesta es que tienes lo que ellas jamás tendrán, fuerza y carácter. Si te vieran realmente, no te juzgarían por ser diferente. Te admirarían.

Maisie soltó una risa amarga.

—No me malinterpretes, Kala, pero no vine aquí para ser admirada.

Kala sonrió con complicidad.

—No, claro que no. Pero quizás llegaste aquí para algo más importante.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Maisie, arqueando una ceja con una sonrisa medio burlona.

Kala la miró con seriedad, como si su respuesta fuese obvia.

—Para cambiar las reglas. Para ser la mujer que no sigue las normas, sino que las crea.

Maisie no supo qué decir, pero las palabras de Kala resonaron en su mente mientras seguían caminando.

Capítulo 9

Habían pasado dos días desde el beso en el lago, y Duncan había mantenido una distancia fría con Maisie. No había ni miradas fugaces ni palabras cruzadas. Era como si aquel beso jamás hubiera ocurrido. Maisie, por su parte, lo tomó como una señal clara: el beso había sido un error. No debió haber pasado, y la distancia que Duncan estaba poniendo entre ambos lo confirmaba.

Aunque una parte de ella sentía una punzada de decepción, otra parte, la más racional, sabía que era lo mejor. Duncan y Valoree estaban destinados a casarse, y ese beso solo había sido un desliz momentáneo. Lo último que quería era complicar aún más la situación.

Aquel radiante día, el sol brillaba con una calidez inusual para la cercanía del invierno, bañando el pueblo en una luz dorada. Maisie caminaba junto a Kala y Valoree, explorando el mercado mientras las mujeres del pueblo atendían a sus labores diarias. La esposa del Laird Blair, segunda esposa del padre de Duncan, las acompañaba también, caminando a un ritmo relajado, observando la actividad a su alrededor.

Pero mientras caminaban, Maisie no pudo evitar notar, una vez más, cómo las mujeres del pueblo se comportaban de manera completamente diferente con Valoree. La reverencia con la que la saludaban, las sonrisas que le dedicaban y las palabras amables que intercambiaban con ella eran evidentes. Parecía que Valoree ya era tratada como si fuera la futura señora del clan.

—Es impresionante lo atentas que son con Valoree —murmuró Maisie con una sonrisa forzada, inclinándose un poco hacia Kala.

Kala, que lo había notado también, asintió, pero antes de que pudiera responder, Valoree, que había estado caminando unos pasos delante, se giró hacia ellas, captando la conversación.

—¿Saben por qué, verdad? —preguntó Valoree, con una sonrisa satisfecha, claramente disfrutando de su estatus.

—No, ¿por qué? —preguntó Maisie, aunque ya tenía una idea.

—Porque el espectáculo que hiciste el día que te enfrentaste a Drostan no fue muy bien visto —respondió Valoree, sin ningún reparo—. Las mujeres del pueblo creen que fue una falta de decoro... eso de jugar con las espadas y el arco como si fueras un hombre. Las damas del clan Blair no se comportan así.

Maisie levantó una ceja, sin inmutarse ante el comentario. La falta de decoro no era algo que le importara en lo más mínimo. Nunca había encajado en ese molde de mujer dócil y perfecta, y no tenía intenciones de hacerlo ahora.

—Supongo que nunca seré una de esas *damas* —expresó Maisie con desdén, encogiéndose de hombros—. Prefiero saber defenderme.

Kala soltó una risa baja y le dio una palmada en el brazo.

—Así se habla —murmuró Kala.

Valoree bufó, claramente molesta por la respuesta de Maisie. No le gustaba que su hermana mayor siempre tomara todo tan a la ligera, especialmente cuando ella había trabajado tanto para

construir una imagen perfecta.

Continuaron caminando por el mercado, pero fue entonces cuando vieron a un grupo de guerreros acercándose, encabezados por Duncan, Donell y Drostan. Estaban conversando animadamente mientras inspeccionaban algunas armas que uno de los herreros del clan había estado forjando.

Cuando los hombres las vieron, se acercaron de inmediato, deteniéndose frente a ellas para intercambiar saludos.

—Buenos días —saludó Drostan con su habitual tono burlón, aunque sus ojos se posaron un poco más en Maisie, quizás recordando su último enfrentamiento con ella en el campo de entrenamiento.

Duncan, sin embargo, apenas miró en su dirección. Ni una sola palabra, ni un solo vistazo hacia Maisie. Era como si ella no existiera. En cambio, Valoree aprovechó el momento para deslizar su brazo alrededor del de Duncan, sonriendo con satisfacción.

—Duncan y yo hablamos de los planes para el invierno —comentó Valoree, claramente disfrutando de la atención que todos les prestaban—. Creo que será un momento perfecto para que nuestro clan se uniera a las festividades y también sería un buen momento para consolidar la alianza.

Las palabras de Valoree resonaron en el aire como algo bueno, y aunque nadie lo dijo en voz alta, era evidente que sus palabras eran bien recibida por todos. Donell y Drostan asintieron con aprobación.

—Deberías estar mirando los preparativos para tu boda con Iver —comentó Duncan de repente, girándose hacia Kala—. El vestido que usarás ese día ya está listo, y debes ir a probártelo.

Kala se tensó visiblemente al escuchar a su hermano. Maisie notó cómo sus labios se apretaron en una línea delgada, pero Kala mantuvo la compostura.

—Duncan... no —murmuró Kala, su voz apenas un susurro.

—Kala, ya hablamos de esto —interrumpió él, su tono más duro de lo que había pretendido.

Maisie no pudo mantenerse callada por más tiempo. Había visto suficiente.

—No pueden obligarla a casarse con quien no quiere —intervino Maisie con firmeza.

Valoree, que seguía colgada del brazo de Duncan, frunció el ceño ante el comentario, pero fue rápida en contestar con un tono presuntuoso.

—Maisie, deberías estar feliz de que le hayan escogido a uno de los guerreros más fuertes del clan para ser su esposo —expresó Valoree, condescendiente—. Deberías estar orgullosa, Kala.

Maisie no pudo evitar mirar con desdén a Valoree antes de volver su atención a Duncan.

—Deberían darle el derecho de decidir por lo menos a ella —indicó con la voz cargada de reproche—. Y deberías estar de acuerdo, Duncan. Kala es tu hermana.

Duncan la miró, su rostro impasible, pero sus ojos reflejaban la lucha interna que estaba librando. A pesar de eso, sus palabras salieron frías.

—No deberías meterte donde no te llaman, Maisie —replicó, su tono cortante—. Estos son problemas de familia.

Las palabras golpearon a Maisie como una bofetada. Dio un paso atrás, sintiendo un nudo en el pecho, como si le hubieran arrancado el aire de los pulmones. ¿Cómo podía decirle eso? Después de todo, ¿era realmente así como la veía?

—Entiendo —murmuró, su voz temblando ligeramente, pero manteniendo su dignidad. Dio media vuelta, alejándose de todos antes de que alguien pudiera detenerla.

Duncan la vio marcharse y se arrepintió al instante de lo que había dicho. Había sido cruel, sin razón. Había dejado claro, sin querer, que Maisie no era parte de su familia, que su opinión no valía.

Kala, por su parte, no pudo más. Giró hacia su hermano, señalándolo con el dedo, su voz llena de rabia.

—Si me obligas a casarme con Iver, tú dejarás de ser mi familia, Duncan.

Con esas palabras, Kala se dio la vuelta y salió corriendo tras Maisie. La encontró poco después, abrazada a Creed, que la consolaba en silencio, sin necesidad de palabras.

Kala los observó en silencio por un momento, sintiendo una mezcla de frustración y tristeza. Esto no podía continuar así. Algo tenía que cambiar.

∞∞∞

La noche había caído y el silencio envolvía el castillo, pero en la mente de Duncan había un caos que ningún silencio podía apaciguar. Estaba sentado en una de las sillas grandes del gran salón, con una jarra de whisky a su lado. El líquido dorado era lo único que le ofrecía consuelo en ese momento. Sus pensamientos, sin embargo, seguían desbocados, enfocados en ella.

Maisie.

Todo debería ser más fácil —se repitió una y otra vez. Valoree era la opción evidente, la esposa perfecta que cualquiera desearía tener. Ella le ofrecía seguridad, estabilidad, una unión de clanes. Pero Maisie...

Cada vez que pensaba en su nombre, algo dentro de él se agitaba. Ese beso en el lago no había sido un error cualquiera; había encendido algo en él, algo que ni todo el whisky del mundo podría apagar.

—Hijo.

La voz grave de su padre lo sacó de sus pensamientos. Douglas Blair se sentó a su lado, sosteniendo un vaso de whisky propio.

—Puedo ver que estás en una batalla interna contigo mismo —observó el Laird, llenando el silencio que Duncan había dejado en el aire.

Duncan miró a su padre por un momento, luego llevó el vaso a sus labios y bebió todo su contenido de un solo trago. El calor del alcohol le bajó por la garganta, pero no calmó el ardor que sentía en su pecho. Nada lo hacía.

—Realmente no sé qué hacer —admitió Duncan, sus palabras cargadas de una pesadez que no podía ocultar—. Al principio parecía fácil, pero ahora...

—Es fácil, Duncan. Lo que sucede es que te empeñas en mentirte a ti mismo.

Duncan giró la cabeza hacia su padre, frunciendo el ceño. Su padre lo miró con una mezcla de comprensión y dureza. El hombre que había liderado al clan Blair por tantos años podía leerlo mejor que nadie. Duncan había creído que podría ocultar sus dudas, pero Douglas lo conocía demasiado bien.

—¿De qué hablas? —preguntó Duncan, su voz más baja.

Douglas sonrió de lado, con esa sabiduría que sólo los años de experiencia podían traer.

—Sabes lo que pienso, hijo. Tienes miedo a casarte con la mujer que realmente te hará feliz —expresó Douglas, tomando un sorbo de whisky antes de continuar—. Y lo sabes. Tienes miedo porque ella te hará rabiar, te sacará de quicio... pero, a la vez, te hará sentir más vivo de lo que jamás te has sentido.

Duncan frunció el ceño, pero no dijo nada. Las palabras de su padre golpeaban en su interior como una campana que resonaba con la verdad.

—¿Qué significa eso?

Douglas apoyó su vaso en la mesa y miró a su hijo directamente a los ojos.

—Lo sabes muy bien, Duncan. No necesito decírtelo. Solo quiero que elijas bien ahora, porque tu futuro depende de esa decisión —concluyó Douglas, con una seriedad que era imposible de ignorar.

El Laird se levantó de su asiento, dándole una última mirada antes de marcharse, dejando a Duncan solo con sus pensamientos.

Su futuro dependía de esa decisión.

Duncan suspiró profundamente, sintiendo el peso de esas palabras caer sobre él. ¿Era eso lo que realmente temía? ¿Que Maisie pudiera hacerlo sentir cosas que nunca había sentido? Valoree era la opción lógica, la opción segura. Maisie, por otro lado, era todo lo que él nunca había planeado querer, pero que ahora deseaba con una intensidad que no podía negar.

Duncan se frotó el rostro con las manos, frustrado. El whisky ya no le servía de distracción, y su mente estaba demasiado inquieta para dejarlo en paz.

Tenía que verla.

El impulso lo golpeó de repente, y antes de que pudiera pensarlo dos veces, se levantó de su asiento. Caminó a paso firme hacia las escaleras, ignorando las miradas curiosas de los hombres que aún quedaban en el gran salón. Tenía que hablar con Maisie, poner fin a esta incertidumbre.

Subió las escaleras rápidamente, casi corriendo por los pasillos oscuros del castillo hasta que llegó frente a la puerta de Maisie. El corazón le latía con fuerza en el pecho, no por la carrera, sino por lo que estaba a punto de hacer.

Tenía que decirle lo que sentía. Tenía que aclarar las cosas.

Alzó la mano para golpear la puerta, pero antes de que pudiera hacerlo, escuchó voces al otro lado.

—Quisiera irme contigo —escuchó decir a Maisie, su voz cargada de una emoción que Duncan no reconocía—. No soportaría quedarme aquí... y sabes por qué. No volveré a repetirlo.

Duncan frunció el ceño. ¿Irse? ¿Con quién?

—¿Estás segura que quieres huir? —Otra voz, masculina, se hizo oír.

—Sí, haremos todo lo posible por huir de aquí, juntos.

El estómago de Duncan se retorció con una mezcla de rabia y confusión. ¿Huir? ¿Juntos?

El rostro de Duncan se oscureció, y sus manos se cerraron en puños apretados. ¿Maisie quería huir con un hombre? ¿Quién era? ¿Estaba jugando con él todo este tiempo, mientras hacía planes con otro?

De repente, todo lo que había pasado los últimos días tomó un giro distinto en su mente. El beso en el lago, sus provocaciones, su cercanía... todo. ¿Había estado engañándolo, distrayéndolo de su verdadero plan? ¿De su relación secreta con otro hombre?

¡Zorra!

La furia lo consumió por dentro, alimentada por la sospecha. Recordó la noche en que la había atrapado con Kala en el granero, cuando pensaban encontrarse con un hombre. ¿Era el mismo hombre que ahora estaba en su habitación?

Duncan sintió el calor subiéndole por el cuello. Su corazón latía desbocado, no solo por la traición que imaginaba, sino porque el deseo que sentía por ella seguía vivo, mezclado ahora con rabia.

Maisie lo estaba distraendo de su deber, de lo que realmente importaba. Todo lo que había sentido en los últimos días, desde el momento en que llegó, lo había hecho olvidar lo más importante: su responsabilidad con el clan. Duncan había permitido que sus sentimientos confusos por Maisie lo nublaran. Y eso, para él, era imperdonable.

No podía permitirse ser débil, no ahora. El deber siempre había sido lo primero. Proteger a su gente, asegurar la paz, y una alianza con los McAllen era clave para lograrlo. Lo supo desde el principio, y se había dejado distraer por una mujer que no debía significar nada para él.

No podía continuar así. Valoree era la opción correcta. Maisie era caos y peligro. Y él no podía permitirse flaquear, no por algo tan incontrolable como el deseo.

Duncan apretó la mandíbula con fuerza, un músculo latiendo en su mejilla mientras se apartaba de la puerta. No. No podía entrar ahora, no cuando sus emociones estaban fuera de control.

Había una guerra que ganar.

Respiró hondo, recordándose quién era. El futuro Laird del clan Blair. No había espacio para el error, y mucho menos para la debilidad.

Dio un paso atrás, luego otro, y se giró con determinación. Volvería a centrarse en su propósito original: casarse con Valoree, sellar la alianza y proteger a su gente. Esa era la decisión correcta. La única decisión.

Capítulo 10

La habitación de Maisie estaba iluminada por la tenue luz de la luna que se colaba a través de las ventanas por alguna velas. Los tres amigos estaban sentados alrededor de una pequeña mesa de madera, donde una jarra de vino permanecía medio vacía, junto a algunas copas que habían estado compartiendo.

—Entonces, ¿qué es lo que me tienen que decir? —preguntó Maisie, entrecerrando los ojos de forma juguetona mientras miraba a Creed y Kala, quienes parecían ligeramente nerviosos. Sabía que algo tramaban.

Kala se mordió el labio inferior, intercambiando una mirada rápida con Creed antes de hablar.

—Hemos estado... hablando —comenzó Kala, su voz algo tímida, pero llena de emoción—. Y no solo hablando, también encontrándonos, a escondidas.

—¿En secreto? —Maisie arqueó una ceja con una sonrisa juguetona—. Bueno, eso no es exactamente una sorpresa para mí, los he visto intercambiando miradas desde hace semanas.

Creed soltó una risa nerviosa, pero pronto su rostro se tornó serio.

—Es más que eso, Maisie. Hemos tomado una decisión —añadió Creed, su tono más solemne—. Vamos a irnos. Vamos a escapar del clan y dirigirnos a Irlanda.

—¿Irlanda? —Maisie frunció el ceño, procesando la revelación.

Kala asintió rápidamente, con una mezcla de entusiasmo y nerviosismo.

—Sí. Allí seremos más libres, Maisie. No tendré que casarme con alguien que no amo, y Creed y yo podremos estar juntos sin el peso de los compromisos y las alianzas que aquí nos sofocan. No tenemos que vivir bajo las reglas de nadie más.

Maisie los miró en silencio durante unos momentos. Luego, una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Si hay algo que respeto en este mundo, es la libertad —expresó Maisie, asintiendo con aprobación—. Y si ustedes creen que serán más felices allí, entonces yo los apoyaré. Haría lo mismo si encontrara al hombre de mi vida.

Kala no pudo evitar sonreír con picardía ante las palabras de Maisie. Se inclinó un poco hacia adelante, observando a su amiga con ojos brillantes.

—¿Tal vez ya lo encontraste? —sugirió Kala con una sonrisa traviesa—. Y me refiero a mi querido hermano, por supuesto.

Maisie se quedó inmóvil por un momento, su sonrisa desapareciendo gradualmente mientras el nombre de Duncan se hacía eco en su mente. Antes de que pudiera responder, Creed intervino, frunciendo el ceño con visible molestia.

—¿Duncan? —soltó Creed, casi escupiendo el nombre—. No creo que Duncan sea el hombre adecuado para Maisie. ¿No has visto cómo la ha estado ignorando deliberadamente estos últimos días? Mientras a Valoree le presta toda la atención del mundo.

El ambiente en la habitación se tensó por un momento. Creed había estado guardando esas palabras durante días, y ahora que las había dicho, el aire se sentía más pesado.

Kala abrió la boca, a punto de protestar, pero Maisie habló primero, alzando una mano para calmar a ambos.

—Creed tiene razón —musitó Maisie, su tono serio pero calmado—. Duncan no me considera... ni siquiera como una opción para ser su esposa, mucho menos como alguien importante en su vida. Y me lo ha demostrado de más maneras de las que me gustaría admitir.

Kala frunció el ceño, aún no queriendo aceptar completamente las palabras de Maisie.

—¿Por qué dices eso, Maisie? Él... él solo tiene mucho en la cabeza, y quizás...

—No, Kala. No lo justifiques —interrumpió Maisie, aunque su voz no era dura, sino más bien resignada—. Duncan ha dejado claro quién es su elección, y no soy yo. Ya está bastante claro que Valoree es la mujer que él piensa escoger.

Kala desvió la mirada, incómoda, pero no podía negar la verdad en las palabras de Maisie. Todo indicaba que Duncan y Valoree estaban destinados a casarse.

Después de unos minutos de silencio incómodo, Maisie se levantó de su asiento de manera repentina, una sonrisa traviesa curvando sus labios.

—¿Saben qué? —expresó de manera abrupta, rompiendo la tensión—. He decidido que yo también me iré con ustedes.

Creed y Kala intercambiaron una mirada de absoluta sorpresa, incapaces de procesar lo que acababan de escuchar.

—¿Qué? —exclamaron al unísono.

Maisie los miró a ambos con determinación.

—Es que no hay nada que me retenga aquí —continuó Maisie—. No quiero quedarme en un lugar donde todo lo que soy parece una ofensa para los demás. Aquí nunca seré aceptada, ni como guerrera ni como mujer. Y menos aún como la esposa de un hombre que ni siquiera me considera una opción.

Kala se quedó boquiabierta, incapaz de encontrar palabras. Creed, por su parte, frunció el ceño, aún más confundido.

—¿Estás segura que quieres huir? —preguntó Creed aún con el ceño fruncido. Maisie asintió con entusiasmo.

—Sí, haremos todo lo posible por huir de aquí, juntos.

Silencio nuevamente, cada uno pensando en las posibilidades, hasta que Creed habló.

—Maisie, lo que estás diciendo... no es una decisión que puedas tomar así como así. Escapar de aquí, de tu familia... no sería sencillo. Tendrás que enfrentarte a muchas más consecuencias de las que ahora imaginas.

Maisie lo miró con serenidad, pero también con determinación.

—No subestimes mi capacidad para tomar decisiones difíciles, Creed. Sé lo que estoy diciendo.

Kala, quien siempre había sido la más impulsiva, se quedó callada, dándose cuenta de lo que

implicaría que Maisie se uniera a su plan. Eso no era solo una broma. Maisie lo decía en serio.

—Maisie... —Kala la miró, preocupada, pero también sabiendo que su amiga era la clase de persona que no hablaba a la ligera cuando se trataba de su futuro.

—Estoy cansada de sentir que no pertenezco a ningún lado —continuó Maisie, mirando a ambos—. Si ustedes se van a Irlanda, yo también me iré. No tengo ningún motivo para quedarme aquí, y creo que mi vida estará mejor lejos de este lugar.

Creed y Kala se quedaron en silencio por unos instantes. El peso de lo que Maisie había dicho les golpeaba a ambos, no solo por la decisión que había tomado, sino porque sabían lo difícil que sería para ella marcharse. Pero a la vez, comprendían sus razones.

Kala fue la primera en romper el silencio. Con una sonrisa que reflejaba tanto tristeza como solidaridad, dio un paso hacia Maisie y la abrazó con fuerza.

—Si te vienes con nosotros, entonces seremos más fuertes juntos —murmuró Kala, con los ojos brillando—. Eres nuestra amiga, nuestra hermana, y no podemos imaginar hacerlo sin ti.

Creed, quien había estado observando con el ceño fruncido, asintió lentamente. Aunque sabía que el viaje a Irlanda sería peligroso, y que huir del clan podría traer graves consecuencias, entendía que Maisie no era alguien que se quedaría atrás mientras los demás luchaban por su libertad.

—Está decidido entonces —añadió Creed, caminando hacia las dos y poniéndoles una mano en el hombro—. Nos iremos los tres, y comenzaremos una nueva vida, lejos de aquí. Una vida donde cada uno de nosotros pueda ser libre.

Maisie sonrió con una mezcla de alivio y determinación. Sabía que huiría, no solo por el dolor que sentía al no pertenecer a ningún lado, sino porque merecía algo más, una vida donde pudiera vivir en sus propios términos



El clima en las Tierras Altas no había cambiado mucho; el cielo estaba cubierto por nubes bajas y el aire era fresco, con una humedad que parecía penetrar hasta los huesos. La tierra bajo los pies estaba fangosa, como siempre después de las lluvias, y la ligera neblina matinal cubría el valle donde el clan Blair se preparaba para una gran fiesta.

Había rumores por todas partes.

—Dicen que será esta noche cuando Duncan anunciará su compromiso —murmuraba una aldeana a otra mientras recogían leña húmeda—. Seguro será con Valoree McAllen.

—Sí, es lo que todos dicen —respondió la otra, sacudiéndose el barro de las botas.

Maisie no prestó atención a los murmullos. Había decidido mantener la cabeza baja esa mañana, evitando las miradas y los comentarios que ahora sabía que iban dirigidos hacia ella más que nunca. Después del incidente con los guerreros días atrás, muchas mujeres del pueblo la veían con desdén. Para ellas, el comportamiento de Maisie había sido una muestra de falta de decoro y respeto por las tradiciones.

Pero eso no le importaba.

El pueblo estaba vivo de actividad. A un costado, algunos hombres estaban sacrificando animales para la cena de esa noche. Los gritos de los cerdos y ovejas resonaron en el aire, seguidos por los sonidos de cuchillos afilados cortando carne. El olor de la sangre fresca se mezclaba con el barro y la humedad, mientras las mujeres trabajaban preparando las mesas con decoraciones simples: ramas de pino y acebo para adornar los bordes de las mesas, y pequeñas antorchas que iluminarían el espacio cuando cayera la noche.

De las casas del pueblo salía el humo de las chimeneas mientras el frío de la mañana persistía. El clima en Escocia, en esa época del año, hacía que el sol fuera un visitante raro, y aunque el invierno estaba a punto de asentarse, las preparaciones para la fiesta no se detenían.

Caminando por los senderos fangosos, Maisie vio a Kala y Valoree un poco más adelante. Valoree era el centro de atención, como siempre. Varias aldeanas se acercaron a ella, sonriéndole y comentando lo bien que se veía con su capa nueva, los cabellos perfectamente peinados.

Maisie observó todo desde la distancia, sin inmutarse. Había notado ya la diferencia. Mientras Valoree recibía sonrisas y palabras amables, ella apenas recibía un saludo cortés, si es que se dignaban a saludarla. No le molestaba, había aprendido a vivir con esas miradas de juicio. Siempre había sido así, y eso no iba a cambiar.

—No les hagas caso —susurró Kala, acercándose a su amiga—. Ya sabes cómo son. Piensan que porque Valoree es más... como ellas, la adoran. No se dan cuenta de lo que realmente sucede.

Maisie sonrió débilmente, pero no respondió. Había más de una verdad en las palabras de Kala, y aunque intentaba no darle importancia, siempre era difícil sentirse como una extraña, incluso entre su propia gente.

Caminando un poco más adelante, Maisie divisó a Liah, la esposa del padre de Duncan, inclinada sobre una mesa de madera mientras organizaba algunas flores silvestres. Liah era una de las pocas que siempre la había tratado con amabilidad, nunca con el juicio que otras mujeres parecían lanzar constantemente.

Decidiendo que era mejor mantener algo de compañía neutral, Maisie se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte con eso? —preguntó, mientras Liah levantaba la vista y le dedicaba una sonrisa cálida.

—Oh, Maisie, querida, claro que sí —respondió Liah, haciendo espacio en la mesa para que Maisie la ayudara—. Aquí hay algunas ramas de pino, podemos colocarlas entre las flores. Hacen que todo huela más fresco.

Ambas trabajaron en silencio por un rato, las manos de Maisie moviéndose de forma automática mientras sus pensamientos vagaban por otros sitios.

—Ha sido un tiempo muy ajetreado —comentó Liah, sin mirarla directamente—. Ya sabes, con las preparaciones para la fiesta y todo lo que eso conlleva.

Maisie asintió, aunque sabía que la mujer estaba siendo deliberadamente cuidadosa de no mencionar el verdadero motivo de la fiesta. El supuesto compromiso de Duncan con Valoree.

—Seguro será una fiesta maravillosa —comentó Maisie, intentando mantener el tono ligero—. Hay mucho por hacer.

Liah sonrió de nuevo, esta vez con un toque de melancolía.

—Así es, querida.

Maisie asintió en silencio. Mientras tanto, el día continuaba y el castillo Blair se llenaba de vida.

Los hombres estaban dentro, preparando los barriles de whisky que se servirían durante la noche. Había olores de carne asada mezclándose con el humo de las chimeneas, y los sirvientes organizaban el gran salón, colocando mesas largas para los invitados que llegarían de otros clanes.

Los cueros de los animales sacrificados eran llevados a los lados del castillo, mientras los huesos eran enterrados o usados para futuras herramientas. La carne sería servida como plato principal, junto a pasteles de avena y panes rústicos.

Todo estaba listo para la fiesta, pero Maisie sentía un nudo en el estómago. Esa no era su fiesta, y no era su futuro el que estaba siendo celebrado.

Estaba a punto de retirarse cuando Valoree apareció de la nada, su figura perfectamente compuesta resaltando entre el caos de la preparación.

—¿No piensas cambiarte y arreglarte para la fiesta? —preguntó Valoree con una sonrisa, su tono suave y curioso, sin pizca de sarcasmo o juicio.

Maisie levantó la vista y la observó en silencio durante un momento. Su hermana, como siempre, estaba impecable. Llevaba un vestido azul oscuro que resaltaba sus ojos claros, su cabello rubio cuidadosamente recogido en una trenza intrincada y elegante. Cada detalle estaba en su lugar, lista para lo que todos sabían que sería la gran noche. Maisie, en cambio, estaba vestida con algo más simple, su cabello rojo cayendo en mechones algo rebeldes alrededor de su rostro.

—No lo creo necesario —respondió Maisie finalmente, encogiéndose de hombros.

—Sí lo es, Maisie —insistió, aunque su tono seguía siendo amable, algo que sorprendió a Maisie—. Debes demostrar que eres una McAllen, además de mostrar al mundo tu belleza. Eres hermosa, a tu manera.

El ceño de Maisie se frunció por dos motivos. Primero, porque no estaba acostumbrada a escuchar a su hermana con un tono tan sincero, sin segundas intenciones. Y segundo, porque Valoree acababa de decirle que era hermosa, algo que no escuchaba de ella desde hacía muchos años. Era casi como si hablara con la Valoree de su infancia, antes de que todo cambiara.

Por un momento, Maisie recordó aquellos tiempos antes del incendio, cuando su madre aún vivía y las dos hermanas estaban unidas. Valoree solía seguirla a todas partes, queriendo hacer todo lo que Maisie hacía, desde correr por los campos hasta subirse a los árboles. Siempre había sido así, inseparables. Pero después de la tragedia, todo había cambiado. El aislamiento que Maisie había vivido mientras se recuperaba de sus heridas había sido el comienzo de la distancia entre ellas. Y cuando finalmente regresó a su vida normal, Valoree ya no era la misma. Su padre y Moira se habían encargado de cambiarla, moldeándola a su manera, mientras Maisie se convertía en una extraña en su propia familia.

Pero hoy, por primera vez en mucho tiempo, Valoree parecía ser la hermana de antes.

Sacudió esos pensamientos. No era el momento de revivir el pasado. Valoree, por una vez, le había hablado con sinceridad, y Maisie decidió aceptar su consejo.

—Tienes razón —concedió Maisie, esbozando una pequeña sonrisa—. Iré a arreglarme.

Valoree asintió satisfecha, y Maisie la vio alejarse mientras volvía al castillo. No había malicia en sus palabras, y eso le dio a Maisie una pequeña sensación de alivio. Tal vez, por primera vez en mucho tiempo, Valoree no estaba compitiendo con ella.

Una hora después, Maisie había cambiado completamente su apariencia. Después de un baño caliente que relajó su cuerpo, eligió un vestido verde esmeralda que había traído de su hogar. Era más elegante de lo que solía llevar, con mangas largas y una fina capa de encaje en el escote que le daba un aire delicado, algo que contrastaba con su habitual imagen de guerrera.

Peinó su largo cabello rojo, dejándolo caer en suaves ondas que le caían sobre los hombros, y cuando se miró en el espejo, apenas se reconoció. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió distinta, casi como si estuviera viendo a una versión diferente de sí misma. No se parecía a la Maisie que entrenaba con espadas o que luchaba contra los guerreros.

Era simplemente Maisie, una mujer más.

Ya lista, decidió bajar a la fiesta que comenzaba a animarse afuera. La gran fogata en el centro del pueblo ya ardía, su luz reflejada en los rostros de los aldeanos que bailaban y reían a su alrededor. El sonido de los tambores y las gaitas llenaba el aire, mientras las llamas bailaban junto a ellos.

Maisie decidió, como en la última fiesta, mantenerse al margen. Se situó a una distancia prudente, observando cómo los miembros del clan se dejaban llevar por la música y la bebida. Aunque la atmósfera era festiva, ella no se sentía parte de esa alegría. No en esa noche.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que alguien rompiera su aislamiento.

—Maisie —la voz familiar de Drostan la hizo girarse—. Pensé que te vería aquí —habló él, acercándose con una sonrisa en los labios. En la mano, llevaba un vaso de whisky, que le ofreció a Maisie—. Pensé que querías un trago.

Maisie levantó una ceja, pero aceptó el vaso con una pequeña sonrisa.

—¿Intentas emborracharme, Drostan?

—Jamás haría tal cosa —respondió él, con una sonrisa de medio lado—. Solo quiero asegurarme de que disfrutes de la fiesta también.

Maisie tomó un sorbo de whisky, dejando que el líquido caliente recorriera su garganta.

—Bueno, entonces gracias. Aunque no sé si disfrutar es la palabra correcta para esta noche.

Drostan la miró de arriba a abajo, notando el cambio en su apariencia.

—Debo decirlo —comentó, llevándose su propio vaso a los labios—. Te ves absolutamente hermosa esta noche, Maisie.

Ella dejó escapar una risa suave, sin tomarse muy en serio el halago.

—¿Hermosa? —replicó, con su tono juguetón habitual—. ¿Qué es lo que quieres ahora, Drostan?

Drostan soltó una carcajada, disfrutando de la respuesta de Maisie. Siempre le había gustado su carácter, su forma directa de hablar, que contrastaba tanto con las mujeres que lo rodeaban habitualmente.

—Te aseguro que no busco nada —habló él, aún riendo—. Solo quería disfrutar de tu compañía y, tal vez, ver si esta vez me dejarás sacarte a bailar.

Maisie sonrió, pero no respondió. Sabía que Drostan no tenía malas intenciones, pero tampoco estaba interesada en él. Sin embargo, disfrutaba de la charla, y la conversación entre ellos fluyó fácilmente, entre vasos de whisky y bromas, como si fueran viejos amigos compartiendo una noche más.

A medida que la noche avanzaba y el frío aumentaba, los aldeanos comenzaron a moverse hacia el interior del castillo. La fiesta continuaría, pero ahora dentro de las grandes salas de piedra, donde el calor de las chimeneas reemplazaría el frío aire de las Tierras Altas.

Maisie y Drostan entraron junto con el resto del grupo, y pronto el salón principal del castillo se llenó de música, risas y más bebidas. La decoración era rústica pero elegante, con grandes antorchas en las paredes, mesas largas cubiertas con platos de carne, pan y whisky en abundancia.

Maisie, aún al margen junto a Drostan, observó cómo todos tomaban sus asientos, cuando de repente la música se detuvo. Los murmullos se apagaron y todas las miradas se dirigieron hacia el centro del salón.

Duncan estaba de pie, esperando con su expresión solemne pero firme. Su mirada se paseó por la sala antes de que hablara, su voz resonando con autoridad.

—Quiero agradecer a todos por estar aquí esta noche. Mi gratitud no tiene límites hacia aquellos que han trabajado para hacer de este día una celebración memorable.

Los murmullos de aprobación llenaron la sala mientras Duncan continuó.

—Hoy es un día importante no solo para mí, sino para el futuro de nuestro clan. Es hora de unir fuerzas con los McAllen y asegurar un futuro próspero para ambos.

Maisie sintió su estómago tensarse. Sabía lo que venía. Lo había sabido desde hacía días.

—Por lo tanto, es un honor para mí anunciar mi compromiso con Valoree McAllen —concluyó Duncan, con una voz clara y fuerte.

Los vítores llenaron el salón, y la gente se puso de pie, aplaudiendo y felicitando tanto a Duncan como a Valoree, quien sonreía radiante desde su lugar. El futuro estaba sellado.

Drostan, que había estado junto a Maisie todo el tiempo, la miró de reojo, con una mezcla de pena y preocupación en sus ojos. Maisie tomó un sorbo más de whisky y luego sonrió débilmente, aunque sus ojos estaban llenos de resignación.

—Es una buena elección —habló finalmente, con una voz neutral—. Valoree será una esposa perfecta para él.

Drostan la observó por un momento, como si buscara algún rastro de dolor en sus palabras, pero Maisie no dejó que ninguna emoción más profunda asomara a la superficie.

La fiesta continuó, las copas seguían alzándose, pero para Maisie, todo ya estaba decidido.

Capítulo 11

Duncan no podía dejar de pensar en lo que había escuchado en la habitación de Maisie dos noches atrás. Las palabras que habían cruzado entre ella y ese hombre seguían martillando en su cabeza. No había reconocido la voz masculina, lo que lo había llevado a plantearse varias teorías sobre quién podría ser el hombre con el que planeaba escapar. Durante un tiempo, había considerado investigar más, descubrir quién había estado con ella, pero después de todo, ¿qué sentido tenía?

Ya había tomado su decisión. Iba a casarse con Valoree McAllen. Esa noche sería el momento de hacerlo oficial, de cumplir con su deber hacia el clan. Era lo correcto.

A pesar de eso, no podía evitar buscar a Maisie con la mirada. Mientras la gran fogata ardía en el centro del pueblo y las risas y el bullicio llenaban el aire, los ojos de Duncan se mantenían en constante búsqueda de Maisie. Sabía que ella no se acercaría al fuego. Pero desde su posición, podía ver a las personas reunidas y si ella decidía aparecer.

Y entonces, la vio.

El corazón de Duncan dio un vuelco, latiendo tan fuerte que por un segundo creyó que se le saldría del pecho. Maisie había llegado, caminando con calma, casi de manera inadvertida, pero él no pudo apartar los ojos de ella. El vestido verde esmeralda que llevaba resaltaba aún más su figura voluptuosa y su cabello rojo fuego, que caía en suaves ondas sobre sus hombros y espalda. El contraste del vestido con su piel clara y su cabello la hacía parecer casi irreal, como una criatura mágica que no pertenecía del todo a ese mundo. Sus caderas anchas y su cintura estrecha quedaban perfectamente moldeadas por el vestido, y su porte era el de alguien que, aunque no buscaba atención, la atraía sin siquiera intentarlo.

Duncan apretó los puños, intentando calmarse. Pero era inútil. Todo en ella lo desarmaba, desde su andar hasta la manera en que el viento jugaba con sus cabellos. Sentía un calor creciente en su pecho, una sensación que no había sentido con Valoree, ni con ninguna otra mujer.

Su mirada no podía apartarse de ella, y solo lo hizo cuando notó que Valoree también llegaba, acercándose al círculo de gente. Al ver a Valoree, la reacción fue completamente distinta. No sintió nada. Ninguna emoción, ningún cambio en su respiración, ningún impulso. Valoree estaba como siempre, impecablemente vestida, con el cabello perfectamente recogido y un porte digno de una futura esposa de un Laird. Pero a diferencia de lo que había sentido al ver a Maisie, su llegada no provocó ningún tipo de agitación interna.

Moira, tía de Valoree y Maisie, estaba a su lado y no perdió la oportunidad de elogiar a su sobrina.

—Valoree siempre ha sido perfecta —comentó Moira, con una sonrisa orgullosa—. Mira cómo se comporta, con esa gracia natural. Es justo lo que un hombre de tu posición necesita, Duncan.

Duncan apenas escuchó el comentario. Sus ojos se desviaron brevemente hacia su padre, Douglas, que estaba sentado cerca de ellos, observando la escena con una mirada calculadora. Douglas no decía mucho, pero cuando lo hacía, sus palabras siempre tenían peso.

Douglas permaneció en silencio, aunque Duncan sabía que su padre lo estaba observando, esperando que tomara la decisión correcta.

Finalmente, fue Douglas quien rompió el silencio.

—¿Has estado pensando en lo que te dije sobre los entrenamientos? —preguntó su padre, sin rodeos.

Duncan asintió, girando la cabeza para mirarlo. Douglas era un hombre de pocas palabras, pero siempre sabía cuándo intervenir. Aunque el entrenamiento de los guerreros era un tema constante entre ellos.

—Sí, he estado pensando en eso —respondió Duncan—. Los hombres necesitan más práctica con el arco, especialmente ahora que el invierno se acerca. Pero también necesito enfocarme en la boda de Kala.

Douglas frunció el ceño ligeramente, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Hablando de Kala, ¿dónde está? No la he visto en la fiesta.

Duncan también había notado la ausencia de su hermana menor, pero Liah fue quien respondió antes de que él pudiera hacerlo.

—Debe estar adentro, en el castillo —intervino Liah, con una sonrisa suave.

Douglas asintió, aunque su expresión no cambió del todo.

Mientras tanto, Duncan volvió a mirar hacia donde estaba Maisie, pero esta vez su rostro se endureció al notar que no estaba sola. Drostan había llegado a su lado con un vaso de whisky en la mano y se lo había ofrecido a Maisie. Ella aceptó el vaso con una sonrisa y comenzaron a hablar, como si no hubiera preocupación alguna en el mundo. Drostan la hacía reír, y eso lo hizo apretar los dientes.

¿Por qué ese malestar repentino? Sabía que Drostan no tenía interés real en Maisie, al menos no uno que se saliera de los límites de la amistad. Pero los celos lo traicionaban, nublándole la razón. La idea de que otro hombre, incluso su amigo, se acercara tanto a Maisie lo enfurecía. No podía dejar de mirar cómo conversaban con esa familiaridad, entre risas y vasos de whisky. Drostan parecía relajado, sin preocuparse de nada, mientras que Maisie respondía a sus bromas con risas.

Duncan intentó calmarse. Sabía que no era Drostan. Ese hombre que había escuchado en la habitación de Maisie no era él. Pero aun así, la forma en que conversaban, riendo y disfrutando la compañía del otro, le revolvía el estómago.

Finalmente, llegó el momento de entrar al castillo. El frío comenzaba a apretar, y la música que resonaba afuera se apagó mientras todos se movían hacia el gran salón. Duncan se preparó para lo que sabía que debía hacer. Hoy era el día en que anunciaría su compromiso. Era lo que se esperaba de él, lo que su clan necesitaba.

Ya dentro del castillo, las mesas estaban dispuestas y los barriles de whisky comenzaban a vaciarse en las jarras de los invitados. La luz de las antorchas iluminaba el salón, y los miembros del clan tomaban sus asientos, preparándose para lo que sabían que iba a ser un anuncio importante.

Duncan se colocó en el centro del salón, justo cuando la música se detuvo. Miró brevemente a

su alrededor, tomando aire. Su mirada volvió a detenerse en Maisie, quien continuaba al lado de Drostan, con una expresión tranquila, como si todo estuviera en su lugar. Drostan le dijo algo en voz baja, y Maisie solo sonrió.

Duncan sintió una punzada en el pecho, pero rápidamente apartó la mirada. Sabía que no podía permitirse ese tipo de distracción ahora.

Luego del anuncio de su compromiso con Valoree, las felicitaciones no tardaron en llegar, y la gente comenzó a levantarse para brindar por la noticia. Duncan recibió abrazos y palmadas en la espalda, mientras los miembros del clan celebraban la alianza con los McAllen. De reojo, pudo ver la expresión de Drostan, que miraba a Maisie con una mezcla de pena y compasión.

Duncan sintió una mano en su hombro. Era su padre, quien se acercó para felicitarlo también.

—Espero que hayas pensado bien en esto, hijo —expresó su padre, con una voz grave—. Porque no habrá vuelta atrás después de esto.

Duncan asintió, sin decir nada. Pero en su interior, no podía evitar preguntarse si realmente había hecho lo correcto.

∞∞∞

Maisie observó desde la distancia cómo la sala se llenaba de aplausos y vítores, felicitaciones sinceras y brindis por el futuro matrimonio de Duncan y Valoree. Su hermana lucía radiante, con una sonrisa que iluminaba su rostro, mientras recibía los abrazos y halagos de todos. Maisie sabía que debía acercarse también. Sería mal visto si no lo hacía, después de todo, Valoree era su hermana, y Duncan, el futuro Laird del clan. Todo el mundo estaba observando.

Con una sonrisa leve, Maisie se volvió hacia Drostan.

—Debemos ir a felicitarlos también —le comentó en voz baja. Drostan asintió, aunque no parecía del todo entusiasmado con la idea.

Mientras se dirigían hacia el círculo de felicitaciones, Kala apareció entre la multitud y se acercó a Maisie. Sus ojos se llenaron de preocupación en cuanto la vio, casi reflejando el mismo sentimiento que Drostan.

—¿Estás bien? —preguntó Kala con suavidad, mientras la miraba a los ojos.

Maisie esbozó una sonrisa forzada, intentando no demostrar lo que sentía. Ya no tenía sentido mostrar sus emociones, no cuando todo estaba decidido.

—Estoy bien —respondió ella, manteniendo el tono ligero.

Drostan, Kala y Maisie continuaron hacia el centro, acercándose a los recién comprometidos. Valoree estaba de pie junto a Duncan, radiante bajo las luces de las antorchas. Maisie, manteniendo su compostura, le sonrió a su hermana y la envolvió en un abrazo.

—Felicidades, Valoree —murmuró Maisie mientras la abrazaba.

Valoree le devolvió el abrazo, con una calidez inesperada.

—Gracias, Maisie —respondió con el mismo tono amable que había utilizado antes, cuando le sugirió que se arreglara—. Te ves mucho más hermosa así —añadió Valoree, observando su atuendo con una sonrisa de aprobación—. Deberías vestirme así más a menudo.

Otra punzada de culpa atravesó el pecho de Maisie. Debería estar feliz por su hermana, debería sentir orgullo, pero en su lugar, había una frialdad que no podía disipar. Maisie asintió en agradecimiento, aunque las palabras de su hermana se sintieron lejanas, casi intrascendentes.

—Deberías estar orgullosa de ti, Valoree —añadió Maisie, con un tono controlado—. Serás una gran esposa.

Después, se giró hacia Duncan, quien la observó con una expresión inexpresiva. Había tensión en su mirada, pero Maisie no mostró ningún indicio de incomodidad. Mantuvo su sonrisa leve, pero distante.

—Mis felicitaciones, Duncan —expresó, sin acercarse demasiado, manteniendo una formalidad que parecía casi ensayada—. Has hecho una elección... prudente.

Duncan asintió, su mirada intentando captar algo más en los ojos de Maisie, pero ella ya estaba retrocediendo. No se detuvo ni permitió que él dijera una palabra más. Se alejó, sin dejar el círculo de los invitados, pero lo suficientemente lejos como para mantenerse a una distancia segura.

Justo cuando Maisie intentaba distraerse, Moira apareció entre los invitados, acercándose con su aire presuntuoso.

—Sabía desde el primer momento que sería Valoree la que conquistaría el corazón del futuro Laird —comentó Moira, mirando con orgullo a su sobrina favorita—. Siempre lo supe, nuestra querida Valoree se lo merece. Al fin y al cabo, es la mejor de las hermanas McAllen.

El comentario provocó que varias miradas se volvieran hacia Maisie. Las miradas eran sutiles, pero cargadas de juicio. Sin embargo, Maisie no se inmutó. Estaba acostumbrada a los comentarios de Moira y a las comparaciones constantes con su hermana. Había aprendido a no dejarse afectar por ellos.

Valoree, por otro lado, no parecía disfrutar del comentario de su tía. Un ligero cambio en su expresión lo revelaba. Aunque su sonrisa permaneció, hubo un leve parpadeo de incomodidad. No le gustaba que Moira hiciera ese tipo de comparaciones en público, y menos aún delante de Maisie.

Para aligerar el ambiente, Valoree sonrió, desviando la conversación.

—Tía Moira, lo importante ahora es que papá sepa la noticia —comentó Valoree, intentando mostrar entusiasmo—. Estoy segura de que no tardará en llegar para celebrar. Además, querrá conocer los detalles de la boda.

La mención de su padre hizo que Maisie se tensara. Sabía lo que eso significaba. Una vez que su padre supiera del compromiso entre Duncan y Valoree, no tardaría en venir al clan Blair... y con él, traería a Edzel.

Edzel. El hombre con el que su padre quería que se casara. Maisie apretó los puños discretamente, luchando contra el impulso de huir. No se casaría con ese idiota. No lo permitiría.

—Voy a buscar a Creed —murmuró Maisie rápidamente, antes de alejarse de la multitud. Necesitaba salir de esa situación antes de que se desmoronara. Sabía que Edzel no tardaría en aparecer, y eso la angustiaba.

Kala la siguió, sin dudarlo, y poco después se les unió Creed, que había estado vigilante desde la distancia. Pero Maisie estaba ida, perdida en sus pensamientos.

—¿Estás triste por el compromiso de Duncan y Valoree? —preguntó Kala con suavidad, mientras intentaba seguir el paso de su amiga.

Maisie negó con la cabeza, sin detenerse. No era el compromiso lo que la angustiaba.

—No, no es eso —habló Creed, respondiendo por ella—. Es Edzel.

Su amigo la conocía muy bien.

Kala frunció el ceño.

—¿Edzel? ¿Quién es Edzel?

Creed hizo una mueca, claramente disgustado con el tema.

—Es un idiota engreído. Uno de los guerreros más cercanos al padre de Maisie —respondió Creed con tono cortante.

Maisie suspiró y decidió explicárselo a Kala.

—Es uno de los guerreros de confianza de mi padre —comenzó—. Fue elegido para continuar su legado como Laird del clan McAllen. Mi padre lo quiere como su sucesor. Y lo peor de todo es que no le importa quién sea su esposa, solo quiere ascender. Edzel nunca ha mostrado interés real en mí. Solo quiere el poder, ser el Laird... y hará cualquier cosa para conseguirlo.

—Y también es un imbécil violento —añadió Creed con firmeza, dándole la razón a Maisie.

Kala frunció el ceño, visiblemente preocupada.

—¿Qué vas a hacer, Maisie? —preguntó Kala, mordiéndose el labio.

Maisie la miró, intentando mantenerse tranquila. Ya había tomado una decisión.

—No te preocupes —respondió Maisie—. No me voy a casar con Edzel. Cuando ustedes se vayan a Irlanda, me iré también. Estaré lejos de aquí antes de que eso suceda. Seremos libres.

—Nos iremos juntos —afirmó Creed, con un gesto decidido.

—Sí —añadió Kala, sonriendo—. Juntos seremos libres.

Capítulo 12

El calor entre sus cuerpos era palpable, el deseo se desbordaba con cada roce de sus labios. Maisie jadeó suavemente, sus manos recorriendo el torso de Duncan, mientras él la sujetaba por la cintura, sus dedos firmemente apretados contra su piel desnuda.

Sus cuerpos se movían al unísono, mientras el fuego ardía en la chimenea. Duncan deslizó una mano por la espalda de Maisie, su piel suave, cálida, encajaba perfectamente bajo sus dedos. El peso de Maisie sobre él, el sabor de sus labios, la forma en que sus cuerpos se entrelazaban, todo era intenso.

—Te amo, Duncan —susurró Maisie entre besos, su voz entrecortada por la intensidad del momento.

Esas palabras perforaron su corazón, haciendo que todo dentro de él se detuviera. La besó con más ansias, queriendo perderse en ese momento para siempre, queriendo sentir más de lo que jamás había sentido en su vida. Maisie se arqueó bajo su toque, su cuerpo reaccionando a cada movimiento de él, como si estuvieran sincronizados.

Pero entonces, de repente, todo cambió.

Duncan abrió los ojos de golpe, con el pecho agitado y el corazón latiendo con fuerza en su pecho. La oscuridad de su habitación lo rodeaba. Estaba solo, envuelto en las mantas pesadas de su cama.

Había sido solo un sueño.

Pero... había sentido todo tan real. Duncan podía jurar que había tenido a Maisie entre sus brazos, que su boca había saboreado la suya, que había sentido el calor de su piel junto a la suya. Todavía podía oler su aroma, un rastro fantasmal que se negaba a desvanecerse. Se pasó una mano por el rostro, tratando de disipar las imágenes que seguían revoloteando en su mente.

El impacto de ese sueño lo dejó completamente alterado. El peso de sus sentimientos por Maisie era innegable. No era solo atracción, no era solo deseo. En el sueño, la había tenido como siempre había querido: sin barreras, sin obligaciones, solo ellos dos, libres, perdidos el uno en el otro. Y la manera en que ella le había susurrado que lo amaba... Eso lo perturbó aún más.

Duncan se incorporó en la cama, respirando profundamente mientras el sudor frío recorría su espalda. Todo el control que había creído tener sobre la situación se había esfumado. Se levantó, caminando hacia la ventana, con el pecho aún agitado por la intensidad del sueño.

Miró al horizonte, las luces lejanas del pueblo, las antorchas que aún brillaban en algunos puntos del castillo. Su corazón seguía latiendo a un ritmo frenético, como si lo que acababa de experimentar hubiera sido más que un sueño, como si de alguna forma... hubiera sido real.

—Maldita sea, Maisie —murmuró para sí mismo.

Ella lo tenía descontrolado, y lo peor era que él mismo se había convencido de que lo mejor era mantener las distancias. Se había comprometido con Valoree para cumplir con su deber, para asegurar la alianza entre los clanes, para proteger a su gente. Pero, en lo profundo de su corazón,

sabía que la mujer que verdaderamente deseaba no era Valoree.

Era Maisie. Siempre había sido Maisie.

—Maldita sea —repitió con más frustración.

Había creído que anunciar su compromiso con Valoree lo liberaría de los sentimientos que tenía por Maisie, que al tomar esa decisión se despojaría de cualquier confusión o duda. Pero la realidad era que, desde el momento en que había visto a Maisie en esa fiesta, con su cabello rojo resplandeciendo bajo las luces de las antorchas, no había podido dejar de pensar en ella. Y ese sueño... ese maldito sueño, lo había dejado más vulnerable que nunca.

Te amo, Duncan —recordó claramente cómo esas palabras lo habían atravesado, cómo su cuerpo había reaccionado a ellas, cómo su corazón había latido con fuerza al escucharlas de sus labios. Era todo lo que había deseado oír, aunque sabía que no podía tenerla.

Respiró hondo y se apoyó contra el marco de la ventana, mirando el oscuro cielo. El aire frío de la noche entraba a través de la ventana entreabierta, pero eso no calmaba el calor que seguía sintiendo por dentro.

Había olvidado lo más importante en todo ese tiempo. Había dejado que sus sentimientos por Maisie lo distrajeran, lo alejaran de su verdadero propósito: proteger su clan, cumplir con su deber. Su compromiso con Valoree no solo era una decisión por la paz, era un sacrificio necesario para garantizar la estabilidad de su gente.

Maisie no podía ser parte de ese futuro.

No importaba lo que él deseara, no importaba lo que su corazón intentara decirle cada vez que la miraba, ella no era la opción correcta. Valoree era la elección obvia, la mujer perfecta para estar a su lado como la futura esposa del Laird.

Y sin embargo....

Duncan cerró los ojos por un momento, intentando reprimir las emociones que lo invadían, pero sabía que no podría ignorarlas para siempre.

Sacudiendo la cabeza, decidió que ya era suficiente. No podía permitirse más distracciones. Caminó de regreso hacia su cama, decidido a descansar lo poco que quedaba de la noche. No importaba cuán fuerte fuera el deseo que lo quemaba por dentro, su deber estaba por encima de todo.



Maisie estaba inquieta. La llegada de su padre al clan Blair no auguraba nada bueno, y aunque no lo decía en voz alta, el miedo a lo que podría suceder le apretaba el pecho. Los últimos cuatro días los había pasado en aislamiento voluntario, apartada de las celebraciones que envolvían la boda de su hermana. Solo Kala y Creed eran sus acompañantes, y las pocas veces que había salido a cabalgar con su yegua, Lara, el impulso de seguir corriendo y no volver jamás se hacía más fuerte.

Cada vez que pisaba las tierras alrededor del castillo, sentía la tentación de dejarlo todo atrás, de no regresar. El compromiso de Duncan con Valoree le revolvía el estómago, pero el verdadero peso sobre sus hombros era Edzel, el hombre con el que su padre tenía planes de casarla.

—¿De verdad tu padre va a casarte con ese tal Edzel? —preguntó Kala, rompiendo el silencio mientras observaban cómo los guerreros del clan Blair se preparaban para recibir a Archie McAllen y su comitiva.

Maisie suspiró, sin apartar la vista del horizonte donde los caballos se acercaban.

—Sí, y no solo eso. Estoy segura de que va a intentar casarme lo antes posible, quizás un día después de que Valoree y Duncan se casen.

Kala la miró con preocupación, apretando los labios. No podía imaginar a su amiga atrapada en un matrimonio así, no cuando sabía que Maisie merecía algo más que una vida al lado de alguien como Edzel.

—¿Y Duncan lo sabe? —insistió Kala, buscando una chispa de esperanza en los ojos de Maisie.

Maisie sonrió amargamente, su mirada fija en donde Duncan estaba reunido con Valoree, su padre Douglas, tía Moira y los amigos de Duncan. Drostan y Donell reían despreocupados, mientras Duncan mantenía su semblante serio, como siempre, aunque sus ojos parecían distraídos.

—Qué más da que lo sepa —respondió Maisie, tragándose la amargura que amenazaba con asfixiarla—. Ya hizo su elección.

Kala resopló, cruzándose de brazos.

—Tienes razón, pero me muero por ver su cara cuando sepa que te vas a casar.

—No creo que cambiaría mucho las cosas, ¿no crees? —Maisie la miró de reojo, con una sonrisa amarga.

En ese momento, Creed apareció, uniéndose a ellas. Su expresión era grave, y al llegar a su lado, señaló hacia el horizonte.

—Ya se están acercando.

Los tres se quedaron en silencio, observando cómo la comitiva McAllen se aproximaba. Los estandartes ondeaban al viento y el sonido de los cascos de los caballos se hacía cada vez más fuerte. Maisie apretó los puños, preparándose mentalmente para lo que estaba por venir.

Cuando Archie McAllen llegó finalmente frente a ellos, su rostro se iluminó al ver a Valoree.

—¡Mi preciosa Valoree! —exclamó Archie, desmontando de su caballo y lanzándose hacia su hija menor con un apodo cariñoso y una sonrisa amplia. La abrazó con fuerza, levantándola ligeramente del suelo mientras Valoree reía alegremente.

Maisie, por otro lado, permaneció en su lugar, esperando su turno para saludar a su padre. El recibimiento no fue tan caluroso. Archie se acercó a ella con una expresión fría, dándole apenas un asentimiento de cabeza.

—Maisie.

—Padre.

Un saludo breve y formal, nada más. No hubo abrazos ni apodos cariñosos, solo un reconocimiento distante de su existencia. El contraste era evidente para todos los presentes, y aunque Maisie estaba acostumbrada a ese trato, no dejaba de dolerle.

Una vez dentro del castillo, la noticia fue dada oficialmente. Valoree era la elegida para ser la

esposa de Duncan Blair, una unión que aseguraría la paz entre los clanes y fortalecería su alianza. La alegría de Archie fue notoria, como si todo hubiera salido a la perfección según sus planes.

Duncan, por su parte, estaba presente físicamente, pero su mente no dejaba de vagar. Desde el sueño que había tenido con Maisie, había estado luchando por mantener el control sobre sí mismo. Su mirada la buscaba constantemente, aunque sabía que ella se mantenía a una distancia prudente.

—¿Y cuándo se celebrará la boda? —preguntó Archie, con una sonrisa amplia y mirando a Duncan, esperando una respuesta clara.

Duncan tardó en reaccionar. Fue Douglas, su padre, quien tomó la palabra, notando el retraso de su hijo en responder.

—Tiene que ser lo antes posible, Archie —respondió Douglas con tono firme y autoritario—. Sabes que debemos regresar al campo de batalla pronto.

Ambos Lairds comenzaron a hablar sobre los términos de la alianza y cuántos guerreros aportarían a la próxima ofensiva contra Inglaterra. Era una conversación que Duncan debía liderar, pero su mente estaba en otro lugar. Maisie estaba cerca, y aunque trataba de ignorarla, la sensación de vacío por no poder tenerla como la había tenido en su sueño lo devoraba por dentro.

Pero algo llamó su atención, sacándolo bruscamente de su distracción.

—Maisie, Edzel está aquí también. —La voz de Archie resonó en la sala, dirigiéndose a Maisie con un tono autoritario—. He hablado con él, y ambos hemos decidido que se casarán el mismo día que Duncan y Valoree. ¿No será una molestia para ustedes? Me encantaría casar a mis dos hijas al mismo tiempo.

Duncan sintió cómo un impulso incontrolable lo arrastraba hacia la ira. Se levantó de su asiento, dispuesto a objetar, a negar esa locura. Maisie no podía casarse con Edzel, y mucho menos el mismo día de su boda con Valoree. Eso lo volvería loco.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Douglas, que había notado el cambio en su hijo, levantó un brazo obligándolo a quedarse en su lugar.

—Será una gran celebración, Archie —respondió Douglas—. Unir a dos parejas en matrimonio el mismo día es un honor.

Duncan apretó los puños bajo la mesa, su corazón latía con furia. Cada fibra de su ser le gritaba que se levantara y detuviera esa farsa, pero su deber y la presencia de su padre lo mantenían atado. No podía hacer nada sin arriesgar el delicado equilibrio que sostenía la paz entre los clanes.

Esa boda no podía llevarse a cabo —pensó Duncan mirando discretamente a Maisie.

Maisie levantó la cabeza al sentir el silencio que la rodeaba. Sintió como el aire se volvió aún más denso en cuanto vio a Edzel llegar a ellos. Todos en la sala lo observaron con una mezcla de curiosidad y respeto. Edzel hizo una inclinación formal con la cabeza hacia Duncan, Douglas y el Laird McAllen, antes de girar su atención directamente hacia Maisie.

—Es un honor estar aquí —habló él con voz ronca, con un tono lleno de una autoridad apenas disimulada—. Estoy ansioso por que nuestros clanes se unan en un lazo mucho más fuerte.

Archie McAllen sonrió con satisfacción, claramente complacido con las palabras de Edzel, pero Maisie solo sintió el estómago revuelto. Sabía lo que venía, y podía sentir su respiración acelerándose al ver la mirada de Edzel dirigirse hacia ella, afilada y posesiva.

Cuando Edzel finalmente se acercó a Maisie, una sensación de asco la invadió. Tenía que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos, y aunque básicamente era tan imponente como Duncan, su presencia solo la llenaba de desprecio. Era alto, musculoso, con una melena oscura que caía desordenada sobre sus hombros. Su rostro estaba marcado por cicatrices de guerra que no hacían más que darle una apariencia más intimidante.

Maisie sabía que muchas mujeres lo encontrarían atractivo, pero para ella, Edzel era lo peor que le podría suceder. Todo lo que él quería era el poder que venía con su linaje, ser el Laird del clan McAllen. A ella no le importaba lo guapo que pudiera ser, lo odiaba. Edzel no era un hombre que la valorara como persona, solo la veía como una herramienta para conseguir lo que deseaba.

—En menos de dos semanas —habló Edzel con un tono arrogante—, seremos marido y mujer. Espero que estés lista para ser mi esposa, Maisie.

Maisie sintió un nudo en la garganta. Edzel la miró con tal descaro, sin molestarse en ocultar su satisfacción. En ese instante, todo su ser se tensó. No podía permitir que ese hombre la tuviera, no cuando sabía el tipo de vida que le esperaba junto a él.

Maisie se levantó de su asiento para igualar un poco la diferencia de altura con Edzel.

—Nunca estaré lista para ser de nadie —susurró entre dientes, lo suficientemente bajo para que solo él lo escuchara—, y menos de una escoria como tú, que solo quiere ser Laird. No te hagas ilusiones, Edzel, porque eso jamás sucederá.

La expresión de Edzel cambió en un segundo. Sus ojos dorados se oscurecieron de ira, y su mandíbula se tensó con una furia contenida. Maisie vio el peligro en sus ojos, pero no se arrepintió de sus palabras. Sabía que estaba caminando en una línea peligrosa, pero no le importaba.

Justo cuando Edzel estaba a punto de responder, Archie McAllen intervino.

—¡Maisie! —exclamó su padre, claramente molesto—. ¡Eso no son formas de dirigirse a tu futuro esposo!

Maisie presionó los puños, mordiendo el interior de su mejilla para no replicar. Sintió la rabia hervir en su pecho, pero sabía que enfrentar a su padre públicamente solo haría las cosas aún más peores. Así que, contra todo su instinto, guardó silencio. No podía rebelarse abiertamente frente a todos, al menos no todavía.

Douglas observó toda la escena con una ceja ligeramente levantada, sin decir una palabra. Sus ojos pasaron fugazmente a su hijo, quien estaba tensando los músculos de la mandíbula mientras intentaba contener su propia ira.

Duncan lo sabía. Sabía que lo que le estaban haciendo a Maisie era injusto, pero también sabía que no era su lugar intervenir en los asuntos de otro clan, especialmente ahora que su destino estaba unido a Valoree.

Varios minutos pasaron en un incómodo silencio hasta que Valoree, que había estado observando todo con inquietud, decidió romper la tensión con su habitual tono suave.

—Padre —intervino, un poco tímida—, si la boda será tan pronto, tal vez deberíamos empezar

con los preparativos, especialmente el vestido. Será un evento muy importante, y quisiera que todo fuera perfecto.

—Tienes toda la razón, hija. No podemos demorar más tiempo. —Archie se giró hacia Douglas buscando su aprobación—. ¿Qué opinas, Laird Blair?

Douglas, sin perder su calma habitual, asintió lentamente.

—Es una excelente idea. Mi esposa Liah podrá ayudarlas con todo lo necesario. Es fundamental que todo esté perfecto para ese día.

Valoree asintió con entusiasmo, claramente satisfecha de haber suavizado el ambiente. Pero Maisie, por otro lado, se sentía cada vez más atrapada. Todo avanzaba demasiado rápido, y la posibilidad de escapar parecía desvanecerse a cada minuto. Si no actuaban pronto, estaría casada con Edzel antes de que pudiera siquiera pestañear.

—Ah, y ya que estamos con los preparativos —continuó Douglas lanzando una mirada a Duncan—, tal vez deberíamos aprovechar la ocasión para celebrar una triple boda.

— ¿Triple boda? — Valoree frunció el ceño.

—Cierto. También deberíamos casar a Kala lo antes posible, como parte de esta alianza. Iver es un buen hombre, fuerte y leal. Creo que ya es hora de formalizar su compromiso.

Maisie sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Una triple boda... eso significaba que su tiempo se agotaba. Debían poner en marcha su plan de huida lo antes posible, o todos sus esfuerzos por evitar ese destino sería en vano.

Capítulo 13

Duncan sentía que su cabeza estaba a punto de estallar. Desde que Archie McAllen había anunciado públicamente la boda de Maisie con Edzel, una ira contenida se había apoderado de él. No podía pensar en otra cosa. En su mente, los escenarios del día de esa boda desfilaban como pesadillas incesantes: Maisie aceptando ser la esposa de otro hombre, la mirada triunfante de Edzel mientras la reclamaba como suya, el beso que sellaría la unión. Y él... él ahí, en primer plano, observando cómo la mujer que verdaderamente deseaba le era arrebatada.

Cada vez que intentaba imaginarse el futuro junto a Valoree, la mujer que se suponía debía amar, una sensación de asfixia lo embargaba. Lo único que quería en esos momentos era mandarla lejos, deshacer todo ese maldito acuerdo.

¿Qué me has hecho, Maisie? ¿Qué has hecho para que no pueda dejar de pensar en ti? —se preguntó a sí mismo, atormentado.

Era algo constante. Día y noche, en cada rincón de su mente, Maisie aparecía. Y cuando la veía, sentía que perdía el control, que necesitaba emplear cada gramo de su autocontrol para no lanzarse a besarla. Extrañaba sus labios. Aquella única vez que la había besado no había sido suficiente, al contrario, solo había servido para hacerle ver que se había vuelto adicto a sus besos, a la intensidad que compartían. Y ahora, cada vez que la veía, era un recordatorio de lo que no podía tener.

El golpe resonó en el gran salón cuando su puño impactó contra la mesa, sacándolo de su espiral de pensamientos. El ruido fue tan fuerte que todos los presentes lo miraron, sorprendidos por su reacción.

—¡Hey! ¿Qué demonios pasa? —preguntó Drostan, levantando una ceja.

Duncan apretó la mandíbula, las palabras brotando de sus labios antes de que pudiera detenerlas.

—No puedo dejar que Maisie se case con Edzel —declaró con firmeza, sin medir el impacto de sus palabras.

Donell y Drostan se miraron entre sí, intercambiando una sonrisa cargada de ironía.

—Bueno, eso no es ninguna sorpresa —comentó Donell, apoyándose en su silla, los brazos cruzados sobre el pecho—. No lo has ocultado muy bien estos días.

—Más bien, no lo has ocultado en ningún momento —agregó Drostan, con tono de burla—. Debiste pensarlo mejor antes de comprometerte con la hermana que no querías.

Duncan frunció el ceño y respiró hondo, tratando de contenerse. Sabía que Drostan tenía razón, pero escuchar las palabras en voz alta solo hacía que la rabia creciera dentro de él.

—No lo entienden —gruñó, frotándose las sienes como si intentara despejar su mente—. Sé que fue un error. El problema es que ahora estoy atado a Valoree, y Maisie... Maisie se casará con otro. ¡Todo es un maldito desastre!

Donell soltó una carcajada seca, pero no había alegría en sus ojos, solo una comprensión

amarga.

—Sí, fue un error, Duncan. Te precipitaste. Sabías desde el principio que la que querías era Maisie, pero decidiste que Valoree era la elección fácil, la "*correcta*". Pero una cosa es cierta, ahora tienes que hacerte responsable de ese error —dijo Donell con una mirada firme.

—Y ahora —añadió Drostan—, te casarás con la hermana que no quieres, mientras la que realmente deseas va a ser de otro.

Duncan apretó los puños y soltó un gruñido. Lo peor de todo era que Donell y Drostan tenían razón. Había sido impulsivo, había tomado una decisión que sabía en su interior que era equivocada. Y ahora, estaba atrapado en su propia trampa.

—¡Lo sé! —exclamó, frustrado—. Y lo peor de todo es que estoy seguro de que me he enamorado de ella.

Al decir esas palabras, Duncan levantó la vista, esperando ver sorpresa en los rostros de sus amigos. Pero para su desconcierto, ambos lo miraban con la misma expresión neutra.

—¿En serio? —preguntó, alzando una ceja—. ¿No les sorprende?

Drostan sonrió, esa sonrisa irónica que parecía ser su sello personal.

—Te dijimos que lo sabíamos antes que tú —respondió, dándole una palmada en el hombro.

Duncan se dejó caer en su silla, agotado por el peso de sus propios pensamientos. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había permitido que las cosas se complicaran tanto?

—Pero es que Maisie me confunde. Estaba decidido a hacerla mía, a que fuera mi esposa, pero ella no es lo que parece. No sé qué quiere —continuó Duncan, mirando a sus amigos con el ceño fruncido.

Drostan y Donell intercambiaron una mirada, pero antes de que pudieran responder, el recuerdo de aquella conversación lo golpeó de lleno.

Esa noche.

Duncan apretó los dientes mientras la escena volvía a su mente con toda su claridad. Había escuchado cada palabra. La furia y la confusión que sintió en ese momento volvían a apoderarse de él. ¿Con quién hablaba Maisie? ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué quería huir?

—No entiendo —murmuró, más para sí mismo que para sus amigos—. No entiendo qué está tramando. Todo el tiempo creí que había algo entre nosotros, pero después de escucharla... No puedo confiar en ella.

Drostan lo miró en silencio durante un momento antes de hablar.

—Duncan, sabes que Maisie no es una mujer fácil de descifrar. Siempre ha sido así. Pero si realmente la quieres, debes estar dispuesto a entenderla y, sobre todo, a luchar por ella.

Duncan lo miró, sabiendo que sus palabras tenían sentido, pero al mismo tiempo, sintiendo que la situación escapaba a su control. ¿Qué debía hacer?

El peso de sus decisiones le aplastaba los hombros. Tenía la responsabilidad de su clan, de su familia, y ahora estaba a punto de casarse con Valoree. Pero, ¿cómo podía seguir adelante cuando su corazón latía por Maisie?

Miró a sus amigos, buscando respuestas que solo él podía encontrar.

—Tal vez sea demasiado tarde —murmuró, más para sí mismo que para ellos.

Y con esa duda en su mente, Duncan supo que tarde o temprano tendría que tomar una decisión definitiva.

En la noche, la celebración continuó con entusiasmo por la futura unión de Duncan y Valoree. Las risas y conversaciones llenaban el gran salón, pero Duncan se sentía completamente desconectado de todo aquello. Su mente estaba en otro lugar, buscando a una persona en particular. Miró a su alrededor, sus ojos recorriendo la multitud hasta que finalmente la encontró.

Maisie.

Allí estaba, apartada de todos, sola y con la mirada perdida. El contraste entre ella y el bullicio a su alrededor era evidente, como si no encajara en el mundo que se desplegaba frente a ellos.

Duncan desvió la vista un momento, encontrando a Archie McAllen, que reía alegremente junto a Valoree y Moira, ajeno a la tormenta emocional que su hija mayor estaba atravesando. Duncan frunció el ceño, incapaz de entender cómo un padre podía despreciar a una hija como Maisie. Ella era fuerte, auténtica. Mejor que Valoree. Debería estar orgulloso de ella, maldita sea.

Volvió a enfocar su atención en Maisie y vio cómo se escabullía discretamente hacia el exterior, alejándose del castillo y de la celebración.

Duncan miró a su alrededor, asegurándose de que nadie lo viera, y decidió seguirla. El instinto lo empujaba, esa necesidad de saber, de estar cerca de ella, de entender qué estaba pasando por su mente. ¿Por qué tenía que alejarse? Una duda mordió sus entrañas. ¿Y si se encontraba con alguien más? Esa sola idea lo hizo apretar los puños, incapaz de contener los celos que lo carcomían por dentro.

La siguió a través de la oscuridad, con el corazón latiendo con fuerza. Vio cómo Maisie se dirigía hacia los establos, pero no había señales de que alguien más estuviera allí. Cuando llegó a la entrada, se detuvo y la observó. Ella acariciaba lentamente a su yegua, Lara, hablando en susurros como si estuviera en busca de consuelo.

Solo estaba ella.

El alivio se instaló en su pecho por un momento, pero pronto fue reemplazado por una oleada de emociones que ni siquiera podía empezar a comprender.

—Deberías estar dentro del castillo —habló él desde las sombras, haciendo que Maisie diera un pequeño salto por el susto.

Ella se giró hacia él, y en cuanto sus miradas se encontraron, la tensión entre ambos se hizo palpable.

—Y tú deberías estar junto a Valoree —respondió Maisie, su tono desafiante, y su ceño fruncido mostraban que no estaba de humor para sutilezas.

—Lo digo porque es tarde y hace frío —respondió Duncan, intentando mantener la compostura.

Maisie soltó una risa amarga, apartando la vista como si lo que él dijera le importara poco o nada.

—Eso no debería importarte, Duncan. Mi problema ahora es con Edzel —espetó ella, cruzándose de brazos.

El solo hecho de escuchar ese nombre en sus labios hizo que un gruñido escapara de la garganta

de Duncan. Edzel. El maldito bastardo que no merecía ni siquiera mirarla, y mucho menos casarse con ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maisie, mirándolo de forma acusatoria, su mirada directa y penetrante—. ¿No es eso lo que querías?

Duncan no pudo evitar sonreír de medio lado. Maisie siempre dispuesta a pelear. La miró de pies a cabeza, notando lo preciosa que estaba incluso en ese estado de rabia. Algunos mechones de su cabello rojo fuego caían graciosamente sobre su rostro, mientras sus ojos azules, tan intensos como el cielo antes de una tormenta, brillaban con furia contenida. Sus labios... esos labios que lo tentaban constantemente a perder el control.

—No, Maisie —respondió Duncan, su voz grave y baja mientras se acercaba un poco más—. Lo que realmente quiero está justo frente a mí.

Antes de que Maisie pudiera replicar, Duncan acortó la distancia que los separaba y, sin pensarlo dos veces, la tomó por la cintura, atrayéndola hacia él. Su boca se encontró con la de Maisie en un beso lleno de pasión, de deseo contenido por demasiado tiempo. La devoró con una necesidad que lo sorprendió incluso a él mismo, sus labios presionando con urgencia los de ella, como si temiera perder ese momento.

Maisie intentó resistirse al principio, empujándolo ligeramente, pero la intensidad del beso la atrapó. Durante unos segundos, su cuerpo se rindió a esa conexión, su corazón latiendo tan rápido que sintió que se iba a desvanecer en sus brazos.

Pero la razón pronto la alcanzó.

Con un fuerte empujón, lo apartó, respirando de manera agitada. Los ojos de Maisie brillaban con una mezcla de rabia, confusión y algo más profundo que no estaba dispuesta a reconocer.

—¡No! —exclamó, apartándose aún más de él, como si necesitara poner distancia para poder pensar con claridad—. No, Duncan. No puedes hacerme esto.

—¿Hacerte qué? —preguntó él, su respiración también agitada, pero con una mirada desafiante—. No puedes negar lo que sientes, Maisie. Tú también me deseas. Esto no es solo cosa mía.

—Eso no importa —negó con la cabeza, mirándolo directamente a los ojos, con una firmeza que le dolía en el pecho—. Yo no seré la amante de nadie, Duncan. Si me deseas tanto como dices, debiste haberlo pensado mejor antes de tomar tu maldita decisión. Ya es demasiado tarde.

Duncan apretó los puños, su mirada oscureciéndose. No soportaba escuchar esas palabras. El hecho de que ella hablara de «*demasiado tarde*» lo enloquecía.

—Maisie... —intentó razonar, pero ella lo interrumpió.

—No, Duncan —repitió ella, con una fuerza que solo Maisie podía tener—. Yo le pertenezco a otro ahora. ¿No es eso lo que todos querían? Así que ya no tiene sentido seguir con esto.

Duncan avanzó un paso.

—No permitiré que te cases con él.

Maisie lo miró fijamente, sus ojos ardían con la intensidad de las palabras de Duncan. Pero sabía que lo que estaba en juego era mucho más grande que ese momento. Y tenía que protegerse, por mucho que doliera.

—Ya no es tu decisión, Duncan. Lo que pase conmigo ya no te concierne.

Y con esas palabras, Maisie dio media vuelta, alejándose rápidamente del establo, dejando a Duncan solo en la oscuridad, con sus emociones a flor de piel y una tormenta aún más grande en su interior.

Capítulo 14

Maisie había despertado temprano por órdenes de su padre. La mañana era gris, con el frío del otoño anunciando la llegada inminente del invierno. A pesar de no querer asistir, sabía lo que vendría después si se negaba a la prueba del vestido para el día de su boda. No había escapatoria, al menos por ahora.

Llegaron al gran salón del castillo Blair, que había sido transformado en un taller improvisado de costura bajo la supervisión de Liah, la esposa del Laird. Telas de lino y seda colgaban de las vigas, mientras las costureras corrían de un lado a otro, cortando y ajustando, preparándose para las bodas inminentes. Había rollos de raso y terciopelo de colores rojo escarlata, verde oscuro, azul marino, e incluso un dorado pálido reservado para Valoree, quien, al ser la prometida de Duncan, recibiría el tratamiento real. Las telas eran exquisitas, traídas de las lejanas tierras del sur y de comerciantes que pasaban por Escocia.

Liah supervisaba todo con una mirada firme, dando indicaciones aquí y allá, pero siempre manteniendo una actitud cálida. Cuando Maisie la vio, Liah le sonrió con amabilidad, una de las pocas personas en ese castillo que lo hacía.

—¿Aún Duncan no te ha dado el anillo? —preguntó Ginebra, una de las primas de Maisie y Valoree.

Estaban todas allí: Ginebra y Clío, hijas del hermano de Archie McAllen, su tío. También Iona, la mejor amiga de Valoree, e Isla y Effie, las primas de Duncan. Todas cuchicheaban alrededor de Valoree. Maisie, en cambio, se sentía como una intrusa.

—Creo que lo hará hoy frente a todos en el gran salón —respondió Valoree sonriendo—. Ya que la boda se adelantó por la guerra, no tendremos mucho tiempo para nosotros mismos. Lástima que no podamos disfrutar de una luna de miel.

Maisie levantó una ceja al escuchar que la boda se había adelantado. No estaba al tanto de los cambios. En su intento de mantenerse alejada de todo lo relacionado con la boda, se había aislado por completo, evitando los preparativos, a Edzel y... sobre todo, a Duncan. Desde el beso en el establo, había hecho todo lo posible por evitarlo. No podía seguir albergando sentimientos por un hombre que pertenecía a otra.

—Pero cuando la guerra termine, serás la esposa del Laird que liberó a Escocia de los ingleses. Hasta el rey lo admira —comentó Iona, inflando aún más el ego de Valoree.

—Para eso fui educada, Iona —respondió Valoree, pero esta vez su tono no era arrogante, como de costumbre. Sorprendentemente, había algo de modestia en su voz, algo que no pasó desapercibido para Maisie.

Las otras chicas intercambiaron miradas cómplices. Todas adoraban a Valoree, la futura señora del clan Blair. Mientras tanto, Maisie sentía cada vez más como si estuviera en el lugar equivocado.

—Además, Duncan es un hombre tan fuerte y guapo —agregó Clío—, es un sueño ser su

esposa. Imagínate el placer que te dará en la cama.

Todas estallaron en risas. Maisie rodó los ojos, sintiéndose fuera de lugar. Mientras las otras mujeres hablaban de bodas y camas compartidas, ella solo esperaba que todo terminara rápido.

En ese momento, se armó de valor.

—Valoree —habló Maisie, intentando mantener la calma—, ¿puedo ser yo la primera en probarme el vestido?

El salón enmudeció. Todas las miradas se volvieron hacia Maisie, algunas sorprendidas, otras molestas.

—¿Por qué querías ser tú la primera? —espetó Ginebra, su prima menos favorita, con una hostilidad que Maisie conocía bien—. Valoree se va a casar con el futuro Laird. Ella es quien debe ser la primera en todo.

Maisie apretó los labios, reprimiendo el deseo de responderle. Ginebra siempre había sido así, hostil y competitiva. Mientras que Clío, la otra prima, solía ser más tranquila, no intervenía nunca en las riñas, lo que dejaba a Maisie sola en sus batallas familiares.

—Solo quiero algo sencillo y rápido —explicó Maisie—. Además, tengo cosas que hacer.

—En eso tienes razón —comentó Isla, con una sonrisa sarcástica—. Tu vestido debería ser sencillo, nada que llame la atención. Ese día, aunque te cases también, la que debe brillar es Valoree.

—Dudo mucho que puedas llamar la atención con esa piel quemada y esas anchas caderas —agregó Iona con tono venenoso.

El comentario provocó más risas. Maisie apretó los puños, soportando la humillación con estoicismo. Si bien quería plantarse y decirles cuatro verdades, sabía que hacerlo solo las deleitaría aún más. No quería causar una escena. No hoy.

—Mi primo fue muy inteligente al elegirte, Valoree —añadió Effie.

Valoree, hasta ese momento callada, frunció el ceño ante el comentario de Iona y Effie.

—Ya basta —expresó Valoree, sorprendiendo a todas—. Maisie tiene todo el derecho de probarse el vestido primero. De hecho, prefiero que ella lo haga. Se lo merece tanto como yo.

El salón quedó en silencio por un momento. Ginebra y las demás intercambiaron miradas, claramente incómodas. Nadie se esperaba que Valoree defendiera a su hermana.

Maisie la miró con una mezcla de sorpresa y sospecha. ¿Cuándo fue la última vez que su hermana menor la defendió?

—Gracias —musitó Maisie aún sorprendida por la actitud de su hermana.

Valoree sonrió amablemente, una sonrisa sincera.

—Así que adelante, Maisie —agregó—. Además, con ese vestido, te verás hermosa.

Maisie se tensó y se sorprendió aún más ante el cumplido. Miró a las demás presentes y vio que también estaban sorprendida. El día que Duncan anunció su compromiso con Valoree, ella le había aconsejado también y le había dicho que se veía hermosa. Pero no esperó que eso se volviera a repetir. Por lo que decidió aceptar el consejo, más para no levantar sospechas. Si todos creían que había aceptado su compromiso con Edzel, nadie sospecharía de sus verdaderos planes.

Mientras las costureras empezaban a ajustar la tela sobre ella, Maisie intentó convencerse de que esto no le importaba. Después de todo, ¿para qué molestarse en crear un vestido de novia cuando sabía que no llegaría a casarse?

Iré a Irlanda con Kala y Creed. Allí no habrá bodas forzadas. No habrá Edzel —pensó Maisie.

Cuando terminaron de medir sus tallas y elegir las telas para los vestidos, Maisie sintió que ya no podía soportar más la tensión en la sala, y decidió que lo mejor sería salir de allí lo antes posible. Necesitaba aire, y el lago parecía el lugar perfecto para despejar su mente.

Justo cuando se disponía a dirigirse hacia el lago, una de las mujeres que trabajaba en el castillo la interceptó, haciéndola detenerse.

—Su padre y el Laird desean verla —fue el mensaje.

Maisie apretó los labios, queriendo suspirar con frustración, pero lo único que hizo fue asentir.

—Está bien, gracias —respondió, cambiando de rumbo y dirigiéndose hacia el castillo.

Cuando llegó al gran salón, encontró a su padre, Douglas, a Edzel y a Duncan reunidos. Todos la miraban con expectación. El corazón de Maisie dio un vuelco.

¿Qué estará pasando ahora? —se preguntó mientras se acercaba.

—¿Pasa algo? —preguntó, manteniendo su tono neutral, aunque sabía que cualquier cosa que viniera de esa reunión no le traería nada bueno.

Su padre no tardó en ir al grano, y con un gesto autoritario, llamó a Edzel para que se acercara. Edzel lo hizo con una sonrisa triunfante en su rostro, extendiendo su mano para mostrarle a Maisie un anillo.

—Este —comenzó su padre, hablando con solemnidad—, es el anillo que recibirás de Edzel el día de tu boda. Es el símbolo del clan McAllen. Lo mismo que Duncan entregará a Valoree. Ambos anillos representan la unión de nuestras familias y nuestros clanes.

Maisie observó el anillo por un instante. Era un anillo robusto, de plata trabajada, con una piedra de ónice negra en el centro, símbolo del poder y la fortaleza del clan McAllen. El anillo se veía pesado, casi como si representara el peso del destino que su padre le imponía. Maisie apretó los labios, conteniendo su desdén.

Duncan observó todo en silencio, pero su ira crecía con cada segundo que pasaba. El simple hecho de ver a Edzel con ese anillo en la mano le provocaba una mezcla de rabia y frustración. Sabía perfectamente lo que venía después, el día de la boda, Edzel le colocaría ese anillo a Maisie, y la idea de esa escena lo atormentaba.

Sus ojos se movieron hacia el rostro de Maisie, intentando detectar alguna señal de protesta, algún indicio de que lo rechazaría, pero no encontró nada. Maisie se mantuvo estoica.

¿Cómo demonios llegó todo a este punto? —se preguntó Duncan.

¿Cómo podría soportar ver a Maisie con Edzel? Y peor aún, ¿cómo podría él colocarle el anillo de su familia a Valoree? La idea le revolvía el estómago. No podía imaginarse entregándole el símbolo de su clan, su legado, a alguien que no amaba. Porque la realidad era simple y devastadora, la mujer que él realmente quería estaba a unos pasos de ser de otro hombre.

Tuvo que mover la cabeza y obligarse a olvidar esos pensamientos. Tenía que comprender que Maisie no sería para él, por mucho que fantaseara con el hecho de hacerla su mujer. Sabía que

eso no sería posible. El trato estaba hecho. Su vida ya había sido decidida. Y todo era su maldita culpa.

Maisie asintió sin decir palabra alguna. Lo mejor era seguir el juego. Cuanto menos resistencia mostrara, menos sospechas levantaría. Así que aceptó el anillo sin rechistar. Pronto estaría lejos, en Irlanda, donde ni Edzel, ni su padre tendrían control sobre su vida.

—Bien, ahora que está todo claro, seguiremos adelante con los preparativos —sentenció Archie con satisfacción para volver a su conversación con Douglas sobre los detalles de la alianza entre los clanes.

Maisie aprovechó ese momento para girar sobre sus talones y salir del castillo. No tenía nada más que decir.

Caminó con pasos firmes hacia el lago. Maisie no podía evitar sentir que su vida era un reflejo de ese clima: frío, distante y opresivo. Se sentó en el suelo, al borde del lago, observando cómo el agua reflejaba el poco sol que se colaba entre las nubes. El frío penetraba el aire, pero las pieles de su vestido la protegían. Afortunadamente, la cicatriz en su hombro no se notaba tanto en invierno, y eso le daba cierto alivio. Aunque no le importaba mostrar su cicatriz, no soportaba las miradas inquisitivas.

Sus pensamientos, sin quererlo, la llevaron de vuelta al incendio. La fecha del aniversario del accidente estaba cerca. Su madre... Las llamas. El olor a humo. Las paredes de la casa consumiéndose. Las últimas palabras de su madre.

«TIENES QUE SER FUERTE, SER TÚ MISMA. CUIDAR DE TI Y DE TU HERMANA. RECUERDA QUE ERES MI ORGULLO, PEQUEÑA... NUNCA CAMBIES Y VIVE TU VIDA LIBREMENTE. CUIDA A TU HERMANITA, MAISIE...»

Maisie apretó los ojos con fuerza, pero las lágrimas traicioneras cayeron de todos modos. Recordar las últimas palabras de su madre siempre la destrozaba. No importaba cuánto tiempo hubiera pasado. ¿Cómo seguir adelante sin ella? Había sido la única que la apoyaba, la única que la amaba por lo que era, sin reservas ni expectativas. Y después de su muerte, nada volvió a ser igual.

El viento sopló con más fuerza, removiendo el agua del lago en suaves olas que golpeaban la orilla. Maisie lloró en silencio, dejando que sus lágrimas se mezclaran con el frío de la mañana. Ella había sido fuerte, siempre lo era, pero había días en los que ser fuerte no era suficiente. Y en esos momentos, más que nunca, extrañaba a su madre.

Capítulo 15

Esa noche, el gran salón del castillo estaba lleno de risas y celebraciones, como siempre, whisky corriendo libremente entre los hombres y las mujeres del clan. Maisie, sin embargo, no se sentía parte de esa atmósfera. Durante todo el día no había visto a Kala, y tampoco la había visto esa noche. Al parecer estaría sin compañía. Se sentía sola, más sola que nunca.

Decidió salir al exterior para tomar un respiro. Pero su soledad no duró mucho.

—Maisie. —la voz de Edzel la hizo girarse bruscamente. Lo vio acercarse, notando de inmediato la arrogancia con la que caminaba hacia ella.

No tenía ánimos de lidiar con él, y menos con la rabia que sentía ardiendo dentro de ella por todo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, Edzel no parecía captar su deseo de quedarse sola.

—¿Qué haces aquí, Edzel? —preguntó, tratando de contener su irritación—. Quiero estar sola.

—Tendrás que ir cambiando esa actitud, Maisie. Seré tu esposo, y me debes respeto —su tono autoritario la irritó aún más.

—¿Respeto? —rio sin un rastro de humor en su voz—. No te respetas ni a ti mismo, Edzel.

Él se acercó un paso más, su mirada oscureciéndose.

—Maisie —musitó en tono de advertencia—. Desde ahora te lo dejo claro, no voy a tolerar tu actitud rebelde. Conmigo harás lo que yo diga.

Maisie lo miró a los ojos desafiante. Sentía el odio bullendo en su interior.

—Eso no sucederá.

Sin previo aviso, Edzel la agarró del cabello y la acercó bruscamente hacia él. La fuerza de su agarre la tomó por sorpresa, pero no mostró miedo en su expresión, solo furia.

—¿Acaso quieres saber desde ahora cómo será tu vida si me desobedeces? —siseó Edzel con furia.

Maisie apretó los dientes. Su respiración se volvió tensa mientras lo miraba a los ojos.

—Atrévete, y te las verás con...

—¿Con quién, Maisie? —interrumpió Edzel con una sonrisa cruel—. Que yo recuerde, a nadie le importa lo que te pase. Podría tomarte aquí mismo, hacerte mía, y nadie levantaría un dedo. Nadie te creería, porque yo lo negaría todo, y tu padre confía ciegamente en mí. No te olvides de que él mismo me está entregando el puesto de Laird del clan McAllen.

El desprecio en su tono era insoportable.

—Eres un cerdo, Edzel —escupió Maisie, con el rostro tenso por la proximidad entre ambos—. Y te aseguro que nunca dejaré que me toques.

El agarre de Edzel en su cabello se hizo más fuerte, arrancándole un pequeño gemido de dolor que ella intentó sofocar.

—Eso ya lo veremos —siseó él, su aliento rozando su rostro—. Serás mía, y no podrás evitarlo.

Cuando estemos casados, seré tu dueño, Maisie.

—¡Nunca! —gritó ella con toda la furia contenida en su ser.

Pero antes de que pudiera reaccionar, sintió el impacto de una fuerte bofetada que la lanzó al suelo. La fuerza de Edzel era mayor, lo sabía, y por mucho que luchara, él siempre tendría la ventaja física.

—¡Eres un imbécil! —soltó Maisie, levantando la cabeza con dificultad desde el suelo. Pero antes de que pudiera hacer algo más, vio a Edzel caer de repente, derribado con un golpe seco.

Sorprendida, levantó la vista y lo vio.

—Duncan... —susurró, todavía aturdida por lo que acababa de pasar.

Duncan no la miró. En cambio, sus ojos estaban fijos en Edzel. Lo levantó del suelo, agarrándolo por el cuello y acercándolo a su rostro con una expresión de furia contenida.

—Nunca vuelvas a tocarla, pedazo de escoria —gruñó Duncan, su voz más baja que nunca, pero cargada de una amenaza real.

Edzel intentó recomponerse, aún impactado por la rapidez con la que Duncan lo había derrumbado.

—¿Qué vas a hacer? —espetó con tono desafiante, aunque ligeramente tembloroso—. Maisie no es asunto tuyo. Ella será mi mujer.

—Eso no te da derecho a maltratarla.

—¿Ah, no? —replicó Edzel con una sonrisa cínica—. Pues yo creo que sí. Si quiero pegarle, lo haré. Y si quiero tomarla, también lo haré. Es mi derecho como su futuro esposo, y nadie lo impedirá.

La furia de Duncan alcanzó un punto de ebullición al escuchar esas palabras. No podía creer que un hombre como Edzel tuviera el consentimiento de Archie para tratar a Maisie de esa manera. No podía creer que su propio padre permitiera algo así.

Desvió la mirada hacia Maisie por un breve momento, y ver el rastro de sangre en su labio fue la gota que colmó el vaso. En un arrebato de ira, lanzó a Edzel al suelo con tal fuerza que este quedó inconsciente en cuestión de segundos.

Duncan se giró rápidamente hacia Maisie, su respiración aún agitada. La ayudó a levantarse, tomando su rostro entre sus manos, con delicadeza, pero con una necesidad desesperada de asegurarse de que estaba bien.

—¿Estás bien? —le preguntó, con la voz cargada de preocupación.

Sus ojos recorrieron cada centímetro del rostro de Maisie, buscando algún daño mayor. Había sangre en su labio, pero era solo una herida superficial. Pero lo que lo devastaba era el miedo y el dolor que veía reflejados en sus ojos. Y saber que no había estado ahí antes para protegerla lo destruía.

Sus miradas se encontraron, y el aire a su alrededor pareció desaparecer. El silencio se llenó de algo más: deseo, frustración, necesidad... y amor.

Duncan sintió su corazón acelerarse, y entonces lo supo con absoluta certeza. La amaba.

Siempre la había amado, pero no lo había reconocido hasta ese momento.

—Sé que está mal... —murmuró, su voz temblando con un leve susurro—. Pero recuerda que nunca he sido un hombre racional.

Maisie lo miró, desconcertada por sus palabras, hasta que sintió sus labios sobre los suyos, un beso cálido y lleno de emociones contradictorias. La sangre de su labio se mezcló con la saliva, intensificando aún más el momento.

Por un instante, Maisie se resistió, pero no podía negar que lo deseaba, que lo anhelaba en secreto.

—Espera... Edzel está... —susurró ella, mirando de reojo al hombre inconsciente en el suelo.

—Olvidalo. No vale la pena —musitó Duncan sin vacilar, acercándola aún más a su cuerpo.

Y esta vez, Maisie no se resistió. No quería resistirse.

El beso se volvió más intenso, cargado de toda la pasión contenida. Maisie envolvió sus brazos alrededor de su cuello, entregándose al momento, sabiendo que, aunque estaba mal, había deseado esto con todas sus fuerzas.

Porque ya no podía seguir fingiendo que no lo extrañaba.

El beso continuó, profundizándose con cada segundo que pasaba. Duncan sentía cómo el deseo por Maisie lo consumía desde dentro. Sus manos recorrían el cuerpo de ella, acariciando sus curvas a través del vestido. El calor de su piel se filtraba entre las telas, y ese simple contacto lo avivaba aún más. Quería más. Quería sentirla piel contra piel. Quería... hacerle el amor, como lo había hecho en su sueño.

No se sorprendió ante ese pensamiento. Había aceptado que la amaba, y ahora ese amor lo impulsaba a desearla de una manera que jamás había sentido por nadie más. No quería solo satisfacer una necesidad, quería hacerle el amor a Maisie.

—Ven conmigo —susurró él entre besos, llevándola a un lugar más privado. La condujo al granero, donde el aire era más cálido y los sonidos del exterior parecían lejanos, como si no pertenecieran a este momento.

—Duncan... —Maisie intentó protestar, pero la pasión de él la detenía.

—No pienses en nada —le pidió, susurrando cerca de su oído—. Solo déjate llevar...

Y la besó de nuevo, acorralándola suavemente contra las paredes de madera del granero, atrapándola entre su cuerpo y el áspero material. El calor entre ellos era palpable.

—Es cierto, eres una bruja —murmuró contra sus labios antes de besarla de nuevo—. Me has hechizado, Maisie. Porque esto que siento por ti no es normal.

—No soy una bruja —replicó ella con una leve sonrisa—. Y no te he hecho nada.

Duncan la miró intensamente, sus ojos oscuros brillando con deseo.

—Entonces, ¿por qué te deseo con una fuerza que no puedo controlar? Ni el whisky consigue que te saque de mi mente.

Las palabras de Duncan la atravesaron, tocando algo profundo en su interior. Sintió su corazón acelerarse, pero entonces recordó algo que la atormentaba desde que todo eso comenzó.

—Entonces, ¿por qué elegiste a Valoree? —preguntó, mirándolo con los ojos llenos de una mezcla de deseo y dolor.

Duncan suspiró, apartando la vista por un breve segundo antes de volver a mirarla.

—Por rabia... por ira... porque creía que podía mantener el control.

—¿El control de qué? —preguntó Maisie, frunciendo el ceño, aunque no apartaba sus manos de su cuello.

—De mi vida. De mis decisiones. —Duncan apretó la mandíbula—. Creía que si elegía a Valoree, podría seguir siendo el hombre que todos esperan que sea.

—Eso no explica por qué la elegiste a ella —insistió Maisie, sintiendo la tensión crecer en su pecho—. ¿La quieres?

—¡Por Dios, claro que no! —Duncan respondió con firmeza.

—¿Entonces por qué?

—No quiero casarme con ella, Maisie —admitió él, con la voz llena de arrepentimiento—. Fue un error, un error que pienso corregir.

Sin darle tiempo a responder, la besó de nuevo. Esta vez fue un beso aún más intenso, un beso que lo decía todo. Maisie se rindió ante él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y apretando su cuerpo contra el de Duncan. Todo su ser clamaba por él, el deseo reprimido explotaba dentro de ella.

Duncan dejó que sus manos viajaran hacia las caderas de Maisie, presionando ligeramente su trasero, lo que arrancó un pequeño gemido de sus labios. Lentamente, comenzó a desabrochar el vestido, dejando al descubierto su espalda y sus pechos. Sus manos recorrieron cada rincón de su piel, acariciando con suavidad, sintiendo la calidez de su cuerpo.

—Eres increíblemente bella, Maisie —susurró, antes de inclinarse hacia abajo para besar sus pechos.

Los jadeos de Maisie se mezclaron con los suyos, mientras las caricias y los besos aumentaban la tensión entre ambos. Mientras sus manos rozaban su espalda, Duncan sintió el tejido áspero de su cicatriz. El cuerpo de Maisie se tensó inmediatamente.

La herida de la quemadura marcaba su piel desde la espalda hasta parte de su abdomen, un recordatorio constante del dolor que había soportado.

—Eres hermosa, Maisie. La más bella que haya visto jamás —musitó Duncan con voz ronca, tomando su rostro entre sus manos y besándola con ardor.

Las caricias continuaron, cada vez más intensas, mientras los gemidos de Maisie llenaban el aire. Pero de repente, se escucharon ruidos y gritos provenientes del exterior. El sonido rompió la burbuja en la que estaban sumergidos.

—Algo está pasando afuera —expresó Maisie, su respiración aún acelerada, mientras intentaba volver a la realidad.

—Sí, parece que algo va mal —respondió Duncan, jadeando por el momento interrumpido.

Rápidamente, Duncan la ayudó a ponerse el vestido, sin poder evitar una sonrisa al ver el rubor en el rostro de Maisie, y su cabello ligeramente alborotado.

—Tú y yo no hemos terminado, Maisie —murmuró, plantando un beso rápido y rudo en sus labios.

—Lo haremos... pero cuando sea tu mujer —replicó ella, con una mirada desafiante antes de salir del granero, dejándolo atrás. Duncan sonrió para sí mismo, negando con la cabeza.

Claro que la haría su mujer. No había duda en su mente, Maisie sería suya. Estaba decidido a todo por ella. Olvidaría el pasado, olvidaría todo lo que había escuchado, porque nada de eso importaba ya. Lo único que importaba era tener a Maisie para él.

—¡Duncan! ¡Fuego! ¡Hay fuego! —el grito desesperado lo trajo de vuelta a la realidad.

Duncan se giró y vio a Maisie acercándose con el rostro pálido de terror.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado.

—¡Fuego! ¡Hay... hay mucho fuego! —respondió ella, su voz temblando.

Duncan sintió su estómago caer. El fuego. Sabía el terror que eso significaba para Maisie. No lo pensó dos veces.

—Quédate aquí. No salgas —ordenó con firmeza, su mirada fija en ella antes de salir corriendo hacia el peligro.

Capítulo 16

Duncan dejó a Maisie en el granero, con el corazón aún acelerado por todo lo que había ocurrido entre ellos. Pero en cuanto salió, su cuerpo se tensó al ver el caos desatado ante sus ojos. Varias casas estaban ardiendo, y las llamas se elevaban amenazantes hacia el cielo oscuro. La gente corría de un lado a otro, transportando cubetas llenas de agua, mientras los gritos y el ruido de la madera ardiendo resonaban en el aire.

Sin perder tiempo, Duncan corrió hacia el fuego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con urgencia a uno de los hombres que ayudaba a pasar las cubetas.

—¡No lo sabemos! Solo que empezó en una casa y se ha extendido rápido. No lo hemos podido contener —respondió el hombre, jadeando por el esfuerzo.

Duncan no se lo pensó dos veces y se unió a los demás, corriendo junto a ellos, cargando agua, intentando sofocar las llamas que avanzaban sin piedad.

Mientras tanto, Maisie se encontraba en el granero, abrazada a sí misma, con el corazón desbocado. Las lágrimas caían de sus ojos mientras las imágenes del pasado la golpeaban con fuerza, como si el fuego de aquella noche hubiera regresado a reclamarla.

«Sé fuerte, Maisie»

La voz de su madre resonó en su cabeza, como un eco distante pero poderoso. Maisie apretó los dientes, intentando aferrarse a esas palabras. No podía dejar que el miedo la paralizara otra vez. Tenía que superarlo, tenía que ser fuerte, porque si no lo hacía, el fuego siempre sería su debilidad. Respiró profundamente varias veces, intentando calmar el temblor de su cuerpo. Y aunque las llamas le provocaban un pánico visceral, decidió que no se quedaría escondida.

Salió del granero con las piernas temblando. Debía enfrentarlo. Pero cuando vio las llamas más de cerca, el miedo volvió a golpearla con fuerza. Su corazón latía desbocado mientras contemplaba la destrucción.

Se quedó quieta, incapaz de avanzar. Quería ayudar, pero sus pies no respondían. El calor era intenso.

—¡Maisie! —La voz de Duncan la sobresaltó, y giró para verlo llegar corriendo hacia ella, dejando caer una cubeta de agua al suelo. La tomó del rostro con ambas manos, obligándola a mirarlo a los ojos—. Te dije que te quedaras en el granero. No puedes estar aquí.

—Solo... solo quería ayudar... —musitó ella, tratando de mantener la calma, respirando hondo.

Duncan la miró con una mezcla de preocupación y frustración.

—No tienes que hacerlo, hay suficientes personas ayudando —expresó suavemente—. Es peligroso. Por favor, vuelve al granero.

Los ojos de Maisie se encontraron con los suyos, y lo que vio en ellos la desconcertó. Preocupación genuina. Por ella.

—Por favor, si te pasara algo...

—Está bien —aceptó finalmente—, pero cuídate tú también.

Duncan repentinamente, y antes de que Maisie pudiera reaccionar, él inclinó la cabeza y le plantó un beso rápido, pero tierno, en los labios. Un beso que encendió algo dentro de ella, algo que no tenía nada que ver con el fuego que ardía a su alrededor.

Maisie dio media vuelta, con el corazón aún latiendo con fuerza, y comenzó a caminar de vuelta al granero. Pero de repente, un grito desesperado la detuvo en seco.

—¡Ayuda! ¡Por favor, alguien, mi nieto está dentro!

Maisie giró rápidamente hacia el origen del grito. Una mujer mayor, desesperada y llorando, corría hacia las llamas.

—¡Señora! —Maisie corrió hacia ella—. ¿Dónde está su nieto?

—¡Está adentro! ¡No pude salir! Estaba durmiendo cuando todo comenzó... —La mujer se desplomó en el suelo, sollozando—. ¡Por favor, sálvalo! Es solo un niño...

Maisie miró hacia la casa envuelta en llamas. El calor era abrasador, y las paredes ya comenzaban a ceder. Tenía que hacerlo. Nadie había llegado aún para apagar el fuego, y el tiempo corría en contra del pequeño. No podía permitir que otro inocente muriera en el fuego, como su madre. Ella podía cambiar eso. Podía salvar al niño.

—Voy a entrar —habló firmemente—, pero busca más ayuda. Por favor, ¡vaya a buscar a Duncan! Dígale que yo, Maisie, estoy aquí.

La anciana asintió con el rostro bañado en lágrimas, luego corrió en busca de ayuda. Maisie, sin perder un segundo, se acercó a la puerta de la casa en llamas. La madera ya estaba débil y resquebrajada, y con un fuerte golpe logró derribarla. El humo oscuro salió disparado como una nube, casi ahogándola en el acto.

Maisie tosió violentamente, sintiendo el ardor en sus pulmones. Tenía que ser fuerte. Cuando logró recuperarse, dio un paso dentro de la casa. El calor era insoportable, y el fuego lo consumía todo a su alrededor, creando un caos de llamas y humo que casi la cegaba.

—¡¿Dónde estás?! —gritó, cubriendo la boca con su brazo mientras avanzaba a tientas entre el humo.

Las llamas crepitaban y devoraban todo a su paso, y Maisie sintió cómo su corazón latía frenéticamente. No tenía mucho tiempo.

—¡Niño! ¡Respóndeme! —gritó con más fuerza, la desesperación apoderándose de ella.

Entre el rugido del fuego, oyó un débil gemido.

Ahí estaba.

Sin pensarlo, corrió hacia el sonido con el humo oscureciendo su vista.

Tengo que salvarlo. Tengo que hacerlo, como no pude salvarla a ella años atrás —pensó Maisie mientras se abría paso entre el humo.

Por otro lado, la mujer llegó hasta donde estaba Duncan, con lágrimas rodando por su rostro mientras suplicaba su atención. Él, concentrado en apagar el fuego, apenas la notó al principio. Pero ante tanta insistencia, finalmente le prestó atención. La anciana lloraba desconsolada.

—¡Mi nieto está atrapado dentro de las llamas! —sollozó—. La joven pelirroja, Maisie... ella entró a salvarlo y me dijo que viniera por usted.

El corazón de Duncan pareció detenerse por un momento, la cubeta de agua cayó de sus manos, y el aire a su alrededor se volvió denso y opresivo.

Las llamas rugían cada vez más fuerte, y sin pensarlo dos veces, comenzó a correr en dirección a la casa que la mujer había señalado, sin mirar atrás.

El fuego ya devoraba la casa. Las llamas ascendían por las paredes y el techo ya crujía como si fuera a ceder en cualquier momento. ¿Por qué Maisie no le hizo caso?

No le podía pasar nada. No a Maisie. Si algo le sucedía allí dentro, jamás se lo perdonaría.

—¡MAISIE! —gritó con todas sus fuerzas mientras corría, sorteando las personas que intentaban sofocar las llamas—. ¡MAISIE! —El temor lo dominaba por completo.

Dentro de la casa, Maisie avanzó a tientas entre el humo espeso, su corazón acelerado, la respiración entrecortada. Cada inhalación era un tormento; el humo quemaba sus pulmones. Podía escuchar el llanto del niño, pero el fuego la rodeaba, confundiéndola.

—¿Dónde estás? —gritó de nuevo, desesperada por encontrarlo.

—¡En... en la habitación! —escuchó finalmente al niño, su voccecita apenas audible entre el rugido del fuego.

Con rapidez, se dirigió hacia donde parecía estar la habitación. Las llamas envolvían cada rincón, y la casa crujía peligrosamente. Pero cuando entró, lo vio. El pequeño estaba acurrucado en un rincón, con una manta sobre la cabeza. Maisie corrió hacia él y lo cargó en brazos, sintiendo el peso del niño aferrarse a ella con todas sus fuerzas.

—Tranquilo, ya estás a salvo —le susurró, tratando de mantener la calma—. Cúbrete mejor con la manta y no te sueltes, ¿entendido?

El niño asintió con los ojos asustados, aferrándose a ella como si fuera su única esperanza.

Mientras lo abrazaba, Maisie no pudo evitar recordar aquel día. El día en que su vida cambió para siempre.

El recuerdo de su madre, el calor abrasador, los gritos... Todo volvía a ella como una pesadilla de la que nunca pudo despertar. La imagen de su madre entre los escombros, su propio cuerpo tratando de salvarla, el dolor de perderla...

«¡MAMÁ, NO QUIERO QUE MUERAS!»

Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras la desesperación y el miedo crecían dentro de ella. Pero ahora no estaba en el pasado, no podía dejarse llevar por los recuerdos. Tenía que salvar al niño.

—¡MAISIE! —La voz de Duncan atravesó el humo, llamándola desde la realidad.

—¡DUNCAN! ¡AQUÍ! —gritó ella de vuelta, su voz llena de alivio y esperanza.

La figura de Duncan apareció entre las llamas, como un ángel enviado a salvarla. Su rostro estaba cubierto de sudor y hollín, pero sus ojos se encontraron con los de Maisie, llenos de determinación. Sin dudarlo, Duncan tomó al niño en sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó, su voz ronca por el humo.

Maisie asintió, incapaz de articular palabras. Duncan extendió su brazo hacia ella.

—Toma mi brazo y no lo sueltes por nada —le ordenó, sin apartar la vista de Maisie.

Ella asintió nuevamente y se aferró a su brazo. Juntos, comenzaron a avanzar hacia la salida. El calor era insoportable, y el sonido del fuego devorando la casa retumbaba a su alrededor. Apenas lograron salir cuando la casa, finalmente, colapsó detrás de ellos, cayendo en pedazos entre las llamas. El derrumbe sacudió el suelo, y Maisie giró para ver cómo el fuego consumía lo poco que quedaba de la estructura.

La anciana corrió hacia ellos, llorando de alivio cuando Duncan le entregó al niño.

—¡Gracias, gracias! Que Dios los bendiga a los dos —decía la mujer, con el niño aún aferrado a su cuello.

Duncan no apartó la mirada de Maisie. Necesitaba asegurarse de que ella estaba bien.

—¿Segura que estás bien? —preguntó suavemente, tomando su rostro con ambas manos, inspeccionando cada detalle—. No sabes el susto que me has dado, mujer.

Maisie sonrió débilmente, pero antes de que pudiera decir algo, sus fuerzas comenzaron a fallarle. Su visión se nubló y sintió sus piernas temblar. No podía sostenerse más. Lo último que vio fue el rostro preocupado de Duncan antes de que todo se volviera negro.

Capítulo 17

Duncan evitó que el cuerpo de Maisie tocara el suelo, reaccionando con rapidez para sostenerla antes de que se desplomara por completo. La tomó en sus brazos, observando su rostro pálido y sus ojos cerrados.

—Maisie... —susurró suavemente, acariciando su mejilla con ternura.

Sin perder más tiempo, comenzó a caminar hacia el castillo. Algunos de los aldeanos lo miraban confundidos, pero al ver a Maisie inconsciente en sus brazos, solo mostraron preocupación y ofrecieron su ayuda.

—No se preocupen —expresó Duncan con tono firme pero tranquilo—. Ella estará bien, solo necesita descansar. Sigán apagando el fuego y luego ayuden a quienes lo necesiten.

Las palabras de Duncan fueron suficientes para que todos retomaran sus labores, acatando sus órdenes sin cuestionarlas. Apenas cruzó las puertas del castillo, fue interceptado por Valoree y sus primas, quienes parecían haber estado esperando algún tipo de explicación.

—Duncan, ¿qué le pasó a Maisie? —preguntó Valoree, con un tono de preocupación por su hermana. Aunque también parecía interesada en cómo Duncan la llevaba en brazos.

—Está inconsciente —respondió él, su mirada seria—. Entró a una casa en llamas para salvar a un niño.

—¿Qué?! Pero si ella...

—Debe descansar, Valoree. Ahora la llevaré a su habitación.

—Yo... yo cuidaré de ella —se ofreció Valoree, pero la mirada severa de Duncan la hizo detenerse de inmediato.

—Mejor ve afuera y ayuda a las mujeres que lo necesiten. Yo cuidaré de Maisie.

—Pero...

—¡Ahora! —rugió Duncan, su tono autoritario resonando en el pasillo.

Valoree y las demás primas se sobresaltaron ante el repentino grito de Duncan, asintiendo en silencio antes de salir rápidamente, sin atreverse a protestar.

Duncan continuó su camino hacia la habitación de Maisie. Una vez allí, la colocó con cuidado en la cama, asegurándose de que estuviera cómoda. Durante unos minutos, simplemente se quedó de pie, observándola, su respiración lenta y tranquila. Verla así, tan en paz, le transmitía una calma que él mismo no había sentido en mucho tiempo.

Se acercó aún más y, sin poder resistirse, deslizó sus dedos con suavidad por su rostro, dibujando con la yema cada contorno de sus facciones.

—Eres tan hermosa —susurró, su voz apenas un murmullo. Luego, con una sonrisa, envolvió algunos mechones de su cabello entre sus dedos—. Me encanta tu cabello, lo sabes, ¿verdad?

—Eso deberías decírselo cuando esté despierta —expresó de repente una voz detrás de él—. Así no cuenta.

Duncan se apartó bruscamente, tropezando con la silla que estaba a su lado. Al darse la vuelta, se encontró con su hermana Kala, quien lo observaba con una expresión divertida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, tratando de recomponerse.

—Me enteré de lo que pasó con Maisie y vine a ver cómo estaba... y a cuidarla, pero veo que eso ya lo estás haciendo tú —respondió Kala, esbozando una sonrisa mientras miraba a su hermano con cierta picardía.

Duncan exhaló, mirando a Maisie nuevamente, su preocupación aún evidente.

—Es una rebelde valiente —murmuró, su tono era una mezcla de admiración y temor—. Pudo haberse hecho daño hoy.

—Pero está bien —replicó Kala—. Maisie es fuerte. Ya te lo ha demostrado muchas veces.

—Sí... ya me ha quedado claro —admitió Duncan, sus ojos fijos en Maisie mientras la preocupación seguía clavada en su pecho.

Kala no pudo evitar reír al ver la expresión de su hermano.

—No entiendo por qué no le dices lo que sientes —comentó ella, inclinando la cabeza.

Duncan frunció el ceño, cruzando los brazos.

—¿Decirle lo que siento?

—Sí. Que la quieres a ella, y no a Valoree —respondió Kala, con una sonrisa tranquila—. Por cierto, ¿por que Valoree y no Maisie?

Duncan soltó una risa amarga.

—Porque soy un imbécil.

—Bueno, de eso no hay duda —bromeó Kala, aunque su tono fue rápidamente serio—. Pero ser un imbécil no significa que debas ser infeliz, ni ella tampoco. Casándote con Valoree no serás...

—No me voy a casar con Valoree —la interrumpió Duncan.

Kala parpadeó, sorprendida.

—¡Oh! Eso es... ¿bueno?

Duncan soltó un suspiro.

—Realmente no lo sé. Pero no me voy a casar con ella. Sé que cometí un error... una elección impulsiva, basada en la rabia y los celos.

—¿Celos? —Kala arqueó una ceja, esperando una explicación.

Duncan apartó la vista por un segundo, recordando aquel momento.

—Sí, celos. El día que elegí a Valoree, estaba decidido a elegir a Maisie, a decirle lo que realmente sentía por ella... pero escuché algo que me hizo cambiar de opinión. Algo que me hirió profundamente.

Kala lo miró en silencio, esperando que continuara.

—Oí una conversación entre Maisie y otro hombre —continuó Duncan con la voz cargada de frustración—. Algo que me hizo creer que ella ya tenía a alguien. Que planeaba huir con ese hombre. Así que elegí a Valoree, en un arrebato de rabia. Fue la peor decisión que pude haber tomado.

Kala lo miró con compasión y comprensión. Sabía cuánto pesaba esa decisión en su hermano. Y más que nada, entendía lo que realmente sentía por Maisie.

—Duncan... —empezó a decir, pero él la interrumpió.

—Las señales fueron claras —continuó Duncan, una sonrisa leve asomando en sus labios—. Y creí que ella no estaba interesada en mí, que quería a otro... pero esta noche, Maisie me ha demostrado lo contrario. Ella siente lo mismo por mí. —La sonrisa en su rostro se amplió momentáneamente, pero luego su expresión se oscureció—. Aun así, necesito averiguar por qué quería huir.

Kala, un poco nerviosa, carraspeó y se alejó unos pasos, incómoda. No sabía qué hacer ni qué decir exactamente. Por una parte, podría salvar a Maisie y facilitar que su hermano y ella fueran felices, pero, por otra parte, si revelaba demasiado, todo podría empeorar. No solo para ellos, sino también para Maisie.

—Hermano —lo llamó Kala con cautela—, te aseguro que no es lo que crees. Maisie no está enamorada de nadie más que de ti, créeme.

Duncan frunció el ceño, claramente desconcertado.

—Entonces ¿por qué quería huir? —preguntó, su tono lleno de incertidumbre.

—Eso no puedo decírtelo, Duncan —respondió Kala con suavidad—. Lo siento, pero tienes que confiar en ella... y en mí. Maisie te ama, y si tú también la amas, debes arreglar tu error antes de que sea demasiado tarde.

—Lo sé —murmuró Duncan con la voz apagada—. Pero no quiero empeorar las cosas con una guerra en medio. Archie adora a Valoree, y si le digo que no quiero casarme con su hija preferida porque amo a la que no quiere, no dudará en armar una guerra.

Kala intentó aligerar el ambiente, sonriendo con complicidad.

—Bien podrías decirle que su hija preferida es una víbora, y que no quieres pasar el resto de tu vida con ella.

Ambos rieron ante la ocurrencia, pero Duncan negó con la cabeza.

—No, eso no es una opción, hermana.

—Pero debes hacerlo, por Maisie —insistió Kala, volviendo al tema con seriedad.

Duncan suspiró profundamente, sabiendo que su hermana tiene razón.

Después de su conversación, se quedaron en silencio, observando a Maisie, que seguía dormida profundamente. A juzgar por su tranquila respiración, parecía que no despertaría pronto.

—Venga, dejemos que descanse —musitó Duncan, tomando la mano de su hermana mientras ambos salían de la habitación.

Cuando ya estaban fuera, Kala hizo una pausa, visiblemente incómoda.

—Duncan...

—¿Qué ocurre? —preguntó él, notando la vacilación en su voz.

—No quiero casarme con Iver —confesó Kala con un tono cargado de sinceridad y súplica.

Duncan se detuvo, clavando los ojos en los de su hermana. Sabía que este tema había estado pesando en ella, pero hasta ahora no había sido tan directa.

—Kala, ya hablamos de esto...

—Lo sé —interrumpió ella—, pero estoy enamorada de otro. Y sabes que nunca me ha gustado Iver. Por favor, no me hagas pasar por eso.

Los ojos de Kala reflejaban una mezcla de angustia y esperanza. Duncan suspiró, jalándola suavemente hacia él en un abrazo protector. Besó su frente y luego la miró con seriedad.

—Haré lo posible, Kala —respondió, sin querer darle falsas esperanzas—. Pero no prometo nada, ¿entendido?

Kala asintió, esbozando una sonrisa agradecida. No era la respuesta ideal que esperaba, pero al menos era algo.

Ambos se dirigieron al gran salón, donde todo el clan parecía reunido. El bullicio llenaba la estancia, con la gente charlando tras los recientes acontecimientos.

—Duncan, ¿dónde estabas? —preguntó su padre, Douglas, tan pronto lo vio entrar.

—Estaba cuidando de Maisie, debieron escuchar lo que sucedió —respondió Duncan, mirando hacia su padre y luego a Archie McAllen.

—Sí, claro, Maisie fue muy valiente —expresó Douglas con un leve asentimiento—. ¿Cómo está?

—Está descansando, pero estará bien —respondió Duncan.

—Te agradezco lo que has hecho por mi hija, Duncan —intervino Archie—. Pero tu futura esposa ha estado aquí todo este tiempo esperando por ti.

La mandíbula de Duncan se tensó al escuchar las palabras de Archie. Miró a Valoree y luego a sus primas, su estómago revolviéndose ante la perspectiva de lo que todos esperaban de él.

—¿Han logrado detener el incendio? —preguntó Duncan, queriendo desviar la conversación.

—Por supuesto —respondió Donell, que había estado ayudando—. Ha costado un poco, pero lo controlamos. Mañana comenzaremos con las reparaciones.

Duncan asintió, agradecido por la eficiencia de sus hombres. Sin embargo, sabía que no podía postergar lo inevitable por más tiempo. Miró a su padre y Archie, y finalmente decidió que era el momento de enfrentarse a la verdad.

—Padre... Laird McAllen —habló él con firmeza—, quiero hablar a solas con ambos.

Douglas y Archie intercambiaron miradas, sorprendidos por la seriedad en el tono de Duncan, pero ambos asintieron. Se dirigieron juntos hacia la sala donde solían reunirse los guerreros, un lugar más tranquilo y privado.

Una vez dentro, Archie se acomodó en una silla, mirando con curiosidad a Duncan.

—¿Y bien? —preguntó Archie, cruzando los brazos—. ¿De qué se trata esto?

Duncan respiró hondo, enfrentando a los dos hombres que más respeto le inspiraban, pero también aquellos cuyas expectativas sentía que debía romper.

—Ya no me casaré con Valoree —anunció, con una firmeza que sorprendió incluso a Douglas.

Archie frunció el ceño, confundido y claramente molesto.

—¿Qué? —preguntó Archie con incredulidad—. El acuerdo era...

—Voy a casarme con Maisie —continuó Duncan, sin titubear.

—¿Cómo? —Archie no podía dar crédito a lo que había escuchado.

—Ya lo has oído, McAllen —respondió Duncan, con firmeza—. Me casaré con Maisie.

—¡No puedes hacerle esto a mi hija Valoree! —exclamó Archie, indignado—. Esto es una vergüenza para el clan McAllen.

—No entiendo por qué sería una vergüenza —intervino Douglas, con el ceño fruncido.

—¿Cómo que por qué? ¡Eso no fue lo que acordamos! —replicó Archie, tratando de mantener el control de la situación.

—Claro que sí lo fue —expresó Douglas sin levantar la voz, pero con una firmeza que no dejó lugar a dudas—. Acordamos que mi hijo se casaría con una de tus hijas, y hasta donde sé, Duncan no está rechazando ese acuerdo. Solo está haciendo un cambio. Y Maisie es tu hija, ¿no es así?

Archie titubeó, buscando las palabras correctas.

—Pero... Maisie... ella no sería una buena esposa. Valoree es... la indicada —intentó argumentar, aunque incluso para él sonaba débil.

—No para mí, McAllen —replicó Duncan, dando un paso adelante—. Cometí un error al elegir a Valoree, pero ya me he dado cuenta de que la mujer que quiero en mi vida, como mi esposa, es Maisie.

Archie, furioso y sintiendo que perdía el control de la situación, lanzó una acusación que sabía que no debía haber dicho.

—De seguro que Maisie hizo de todo para meterse en tu cama y por eso...

—¡No vuelvas a decir algo como eso! —rugió Duncan, con los ojos llameantes de rabia. Se acercó a Archie, lo bastante cerca como para intimidarlo—. Maisie merece el mismo respeto que Valoree. Y te aseguro que tus hijas están tan intactas como cuando llegaron aquí.

Douglas intervino, apaciguando el ambiente pero con el mismo tono de firmeza que su hijo.

—Ha escuchado a mi hijo, McAllen. Nadie ha faltado el respeto a tus hijas. Los preparativos para la boda aún no están avanzados, por lo que no hay ningún problema en hacer este cambio. Duncan puede casarse con tu otra hija, Maisie.

Archie respiró hondo, claramente atrapado. Miró a Duncan, quien no parecía dispuesto a ceder un milímetro.

—¿Algún problema, McAllen? —preguntó Duncan con la voz grave y serena—. Sabe bien que el rey me tiene en alta estima y que cuento con su total bendición. No querrás empezar una guerra por algo tan insignificante.

El rostro de Archie se endureció, pero en el fondo sabía que Duncan tenía razón. No tenía forma de enfrentarse al clan Blair, el más grande y poderoso de Escocia, y mucho menos con el rey de su lado.

—Si realmente la quieres... —musitó Archie, aunque su voz apenas ocultaba su resentimiento.

—Por supuesto que la quiero —afirmó Duncan, mirándolo directo a los ojos—. La amo.

Archie dejó escapar un suspiro, rindiéndose ante lo inevitable.

—Entonces... está bien.

—Apenas Maisie despierte, haré pública mi decisión —sentenció Duncan con determinación, mirando una última vez a Archie antes de girarse y salir del salón.

Duncan caminó directo hacia la habitación de Maisie. Quería estar junto a ella cuando despertara, quería verla abrir los ojos sabiendo que pronto sería su esposa. Entró en la habitación y vio que todo estaba tal como lo había dejado. La tenue luz de las velas y el crepitar suave de la chimenea llenaban el ambiente de una paz reconfortante.

Sin pensarlo dos veces, se quitó las botas y avivó el fuego de la chimenea, dejando que las llamas calentaran el cuarto. Luego se deshizo de su tartán y se acercó a la cama. Maisie dormía profundamente, su respiración era tranquila y serena. Duncan la observó por un momento, grabando en su memoria cada detalle de su rostro. Echó a un lado las pieles con cuidado y se deslizó en la cama junto a ella.

La abrazó suavemente, pegándola a su cuerpo, sintiendo el calor de su piel a través de las mantas. Su aroma lo envolvía, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz. Esa sería su primera noche junto a Maisie, su mujer, aunque ella aún no lo supiera.

Cerró los ojos y se permitió disfrutar de ese momento, de la sensación de tenerla entre sus brazos. No importaba lo que ocurriera mañana. Lo único que importaba era que pronto, muy pronto, ella sería suya. Y él, de ella.

Capítulo 18

Maisie despertó sintiendo un peso inusual sobre su pecho. Parpadeó varias veces, intentando enfocar la vista, mientras su mente todavía estaba atrapada entre el sueño y la realidad. Todo a su alrededor estaba en orden; reconocía su habitación, las pieles y el fuego suave de la chimenea aún crepitando. Pero lo que la dejó perpleja fue la figura que descansaba sobre ella. Miró hacia abajo, y su corazón casi se detuvo al ver a Duncan, profundamente dormido con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Duncan...? —lo llamó suavemente, sin recibir respuesta. Su mente comenzó a acelerarse—. Duncan, despierta... ¡Duncan! Si alguien nos ve en esta situación...

—Todo está bien —murmuró él sin abrir los ojos, con la voz ronca del sueño—. Nadie tiene derecho a opinar nada, porque nos vamos a casar.

—Ah, si es así, entonces bi... —Maisie abrió los ojos de golpe, comprendiendo repentinamente lo que acababa de decir. Con un empujón rápido, apartó a Duncan de su pecho y se levantó de la cama—. ¡¿Qué acabas de decir?!

Duncan, todavía con los ojos cerrados y tumbado en las pieles, sonrió de medio lado, disfrutando del desconcierto de Maisie. Abrió lentamente los ojos antes de sentarse en la cama, apoyando sus manos en sus rodillas mientras la observaba con calma.

—¿Dormiste bien? —preguntó con una sonrisa haciendo que Maisie se irritara al saber que estaba esquivando su pregunta.

—¡Duncan, no me ha respondido! —replicó ella, cruzando los brazos, claramente molesta por su falta de seriedad.

—A ver, mi amor —expresó él, poniéndose de pie y acercándose a ella con esa mezcla de confianza y ternura que siempre la desarmaba. La tomó suavemente por el rostro, acariciando sus mejillas mientras depositaba un beso lento y tierno en sus labios—. Deberías descansar un poco más. Ayer te desmayaste por haber inhalado mucho humo, y necesitas recuperar fuerzas.

—¿Pero tú...? —Maisie intentó protestar, pero Duncan la guió suavemente de vuelta a la cama.

—Te lo explicaré todo, pero primero tienes que tranquilizarte, ¿sí? —La tumbó sobre la cama con suavidad y ternura. Maisie por su lado, se sintió extrañamente vulnerable ante Duncan y su trato especial.

Duncan se permitió una sonrisa más amplia, complacido. Aprendiendo que esa suavidad y ese toque delicado, sería una buena manera de calmarla en el futuro, siempre que fuera necesario.

Ella se acomodó en la cama, pero la curiosidad seguía quemándole por dentro.

—¿Por qué estábamos durmiendo juntos? —preguntó ella, entre la confusión y la incredulidad.

—Ya te lo dije, mi amor —respondió Duncan con total naturalidad, sentándose junto a ella en la cama—. Nos vamos a casar. Anoche hablé con tu padre y el mío, y ambos están de acuerdo. Pronto serás mi esposa, mi mujer.

Maisie lo miró fijamente, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Pero una parte de ella se negó a ceder tan fácilmente, así que, en lugar de alegrarse, lanzó una pregunta con una pizca de desafío.

—¿Y si no quiero casarme contigo?

La sonrisa de Duncan desapareció de inmediato. Su rostro se endureció y sus ojos buscaron los de ella con una seriedad que la hizo querer reír, aunque se contuvo. La intensidad en su expresión era desmesurada, como si no pudiera concebir tal posibilidad.

—¿Por qué no querrías casarte conmigo, Maisie? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y gravedad.

Maisie se inclinó hacia adelante, divertida y disfrutando de esa pequeña victoria momentánea.

—En primer lugar, porque no me lo has pedido de manera oficial.

Duncan la miró fijamente, entrecerrando los ojos, claramente sorprendido por su respuesta.

—¿Así que es eso? —preguntó Duncan finalmente relajándose un poco—. ¿Quieres que te lo pida como se debe, con todas las formalidades? ¿Es eso?

Maisie lo miró de reojo, con una pequeña sonrisa curvando sus labios.

—Exactamente —respondió ella, disfrutando del desconcierto momentáneo de Duncan.

Duncan meneó la cabeza, y con una chispa juguetona en los ojos, se levantó de la cama rápidamente.

—Espera aquí. No te muevas —pidió con entusiasmo antes de salir corriendo de la habitación.

Maisie lo observó marcharse con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Apenas pasaron unos minutos cuando escuchó los apresurados pasos de Duncan regresando por el pasillo. Cuando lo vio entrar, con el rostro iluminado por una sonrisa, sintió cómo su corazón comenzó a latir más rápido.

Duncan se acercó a ella, respirando hondo como si se preparara para algo importante. En su mano, Maisie notó que sostenía un anillo, el mismo que originalmente estaba destinado a Valoree, pero ahora, iba a ser para ella.

Duncan se arrodilló frente a ella, mirándola con ternura. Maisie se quedó sin palabras por un momento, atrapada en la intensidad de sus ojos.

—Maisie McAllen —comenzó Duncan, con una voz suave pero firme—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa? ¿De compartir tu vida conmigo? Sé que soy un bruto, testarudo y no siempre tomo las mejores decisiones... pero prometo que te haré la mujer más feliz. Serás mi compañera, mi amor, y quiero que estés a mi lado hasta el último de nuestros días.

Maisie sintió cómo los ojos se le humedecían al escuchar aquellas palabras. Sabía que Duncan hablaba con el corazón, y ver a un hombre tan fuerte y seguro arrodillarse frente a ella, con tanta sinceridad, le conmovió profundamente.

—¿Serás mi esposa, Maisie? —repitió Duncan, ahora con una sonrisa que reflejaba todas las emociones contenidas en su pecho—. ¿Serás mía para siempre?

Maisie tragó saliva, con los sentimientos flotando dentro de ella. No pudo contener la sonrisa que se formó en sus labios, ni las lágrimas de emoción que brotaron de sus ojos.

—Por supuesto que quiero, bruto —respondió ella con una risa temblorosa—. Mi bruto.

La sonrisa en el rostro de Duncan se amplió, y sin esperar más, deslizó el anillo en el dedo de Maisie. Era el símbolo de su unión, el anillo que originalmente debía haber sido de Valoree, pero ahora estaba en el lugar correcto.

—Ahora sí, ya eres mía, y yo soy tuyo —susurró Duncan antes de inclinarse y besarla suavemente en los labios.

Maisie respondió al beso con la misma pasión y ternura, sabiendo que a partir de ese momento, nada podría separarlos.

Ambos cayeron sobre la cama, riendo y besándose, mientras Duncan la rodeaba con sus fuertes brazos.

—Te amo —susurró él entre besos.

—¿Me amas? —preguntó Maisie, todavía sorprendida por la intensidad de sus palabras.

—Por supuesto que te amo —afirmó Duncan, acariciando su mejilla con delicadeza—. ¿Y tú, Maisie? ¿Me amas a mí?

Maisie lo miró con una sonrisa traviesa, fingiendo pensar.

—¿Yo? —respondió con tono juguetón—. ¿Cómo voy a amar a un bruto como tú?

Duncan soltó una carcajada.

—Ya verás cómo te enamoras de este bruto más de lo que imaginas —aseguró él, divertido.

—Eso será difícil —replicó ella, mirándolo con picardía.

—¿Difícil? ¿Por qué? —preguntó Duncan, fingiendo ofenderse.

Maisie lo miró intensamente, acariciando su rostro con suavidad.

—Porque ya te amo, Duncan Blair. Y sería imposible enamorarme más de ti.

Duncan, sin poder contener más sus emociones, la besó nuevamente, esta vez con una mezcla de pasión y ternura, como si ese beso fuera la promesa de un futuro juntos.

—Te haré la mujer más feliz del mundo —prometió Duncan entre besos—. Y cuando esta maldita guerra termine, lo primero que haré será llevarte a conocer el mundo.

—¿De verdad? —preguntó Maisie emocionada, con los ojos brillando.

—Por supuesto —asintió él, sin dejar de besarla—. Y luego, tendremos muchos hijos, los que tú quieras. Quiero tener primero un hombrecito, luego una preciosa niña como su madre... y después, los que lleguen.

—¿Muchos hijos? —preguntó Maisie, riendo mientras lo golpeaba suavemente en el pecho—. ¿Acaso quieres que esté embarazada todo el tiempo?

—Ese es el plan —bromeó Duncan, acariciando su cabello—. Así, nunca te escaparás de mí.

—Olvídate de eso —respondió Maisie con una sonrisa—. Nunca te librarás de mí, Duncan Blair. Estaremos juntos hasta la muerte.

Duncan la abrazó con fuerza, sus cuerpos encajando perfectamente, y susurró en su oído.

—Hasta la muerte, mi amor.

Después de ese momento tan especial, decidieron salir de la habitación y dirigirse al gran salón,

donde sabían que todos estarían reunidos tras el incendio.

Mientras caminaban de la mano, Maisie no podía evitar sonreír al pensar en el futuro que les esperaba juntos, mientras que Duncan, orgulloso y satisfecho, la guiaba con determinación. Al llegar al salón, notaron que todos estaban concentrados en los preparativos para reconstruir las casas afectadas por el fuego.

En cuanto los vieron entrar, todos se asombraron al verlos con las manos entrelazadas, Valoree fue la primera en acercarse. Al verlos juntos, detuvo su paso, su rostro cambió rápidamente a una expresión de desconcierto. Sus ojos pasaron de las manos de Duncan y Maisie a los rostros de ambos, claramente molesta por lo que veía.

—Maisie, no seas maleducada —expresó Valoree, frunciendo el ceño—. Suelta la mano de mi futuro marido. Además, tienes que respetar al tuyo —añadió, señalando a Edzel, que observaba la escena desde el fondo con una expresión sombría.

Duncan, manteniendo la calma, pero con una firmeza implacable, habló antes de que Maisie pudiera responder.

—Valoree, parece que tu padre aún no te ha comentado nada.

Valoree frunció el ceño con confusión.

—¿Hablar de qué? —preguntó, sintiendo que algo importante estaba por suceder.

—Muñequita —Archie se levantó de su asiento y se acercó a sus hijas, tratando de mantener la calma ante la situación—. Ellos se quieren y van a casarse. Lo mejor es dejar que sean felices.

—¿Y yo, papi? ¿Qué pasa conmigo? —Valoree se volvió hacia su padre, la desesperación y el dolor reflejados en su rostro—. Yo...

—Valoree... —Maisie intentó dar un paso hacia su hermana, queriendo consolarla y explicarle, pero Valoree la rechazó de inmediato.

—¡No! —gritó Valoree con la voz temblando de ira y angustia—. Siempre supe que me tenías celos, pero jamás pensé que llegarías a esto, Maisie... ¡quitarme mi futuro, destruir lo que más quería!

—No, Valoree... yo no...

—¡Me has destrozado la vida! —sollozó Valoree, sus ojos llenos de lágrimas mientras miraba a su hermana con una mezcla de traición y rabia—. Sabías cuánto deseaba casarme con Duncan... lo sabías, Maisie. No puedo creer que me hayas hecho esto.

Cada palabra de Valoree golpeó a Maisie como una daga en el corazón. Aunque sabía que no debía sentir culpa, no podía evitarlo. Era su hermana menor, la que siempre había protegido, la que su madre le había confiado cuidar. El dolor en los ojos de Valoree la afectaba profundamente, y la promesa que había hecho a su madre parecía más pesada que nunca.

—Valoree, no quería hacerte daño, de verdad —trató de explicarse Maisie, pero su hermana ya no la escuchaba. Valoree se giró, huyendo entre lágrimas, dejándola sola en medio del salón, sintiéndose culpable por algo que nunca había sido su intención.

—No puedo creer lo que le has hecho a tu pobre hermana, Maisie —intervino su tía Moira con su habitual tono de desaprobación. Maisie retrocedió un par de pasos, la culpabilidad pesando más fuerte sobre sus hombros, hasta que chocó con el pecho sólido de Duncan.

Duncan, al sentir su retirada, la sujetó con firmeza y dio un paso al frente, poniéndose entre Maisie y su tía.

—Cuidado con lo que dices —la voz de Duncan era baja, pero cortante—. Maisie será mi mujer, y exijo que se le respete como tal. Quien le falte al respeto, se las verá conmigo. ¿Queda claro? —sus palabras resonaron en el gran salón mientras su mirada aún estaba fija en Moira y cualquiera que osara cuestionar su decisión.

Moira, claramente ofendida pero también intimidada por el tono firme de Duncan, se calló de inmediato, y poco a poco los presentes comenzaron a dispersarse, murmurando entre ellos. El ambiente tenso y las miradas críticas hicieron que Maisie se sintiera aún más incómoda, aunque Duncan mantuvo su mano firmemente agarrada, transmitiéndole su apoyo y fortaleza.

Cuando todos se habían marchado, solo quedaron en el salón Douglas, los amigos de Duncan, Creed y Kala.

Kala fue la primera en romper el silencio, sonriendo ampliamente.

—Yo sí me alegro por ustedes —expresó Kala, mirándolos con sincera felicidad—. Esta vez sí has hecho la elección correcta, hermano.

Maisie trató de sonreír, pero su mirada seguía perdida en la puerta por la que Valoree había desaparecido. La tristeza seguía envolviendo su corazón, sabiendo que, aunque ahora estaba junto al hombre que amaba, había roto el corazón de su hermana. Era difícil no sentirse culpable.

Se sentía atrapada. Estaba entre la espada y la pared. De un lado, el hombre que amaba y con quien podría ser feliz. Del otro lado, la promesa que le había hecho a su madre antes de morir: proteger a Valoree, cuidar de ella a toda costa. ¿Cómo podía cumplir esa promesa si, por su felicidad, había destruido los sueños de su hermana?

—No estés triste, Maisie —susurró Duncan, dándole un apretón suave en la mano—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Maisie lo miró y asintió, pero su corazón seguía dividido. Sabía que la felicidad con Duncan era lo que más anhelaba, pero, ¿podría vivir en paz sabiendo que había roto el vínculo con su hermana en el proceso?

Capítulo 19

Las reconstrucciones habían comenzado. Siete casas habían resultado afectadas por el fuego, y cuatro de ellas totalmente destruidas. Las familias que vivían allí se habían quedado sin nada, despojadas de sus pertenencias y hogares. Pero, como era costumbre entre los miembros del clan, algunos vecinos ya estaban ayudando y donando lo que podían para aliviar la carga de los más necesitados.

—Como el futuro Laird, deberías ayudar a esas personas, Duncan —sugirió Maisie, señalando a las familias que habían perdido todo—. Hay niños entre ellos, no tienen un lugar a dónde ir.

Era mediodía, y ambos caminaban de regreso al gran salón para almorzar. La mañana había transcurrido rápido entre el trabajo duro, cargando escombros y comenzando la construcción de nuevas casas. Duncan había insistido en que Maisie se mantuviera cerca mientras él ayudaba a los hombres, como si su presencia lo reconfortara en medio de tanto caos.

—Lo sé —respondió Duncan, entrelazando sus dedos con los de Maisie—. Voy a ordenar que se preparen cuartos en el castillo para que esas familias pasen la noche.

Maisie observó sus manos entrelazadas y sonrió suavemente. Aún no habían hablado de lo ocurrido esa mañana con Valoree. Cada vez que Maisie intentaba mencionarlo, Duncan lo esquivaba, como si se negara a dejar que las palabras venenosas de su hermana arruinaran lo que habían logrado.

Al entrar en el gran salón, vieron que muchas personas ya estaban acomodadas para el almuerzo. Maisie echó un vistazo alrededor, buscando a Valoree entre los presentes, pero no la encontró. Solo distinguió a sus primas, reunidas en un rincón como si fuera un nido de víboras.

Duncan notó que Maisie buscaba a su hermana, y, aunque no le gustaba la idea, no podía decirle nada. Sabía cuánto le importaba Valoree a Maisie, a pesar de que su hermana no se mereciera tanto afecto. Entendía ese vínculo de sangre, ese deseo de proteger a la familia. Él sentía lo mismo por Kala y la defendería siempre. Pero Valoree... ella era diferente. A ella solo le interesaba su propio beneficio, lo había dejado claro desde el principio.

«Quiero casarme contigo»

Esas fueron las palabras de Valoree cuando él preguntó. En aquel entonces, la idea de casarse con ella parecía la adecuada. Sería un matrimonio que uniría a dos clanes fuertes, una alianza sólida para enfrentarse a los ingleses. Una esposa obediente, hijos, una vida tranquila. Eso era lo que había creído querer.

Pero entonces llegó Maisie y todo cambió.

Ya no deseaba una esposa sumisa ni un matrimonio predecible. No quería una vida monótona, sin desafíos ni sorpresas. La sola idea de una vida así lo aburría profundamente ahora. Maisie le había hecho ver otra clase de vida, una llena de fuego, pasión y retos. Y la idea de vivir sin ella le resultaba insoportable.

—Ahora vuelvo —informó Maisie, sacándolo de sus pensamientos. Duncan frunció el ceño,

observándola mientras se alejaba antes de que pudiera decir algo para detenerla.

Maisie caminó decidida hacia sus primas, quería saber donde estaba su hermana. Valoree nunca se perdía un almuerzo o cualquier otra celebración en el gran salón, y su ausencia era inusual. No le quedaba más remedio que preguntar a sus primas, aunque sabía que corría el riesgo de ser atacada con alguna que otra ofensa. Pero, si nunca le había importado lo que dijeran, no iba a empezar ahora.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó en cuanto llegó a ellas. Al instante, las primas dejaron de hablar y se quedaron en silencio, observándola con expresiones de desagrado.

Ginebra fue la primera en poner su cara agria, pero, como de costumbre, a Maisie no le importó.

—¿Y ahora te preocupa Valoree? ¿Después de haberle robado a su prometido? —soltó Ginebra con amargura.

Maisie simplemente rodó los ojos, sin darle mayor importancia.

—Mira que eres hipócrita —intervino Isla, prima de Duncan—. No entiendo cómo mi primo pudo cambiar a Valoree por...

—Cuidado con lo que vas a decir, Isla —la interrumpió Maisie con su tono firme característico—. ¿Tengo que recordarte lo que Duncan dijo esta mañana? Si van a vivir en el clan Blair, es mejor que se acostumbren a que yo seré la esposa de Duncan, el futuro Laird. Eso me deja en una buena posición, ¿no? Y, por lo tanto, me deben respeto.

Maisie no quería aprovecharse del poco poder que le confería ser la prometida de Duncan, pero con ellas, presumir un poquito no le hacía daño a nadie.

—Por mucho que les moleste que Duncan haya preferido cambiar a su perfecta Valoree por una mujer con la piel quemada y un cuerpo más grande —habló haciendo referencia a los comentarios que solían hacer sobre ella—, van a tener que aceptarlo de una vez por todas.

Las primas de Maisie se quedaron calladas, sorprendidas por la seguridad con la que ella hablaba.

—Ahora, díganme dónde está mi hermana.

Se miraron entre sí, sin poder evadir la pregunta. Maisie ahora tenía el control.

—Valoree está encerrada en su habitación —respondió Clío, la prima con la que Maisie siempre había tenido menos problemas—. No ha querido salir desde que tu padre le dijo que ahora tendría que casarse con Edzel.

Maisie no podía creer que su padre le hiciera eso a su hija predilecta. Su padre no tenía idea de que con Edzel como Laird y Valoree como su esposa, el clan McAllen no duraría mucho tiempo. Parte de ella se entristeció al pensar en ello; después de todo, ese era su clan, el lugar donde había nacido su madre.

Sin decir nada más, Maisie se alejó de sus primas y regresó junto a Duncan, que la observaba desde la distancia. No le había quitado los ojos de encima, preparado por si alguna de sus primas intentaba causar problemas. Pero al ver cómo Maisie había controlado la situación, Duncan no pudo evitar sentirse más orgulloso de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan cuando Maisie llegó a él, la tomó de la cintura acercándola

hasta su cuerpo de forma posesiva para besarla rápidamente.

—¡Duncan! —susurró ella, con una mezcla de diversión y reproche—. Nos están mirando.

—¿Y qué pasa con eso? Serás mi esposa en poco tiempo.

—Pero me da algo de vergüenza, ¿qué pensarán de mí? —expresó ella un tanto avergonzada.

—¿Y desde cuándo a Maisie McAllen le ha importado lo que piensen de ella? —preguntó Duncan con una sonrisa, haciendo que ella también sonriera pícaramente.

—Realmente... nunca me ha importado —admitió Maisie, y sin decir más, lo besó, sorprendiendo a Duncan, aunque este rápidamente respondió al beso con intensidad, abrazándola y profundizando el contacto.

—Mejor sentémonos ya —sugirió Maisie, rompiendo el beso antes de que se dejara llevar por completo.

—Espera. —Duncan la detuvo, mirándola con intensidad—. ¿De verdad estás bien? —preguntó otra vez, buscando algo más en su rostro.

—Claro que estoy bien, ¿por qué no lo estaría? —respondió Maisie.

—Aunque no lo creas he llegado a conocerte, y podría jurar que el problema se llama Valoree.

—Valoree no es un problema, Duncan. Es mi hermana —contestó ella con un suspiro.

—Lo sé, y lo entiendo. Pero tú también debes entender que mereces ser feliz, y la felicidad de los dos es estar juntos —expresó él, mirándola con firmeza.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó Maisie, frunciendo el ceño.

—Solo te aviso que no te dejaré ir, y si puedo, adelantaré la boda para cuando las reconstrucciones estén listas —respondió Duncan, dejando a Maisie completamente perpleja.

—¡No serías capaz! —exclamó ella.

—Solo si me prometes que no me dejarás —suplicó Duncan, acercándose aún más, su voz sería pero juguetona a la vez.

—¿Y de dónde sacaste la idea de que podría dejarte, Duncan Blair? —replicó ella de vuelta.

Esas palabras hicieron que Duncan soltara un suspiro de alivio. Había temido, por un breve momento, que Maisie pudiera arrepentirse de casarse con él por Valoree.

—Te amo —expresó Duncan, con una sonrisa que reflejaba pura ternura.

—Yo también te amo, bruto —respondió Maisie, riendo suavemente.

Después de almorzar, muchos regresaron a las tareas de reconstrucción, pero Duncan solo tenía una cosa en mente: pasar tiempo a solas con Maisie. Aunque si por él fuera, estaría con ella todo el día, cada segundo.

—¿Duncan, a dónde vamos? Tenemos que seguir ayudando —preguntó Maisie, entre risas, mientras él la arrastraba lejos de todos.

—Al lago —reveló Duncan, con una sonrisa en los labios.

—¿Al lago? —repitió ella, extrañada—. Sabes que en esta temporada no podemos meternos al agua, está helada, podríamos enfermarnos.

—No vamos a meternos —replicó él, rodando los ojos divertido.

—Entonces, ¿a qué vamos?

—Solo quiero un momento a solas con mi mujer. ¿Es mucho pedir? —respondió Duncan, mirándola con deseo.

Maisie se mordió el labio inferior, sintiendo cómo el rubor coloreaba sus mejillas. Ella también lo deseaba, más de lo que podía admitir.

Cuando llegaron al lago, Duncan se sentó en el pasto y la hizo sentarse sobre su regazo. La abrazó con fuerza, como si quisiera tenerla más cerca de lo que el propio espacio permitía, y la besó con pasión, sin preocuparse por nada más que por el momento que estaban compartiendo.

—No sabes cuánto te deseo, Maisie —susurró Duncan entre besos. Maisie pudo sentir, por debajo de las calzas, la dureza del cuerpo de Duncan—. Quiero hacerte mía —añadió él, mientras sus manos empezaban a desatar las tiras del vestido de Maisie, deseando descubrir su piel.

—No... Duncan... —jadeó Maisie, deteniéndolo, aunque también respiraba con dificultad por el deseo acumulado—. Quiero que esto sea especial para los dos.

—Y lo es —respondió él, sin dejar de besarla.

—Pero quiero que sea aún más especial... Quiero que me hagas tuya el día de nuestra boda. Quiero que seamos uno solo, marido y mujer —pidió Maisie, mirándolo a los ojos, con toda la sinceridad de su corazón.

Duncan la miró en silencio por un momento, una sonrisa lenta curvándose en sus labios. Pegó su frente a la de ella y respiró hondo.

—Esperaré ese momento entonces. Te juro que haré que recuerdes esa noche como la mejor de nuestras vidas —prometió él, con voz ronca.

—Pero tienes que prometerme algo tú también —pidió ella nuevamente, esta vez con seriedad—. Prométeme que me serás fiel, que no habrá ninguna otra mujer. Que tus atenciones serán solo para mí.

Duncan arqueó las cejas, una sonrisa traviesa apareciendo en su rostro.

—¿Estás celosa, mi amor? —bromeó él.

—No. Pero tu reputación te persigue —respondió ella—. ¿Crees que no he escuchado los comentarios de algunas mujeres del castillo? Algunas piensan que seguirán siendo tus amantes aun después de que estés casado. ¡No lo permitiré!

Duncan soltó una risa suave, adorando verla con ese ceño fruncido que solo la hacía ver más hermosa a sus ojos.

—¿Y crees que le haría caso a alguna de ellas teniendo a una mujer como tú a mi lado? —habló él, mirándola con intensidad—. Te lo juro, Maisie, no hay nada ni nadie que desee más que a ti. Me has hechizado, mujer. Y no sabes las ganas que tengo de que llegue el día de nuestra boda, para que seas solo mía.

—¿De verdad lo prometes? —preguntó ella, con un brillo de esperanza en los ojos.

—Te lo prometo. Seré solo tuyo, como tú serás solo mía —aseguró él con sinceridad.

—Te amo —susurró Maisie.

—Y yo te amo más, Maisie McAllen —respondió Duncan, antes de sellar sus palabras con un profundo beso.

Capítulo 20

Solo faltaba un día para que Maisie y Duncan unieran sus vidas. Aunque se sentía emocionada por el futuro que le esperaba junto a Duncan, no podía evitar estar también preocupada. La sombra de Valoree y su inminente matrimonio con Edzel pesaba en su corazón. Maisie deseaba poder hacer algo para impedir que su padre entregara a su hermana al hombre más despreciable que había conocido. Pero sabía que su padre no valoraría en lo más mínimo su opinión. Era evidente que la autoridad de su padre no se cuestionaba, y lo único que él veía era una conveniente alianza para asegurar el futuro del clan McAllen.

Más doloroso aún era saber que Valoree no querría su ayuda ni su apoyo. Después de todo, su hermana la miraba como si fuese la culpable de todos sus males. La distancia entre ellas nunca había sido más profunda.

Mientras se encontraba sumida en sus pensamientos, Kala, quien estaba a su lado, interrumpió el silencio.

—Todas las personas del pueblo están muy alegres y emocionadas por la boda, y aún más después de lo que hicieron tú y Duncan por ellos —comentó Kala, dándole un ligero empujón amistoso con el hombro.

Maisie suspiró, mirando las flores que tenía en las manos.

—No fue nada, era nuestro deber —respondió, enfocándose en elegir las flores que adornarían la capilla y el gran salón.

—Nada de eso —insistió Kala, con una sonrisa cálida—. Hiciste mucho por ellos. Después del incendio, muchos se quedaron sin absolutamente nada, y gracias a ti hoy tienen una nueva casa y alimento.

—Me parecía injusto que pagaran sus impuestos con cabras y cerdos cuando ni siquiera tenían para alimentarse ellos mismos. Lo único que hice fue convencer a Duncan de que se les diera una cabra a las familias con niños. Por lo demás, fue fácil. El castillo está lleno de cosas que nadie usa, ¿por qué desperdiciarlas cuando otros las necesitan?

—Sin duda alguna, mi hermano supo elegir bien. Serás una gran esposa y compañera —comentó Kala con admiración, haciendo que Maisie sonriera ligeramente—. Las margaritas y hortensias son muy bonitas, pero me gustaría más que usáramos dalias, tulipanes y orquídeas para la decoración.

—Pensaba exactamente lo mismo —concordó Maisie, agradecida por el cambio de tema—. Son mucho más vistosas.

Kala asintió, pero su mente parecía estar en otro lado. Después de una pausa, Maisie notó que algo más rondaba la mente de su amiga.

—¿Cómo van tú y Creed? —preguntó Maisie, sabiendo que la sonrisa que Kala mostraba cuando mencionaba a su guerrero escondía un sinfín de emociones.

—Bien... —Kala bajó la mirada, sus dedos jugueteando nerviosamente con una flor—. Aunque quisiéramos que todos lo supieran, no podemos hacer nada hasta que Duncan nos ayude con mi padre.

Maisie le dio un apretón en el brazo, ofreciendo apoyo sin necesidad de palabras.

—Estoy seguro de que el Laird será generoso. Es una buena persona —respondió con una sonrisa sincera—. Y un buen padre.

Kala se quedó en silencio por unos momentos, como si algo más estuviera rondando en su mente.

—Maisie, ¿puedo preguntarte algo? —habló finalmente con un tono algo dubitativo.

—Claro, pregunta lo que quieras —respondió Maisie, girándose para darle toda su atención.

—El incendio donde tú... donde te pasó eso —Kala señaló la quemadura, y Maisie supo de inmediato a qué se refería—, ¿fue culpa de Valoree, verdad?

Maisie respiró hondo, dándole la espalda a su amiga mientras la amargura de aquellos recuerdos volvía a surgir. El silencio se alargó antes de que decidiera hablar.

—No quisiera recordar ese momento —murmuró con un hilo de voz.

—Lo entiendo. Sé que no es fácil para ti, pero... todo el mundo te culpa por algo que estoy segura de que no hiciste. Solo quería saber la verdad. —Kala puso una mano sobre el hombro de Maisie en un gesto reconfortante.

Maisie apretó los labios y cerró los ojos, debatiéndose entre hablar o no. Finalmente, las palabras salieron, casi como un suspiro doloroso.

—Tienes razón. No soy culpable de lo que pasó, aunque muchos quieran señalarme. El fuego no fue lo que mató a mi madre, Kala. Fue la guerra. —Maisie se detuvo unos instantes, tragando el nudo que se formaba en su garganta—. Teníamos apenas horas escondidas en un refugio. Mi madre, Valoree y yo estábamos allí cuando uno de los ingleses nos encontró. Yo tenía solo once años, pero ya sabía lo que era el enemigo... y sabía que ese hombre no venía a salvarnos.

Kala la escuchó atentamente, con el rostro serio.

—El inglés... se burló de nosotras. Dijo que lo mejor de todo sería destruir a la familia del Laird, para que mi padre aprendiera la lección. Mi madre... —Maisie sonrió amargamente—... Ella se interpuso entre él y nosotras. Le suplicó que no nos lastimara, que solo éramos unas niñas..

Kala respiró con dificultad, sintiendo la gravedad de la situación.

—Entonces el inglés la agarró del cabello —continuó Maisie con la voz rota por el dolor—. Fue en ese momento que mi madre me empujó. Nos dijo que corriéramos. Yo... yo no pensé, simplemente agarré a Valoree y la saqué de allí lo más rápido que pude. Ella lloraba desconsolada, pero le di mi muñeca, la que mi madre me había hecho con retazos de tela, para tranquilizarla. Le dije que no hiciera ruido, que yo siempre la protegería. Y ella lo entendió, Kala. Me creyó. Luego le prometí que traería a nuestra madre de vuelta, que las tres estaríamos juntas de nuevo.

Kala notó cómo las lágrimas se acumulaban en los ojos de Maisie, pero no la interrumpió.

—Corrí de vuelta al refugio. No me importó que el fuego comenzara a propagarse. No me

importó el humo que empezaba a asfixiarme. Solo quería salvar a mi madre... —Maisie se detuvo, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Pero cuando llegué, la encontré en el suelo. El inglés se había ido, pero... ella estaba rodeada de sangre. Me acerqué corriendo, desesperada, y traté de levantarla, de moverla, pero... supe que no había nada que hacer. —La voz de Maisie se quebró completamente.

Kala ahogó un sollozo, sintiendo la tristeza y el peso de esas palabras.

—Mi madre aún estaba consciente, apenas podía hablar, pero me sonrió entre lágrimas. Y yo... le supliqué que no me dejara. Que me ayudara a levantarla, que la salvaría. Pero ella negó con la cabeza. —Maisie cerró los ojos, reviviendo cada dolorosa palabra—. Me dijo que yo era fuerte, que siempre sería su princesa guerrera. Me hizo prometer que cuidaría de Valoree, que la protegería y que, pase lo que pase, viviría mi vida sin miedo. Que sería feliz, por las dos.

Kala no pudo contener las lágrimas que resbalaban por su rostro.

—Yo le prometí todo. Entre sollozos, le prometí que sería fuerte, que protegería a Valoree... pero no quería dejarla. Quería que siguiera con nosotras. —Maisie respiró profundamente, tratando de calmarse—. Ella me dijo que me amaba, Kala. Esas fueron sus últimas palabras antes de morir. Y entonces, solo me quedé allí, llorando junto a su cuerpo mientras el fuego me alcanzaba. No me importaba que las llamas estuvieran tan cerca... lo único que quería era tenerla de vuelta. Y ya no había forma de lograrlo.

Maisie guardó silencio, limpiando las lágrimas de su rostro, y Kala se acercó para abrazarla con fuerza.

—Oh, Maisie... No puedo imaginar cuánto has sufrido.

—Lo peor de todo —continuó Maisie, su voz apenas un susurro— es que después de todo eso, las personas comenzaron a culparme. Susurraban que si no hubiera regresado por ella, tal vez habría sobrevivido, que en vez de haber vuelto debí avisar a mi padre para que la salvara. Que si no hubiera sido tan impulsiva, las tres estaríamos bien. Tal vez ellos tengan razón, si hubiera pensado bien, puede que mi madre se hubiera salvado. Pero... —Maisie dejó escapar una risa amarga—... Solo quería a mi madre de vuelta. Y después de su muerte, Valoree y yo... nunca volvimos a ser las mismas.

Kala la miró con una mezcla de compasión y dolor en su mirada.

—No deberías cargar con eso sola. No debieron culparte por algo que no fue tu culpa.

—Mi padre también cambió conmigo después de eso. Y Valoree... ella se distanció. No sé si es porque me culpa o porque se lo dijeron tantas veces que terminó creyéndolo, ella era muy pequeña aún. Desde entonces... he vivido con esa sombra sobre mí.

—Pero tú no eres la culpable, Maisie —afirmó Kala con determinación—. Todo fue por la guerra, por esos malditos ingleses.

—Lo sé —expresó Maisie con una sonrisa débil—. Pero a veces es difícil dejar atrás esos recuerdos. Lo único que lamento es que mi madre no pueda estar aquí, conmigo, en mi boda. Ella me habría apoyado... siempre lo hizo.

Kala la abrazó reconfortándola.

—Y estoy segura de que estaría orgullosa de ti. Has sobrevivido, Maisie, has sido valiente. Has hecho lo que ella te pidió.

—Gracias, Kala. —Maisie respiró hondo, secándose las lágrimas—. Pero ahora es hora de dejar el pasado atrás, ¿no? Tengo una boda que preparar.

—Así es. Vamos, será el día más feliz de tu vida.

∞∞∞

Duncan contaba las horas para que el día tan esperado llegara. Estaba ansioso, deseoso de tener a Maisie solo para él, de que por fin fuera su esposa. Aunque sabía que esa felicidad sería breve, pues pronto tendría que marcharse al campo de batalla junto a sus guerreros. La guerra aún no había terminado, y si quería darle una vida segura y plena a Maisie y a sus futuros hijos, debía acabar con los malditos ingleses de una vez por todas.

—Quién lo iba a decir —comentó Drostan con una sonrisa burlona—, que el gran Duncan Blair terminaría rendido ante la mujer que menos esperaba.

—Así es la vida, amigo —respondió Duncan, devolviéndole la sonrisa—. A veces te sorprende.

—Y pensar que yo mismo tenía los ojos puestos en Maisie —añadió Drostan con un tono juguetón, pero su comentario no fue bien recibido.

La sonrisa de Duncan desapareció de inmediato y lo miró con seriedad. Drostan, al notar la reacción de su amigo, soltó una carcajada.

—Tranquilo, hermano —tranquilizó, levantando las manos en señal de paz—. Sé que ella es solo tuya. Lo tengo muy claro.

—Más te vale —gruñó Duncan—. Maisie me pertenece. Ni siquiera ese tal Edzel pudo quitármela.

—Aún me acuerdo de su cara después de que lo dejaste inconsciente —rió Drostan, claramente divertido—. Tardó días en recuperarse de la nariz rota.

—Debería haberle roto algo más —murmuró Duncan, su expresión endureciéndose—. Si no hubiera llegado a tiempo... —apretó los puños, recordando la escena—... No quiero ni imaginar lo que ese desgraciado le habría hecho a Maisie.

Drostan asintió, sabiendo lo serio que era ese tema para su amigo.

—Por suerte, todo quedó en el pasado. Ahora ella será tu esposa, y nadie podrá separarlos —aseguró Drostan, cambiando el tema para aliviar la tensión—. Pero, amigo, después de la boda, tendremos que volver al campo de batalla. Nos esperan nuestros hombres.

Duncan soltó un suspiro pesado, sabiendo que tenía razón.

—Lo sé —expresó con una mueca de frustración—. Voy a tener que dejar a Maisie por un tiempo, y no me hace gracia, pero... no hay opción.

—Será duro, pero valdrá la pena —añadió Drostan, dándole una palmada en el hombro—. Cuando todo esto termine, podrás darle a Maisie y a tus futuros hijos la vida que se merecen.

Duncan asintió, aunque su mente estaba fija en lo que más le costaría: Dejar a Maisie justo después de haberla convertida en su esposa. Pero estaba decidido. Ganaría esta guerra para ella, para asegurarse de que jamás tuvieran que preocuparse por la sombra de los ingleses, para que su familia pudiera vivir en paz.

—Eso espero —murmuró, su mirada perdida en la distancia—. Por Maisie, todo valdrá la pena.

∞∞∞

La noche había caído, y todo estaba casi listo para la boda. Solo faltaban algunos detalles menores que se podían resolver el mismo día.

—Mañana, por fin serás mía —expresó Duncan, tomando a Maisie entre sus brazos y besándola suavemente.

Ella sonrió al escuchar esas palabras, pero Duncan notó que su sonrisa no era tan luminosa como debería. A pesar de que faltaban apenas unas horas para el gran día, Maisie no parecía mostrar toda la felicidad que él esperaba. Sabía perfectamente cuál era la razón: Valoree. Su hermana había estado evitándola desde que se anunció el compromiso, y Duncan podía ver lo mucho que eso afectaba a Maisie, aunque ella intentara ocultarlo.

—Maisie. —La llamó con ternura, acariciando su mejilla, buscando hacer que ella sonriera de verdad.

Ella lo miró, y por un breve instante, su sonrisa se ensanchó, un gesto sincero que iluminó sus ojos.

—Estoy nerviosa —confesó Maisie casi en un susurro.

Duncan la miró, alzando una ceja y sonrió.

—¿Tú, nerviosa? —preguntó él, fingiendo incredulidad.

Ella asintió y, sin poder evitarlo, él soltó una carcajada.

—¡No te rías! —se quejó ella, dándole un pequeño golpe en el pecho, aunque una sonrisa se asomó en sus labios.

—No puedo evitarlo. Me resulta difícil creer que tú, Maisie McAllen, estés nerviosa por algo. Recuerdo cuando me dijiste que no querías casarte conmigo —comentó él con una sonrisa traviesa.

—Nunca dije eso —protestó ella—. Lo único que mencioné fue que no moriría si no me elegías. No eres la gran cosa.

Duncan la miró fingiendo estar ofendido, aunque la chispa en sus ojos revelaba lo contrario.

—¿Así que eso piensas de mí? —preguntó, acercándose más.

—A veces, sí —respondió ella con una sonrisa juguetona.

Sin previo aviso, él la tomó con firmeza, pegándola más a su cuerpo, y la besó con una pasión intensa, casi feroz. Era un beso cargado de deseo, un deseo que había estado conteniendo durante tanto tiempo que ahora parecía imposible de detener.

Maisie sintió la fuerza de su abrazo, la intensidad del beso, y el ardiente anhelo de recorrer su cuerpo con sus manos, pero se consolaba al saber que pronto ese deseo sería satisfecho de la manera más profunda.

—Entonces —murmuró Duncan contra sus labios—, tendré que esforzarme para hacerte cambiar de opinión.

—Me encantaría verte intentarlo —replicó Maisie con una sonrisa, besándolo esta vez, de forma más lenta pero no menos apasionada—. Ahora vete, ya es muy tarde y no quiero amanecer con los ojos hinchados por la falta de sueño.

Duncan soltó una pequeña risa, sabiendo que tenía razón. Se despidieron con más besos, prolongando el momento tanto como podía. Maisie, riendo, tuvo que prácticamente cerrar la puerta de su habitación en la cara de Duncan para que él se marchara.

Finalmente, sola en su habitación, Maisie se recostó en la cama y cerró los ojos con una sonrisa en los labios.

Duncan, por su parte, sabía perfectamente qué lo que empañaba la alegría de Maisie era Valoree. Aunque no había mencionado el tema durante su conversación, no podía ignorar que esa era la verdadera razón por la que Maisie aún no disfrutaba plenamente del momento. Esa sombra en sus ojos, ese rastro de tristeza, era por su hermana, quien se negaba a aceptar su decisión. Duncan sabía que debía hacer algo para cambiar eso.

Ya es hora de que Valoree aprenda a respetar a mi mujer —pensó Duncan con firmeza.

Sabía que la relación entre las dos hermanas era complicada, pero Valoree debía entender que Maisie no le había robado nada. Era él quien había elegido a Maisie, y no permitiría que nadie, ni siquiera su hermana, le hiciera sentir lo contrario.

Y él se encargaría de que eso sucediera.

Capítulo 21

Duncan estaba frente a la puerta de la habitación de Valoree, su rostro neutral, aunque por dentro sentía una mezcla de cansancio y determinación. Sabía que era tarde, pero no podía irse a dormir sin antes hablar con ella. Sabía que debía dejar ciertas cosas claras, por el bien de todos, especialmente por el bien de Maisie.

Esperó unos segundos antes de volver a tocar. Justo cuando estaba a punto de levantar el puño de nuevo, la puerta se abrió, revelando a Valoree con su ropa de dormir, un camisón ligero que apenas cubría su delgado cuerpo. Sus ojos, grandes y sorprendidos, se encontraron con los de Duncan.

—Duncan... —musitó su nombre con una voz suave, casi esperanzada.

Él mantuvo su expresión neutra, aunque notó la ilusión en sus ojos y eso lo incomodó. No quería alentar ningún tipo de esperanza en ella.

—Quiero hablar contigo —expresó en tono grave—. Te espero en el salón del ala este.

Valoree asintió claramente sorprendida por su tono, pero no dijo nada. Duncan se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, su mente ya centrada en lo que debía decirle.

Valoree, por su parte, cerró la puerta lentamente y se quedó unos segundos en silencio, su corazón latiendo rápido. Se convenció a sí misma de que él quería retractarse, que estaba por pedirle que fuera ella quien se casara con él mañana. Pensaba que había reflexionado, que había vuelto en sí. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se cambiaba a toda prisa, poniéndose un sencillo vestido antes de dirigirse al salón.

Duncan ya estaba sentado en la gran mesa cuando Valoree llegó. La habitación estaba poco iluminada, pero las velas y la luz de la luna que se colaba por las ventanas eran suficientes para la conversación que estaban a punto de tener. El aire en la sala era denso, casi pesado. Duncan la esperaba con los codos apoyados sobre la mesa, y al ver la pequeña sonrisa en los labios de Valoree, frunció el ceño. No necesitaba ser un genio para entender que ella se estaba engañando a sí misma.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Valoree con una leve sonrisa, la emoción brillando en sus ojos.

Duncan la observó por un momento, en silencio. Entonces, comenzó a hablar con voz grave y seria.

—No te engañes, Valoree. Y no te equivoques con lo que estás pensando.

La sonrisa de Valoree se desvaneció un poco al escuchar el tono áspero de Duncan. Él respiró hondo y relajó su postura, suavizando su expresión. Sabía que primero debía disculparse. Todo lo que estaba pasando era culpa suya, por haberla elegido sin pensar en las consecuencias.

—Quiero disculparme contigo —continuó Duncan—. Fui un necio al elegirte, cuando ni mi mente ni mi corazón estaban alineados con otros sentimientos.

Valoree lo miró, sus ojos brillando con tristeza y frustración.

—¿Soy un error para ti? —preguntó ella, su voz temblando ligeramente.

—No eres tú el error, Valoree —respondió él con sinceridad—. El error fue mío. Fui yo quien te eligió cuando, en lo más profundo de mi ser, sabía que la mujer que siempre había deseado es Maisie.

La tristeza en los ojos de Valoree se transformó en furia. Se levantó de golpe, los puños cerrados, y empezó a soltar todo lo que había reprimido durante días.

—¿Cómo puedes desearla a ella? —espetó con rabia—. ¡¿La has visto bien, Duncan?! ¿Has visto su piel? Está quemada, marcada de por vida. Comparada conmigo, su piel es una desgracia. Yo soy la más hermosa, la más adecuada para ti. ¡Merecía ser tu esposa!

Duncan golpeó la mesa con tal fuerza que el sonido resonó en todo el salón, interrumpiendo sus palabras. Valoree se quedó congelada, mirando a Duncan con los ojos muy abiertos.

—¡Nunca vuelvas a hablar así de Maisie! —gritó él, furioso—. ¡Ella es mi mujer! Y es mucho más mujer de lo que tú puedas ser. Ella tiene cicatrices, sí, pero esas cicatrices la hacen más fuerte y hermosa que cualquiera. Siempre, incluso desde el principio, siempre fue Maisie la que tuvo mi mente y mi corazón.

Valoree retrocedió un paso, y su voz, ahora débil y temblorosa, apenas fue audible.

—Pero... yo soy mejor —murmuró, más como una pregunta que como una afirmación.

Duncan vio algo en su mirada que lo hizo cambiar su tono. No era Valoree hablando, sino las palabras que le habían inculcado su padre y su tía Moira durante años.

Relajando su postura nuevamente, Duncan suspiró.

—Valoree, dime, ¿de verdad odias a tu hermana? —preguntó con voz más suave.

Valoree lo miró, sorprendida, pero no respondió. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su silencio hablaba por sí solo.

—Maisie es tu hermana mayor —continuó Duncan—. Y te ama, aunque tú no lo reconozcas. Siempre ha cuidado de ti, siempre ha tratado de protegerte, incluso cuando tú la ignorabas. ¿Sabes lo mucho que le duele tu indiferencia? Ella podría soportar el desprecio de todos los demás, pero no el tuyo, porque le importas. Valoree, ella ha sufrido más de lo que te imaginas, y aún así, siempre ha querido lo mejor para ti. Cuando llegaron aquí, ella me dejó claro que no se consideraba digna de ser mi esposa, y siempre te puso a ti primero. ¿Sabes por qué? Porque quería que fueras feliz. Quería que tú, la niña que tanto ama, fueras la esposa de un Laird, como siempre soñaste.

Valoree lo escuchó mientras sus lágrimas caían silenciosamente.

—Pero, al final, el destino nos unió a Maisie y a mí. No fue por culpa de nadie, simplemente fue lo que debía ser. La atracción, la conexión entre nosotros siempre estuvo ahí, incluso cuando intentamos ignorarla. Así que te lo pido, Valoree, deja de cargar con esta rabia. Yo soy el único culpable aquí, no Maisie. Mañana, por primera vez, haz que tu hermana se sienta querida por ti. Se lo debes.

Duncan hizo una pausa, observando el rostro de Valoree, antes de añadir con más suavidad.

—Tu padre te quiere, pero si de verdad te amara como dice, no te entregaría a Edzel sin pestañear. Y tu querida tía Moira... ¿dónde está ahora que no eres tú la que se casa conmigo?

Piensa bien en quién de verdad se preocupa por ti, quién merece tu lealtad, y quién solo te ha utilizado para su propio beneficio.

Sin decir más, Duncan se levantó y salió del salón, dejando a Valoree sola, con lágrimas en los ojos.

Una vez sola, Valoree se dejó caer de rodillas al suelo, cubriendo su rostro con las manos mientras sollozaba.

—Yo no odio a mi hermana... —susurró entre lágrimas—. Nunca la he odiado.

Se quedó allí, llorando, enfrentándose por primera vez al peso de sus propios errores y las manipulaciones de aquellos que la rodeaban.



El día más importante en la vida de Maisie había llegado. Los nervios la tenían a flor de piel, y aunque intentaba mantener la calma, sentía que el aire empezaba a faltarle y no era por el vestido, aunque sí, el vestido era deslumbrante.

Había elegido un delicado vestido blanco de manga larga y acampanada, con un escote en uve delicadamente bordado en hilo de oro. El vestido se ajustaba perfectamente a su figura hasta la cintura, donde caía un fino cinturón hecho del tartán del clan Blair, símbolo de la unión que estaba a punto de sellar. Su largo cabello rojizo caía en delicadas ondas hasta su cintura, adornado con pequeñas flores blancas que hacían un hermoso contraste con su piel clara y sus llamativos cabellos. Como broche final, llevaba una corona de flores silvestres: margaritas y rosas blancas.

Estaba realmente hermosa.

Mientras se observaba una última vez en el espejo, la puerta de su habitación se abrió lentamente. Para su sorpresa, era Valoree. La misma hermana que la había evitado a toda costa durante los últimos días ahora estaba allí, frente a ella.

—Te ves hermosa con ese vestido —expresó Valoree, su voz suave pero sincera.

Maisie la miró, sin saber cómo reaccionar al principio. Las palabras de Valoree la habían sorprendido, pero eran bienvenidas. Respiró hondo y esbozó una leve sonrisa.

—Gracias —respondió Maisie.

Un incómodo silencio llenó la habitación. Valoree se quedó allí, de pie, mientras Maisie luchaba internamente por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, tomó valor y habló.

—Valoree, quiero disculparme contigo —comenzó Maisie, su voz temblorosa—. Sé que piensas que te traicioné, que yo... hice que Duncan te avergonzara al romper el compromiso, pero esa no fue mi...

—No tienes que disculparte, Maisie. No debes pedir perdón por amar y ser correspondida. —Valoree la interrumpió suavemente, sonrió al recordar cómo Duncan había defendido a Maisie con tanto orgullo, mostrándole cuánto la amaba. Bajó la mirada por un momento, y luego continuó—. La que debería pedir perdón soy yo. Por todo, Maisie. He sido una pésima hermana, ni siquiera merezco que te preocupes por mí.

Maisie, sorprendida por la sinceridad de su hermana, dio un paso hacia ella.

—Valoree... yo siempre me preocuparé por ti. Eres mi hermana pequeña.

Valoree negó con la cabeza, sus ojos brillando por la emoción y lágrimas no derramadas.

—No lo merezco —susurró—. Desde que ocurrió aquella tragedia en la que mamá murió, todo cambió. Al principio... siempre me dijeron que no podías estar conmigo porque estabas recuperándote de tus heridas. Después, papá y tía Moira empezaron a prohibirme cosas. No me dejaban preguntar por ti o acercarme. No entendía por qué. Yo solo quería estar contigo... quería a mi hermana. Pero con el tiempo, el distanciamiento creció, y empecé a aceptar todas esas reglas. Al final, llegué a convencerme de que tú tenías la culpa de todo. Que te merecías lo que te estaba pasando y el rechazo de todos.

Las lágrimas de Valoree comenzaron a brotar mientras hablaba, su voz rota por la culpa.

—Pero en el fondo, era porque sentía que me habías abandonado, Maisie. Sé que no es excusa, porque cuando fui mayor, cuando pude pensar por mí misma, seguí culpándote por algo que nunca fue tu culpa. Al contrario, siempre me protegiste. Siempre me pusiste primero.

Maisie escuchó en silencio, su corazón encogido por las palabras de su hermana.

—Luego, cuando papá nos anunció que vendríamos al clan Blair para que Duncan eligiera a una de nosotras, tía Moira y papá me dijeron que sería yo la esposa del futuro Laird. Que no debía preocuparme por ti, porque nadie te querría. Esas fueron las palabras de tía Moira... y les creí. Aunque nunca sentí nada por Duncan, ni siquiera me atraía, pero sabía que todos esperaban que fuera yo la elegida. Y no tienes idea de cómo me sentía al tener que cumplir con esas expectativas, Maisie.

Maisie se acercó más a Valoree y, sin decir una palabra, la abrazó con fuerza. Valoree se quedó inmóvil al principio, pero luego, lentamente, correspondió al abrazo, dejando que las lágrimas cayeran con libertad.

—Siempre te amaré, Valoree, pase lo que pase —le susurró Maisie al oído, aferrándola más fuerte—. Tú eres dueña de tu vida y de tu futuro, Valoree. No debes vivir la vida que otros esperan que vivas, porque si lo haces, nunca serás feliz.

Valoree sonrió entre lágrimas.

—Siempre te tuve un poco de celos... —admitió Valoree, secándose los ojos—. De cómo siempre hacías lo que querías y vivías con más libertad.

—Eso es porque nunca tuve la atención de papá, no había nadie controlándome —Maisie respondió en tono de broma y rio suavemente. Luego, su expresión se volvió más seria—. Aún puedes formar tu propio camino, Valoree. Nunca es tarde.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y Kala asomó la cabeza, sonriendo emocionada.

—Es hora, Maisie.

Maisie asintió.

—Mamá estaría orgullosa de ti, Maisie —musitó Valoree con una sonrisa tímida.

Los ojos de Maisie se cristalizaron ante esas palabras. Y asintió agradecida.

—Gracias, Valoree —respondió ella con la voz entrecortada.

Ahora Maisie se sentía más feliz y relajada, la distancia entre ella y Valoree, finalmente, había desaparecido.

Las dos salieron de la habitación encontrándose con Creed y Kala. Maisie les sonrió, y ellos le devolvieron la sonrisa, abrazándola con calidez.

—Mira qué hermosa estás —expresó Creed, mirándola de arriba abajo con admiración.

—Tú no te quedas atrás, es la primera vez que te veo tan refinado —respondió Maisie, devolviendo el cumplido con una sonrisa juguetona.

—Solo lo hago por ti —replicó Creed, y todos rieron a carcajadas.

Juntos caminaron hasta la capilla, y mientras avanzaban, Maisie sintió que el corazón se le salía del pecho. El lugar no era muy grande, pero sus paredes de piedra daban una sensación de recogimiento, y las pequeñas vidrieras dejaban entrar una luz suave que iluminaba el altar, adornado con flores silvestres. Los bancos de madera estaban llenos, y el murmullo de los presentes hacía eco en el techo abovedado. Todo en la capilla era simple pero acogedor. A pesar de su tamaño modesto, el lugar estaba repleto, seguramente porque nadie quería perderse la ceremonia.

Todos los presentes le brindaron sonrisas de felicidad, lo que también la hacía feliz a ella. Aunque entre la multitud divisó a su padre, su tía Moira y sus primas, quienes expresaban de todo menos alegría, decidió no darles importancia. Nadie, absolutamente nadie, arruinaría el día más feliz de su vida. La única opinión que le importaba era la de Valoree, y después de haber hecho las paces con ella, nada podría amargarla.

Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Duncan, que la esperaba en el altar junto a su padre, el Laird, y el párroco. Duncan lucía imponente, y Maisie no pudo despegar la mirada de él. Estaba tan guapo, tan elegante. Llevaba una camisa blanca con un chaleco negro de piel, adornado con broches dorados, y un manto con el tartán del clan, cruzado por encima y asegurado con un broche llamativo en el hombro. El kilt a juego con el manto y unas calcetas de rayas tejidas en colores similares completaban su atuendo, junto a unos zapatos negros de cuero.

Cuando por fin llegó a su lado, Duncan le tomó la mano, brindándole la sonrisa más amplia y amorosa que ella había visto jamás. Maisie pudo ver su amor reflejado en los ojos de él, y ese simple gesto la llenó de una felicidad indescriptible.

Para Duncan, el momento en que vio a Maisie entrar en la capilla fue un espectáculo que lo dejó sin aliento. Su corazón comenzó a latir con fuerza desmedida, igual a la fuerza con la que la amaba. Maisie parecía una diosa, enfundada en su vestido blanco, con su preciosa melena pelirroja enmarcándole el rostro. El rubor en sus mejillas lo volvió loco, y durante unos segundos, lo único que pudo pensar fue en que ella sería solo suya.

La ceremonia fue breve, pero hermosa. El sacerdote los declaró marido y mujer, y entre vítores y aplausos, Duncan besó a Maisie con pasión, un beso que ella devolvió con la misma intensidad, desatando en él un deseo que apenas podía controlar. Ya quería tenerla para él solo, llevarla a la habitación que había preparado los últimos tres días para asegurarse de que Maisie estuviera lo más cómoda posible.

Después de la ceremonia, todos se trasladaron al gran salón, donde se sirvió un festín: venado asado, piernas de jabalí, whisky por doquier. La variedad y abundancia de la comida eran

exquisitas, y el ambiente estaba lleno de alegría y entusiasmo. Sus amigos y la gente del pueblo coreaban sus nombres y animaban la celebración. Todos se acercaban para felicitarlos y desearles una vida larga y llena de felicidad... todos, excepto su familia. Sus primas ni siquiera se molestaron en acercarse, se mantuvieron junto a Moira y su padre, quien ni siquiera se dignó a presentarse frente a ellos. Las primas de Duncan se acercaron, pero ignoraron a Maisie, limitándose a hablar solo con él, algo que lo molestó profundamente. Duncan no tardó en reclamarles, exigiendo respeto para su esposa.

—¿Te diviertes? —preguntó Duncan rato después, rodeando su cintura con un brazo mientras la miraba con ojos llenos de ternura.

—Mucho. En estos momentos soy la mujer más feliz del mundo —respondió Maisie con una amplia sonrisa.

—Y yo soy el hombre más afortunado por tenerte. A tu lado, mi vida está completa y llena de alegría —expresó él antes de inclinarse y besarla de nuevo.

El beso fue breve, pero cargado de emoción. Sin embargo, la intensidad del deseo entre ambos seguía latente.

—Eres mi todo —le susurró Duncan contra los labios antes de besarla otra vez, esta vez con más profundidad. El calor entre sus cuerpos iba en aumento, y el ambiente se cargaba de una tensión que ya no podía ocultarse—. No veo la hora de estar a solas contigo.

Maisie, que también lo deseaba con la misma intensidad, puso sus manos en el pecho de Duncan, sintiendo los músculos tensos bajo la tela.

—Vas a tener que esperar un poquito más —habló ella con una sonrisa traviesa—. La fiesta está demasiado animada para abandonarla. Además, esta será mi única boda, así que quiero aprovecharla al máximo.

Duncan soltó una risa baja, mirándola con deseo y admiración al mismo tiempo.

Los vítores seguían resonando en el salón, y el sonido de las gaitas animaba a todos a seguir celebrando. Al escuchar una de las canciones más alegres, esa que tanto le gustaba a Maisie, no pudo resistirlo. Tomó a Duncan del brazo y tiró de él.

—¡Vamos, tenemos que cantar y bailar esta canción!

Duncan sonrió ampliamente, sin poder resistirse a los encantos de su mujer, y la siguió, sabiendo que, aunque deseaba tenerla para él solo, también disfrutaba de verla feliz, riendo y bailando entre su gente.

Capítulo 22

La fiesta había terminado para Duncan y Maisie, aunque los miembros del clan seguían celebrando en el gran salón y lo harían hasta bien entrada la noche. Pero Duncan ya no podía esperar más. Su deseo por Maisie había alcanzado su punto máximo, y necesitaba estar con ella, a solas. Así que, sin pensarlo dos veces, la tomó de la mano y la llevó hasta su habitación, esa que ahora compartirían como marido y mujer.

Cuando Maisie entró en lo que ahora era su alcoba, sus ojos recorrieron cada rincón, cada detalle. Nunca había entrado en la habitación de Duncan, y se sorprendió al descubrir que era mucho más grande que la que le habían asignado antes.

—¿Te gusta? —preguntó Duncan, observándola desde la entrada, recostado despreocupadamente contra la puerta.

—Sí —respondió ella, acercándose a una mesa donde había un espejo y varios objetos femeninos: peines, frascos de aceites y perfumes. Era evidente que Duncan había hecho traer esas cosas especialmente para ella—. ¿Hiciste esto para mí?

—Sí —admitió él, acercándose lentamente hasta rodear su cintura con sus brazos. Se miraron en el espejo, una imagen perfecta de recién casados, y Maisie le sonrió con dulzura. Duncan apartó con cuidado su cabello, dejando al descubierto su cuello, y comenzó a besarla con delicadeza, haciendo que un suave estremecimiento recorriera el cuerpo de Maisie—. Quiero que te sientas cómoda aquí, conmigo. Esta es tu habitación ahora, nuestra habitación.

—Lo sé, y aunque no hubieras hecho todo esto, me sentiría cómoda solo con estar contigo —respondió Maisie, girándose para quedar frente a él.

Duncan la miró intensamente antes de besarla, primero en los labios, luego bajó por su quijada hasta alcanzar su cuello nuevamente, llenando su piel de caricias que encendían el deseo en ella.

—¿Te parecería demasiado pronto si empiezo a desnudarte ya? —preguntó Duncan, con voz ronca, pegándola más a su cuerpo mientras sus dedos jugaban con las cintas que mantenían su vestido en su lugar. El leve gemido que escapó de los labios de Maisie y el rubor que se extendió por sus mejillas era todo lo que él necesitaba para continuar.

—Tengo... algo de miedo —admitió ella en un susurro, con cierto nerviosismo en su voz.

Duncan, notando la vergüenza en sus ojos, la sostuvo con suavidad por el mentón, levantándole el rostro para que lo mirara de frente.

—No tienes por qué tener miedo —le dijo con ternura, su mirada fija en la de ella—. Nunca te haría daño. Me aseguraré de que esta noche sea inolvidable, para los dos.

Duncan la besó con suavidad al principio, sus labios moviéndose lentamente sobre los de Maisie, como si quisiera saborear cada segundo. Pero a medida que la pasión los consumía, el beso fue intensificándose, profundo y hambriento, haciendo que Maisie se olvidara de sus temores y se entregara por completo a las sensaciones. Sus corazones latían al unísono, y el aire entre ellos parecía cargarse de una energía palpable, una conexión más allá de lo físico.

Duncan, con ternura, empezó a desatar las cintas del vestido de Maisie. Lo hizo despacio, como si quisiera prolongar cada segundo, cada toque, dejando que ella sintiera cómo el deseo se mezclaba con el amor que había entre ellos. A medida que aflojaba la ajustada cintura y deslizaba las mangas fuera de sus hombros, Maisie se tensó, consciente de las cicatrices que marcaban su piel.

—Recuerda, ya las he visto y tocado —susurró Duncan contra sus labios, mirándola con intensidad—, y estoy aquí, contigo.

La mente de Maisie viajó brevemente al recuerdo de aquella noche en el granero, cuando casi se había entregado a él, y de inmediato se sintió reconfortada por sus palabras. Se relajó, dejando que él continuara.

Duncan siguió con su objetivo, pero lo hizo con una reverencia casi sagrada, acariciando cada parte de su piel que iba revelando. Cada roce de sus manos era suave, como si adorara cada centímetro de su cuerpo. Cuando al fin la tuvo completamente desnuda frente a él, la miró como si estuviera contemplando la más hermosa de las creaciones.

Su largo cabello de color fuego, todavía adornado con pequeñas flores, caía en suaves ondas sobre uno de sus pechos. Sus ojos, dilatados por la pasión, brillaban con una intensidad que lo dejaba sin aliento. Su cuerpo, con sus curvas y caderas anchas, lo estaba volviendo loco, incapaz de pensar en nada más que en ella. Para Duncan, Maisie no era solo hermosa; era una diosa.

—¿Eres una diosa? —susurró, con los ojos llenos de adoración— ¿O una sirena que me ha hechizado? Porque me tienes completamente loco, Maisie.

Las palabras de Duncan la llenaron de una confianza renovada, haciéndola sentir poderosa, segura de sí misma. Maisie, con una sonrisa de complicidad, se acercó a él, y Duncan no se movió, dejándose envolver por su cercanía. Ella recorrió su pecho lentamente con las manos, disfrutando del tacto de su piel bajo sus dedos, descendiendo hasta su cintura, donde comenzó a desvestirlo con la misma delicadeza que él había mostrado con ella.

Primero deslizó el tartán, luego el chaleco de piel, hasta que sus dedos encontraron la suavidad de la tela de su camisa blanca. La fue desabrochando lentamente, revelando poco a poco el fuerte torso de Duncan. Los músculos de su abdomen se tensaban bajo sus manos, y el simple pensamiento de lo que estaba por venir hizo que su corazón latiera con fuerza.

Cuando estaba a punto de inclinarse hacia él para besar su piel, Duncan la detuvo, sosteniéndola por las muñecas con suavidad.

—No —musitó con la voz ronca, el deseo evidente en cada palabra—. Si lo haces, no podré controlarme... y no quiero hacerte daño.

—¿Y si no quiero que te contengas? —respondió ella, rozando sus labios con los suyos, su voz llena de seducción.

—No quiero lastimarte, Maisie... —murmuró él, todavía debatiéndose con su autocontrol.

—No lo harás. Y si no quieres que sea yo quien te lastime, entonces hazme tuya ahora —respondió ella con un tono firme, una chispa de desafío en su mirada que encendió algo en lo más profundo de Duncan.

—Esa es mi mujer —susurró él, con una sonrisa que reflejaba su devoción.

Sin esperar más, la levantó en brazos y la llevó hasta la cama. La acostó suavemente y se quedó

mirándola, completamente perdido en la pasión que emanaba de su cuerpo. Duncan, con la respiración agitada, se despojó de su kilt y el resto de su ropa con una urgencia desenfrenada, dejando al descubierto su desnudez.

Se acercó a Maisie como un lobo acechando a su presa, pero lo hizo con ternura, colocándose sobre ella sin dejar caer todo su peso. La besó con pasión, pero también con el cariño de un hombre enamorado, mientras sus manos recorrían cada rincón de su cuerpo, como si quisiera memorizarla con cada toque. Lentamente bajó hasta sus pechos, donde introdujo uno en su boca, acariciando el otro con sus manos, provocando en Maisie una serie de gemidos que se mezclaban con el sonido del fuego crepitando en la chimenea.

Ella cerró los ojos, entregándose completamente a las sensaciones, sus manos enredadas en el cabello de Duncan, su respiración entrecortada mientras no dejaba de gemir.

Duncan se colocó entre sus piernas, sus dedos rozaron el suave vello que cubría su feminidad, un contacto ligero que hizo que Maisie contuviera la respiración. Duncan sonrió contra su piel mientras descendía lentamente, besando cada centímetro de su abdomen con reverencia.

Cuando llegó a su monte de Venus, Maisie soltó un suspiro que le tembló en los labios. Duncan no apresuró sus movimientos, disfrutaba de cada reacción, de cada estremecimiento que provocaba en ella. Y cuando su lengua rozó el botón de su placer, el cuerpo de Maisie se arqueó con un jadeo entrecortado, incapaz de contener la intensidad de lo que estaba sintiendo.

—Oh, Duncan... —gimió su nombre, aferrándose a las sábanas.

Los movimientos de Duncan eran tan precisos que la hacía sentir amada, segura, y al mismo tiempo, completamente perdida en el placer que él le ofrecía. Maisie sintió una oleada de calor que subía desde lo más profundo de su vientre, creciendo, acumulándose hasta que explotó. El orgasmo la recorrió como una ola, arrancando de su garganta un grito de placer que llenó la habitación.

Duncan, observando cómo su cuerpo se rendía al éxtasis, se relamió los labios con una mezcla de satisfacción y deseo.

—Eres tan hermosa cuando te rindes a mí —susurró él con voz ronca.

Maisie apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento cuando lo sintió deslizarse sobre su cuerpo, sus labios encontrando los de ella en un beso que transmitía tanto amor como necesidad. Sus cuerpos se rozaron, piel contra piel, mientras él se posicionaba entre sus muslos, su miembro duro y listo. Con delicadeza, Duncan empezó a penetrarla, sintiendo lo preparada que estaba para él, cómo su cuerpo lo recibía con la calidez y suavidad que lo volvía loco.

—Puede que esto sea un poco incómodo al principio —susurró, mirándola a los ojos—, pero te prometo que luego solo sentirás placer.

Maisie asintió, confiando plenamente en él. Y cuando Duncan finalmente rompió esa barrera que la hacía virgen, ella jadeó, sintiendo un breve escozor que pronto fue sustituido por la calidez de estar completamente unida a él. Duncan se detuvo, permitiéndole adaptarse, mientras acariciaba su rostro con suavidad.

—Estoy aquí, mi diosa... —le susurró besándola con una ternura infinita—. Solo relájate.

Maisie lo hizo, y cuando sintió que su cuerpo lo aceptaba por completo, lo miró con una chispa

de deseo en sus ojos. Duncan comenzó a moverse dentro de ella con lentitud al principio. Los suspiros de Maisie pronto se convirtieron en gemidos, mientras levantaba las caderas al encuentro de él, buscando más, necesitando más.

—Duncan... —susurró, y el sonido de su nombre en los labios de Maisie lo llevó al borde de la locura.

Él aceleró las embestidas, pero nunca perdió la ternura de sus movimientos. La besaba y le susurraba palabras de amor al oído, palabras que ni siquiera él comprendía, pero que salían desde lo más profundo de su corazón. Cuando ambos alcanzaron el clímax, fue como si el mundo se detuviera por un instante, solo para ellos dos.

Duncan dejó escapar un gruñido bajo y satisfecho mientras derramaba su semilla dentro de ella, y Maisie, perdida en la oleada de placer, se aferró a él como si fuera lo único que importaba. Sus respiraciones eran erráticas, pero llenas de dicha.

—Eso fue... increíble —jadeó Maisie, aún recuperándose.

Duncan sonrió, besando su frente con dulzura.

—Y te aseguro que será aún mejor cuando no te duela —le prometió, pasando un dedo por sus labios hinchados por los besos—. La espera valió la pena. Y ahora sé, sin ninguna duda, que eres mi diosa.

Maisie rio suavemente, dejando caer su cabeza sobre el duro pecho de Duncan, sintiéndose protegida y adorada. Esa nueva vida que comenzaba como la esposa de Duncan Blair prometía ser todo lo que siempre había deseado... y más.

—Te amo —susurró ella, su sonrisa iluminando su rostro.

—Y yo a ti, mi Maisie. Mi diosa, mi amor, mi vida.

Capítulo 23

Habían pasado varias semanas desde la boda, semanas felices para Maisie y Duncan. Su relación, que ya era apasionada, se había vuelto aún más intensa. Duncan no dejaba pasar un día sin mostrarle lo mucho que la amaba, combinando su lado romántico con el deseo insaciable que sentía por ella. Algo que Maisie adoraba.

Maisie era amada por la gente del clan, quienes cada vez la querían más, viéndola como una buena esposa para el futuro Laird. Aunque su carácter era fuerte, con Duncan había encontrado el equilibrio perfecto entre la pasión y la ternura. Cada noche la disfrutaban como si fuera la primera, y durante el día, él le recordaba constantemente lo importante que era para él.

Pero la guerra seguía presente, y el día que tanto temían había llegado. Duncan debía partir al campo de batalla junto a sus guerreros. Aunque ambos sabían que ese momento llegaría, Maisie no podía evitar sentirse inquieta. La preocupación por su esposo y el vacío en su pecho eran inevitables.

—Espero regresar en un mes —habló Duncan con seriedad, leyendo la tristeza en los ojos de Maisie—. Sabíamos que esto sucedería.

—Lo sé, y lo entiendo —admitió ella—. Pero no puedo dejar de estar preocupada por ti... por todos los que se irán.

Duncan, intentando aliviar la tensión, arqueó una ceja con una sonrisa llena de picardía.

—Yo estaré bien. Soy duro, fuerte... ¿acaso no te lo he demostrado ya? —expresó él recordándole con un tono seductor las veces que habían compartido en la intimidad, provocando que Maisie se ruborizara, sus pensamientos y cuerpo recordando esos momentos apasionados.

—Sé que eres fuerte, Duncan. Pero he visto caer a guerreros igual de fuertes. La guerra no perdona a nadie.

La preocupación era genuina en su voz, y Duncan lo sabía. Estaban luchando por la independencia de Escocia y, aunque los clanes se habían unido en una causa común, el peligro era real. La misiva había sido clara: Los ingleses planeaban un ataque sorpresivo, y Duncan, como Laird, debía liderar a sus hombres.

—Espero que cuando regrese me des la noticia de nuestro primer hijo —añadió Duncan, acariciando con suavidad su vientre, como si ya pudiera sentir a su futuro hijo creciendo dentro de ella.

Maisie sonrió, aunque un destello de tristeza cruzó por su rostro.

—Duncan, es muy pronto —replicó con un susurro—. Apenas hemos tenido tiempo para disfrutar de nosotros.

—Lo sé, mi diosa —musitó él, usando el apelativo con el que la llamaba desde su noche de bodas—. Y lamento no haberte dado la luna de miel que te mereces.

—Duncan, he pasado los mejores días de mi vida a tu lado. No me hace falta nada más. Fui feliz, soy feliz. Pero ahora... —su voz se quebró, y una lágrima silenciosa se deslizó por su mejilla—. Ahora me siento preocupada, triste... Saber que vas a enfrentarte a los peligros de la guerra me aterra... No quiero perderte, Duncan.

Duncan la envolvió en sus brazos, apretándola contra su pecho como si quisiera protegerla de cualquier temor. Su corazón se aceleró al sentir lo frágil que se sentía en ese momento. No le gustó sentirla así, Maisie era fuerte y valiente, pero la entendía. Porque aunque no lo dijera en voz alta, él también temía morir ahora que había encontrado el mayor propósito de su vida: Su diosa.

—No me vas a perder, mi diosa —murmuró él, acariciando su cabello con ternura para tranquilizarla—. Te amo demasiado, ¿y ahora que te tengo crees que voy a dejarte? Ni en sueños.

Maisie esbozó una pequeña sonrisa entre lágrimas y alzó la mirada hacia él.

—Más te vale no hacerlo, Duncan Blair —le dijo en tono juguetón, aunque sus ojos reflejaban el profundo miedo que sentía—. Porque sería capaz de ir a buscarte hasta el mismo infierno si fuera necesario.

Duncan soltó una pequeña risa, pero sus ojos mostraban seriedad mientras la abrazaba aún más fuerte.

—Espero que nunca tengas que hacerlo —susurró, con la certeza de que lo daría todo por regresar a su lado.

Los momentos de despedida siempre eran los más difíciles. Duncan se despidió de su padre y de su hermana Kala, pero la despedida más dura fue la de Maisie. La besó una y otra vez, como si quisiera memorizar el sabor de sus labios antes de partir, como si esos besos pudieran darle la fuerza necesaria para enfrentar lo que venía.

—Volveré en un mes —aseguró con voz firme.

Maisie asintió, y aunque su corazón estaba roto por la angustia, no dejó que más lágrimas rodaran por sus mejillas. Era fuerte, y sabía que debía serlo por ambos.

—Aquí te esperaré —prometió.

Duncan montó en su caballo, dándole una última mirada a Maisie antes de partir. Ella no apartó la mirada del camino hasta que lo perdió de vista, y aunque la preocupación estaba latente, Maisie sabía en lo más profundo de su ser que Duncan era un hombre fuerte, valiente e inteligente. Él sobreviviría a todo.

Su hombre volvería a ella.

Y estaba segura de eso.



Días después, llegó un grupo inesperado al clan Blair. Una de las mujeres del castillo avisó a Maisie, quien frunció el ceño con preocupación mientras se dirigía rápidamente hacia ellos. Al llegar, su sorpresa fue grande al encontrarse con su hermana Valoree, su tía Moira, y sus primas Ginebra y Clío.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué están aquí? —preguntó Maisie, claramente alarmada al verlas.

—Nuestro clan fue atacado —respondió Valoree, con una expresión seria.

—¡¿Qué?! —Maisie sintió que el aire le faltaba por un segundo.

—Solo hubo algunos heridos, pero mi padre pensó que lo más seguro era enviarnos aquí... contigo —explicó Valoree. —El clan Blair es el más fuerte y seguro de las tierras altas.

Maisie asintió, aunque todavía en shock. Saber que el clan McAllen había sido atacado la llenaba de preocupación, pero a la vez, ver a su hermana sana y salva le trajo una sensación de alivio. Su relación con Valoree había mejorado, y saber que estaría cerca en estos tiempos inciertos le daba algo de consuelo.

—Claro, pueden quedarse en las mismas habitaciones que tenían antes —indicó Maisie, recuperando la compostura y mostrando una sonrisa amable. Aunque el ataque la asustaba, estaba feliz de poder protegerlas.

—¡Helen! —llamó, una de las mujeres que atendía el castillo se acercó con una sonrisa—. ¿Puedes preparar las habitaciones de mi hermana y mis primas? Las mismas que usaron la última vez.

—Por supuesto, milady. Me encargo de ello enseguida —respondió Helen con prontitud.

—Gracias. Pueden ir al gran salón, se les servirá algo de comer —invitó Maisie, siempre intentando ser cortés, aunque el frío comportamiento de su tía Moira y sus primas no pasó desapercibido. Moira la ignoró completamente y pasó delante de ella sin siquiera mirarla, seguida por Ginebra y Clío, que hicieron lo mismo.

Aun así, Maisie respiró hondo. Ver a Valoree bien era lo más importante. Pero la preocupación por el ataque seguía pesando en su pecho. Sabía que en tiempos de guerra, la seguridad nunca estaba garantizada.

—Maisie. —la voz de Kala la sacó de sus pensamientos, y Maisie se volvió hacia ella—. ¿Vi mal o esa era tu hermana y tus primas?

—Sí, eran ellas —respondió Maisie, sin poder ocultar la sorpresa que todavía sentía—. Mi clan... bueno, el clan McAllen fue atacado por los ingleses. Mi padre decidió enviar a Valoree aquí para protegerla.

—Entiendo. Creí que no volveríamos a verlas nunca más —comentó Kala, y luego añadió en tono de broma—, sinceramente, tu tía Moira me da un poco de miedo.

Maisie rió ante la sinceridad de Kala. Su tía Moira siempre tenía ese efecto en la gente.

—Aparte de eso —continuó Kala—, necesitamos solucionar lo del molino. Hace tres días que dejó de funcionar y el trigo está escaseando rápidamente.

—Tienes razón, debemos ocuparnos de eso antes de que el frío empeore —concordó Maisie—. Además, tu padre me ha pedido que lo acompañe a una audiencia esta tarde. Al parecer, hay varias quejas entre los aldeanos, y piensa que tal vez mi presencia pueda calmarlos un poco.

—No entiendo por qué se quejan tanto —expresó Kala, frunciendo el ceño—. Todos saben que la guerra ha traído muchas pérdidas en los últimos años.

Ambas se dirigieron hacia el molino, ya que era una prioridad resolver el problema antes de que las provisiones se agotaran. Pasaron la mañana ocupadas, supervisando a los hombres que investigaban la causa del fallo. Finalmente, lograron poner en marcha el molino de nuevo, lo cual fue un alivio.

Al volver al castillo, se sentaron en el gran salón junto al Laird, quien conversó animadamente con ellas, especialmente con Maisie, a quien parecía tenerle gran afecto.

La tarde transcurrió entre audiencias y quejas de los aldeanos. Algunas cuestiones fueron resueltas de inmediato, mientras que otras necesitarían más tiempo. Durante esos momentos, Maisie encontró cierto consuelo al centrarse en las preocupaciones del pueblo, lo que le ayudó a distraerse de su constante ansiedad por Duncan. El castillo estaba más tranquilo de lo habitual sin los guerreros que siempre rondaban por allí.

Los días siguientes siguieron la misma rutina. A veces, Maisie montaba su yegua, Lara, y cabalgaba hasta el lago que solía visitar con Duncan. El frío comenzaba a intensificarse, así que sus paseos eran breves. A menudo recibía visitas de las mujeres del pueblo, quienes le traían pequeños regalos: macetas con flores, jaleas caseras, postres o incluso joyas artesanales hechas de metales simples. El cariño que los aldeanos le demostraban le traía algo de consuelo.

Pero tanto ella como Kala compartían una preocupación constante. Creed estaba con Duncan en la guerra, y todavía no habían recibido noticias de ellos.

—Duncan estará un poco decepcionado cuando regrese y vea que no estoy embarazada —comentó Maisie en una de esas tardes, intentando suavizar su ansiedad con algo de humor.

—Ya tendrán tiempo para intentarlo de nuevo —respondió Kala, intentando animarla.

Maisie también se sentía algo desilusionada. Había esperado estar embarazada, pero hacía unos días su ciclo había llegado, dejándola con la certeza de que no era el momento aún. Aun así, los días del regreso de Duncan se acercaban, y su esperanza de verlo de nuevo la mantenía optimista.

—Estoy segura de que Duncan hará todo lo posible por dejarme embarazada antes de volver a la guerra —bromeó Maisie.

—No cabe duda de eso, todos vimos como no te dejaba un segundo sola después de la boda, no quiero imaginar cuando regrese —bromeó Kala haciendo que Maisie se sonrojara un poco—. Lo bueno es que logró convencer a mi padre de aplazar mi boda con Iver.

—Duncan sabe bien que no serías feliz casándote con alguien a quien no amas. Prometió que, al regresar, resolvería ese asunto de una vez por todas.

—Sí, me lo dijo también —asintió Kala.

Maisie la miró con una mezcla de complicidad y seriedad antes de continuar.

—Pero creo que deberías ser tú quien le diga que estás enamorada de Creed, y que es con él con quien deseas casarte. Duncan sabe que Creed es un buen hombre, un guerrero fuerte que sabrá cuidarte. Quizá, si se lo dices directamente, eso acelere la conversación con tu padre.

Kala asintió lentamente, sabiendo que Maisie tenía razón. Quizás, si hubiese sido más valiente antes, cuando Duncan le confesó los motivos de su elección por Valoree y no por Maisie, ahora estaría felizmente casada con Creed. Pero el miedo la había frenado. Temía que, al hablar, Duncan o su padre culparan a Creed por querer alejarla del clan, cuando en realidad había sido su idea huir juntos. Debía reunir el coraje para aclarar la verdad y enfrentar su destino con valentía.

—Tienes razón, Maisie. Ya es hora de que lo hable —expresó Kala con un suspiro, más decidida que antes.

Ella sabía que ciertos temas no podían posponerse por siempre.

∞∞∞

Duncan no podía dejar de pensar en Maisie. Cada vez que despertaba, su primer pensamiento era su esposa, y la idea de regresar a sus brazos le daba la fuerza necesaria para enfrentarse a los ingleses. Su deseo más profundo era verla, abrazarla y sentirla nuevamente. Ahora él y algunos de sus hombres volvían al clan Blair, aunque sabía que en unas semanas tendrían que regresar a la guerra.

Los últimos días habían sido duros, llenos de pérdidas y batallas intensas. Había perdido a varios guerreros, y otros estaban gravemente heridos. Los ingleses habían tomado algunos territorios y atacado varios clanes, pero Duncan se había asegurado de poner todo en orden antes de regresar. No podía permitirse más pérdidas.

—¡Eh, Duncan! —gritó Drostan desde la fogata— ¡Ven a comer algo!

Duncan miró hacia donde sus hombres habían encendido el fuego. Estaban asando pescado, una captura reciente, y el aroma se mezclaba con el calor de la fogata. Estaban a dos días de llegar al clan Blair. Por él, habrían continuado sin descanso, pero sabía que sus hombres y caballos necesitaban reponer fuerzas. Se acercó al grupo, que comía y compartía historias de sus vidas, riendo y bromeando. Duncan escuchaba en silencio, esbozando una sonrisa de vez en cuando por las tonterías que sus hombres contaban.

—¿Quién se quedará despierto para patrullar? —preguntó Donell, rompiendo el ambiente relajado.

—Yo lo haré —respondió Duncan, levantándose. No sentía sueño y estaba en alerta constante.

—Me quedaré contigo —se ofreció Drostan—. No tengo intención de dormir sabiendo que los

ingleses podrían estar rondando cerca.

—Está bien —aceptó Duncan.

Los demás se fueron retirando poco a poco, cayendo dormidos después de seguir hablando un buen rato. Al final, solo quedaron Duncan y Drostan, hablando en susurros mientras vigilaban la noche.

Con la llegada de la mañana, Duncan decidió acelerar el paso. Ordenó que no hubiera más paradas, solo un avance continuo. Estaba desesperado por llegar al clan Blair. Cada vez que miraba al horizonte, su mente solo podía imaginarse una cosa: volver a tener a Maisie entre sus brazos.

Capítulo 24

—¡Maisie! ¡Maisie! —Kala llegó corriendo hacia ella, y Maisie no pudo evitar reírse al verla.

—¿Por qué siempre corres? —preguntó divertida.

—¡Es Duncan!

—¿Duncan? ¿Qué pasa con él? —preguntó Maisie, sintiendo cómo la preocupación la invadía. Pero Kala negó con la cabeza, respirando hondo para calmarse.

—¡Está aquí!

Y eso fue suficiente para que la preocupación de Maisie se desvaneciera, reemplazada por una inmensa felicidad. Una sonrisa se le formó en los labios y, sin esperar más, salió corriendo hacia la entrada del castillo.

—¡Espera! ¡¿No ves que acabo de correr?! —gritó Kala detrás de ella, pero Maisie no podía detenerse.

Lo único en lo que pensaba era en ver a Duncan, asegurarse de que estaba bien, de que había vuelto entero. Cuando llegó a la entrada, lo vio junto a Donell, Drostan y Douglas. Y en cuanto Duncan la vio, ambos corrieron hacia el otro. En el momento en que estuvo lo suficientemente cerca, Duncan la levantó en brazos y la besó con intensidad, como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que se vieron.

—No sabes cómo conté los días para volver a verte, mi amor —expresó ella, aún con los brazos alrededor de su cuello.

—Mi diosa, te extrañé tanto —respondió él, volviendo a besarla—. No podía dejar de pensar en ti, en volver a casa.

Maisie sonrió abrazándolo con más fuerza, como si con eso pudiera impedir que se alejara otra vez. Y antes de darse cuenta, ambos estaban en su habitación, despojándose de la ropa con una urgencia frenética. El deseo que los consumía no les permitía esperar ni un segundo más.

—Mi diosa... —susurró Duncan entre gemidos, mientras ella lo recibía con la misma pasión desenfadada.

—¡Duncan! —gimió Maisie, dejándose llevar por el placer que él le provocaba.

Ambos llegaron al éxtasis, sus cuerpos exhaustos y entrelazados, aún jadeando mientras recuperaban el aliento. El silencio entre ellos era cómodo, lleno de intimidad, pero Maisie sabía que debía decirle algo.

—Duncan... —lo llamó en un susurro, y él la miró con atención—... No pude quedar embarazada, sé que esperabas buenas noticias al regresar, pero...

Duncan la calló con un suave beso en los labios, luego sonrió mientras la apretaba más contra su pecho.

—No te preocupes, mi diosa. Podemos intentarlo cuantas veces sea necesario —habló con picardía—. Y no voy a mentir, el proceso es muy satisfactorio.

Maisie se sintió más relajada. La preocupación que había llevado en los hombros durante días, se disipó.

—Ahora cuéntame como fue todo —pidió ella, mirándolo con curiosidad—. Sabes que me tuviste preocupada día y noche, eso no es bueno para la salud de tu esposa.

—Tienes razón, no puedo darle disgustos a mi diosa —respondió él, y luego comenzó a contarle lo que había sucedido en la guerra. A medida que hablaba, Maisie no podía evitar sentir miedo al escuchar lo cerca que había estado del peligro en varias ocasiones—. Pero no debes preocuparte demasiado —añadió él, acariciándole la mejilla con ternura—. Son cosas normales en las batallas.

—¿Cómo no voy a preocuparme, Duncan? Te amo, y no soportaría perderte —confesó ella.

—Lo sé, mi diosa, lo sé —susurró él, besando su frente.

—Voy a terminar creyendo que de verdad soy una diosa con tanto que me lo dices —expresó ella, cambiando el tema, mientras se subía encima de él, dándole una visión perfecta de su cuerpo desnudo.

—¡Joder, mujer! ¿Quieres matarme? —bromeó Duncan, y Maisie soltó una carcajada.

—¿Te quedarás hasta Navidad? —preguntó ella, mientras jugueteaba con su cabello.

—No lo sé, aunque aún falta mucho para que llegue —respondió él, deslizándose sus manos por sus caderas—. Pero si es por mi diosa, puedo hacer algo al respecto.

—Esa es una mejor respuesta —musitó ella, antes de inclinarse para besarle.

∞∞∞

Era ya entrada la noche, y el castillo estaba más tranquilo de lo habitual. Después de la cena, los hombres que habían regresado del campo de batalla y tenían familia se habían retirado a sus casas, deseosos de pasar tiempo con sus esposas e hijos. Los solteros, por otro lado, se quedaron en el gran salón, compartiendo historias y bebiendo whisky. Duncan y Maisie también se disponían a regresar a su habitación cuando Kala apareció de repente, interrumpiendo su camino.

—Duncan, ¿puedo hablar contigo? —preguntó su hermana con una expresión seria.

Duncan frunció el ceño.

—Mañana, Kala. Ahora solo quiero dormir —respondió con cierto cansancio en la voz, pero Maisie, que sabía exactamente lo que Kala deseaba discutir, intervino.

—Habla con ella, Duncan. —lo animó con una sonrisa suave—. Yo te esperaré en nuestra habitación.

Duncan suspiró, resignado ante la mirada comprensiva de Maisie. Ella sabía lo preocupada que estaba Kala, sobre todo por Creed, que seguía en el campo de batalla.

—Está bien —aceptó él finalmente—, vamos, Kala.

Ambos se dirigieron al salón de reuniones. Duncan se sentó en uno de los asientos de la gran mesa y miró a su hermana, que permanecía de pie y nerviosa.

—¿Qué es tan urgente que no puede esperar? —preguntó Duncan, con su voz grave pero calmada.

Kala tomó aire y se sentó frente a él. Sabía que este momento era crucial.

—Es algo que debes saber antes de que vuelvas al campo de batalla —empezó, y Duncan la observó con una expresión impasible.

—Continúa. —la animó, pero con cierta rigidez en el tono.

Kala dudó un momento, pero decidió ir directo al grano.

—¿Recuerdas aquella conversación que escuchaste en la habitación de Maisie, antes de que eligieras a Valoree? —preguntó Kala, mirando a su hermano con cautela.

Duncan frunció el ceño. Ese tema no era uno que quisiera volver a tocar.

—No quiero hablar de eso. Ya lo dejé atrás. Maisie es mi esposa ahora y confío en ella —expresó tajante, intentando cortar el tema de raíz.

Pero Kala negó con la cabeza.

—No se trata de Maisie. Ella solo estaba ayudándonos, a Creed y a mí.

La mención de Creed hizo que Duncan frunciera aún más el ceño.

—¿Ayudándolos? ¿Qué quieres decir con eso? —inquirió é con la voz ahora más atenta y curiosa.

Kala respiró hondo antes de soltarlo todo.

—Ese día... Creed y yo estábamos hablando con Maisie. Queríamos contarle que teníamos planeado huir juntos —confesó Kala, viendo cómo la expresión de Duncan se endurecía.

—¿Huir? —repitió él, tratando de mantener la calma, pero el tono de su voz se tornó cada vez más serio.

—Sí, Duncan. Estoy enamorada de Creed. Él es el hombre que amo —admitió ella con sinceridad, con la voz firme, a pesar del nerviosismo.

Duncan no mostró ninguna emoción en su rostro, pero la tensión en su mandíbula era evidente.

—Sigue, Kala —ordenó.

Kala asintió, sabiendo que no había vuelta atrás.

—Al principio, Maisie no apoyó nuestra relación clandestina. Pero luego entendió que nuestro amor era inevitable, y que Creed y yo estábamos destinados a estar juntos. Cuando le contamos nuestro plan de huir, Maisie decidió que quería venir con nosotros.

—¿Por qué querría Maisie irse? —preguntó Duncan, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de confusión y molestia.

—Porque estaba convencida de que no la elegirías a ella. Estaba segura de que elegirías a Valoree, como al final lo hiciste. —Kala lo miró con seriedad, sabiendo que sus palabras traerían recuerdos que Duncan preferiría enterrar.

Duncan soltó un gruñido, su frustración palpable.

—Sabes que lo hice por esa maldita conversación —habló, recordando la confusión que lo llevó a elegir a Valoree.

Kala asintió, con una expresión de comprensión.

—Lo sé. Pero si hubieras preguntado antes de apresurarte, muchas cosas se habrían evitado.

Duncan se quedó en silencio, sin respuesta. Sabía que su hermana tenía razón. Había actuado impulsivamente, y eso había provocado una cadena de malentendidos.

—Entonces, la voz que escuché ese día era de Creed. Él es el hombre con quien pretendías huir. Y Maisie... solo estaba cubriéndolos —habló finalmente, procesando toda la información.

Kala asintió con solemnidad.

—Así es. Maisie solo nos estaba protegiendo.

Duncan la miró fijamente durante unos segundos, luego se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Y dime, Kala. ¿Qué harías si nuestro padre o yo nos negáramos a que sigas con ese hombre? —preguntó, su tono bajo pero lleno de seriedad.

Kala lo miró directamente a los ojos, su rostro se endureció.

—Si me obligan a casarme con Iver, me iré de aquí. No me verán nunca más, Duncan. — Kala sostuvo su mirada, dejando claro que hablaba en serio—. Te estoy contando todo esto porque quiero tu apoyo. No quiero alejarme de mi familia ni de mi clan, pero si no me dejas otra opción...

Duncan la observó en silencio, luego sonrió y negó con la cabeza.

—No debí dejarte tanto tiempo junto a mi diosa. Te ha enseñado a ser más rebelde de lo que ya eras —habló con una risa suave para luego continuar—. No deseo que te vayas Kala, este es tu hogar, tu familia. Y si dejas que eso pase, temo que Maisie me deje para ir tras de ustedes.

Kala se encogió de hombros, sonriendo levemente.

—Tal vez te lo merezcas —replicó.

Duncan se levantó de su asiento y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia su hermana.

—Gracias por contármelo, Kala. Aunque ya había hablado con nuestro padre sobre suspender la boda con Iver. Pero te aseguro que Creed no se librará de mi puño cuando regrese —aseguró con una sonrisa maliciosa.

—¡Duncan! —exclamó Kala, soltando un gemido, pero antes de que pudiera decir algo más, Duncan ya había cerrado la puerta.

Al regresar a su habitación, Duncan encontró a Maisie profundamente dormida, su rostro relajado y sereno. Se quitó la ropa en silencio, y se tumbó junto a ella, abrazándola suavemente contra su cuerpo.

—Perdóname, mi diosa —susurró en su oído y le dio un suave beso en el hombro desnudo.

Maisie no se despertó, pero se movió en sus brazos, acurrucándose más cerca de él. Duncan sonrió para sí mismo, sintiendo la paz que solo ella le proporcionaba. La abrazó con más fuerza, deseando que esa calma durara para siempre.

Parte II

Capítulo 25

Castillo Blair, primavera de 1327

—Di "mamá", mi amor. "Ma... má" —insistió Maisie, con paciencia infinita, mientras acariciaba suavemente la pequeña nariz de su hija.

—Má... —balbuceó la pequeña Beth, haciendo que Maisie la llenara de besos, emocionada.

—¡Eso es! —celebró con una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba ansiosa por escuchar a su hija decir la palabra completa, mamá. Era casi una obsesión para ella, pues sentía que era injusto que Beth, su preciosa niña, aprendiera a decir papá primero. Maisie fue quien cargó a esa pequeña durante nueve largos meses, quien sufrió las interminables contracciones y soportó el dolor del parto. Duncan, en cambio, solo tuvo que... bueno, «*hacer su parte*» y todo fue mucho más fácil para él.

—¿Aún sigues con lo de “*mamá*”? —preguntó Valoree, sentándose a su lado en el pasto, con el lago de fondo.

—Por supuesto, es una batalla personal —respondió Maisie divertida, vigilando de reojo a Beth, que jugaba entre la hierba sin acercarse mucho al lago.

—Ya lo dirá, verás. Cuando menos lo esperes, lo hará —aseguró Valoree con una sonrisa suave, observando a su pequeña sobrina correr de un lado a otro.

Ambas rieron cuando la niña tropezó y cayó sentada en el pasto, soltando una risita traviesa.

Beth era toda alegría. Desde que había nacido, hace casi un año, había conquistado a todos en el clan Blair. Aunque muchos esperaban un varón como primogénito de Duncan y Maisie, Beth fue una dulce sorpresa, con su vivacidad y encanto, robó el corazón de todos, especialmente el de su madre.

Fue en vísperas de Navidad cuando Maisie le había dado a Duncan la noticia de su embarazo. Aquella revelación había sido la mejor manera de cerrar el año. Desde entonces, Duncan hacía todo lo posible por volver a casa siempre que podía, ansioso por ver cómo crecía el vientre de su esposa.

El embarazo de Maisie fue una etapa inolvidable, aunque no siempre fácil. Entre Valoree, Kala, la esposa de Douglas, y el propio Douglas, Maisie se vio constantemente abrumada por los cuidados excesivos de todos. Parecía que no podía dar un paso sin que alguien la siguiera con alguna advertencia o consejo.

Cuando llegó el otoño, la pequeña Meribeth, o Beth como la llamaban, llenó el aire del castillo con su primer llanto. Desde entonces, todos, absolutamente todos, se desvivían por ella. Y a Maisie le encantaba ver cómo su hija era adorada por todo el clan.

Duncan, por su parte, estaba en la gloria. Maisie había perdido la cuenta de cuantas veces gritó a todos que amaba a Maisie Blair. Cuando cargó a Beth por primera vez, su felicidad fue tan inmensa que parecía contagiosa. Aún así, aunque amaba con locura a su familia, era doloroso para él tener que dejarlas para regresar a la guerra. Ya habían pasado muchos meses, y la paz

entre Escocia e Inglaterra parecía tan lejana como siempre.

Kala, se había casado con Creed el otoño pasado. Duncan los había hecho esperar un poco antes de aceptar la unión, pero al final, terminó respetando a Creed y tomándole cierta admiración. Ahora Kala esperaba su primer hijo, y Maisie no podía estar más feliz por su cuñada.

—Beth, ven aquí, cariño —llamó Maisie a su hija. Pero la niña, en lugar de obedecer, se alejó corriendo, provocando la risa de Valoree.

—Creo que tenemos a una pequeña Maisie entre manos —bromeó Valoree—, es igual de rebelde que tú.

Maisie rio también, reconociendo la verdad en las palabras de su hermana. Beth tenía mucho de ella, no solo en el carácter. El tono rojizo de su cabello, que prometía ser tan intenso como el de Maisie, era prueba de ello.

—Tiene todo de mí, eso es seguro —respondió Maisie con una sonrisa, observando a su hija con ternura.

El ambiente entre las dos hermanas era cálido, mucho más de lo que Maisie jamás hubiera imaginado en el pasado.

—A veces... me pregunto si alguna vez tendré algo parecido a lo que tú tienes —habló Valoree de repente, su tono sereno pero cargado de deseo—. Un hombre que me ame como Duncan te ama. Una familia como la tuya.

Maisie la miró, sorprendida pero también emocionada por esas palabras. Ver a su hermana abrirse de esa manera, después de todo lo que habían pasado, era algo que nunca habría esperado años atrás.

—Valoree... —empezó Maisie, pero su hermana la interrumpió.

—Es que antes ni siquiera sabía lo que quería, ¿sabes? Solo seguía las órdenes de nuestro padre o de la tía Moira. Nunca me detuve a pensar en lo que realmente deseaba para mí misma. —Valoree suspiró, dejando que el viento acariciara su rostro—. Pero viendo lo feliz que eres con Duncan, me he dado cuenta de lo que quiero. Y de lo que merezco.

Maisie tomó la mano de su hermana y la apretó con suavidad.

—Esa felicidad puede estar mucho más cerca de lo que crees —le dijo con una sonrisa—. Además, nuestro padre ha dejado de insistir en casarte con Edzel. Incluso te ha permitido quedarte aquí, conmigo, en lugar de llevarte de vuelta al clan McAllen. Eso ya es un gran paso.

Valoree asintió, con una sonrisa leve, pero sincera.

—Sí... es cierto. Y debo admitir que, estar aquí en el clan Blair me ha hecho ver las cosas de otra manera. Nunca pensé que me sentiría tan cómoda en un lugar como este, lejos de las imposiciones de nuestro padre y tía Moira. Es como si hubiera aprendido a ser yo misma por primera vez —confesó, con una mirada llena de gratitud hacia su hermana.

—Me alegra tanto oír eso —respondió Maisie con sinceridad.

—Por cierto, Edzel tampoco quería casarse conmigo, ¿sabes? —comentó Valoree, rompiendo el silencio.

—¿Edzel? —Maisie la miró, visiblemente sorprendida.

—Sí. Me lo dijo una vez, borracho, días antes del ataque a nuestro clan, hace ya dos años. Me

confesó que siempre te quiso a ti.

—Vaya... —Maisie no supo qué responder ante eso. Antes de que pudiera pensar en algo más, sintió a su pequeña hija corriendo hacia ella. Beth se lanzó a sus brazos, interrumpiendo cualquier pensamiento—. ¿Te has cansado ya de ser una pequeña rebelde? —preguntó Maisie en tono de broma, acariciando el cabello de su hija.

Beth solo la miró con una sonrisa traviesa, como si entendiera perfectamente de qué hablaba su madre.

—Será mejor que volvamos al castillo —comunicó Maisie, poniéndose de pie con Beth en brazos—. Duncan regresa hoy, y quiero estar esperándolo en la puerta con nuestra hija.

Valoree asintió y ambas comenzaron a caminar de regreso al castillo. El día estaba fresco y el viento primaveral movía suavemente los cabellos de ambas hermanas. Cuando llegaron, Douglas ya las estaba esperando.

—Ven aquí, pequeña —expresó Douglas con una sonrisa, extendiendo los brazos hacia Beth, que saltó a su abuelo con alegría.

—Disfruta un rato de tu nieta, que yo voy a ver a Kala —habló Maisie agradecida por el pequeño descanso que le daba el padre de Duncan.

—No te preocupes, la mantendré entretenida —respondió Douglas, mientras Beth jugueteaba con su barba.

Maisie aprovechó para subir a la habitación de Kala. Golpeó suavemente la puerta antes de entrar.

—¿Cómo estás? —preguntó al entrar, viendo a su cuñada recostada con una mueca de cansancio.

—Si me vuelves a preguntar cuando deje de sentir estas náuseas, te lo diré —respondió Kala con un gesto de frustración—. ¿Fue así cuando estabas embarazada de Beth? —preguntó Kala, buscando consuelo.

—Más o menos, pero parece que a ti te está yendo peor —musitó Maisie, sonriendo con simpatía.

—Todo lo que como lo devuelvo. Ni siquiera puedo oler algo sin que mi estómago proteste.

—Puedo hablar con la curandera. Cuando estaba esperando a Beth, me dio algo que calmó mis náuseas. Quizá eso te ayude.

—Por favor, harías que mi vida fuera mucho más llevadera —respondió Kala con una sonrisa agradecida.

Tras pasar un buen rato con Kala, Maisie decidió ir ella misma al pueblo. La curandera le entregó un frasco con un líquido que debía mezclar con agua tibia cada mañana para aliviar los síntomas de su cuñada. Con el frasco en mano, Maisie regresó al castillo para preparar todo para la llegada de Duncan.

Ya al caer la tarde, mientras acariciaba el cabello de su hija, Maisie le hablaba con ternura.

—Papá viene en camino, mi amor. —Luego, le dio un suave beso en la frente.

—Pa... pá —balbuceó Beth, provocando una risa suave en su madre.

—¡Ah! Papá sí lo dices bien, ¿eh? ¡Pequeña traidora! —bromeó Maisie, haciéndole caras graciosas.

Beth solo sonrió mientras jugaba con los mechones del cabello de su madre. De pronto, Maisie escuchó el sonido de cascos de caballos acercándose al castillo. Su corazón dio un vuelco, esperando ver a Duncan atravesar la entrada. Sin embargo, cuando los jinetes llegaron, Maisie notó que algo no iba bien. Solo Creed y otros dos hombres entraron por las grandes puertas.

Frunció el ceño al no ver a Duncan, que siempre era el primero en aparecer. Su inquietud creció al ver la camisa de Creed manchada de sangre y sus expresiones de cansancio.

—¡Creed! —exclamó Maisie, corriendo hacia él, con Beth aún en brazos—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Duncan?

—Maisie, calma, por favor. Tienes a Beth en tus brazos —expresó Creed, tratando de mantener la calma, aunque en sus ojos brillaba la preocupación.

—¿Dónde está Duncan?! —insistió ella, la ansiedad creciendo en su pecho, lo que hizo que Beth comenzara a llorar. Maisie trató de calmarla con suaves susurros, mientras Valoree se acercó rápidamente.

—Tranquila, tranquila, mi amor... —le dijo a su hija antes de tenderla a su hermana—. Valoree, cuida de ella, por favor.

Valoree asintió con gravedad y se alejó con la pequeña en brazos, dejando a Maisie libre para enfrentar la verdad. Su mirada volvió a Creed, quien, esta vez, ya no podía ocultar la seriedad de la situación.

—Ahora, dime. ¿Dónde está mi esposo? —exigió, su voz temblando entre la desesperación y el miedo.

Creed apretó los labios antes de hablar, sabiendo lo que tenía que decir.

—Duncan... fue atacado por los ingleses. Fue una emboscada, Maisie.

Maisie dejó de escuchar lo que Creed decía después de la palabra «*emboscada*». Su mente se nubló por completo. Solo podía pensar en Duncan, su esposo, en que ahora estaba a merced de los ingleses. La angustia la invadió, como un frío que no podía sacudirse de encima.

—¿Pero qué pasó exactamente? —preguntó Douglas, notando que su nuera no podía articular palabra alguna.

—Recibimos un mensaje informando que Donell y Drostan habían sido secuestrados mientras cumplían una misión —explicó Creed con voz grave—. Nos dieron la ubicación exacta donde supuestamente estarían los ingleses que los llevarían a su fortaleza. Pero fue una trampa. Cuando Duncan y los otros hombres llegaron al lugar, los emboscaron. No llegamos a tiempo. Uno de nuestros hombres, al que dieron por muerto, fue quien nos contó lo que sucedió.

El rostro de Douglas palideció mientras absorbía la información.

—No puede ser... Duncan... él está... —la voz de Douglas se quebró, incapaz de terminar la frase.

—¡No! —gritó Maisie de pronto, sacudiendo la cabeza con desesperación—. Creed, ¿irán a buscarlo, verdad? ¡Por favor, dime que lo traerán de vuelta!

—Lo prometo, Maisie —aseguró Creed, colocando una mano firme pero reconfortante en su

hombro—. No nos detendremos hasta encontrarlo. Duncan va a volver.

—¿Lo juras, Creed? — suplicó ella, con lágrimas inundando sus ojos. Las palabras apenas salían entrecortadas, su voz quebrada por el miedo—. Si a Duncan le pasa algo... yo no sé qué haría... —No pudo continuar, el dolor la venció. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas mientras su cuerpo temblaba de pura angustia.

Creed apretó su hombro con más fuerza, tratando de brindarle consuelo, aunque él mismo estaba lleno de incertidumbre.

Pasaron semanas. Y con ellas, el miedo de Maisie no hacía más que crecer. No había ninguna noticia de Duncan, ni de los otros hombres que estaban con él. Cada día se sentía más pesada la ausencia de su esposo, y la desesperación empezaba a devorarla. Maisie no era una mujer religiosa, pero desde que Duncan desapareció, cada mañana caminaba hasta la capilla del pueblo para rezar por su regreso. Pedía por Duncan, por Donell, por Drostan, por todos los hombres a merced de los ingleses. No importaba cuánto tiempo le llevara, era su único refugio.

La idea de ir ella misma en busca de su esposo cruzaba por su mente constantemente, pero sabía que no podía hacerlo. No con Beth. Su pequeña hija apenas comenzaba a caminar y balbucear sus primeras palabras. No podía dejarla, no podía poner en riesgo su vida y dejar a su hija sin padres.

Sin embargo, la espera la estaba consumiendo. Apenas dormía, y cuando lo hacía, eran pesadillas las que la despertaban en mitad de la noche, imágenes de Duncan sufriendo, o peor, muerto. Se levantaba sudando y conteniendo el grito, rogando que él estuviera bien, en algún lugar, esperando ser rescatado.

El dolor y la incertidumbre se le estaban haciendo insoportables, pero no podía permitirse perder la esperanza.

—Duncan volverá —se repetía a sí misma como un mantra, una y otra vez.

Capítulo 26

Fortaleza Golden, Berwick

—Oye, Duncan... vamos, amigo, despierta. —la voz de Drostan resonó cerca, con una mezcla de urgencia y preocupación. Duncan no respondió —. ¿Él estará bien?

—No lo sé, debemos esperar a que despierte —respondió la mujer que había estado cuidando de él durante las últimas semanas—. Duncan, ¿me escuchas? Tienes que abrir los ojos.

Duncan escuchó una voz suave, casi melodiosa, que lo atrajo del mundo oscuro donde había estado sumido. Poco a poco abrió los ojos, parpadeando hasta enfocar la imagen frente a él, una mujer de rostro angelical. Nunca había visto a alguien tan bella.

—¡Amigo! —exclamó Drostan con alivio al ver a Duncan despertar—. Al fin, estábamos muy preocupados.

Duncan apartó la vista de la mujer y miró a su amigo, notando por primera vez dónde estaban. Frunció el ceño, confundido.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz áspera y débil mientras observaba el lugar.

Las paredes de piedra estaban húmedas, cubiertas de moho en las esquinas, y el aire olía a encierro y descomposición. En el suelo de tierra compacta había paja esparcida, ya podrida y ennegrecida, que seguramente usaban para dormir. Solo una pequeña abertura en la pared, con barrotes oxidados, dejaba entrar algunos rayos de luz que apenas iluminaba el espacio. Una cubeta en una esquina emanaba un hedor insoportable, dejando claro para qué servía. Duncan frunció el ceño aún más, sintiendo la crudeza del lugar. Las condiciones eran deplorables, apenas dignas para mantener a un animal, mucho menos a un hombre.

Drostan intercambió una mirada con los otros hombres antes de responder.

—¿No recuerdas nada? —Duncan negó lentamente con la cabeza.

—Lo último que recuerdo es haber bebido demasiado en el cumpleaños de Donell... Nos divertimos como nunca —habló, esbozando una débil sonrisa que rápidamente desapareció cuando vio la expresión sombría de Drostan.

—¡Maldición! —masculló Drostan, apartándose unos pasos con la mujer que los había estado ayudando—. ¿Es normal que no recuerde nada de los últimos tres años y medio después de haber estado inconsciente por semanas?

La curandera lo observó con gravedad antes de hablar.

—El golpe en la cabeza que recibió fue grave. Está vivo de milagro. Puede que los recuerdos vuelvan con el tiempo, pero he visto casos como este antes... algunos tardan en recordar, otros no lo hacen del todo.

Drostan asintió, claramente preocupado.

—¿Dónde estamos? —insistió Duncan, más desconcertado ahora.

Drostan se acercó nuevamente, con el rostro serio.

—Duncan... estamos en la fortaleza Golden, prisioneros de los ingleses.

Duncan frunció el ceño aún más.

—¿Cómo llegamos aquí? —preguntó, desconcertado.

Drostan respiró hondo.

—Mira, amigo... —comenzó, luchando por encontrar las palabras correctas—. No estamos en 1324. Es el año 1327, y estamos en plena guerra por la independencia de Escocia. Hace unas semanas, caímos en una emboscada de los ingleses y tú... tú recibiste un golpe terrible en la cabeza. Has estado inconsciente desde entonces. Al parecer, ese golpe ha afectado tu memoria.

Duncan lo miró, boquiabierto.

—¿1327? —repitió, tratando de procesar lo que estaba escuchando—. ¿He perdido tres años de mi vida?

La curandera, que aún estaba a su lado, intervino con suavidad.

—Duncan... sé que esto es difícil de aceptar, pero puedes recuperar esos recuerdos poco a poco. No te desespere.

Duncan la miró con pericia por primera vez.

—¿Quién eres? —preguntó, sintiendo una extraña familiaridad en su voz.

—Iveth. Del clan McPherson —respondió la mujer con una pequeña sonrisa.

—Un clan pequeño —musitó él, grabando vagamente el nombre.

—Sí. Fuimos saqueados hace un año. Nos capturaron y trajeron aquí, a esta fortaleza —explicó Iveth, señalando a un grupo de personas, hombres y mujeres, que estaban en la celda junto a ellos.

—Iveth nos curó a todos, Duncan. Ella te cuidó durante estas semanas —añadió Drostan, notando la forma en que Duncan la miraba.

Duncan avanzó lentamente, aún con la cabeza dándole vueltas, pero lo suficientemente consciente como para agradecerle.

—Gracias... —murmuró.

—No fue nada. Es mi deber como curandera. Pero lo mejor para ti ahora es que sigas descansando. Todavía no tienes fuerzas suficientes para intentar nada. No contamos con los recursos necesarios aquí, apenas nos dan agua y algo de comida.

Duncan suspiró, frustrado.

—Tenemos que salir de aquí —expresó con su voz más firme.

Drostan asintió.

—He estado pensando en un plan. No podía hacer nada mientras estabas inconsciente, pero ahora que has despertado... —comenzó a decir.

—¿Qué plan? —preguntó Duncan, interesado.

—Cada día, un guardia inglés viene a buscar a uno de nosotros. He estado vigilando sus movimientos. Solo dos guardias salen con el prisionero fuera de las murallas —explicó Drostan.

—Y ¿cómo piensas usar eso a nuestro favor?

—Uno de los hombres de Iveth, del clan McPherson, ha descubierto una posible ruta de escape —comentó Drostan, señalando a un hombre sentado al fondo de la celda—. Fue sacado de aquí hace unos meses y pudo ver parte del camino hacia una salida. Si nos unimos, podríamos intentar escapar.

Duncan observó al hombre en cuestión con desconfianza.

—¿Puedes confiar en él?

—Yo confío en mi clan —intervino Iveth—. Estamos todos en la misma situación. Si alguien quiere escapar, somos nosotros.

—¿Y cómo sabe él la salida? —insistió Duncan, volviendo a mirar a Iveth.

—Cuando lo llevaron afuera, lo dejaron lo suficientemente consciente como para observar el camino —explicó ella—. Es nuestro mejor recurso si queremos salir vivos de aquí.

Duncan observó a Iveth por un momento, cautivado por su belleza, pero también notando la determinación en su voz. Su cabello rubio caía en suaves ondas sobre sus hombros y sus ojos verdes lo observaron con una mezcla de esperanza y firmeza.

—Tiene razón, Duncan. No podemos quedarnos aquí esperando que alguien nos rescate. Nuestro clan puede estar buscándonos, pero si no saben dónde estamos, nunca nos encontrarán —añadió Drostan.

Duncan asintió, aunque sabía que su condición física no era la mejor.

—De acuerdo... —aceptó finalmente—. Pero tendrás que liderar el plan por ahora, Drostan. No puedo pelear en este estado.

Drostan sonrió dándole una palmada en el hombro.

—No te preocupes, amigo. Nos sacaremos de aquí. Lo prometo.

Duncan asintió, con una leve sonrisa.

Luego de hablar con el hombre que conocía el camino hacia la salida, Drostan ya estaba preparado. Sería él el próximo en salir, y con el plan adecuado, acabar con los dos guardias sería relativamente sencillo.

Un rato más tarde, tal y como Drostan había previsto, un guardia abrió la puerta de la celda. Drostan, el más cercano por estrategia, fue seleccionado. Todo iba de acuerdo al plan. Duncan le hizo un leve asentimiento de cabeza, deseándole suerte. Una vez la puerta se cerró, solo quedaba esperar.

—Creo que es hora de quitarte eso —comunicó Iveth, acercándose a Duncan y señalando el vendaje que aún rodeaba su cabeza—. Si te duele, dímelo.

Duncan se acercó y ella se acercó aún más. Iveth empezó a retirar el vendaje con cuidado, mientras Duncan la miraba de cerca, observando sus labios de manera distraída.

—Listo —anunció ella suavemente. En cuanto cayó el vendaje, Duncan instintivamente llevó la mano a la zona afectada e hizo una mueca de dolor.

—Claramente no deberías haber hecho eso —reprendió Iveth, sonriendo levemente.

—No te preocupes, en unos días estaré como nuevo —respondió Duncan, devolviéndole la sonrisa, esta vez con un toque seductor—. ¿Tienes familia?

Iveth bajó un poco la mirada antes de responder.

—No. Mis padres murieron hace años por una fiebre terrible. Desde entonces, estoy sola.

—Entonces no tienes adónde ir cuando salgamos de aquí? —preguntó Duncan con curiosidad.

—No, ninguno de nosotros. Nuestro clan fue destruido, no sabemos si nuestro Laird sigue vivo o no.

—Podrías venir con nosotros, el clan Blair acogería a tu gente —sugirió Duncan—. Estarían a salvo.

—¿El clan Blair? —Iveth lo miró con interés—. He oído hablar mucho de tu clan, dicen que es uno de los más fuerte de las tierras altas, y también uno de los más apoyados por el rey.

Duncan hizo un gesto vago con la mano.

—No recuerdo mucho, así que no puedo confirmarlo.

—Cierto, disculpa —expresó ella, un poco apenada.

—Iveth... —la llamó una mujer desde el otro lado de la celda. Era del clan McPherson y tenía un niño a su lado. Iveth lanzó una última mirada a Duncan antes de acudir a la llamada.

Duncan la observó mientras se alejaba, fascinado por su presencia. Sin embargo, su visión fue interrumpida cuando uno de los prisioneros se acercó, colocándose justo delante de él.

—¿Qué quieres? —preguntó Duncan, notando algo extraño en la mirada del hombre.

—Solo un consejo... No deberías estar mirando a otras mujeres cuando tienes a una esperándote en casa —respondió el hombre con tono áspero.

Duncan frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Digo que, como hombre casado, no deberías estar entreteniéndote con otras mujeres.

Duncan lo miró incrédulo.

—¿Casado? —repitió, sin poder evitar sentir una mezcla de sorpresa y rechazo ante la idea—. No... eso no puede ser. ¿Cómo lo sabes?

—Tu mujer es del clan McAllen. Fui testigo de tu boda hace dos años. Incluso tienes una hija —relató el hombre con una sonrisa torcida.

Duncan sintió que el suelo se le movía bajo los pies. ¿Casado? ¿Una hija? ¿Por qué no un varón? No podía procesarlo.

—¿Una hija? —murmuró con incredulidad—. ¿Cómo...? ¿Cómo pasó eso?

El hombre sonrió con malicia, disfrutando de la confusión de Duncan.

—Bueno, ya sabes cómo es... Según los rumores, esa mujer te sedujo y después afirmó estar embarazada de ti. Y ya sabes cómo funcionan las cosas cuando eso pasa... tuviste que casarte.

Duncan se llevó ambas manos a la cabeza, intentando recordar algo, pero solo logró empeorar el dolor.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó, con un tono lleno de dudas.

—Completamente. Fui testigo de todo —respondió el hombre con frialdad.

—¿Quién eres? —preguntó Duncan, sintiéndose incómodo con la cercanía y el tono del hombre.

—Edzel —respondió con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. Edzel McAllen.

∞∞∞

Drostan había logrado escapar de la fortaleza sin ser visto, aunque no fue fácil. Tuvo que noquear a los dos guardias ingleses que lo habían sacado de la celda. La pelea fue dura, y estuvo a punto de perder, pero el descuido de uno de ellos le dio la ventaja. Sin embargo, ahora estaba solo, rodeado de pastizales interminables, y sabía que era cuestión de tiempo antes de que los ingleses se dieran cuenta de su ausencia o que los guardias caídos dieran la alarma. Volver no era una opción. Así que lo único que le quedaba por hacer era correr.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, se detuvo unos segundos, luego empezó a caminar hacia el bosque. Pero a ese ritmo llegaría en un mes al clan, necesitaba algo en lo que transportara.

Justo entonces, escuchó el sonido de los cascos acercándose a toda velocidad. Se alarmó, temiendo que los ingleses lo hubieran encontrado. Rápidamente, se escondió tras unos matorrales, agachándose mientras observaba de dónde venían los galopes.

—Ya estamos cerca —escuchó a alguien decir—, debemos llegar antes de que la noche caiga.

Drostan se asomó con cautela, y cuando vio a los hombres que se acercaban, dio gracias al cielo. Salió de su escondite y se presentó ante ellos.

—¡Drostan! —gritó Creed, desmontando rápidamente de su caballo para correr hacia él—. ¿Estás bien, amigo? —Drostan avanzó, y ambos se abrazaron brevemente—. ¿Sabes dónde están Duncan y los demás?

—Justo vengo de allí —respondió Drostan, y comenzó a explicar a Creed el plan que habían ideado para escapar, además de informar sobre el estado de Duncan.

—No puedo creerlo, ¿tres años de recuerdos perdidos? —Creed sacudió la cabeza, incrédulo.

—Así es. Esperamos que los recupere con el tiempo.

—Eso espero. Maisie estará aún más devastada cuando sepa que Duncan no la recuerda —expresó Creed, preocupado.

—¡Maldición! —exclamó Drostan, golpeando el suelo con su pie—. Con todo lo que ha pasado, ni siquiera tuve la oportunidad de hablarle a Duncan sobre Maisie y su hija, Beth.

—No te preocupes, le contaremos todo cuando lo rescatemos —lo tranquilizó Creed—. Lo importante ahora es sacarlos de esa fortaleza.

—Tienes razón.

—Dime, ¿cómo lograste escapar? Tal vez por ahí podamos entrar —sugirió Creed.

Drostan le explicó cómo había salido, detallando cada paso que había dado y cómo había logrado derribar a los guardias. Creed lo escuchó atentamente.

—Debemos tener cuidado —advirtió Drostan—. Es probable que hayan reforzado la vigilancia en esa puerta.

—¿Tienes idea de cuántos ingleses hay dentro? —preguntó Creed, observando al reducido

grupo de hombres que lo acompañaban.

—No lo sé con certeza, pero son muchos más que nosotros, eso seguro —respondió Drostan, mirando con preocupación a los diez o doce hombres que acompañaban a Creed.

Uno de los hombres del grupo, Ervin, levantó la mano para hablar.

—Tengo una idea —habló, y Creed le indicó que continuara.

—Es cierto que somos pocos, pero si lo hacemos en silencio, podemos reducir a muchos de ellos antes de que se den cuenta de nuestra presencia.

Drostan y Creed intercambiaron una mirada intrigada.

—¿Cómo lo haremos sin que se percaten de que estamos dentro? —preguntó Drostan.

—Primero, entramos por la misma puerta que Drostan usó para escapar. Luego, la mayoría de nosotros se dispersará por la fortaleza, buscando al capitán Crafton, que seguramente es quien está al mando. Teniéndolo a él neutralizado...

—El resto de los ingleses perderá su coordinación y control —concluyó Drostan, comprendiendo el plan—. Entonces, Creed y yo nos encargaremos de liberar a Duncan y los demás.

Ervin asintió, satisfecho de que su plan fuera aceptado.

—¡Muy bien! —asintió Creed, mirando a todos los hombres—. Seguid a Ervin. Y espero ver a todos de vuelta aquí, sanos y salvos.

Sin más, se pusieron en marcha, con la esperanza de que su estrategia silenciosa les diera la ventaja que tanto necesitaban.

Capítulo 27

Una vez todo estuvo planeado, el grupo avanzó hacia la fortaleza, guiados por Drostan. Al llegar a la entrada por donde él mismo había escapado, se detuvieron, ataron los caballos y empujaron la puerta con cuidado, asegurándose de que no hubiera guardias cerca. Caminaron por el pasillo donde Drostan había luchado con los ingleses, y fue un alivio ver a los dos soldados aún tendidos en el suelo, inconscientes.

—Por allí —señaló Drostan hacia uno de los pasillos—, es donde se encuentra la celda de Duncan y los otros. Y por allá —indicó hacia otro pasillo al otro lado— está la salida frontal y, probablemente, la habitación del capitán Crafton. Buena suerte.

Los hombres se separaron en dos grupos. Mientras algunos se dirigían hacia la habitación del capitán, Drostan y Creed iban hacia la celda de Duncan.

—Este lugar apesta —comentó Creed, frunciendo la nariz ante el hedor del lugar.

—¿Y me lo dices a mí? —replicó Drostan, con una sonrisa cansada—. Llevamos semanas soportando este olor nauseabundo.

—El clan está muy preocupado por ustedes. Maisie, en particular, está al borde del colapso. Quería venir personalmente a buscar a Duncan, pero todos la convencimos de quedarse con Beth —explicó Creed.

—Es mejor que no haya venido —comentó Drostan, su tono volviéndose más serio—. La situación de Duncan es complicada ahora mismo. Si Maisie lo viera en este estado, y él no la reconociera, sería devastador para ella. Por lo menos, ahora tendremos la oportunidad de hablarle, explicarle lo que ha pasado y tratar de ayudarlo a recuperar los recuerdos perdidos.

—Esperemos que se tome bien la noticia de que está casado y tiene una hija —Creed sonrió, pero con algo de preocupación en los ojos.

—Lo tendrá que aceptar, tarde o temprano —suspiró Drostan—. Estoy convencido de que cuando vea a Maisie y a Beth, su corazón recordará lo que su mente no puede. El vínculo entre ellos no se romperá tan fácilmente.

Llegaron a la celda, pero no habían previsto que estaría cerrada con un pesado candado.

—¡Mierda! —exclamó Drostan, frustrado—. Olvidé este pequeño detalle.

Creed observó la puerta de metal y la gruesa cadena que la aseguraba. Sabía que debían actuar rápido si querían liberar a los prisioneros antes de que los guardias los descubrieran.

—Necesitamos algo afilado y resistente para romper la cadena —comentó Creed, evaluando la situación.

—Lo sé, pero ¿dónde vamos a encontrarlo? —replicó Drostan, mirando a su alrededor.

—Espera aquí —indicó Creed, decidido.

—¿A dónde vas? —preguntó Drostan, frunciendo el ceño.

—Voy a buscar algo para abrir esta maldita puerta —respondió Creed, alejándose.

Drostan esperó pacientemente, aunque la ansiedad lo carcomía. No se movería de allí hasta que encontraran una solución. Unos minutos más tarde, Creed regresó con un hacha de doble filo en la mano y una sonrisa en el rostro.

—¿Dónde encontraste eso? —preguntó Drostan, sorprendido.

—A unas puertas más allá, justo donde están los dos guardias tirados. Hay una pequeña sala de forja con varias herramientas. Esta hacha me pareció la mejor opción para romper la cadena —explicó Creed, mostrando el arma.

—Bien, entonces, a romper esa puerta —expresó Drostan, apartándose mientras Creed comenzaba a golpear la cadena con fuerza. Tras varios golpes, finalmente la cadena cedió y el candado cayó al suelo con un fuerte sonido metálico.

Al abrir la puerta, encontraron a Duncan y los demás prisioneros esperándolos. Duncan sonrió al ver a Drostan, y este le devolvió la sonrisa.

—Nunca dudé de ti, amigo —expresó Duncan, caminando hacia Drostan. Se estrecharon las manos con fuerza y asintieron con complicidad.

—Eres como un hermano para mí, nunca te dejaría atrás —respondió Drostan, sonriendo con alivio.

—Es hora de irnos —informó Creed, interrumpiendo el momento. Duncan lo miró frunciendo el ceño, claramente sin recordarlo—. Me alegra verte bien, Duncan.

Duncan no respondió, solo lo observó con una expresión neutra. Creed, comprendiendo la situación, decidió no insistir. Sabía que Duncan no lo recordaba, pero no era el momento para presentaciones. Lo dejaría para más tarde, una vez estuvieran a salvo.

—¿Todos vendrán con nosotros? —preguntó Creed.

—Sí —respondió Duncan, sin dudar—. El clan Blair recibirá a todos.

Creed asintió, pero su atención fue capturada por algo que lo inquietó, Duncan estaba sujetando la mano de Iveth de una manera demasiado íntima. Creed frunció el ceño y miró a Drostan, quien también se dio cuenta de la extraña escena. Ambos intercambiaron una mirada cargada de preguntas.

Sin embargo, no era el momento de abordar ese tema. Tenían que concentrarse en la misión. Creed tomó posición al final del grupo, vigilando sus espaldas, mientras Drostan guiaba a todos hacia la salida. Entonces, algo más llamó la atención de Creed, entre los prisioneros, reconoció una cara familiar. Era Edzel.

—Pensé que una bala se había desviado hasta tu cabeza —alegó Creed.

Edzel le respondió con una sonrisa irónica.

—Qué mal por ti, pero qué suerte para mí. Al parecer, todavía hago falta en este mundo —comentó, con su típica sonrisa cínica.

Creed decidió ignorarlo. No valía la pena discutir con alguien como Edzel.

—Pobre Maisie, ¿no crees? —volvió a hablar Edzel, disfrutando de la situación—. Ahora su querido esposo ni la recuerda, y para colmo, parece que le gusta otra mujer, mucho más hermosa que ella.

—Cierra la boca, Edzel —siseó Creed, esforzándose por contener el impulso de partirle la cara.

—Solo digo la verdad. ¿Cómo crees que reaccionará Maisie cuando vea a Duncan llegar de la mano de otra mujer? —Edzel no podía ocultar su diversión—. ¿Imaginas que Duncan la destierre?

Creed sintió cómo su cuerpo se tensaba al escuchar aquello. Esa posibilidad le revolvía el estómago, pero no creía que fuera posible. Duncan amaba a Maisie, aunque ahora no lo recordara.

—Tú no mereces formar parte de nuestro clan. Si fuera por mí, te habría dejado pudrirte en esa celda.

Edzel solo sonrió con esa expresión burlona que lo caracterizaba, pero Creed no lo soportó más. Sin decir nada más, apretó el paso hasta alcanzar a Drostan.

Una vez fuera de la fortaleza, Creed guió al grupo hacia el punto de encuentro, donde esperarían al otro equipo. Drostan y Duncan se quedaron con los caballos, observando el horizonte en silencio. No tardarían en llegar, aún no se habían activado las alarmas.

—¿Quién era ese que venía contigo? —preguntó Duncan, rompiendo el silencio.

—Ese era Creed —respondió Drostan—. El esposo de tu hermana.

Duncan frunció el ceño, confundido.

—¿Kala se casó? Pensé que lo haría con Iver.

—Creed llegó junto a... —Drostan se detuvo. No sabía cómo explicar lo que había pasado sin abrumar más a Duncan, que ya lidiaba con la amnesia.

—A mi esposa —completó Duncan, notando la expresión preocupada de Drostan—. Ya me han informado de muchas cosas. Como, por ejemplo, que estoy casado con una mujer aprovechada y chantajista, y que tengo una hija... una hembra —remarcó con desdén—. Y para colmo, me han dicho que ese tal Creed era el amante de mi mujer. Y ahora descubro que está casado con mi hermana.

Drostan lo miró cada vez más incrédulo. Todo lo que salía de la boca de Duncan eran puras mentiras, tergiversaciones, y no podía entender quién le había llenado la cabeza de esas ideas.

—Duncan... —Drostan trató de mantener la calma—... ¿Quién te dijo todo eso?

—Eso lo resolveré en cuanto ponga un pie en el clan —gruñó Duncan, sin responder directamente la pregunta de Drostan.

Drostan estaba por corregirlo, pero en ese momento, el otro grupo de hombres llegó. Estaban agotados y algunos heridos, aunque nada grave. Se aseguraron de montar a los que necesitaban más atención, mientras el resto se preparaba para seguir.

El viaje de vuelta sería largo. No había suficientes caballos, y algunos tendrían que caminar. Pasarían por algún clan cercano al día siguiente para pedir ayuda o comprar lo necesario. Pero, por esa noche, tendrían que detenerse.

Los hombres encendieron una fogata y cazaron un jabalí en el camino. Mientras lo asaban, conversaban animadamente, contando cómo habían derrotado a los ingleses y escapado de la fortaleza. Duncan, sin embargo, se mantuvo apartado, con la mirada fija en Iveth, quien atendía las heridas de algunos guerreros y reía con las bromas de los hombres.

Drostan y Creed se sentaron a su lado, observando su actitud.

—Duncan, tenemos que hablar de Maisie, tu mujer —expresó Drostan con seriedad.

Duncan soltó un gruñido, claramente irritado.

—Maisie no es una chantajista ni una aprovechada —continuó Drostan.

—¿Quién te llenó la cabeza de esas mentiras? —intervino Creed, frunciendo el ceño.

—Tú no deberías hablar —respondió Duncan con dureza—. Esa mujer, la que dice ser mi esposa, me engañó para casarse conmigo. ¿Van a negar que con quien planeaba casarme era con su hermana?

Creed apretó los dientes, conteniendo su ira.

Edzel le había contado a Duncan una versión completamente distorsionada de los hechos. Le había hablado del plan de unir los clanes, de que debía elegir a una de las hermanas McAllen, y, hasta ahí, algo de verdad había. Duncan sí había elegido a Valoree inicialmente. Pero después, Edzel torció la historia, afirmando que Maisie había ideado un plan para seducirlo y luego obligarlo a casarse con ella, afirmando que así había nacido la niña.

—No, Duncan —intentó aclarar Drostan—. Es cierto que en un principio pensabas casarte con Valoree, pero tú...

—Es suficiente —lo interrumpió Duncan, endureciendo su mirada—. Lo que ocurrió después ya lo sé.

—¡Joder, Duncan! —Drostan se levantó, exasperado—. Maisie no es como te hicieron pensar, ella jamás...

—¡Basta! —gritó Duncan, con los ojos llenos de furia—. No quiero saber nada más de ella por ahora. Así que agradecería que no volvieran a nombrarla en mi presencia.

Drostan apretó los puños, frustrado. Creed miró la escena con el ceño fruncido, tenso y furioso. Sabía que cuanto más tiempo pasara Duncan creyendo esas mentiras, más difícil sería recuperar la verdad.

—Soy tu amigo, Duncan — insistió Drostan, con un tono firme pero dolido—. Al menos deberías creermme a mí, no a alguien que solo te ha contado una versión retorcida de lo que realmente sucedió. Yo estuve allí. Fui testigo de todo. Elegiste a Maisie porque la amas, no porque te hubiera engañado.

Duncan lo miró por un instante, pero luego apartó la vista. Su confusión y el peso de lo que Edzel le había dicho lo tenían atrapado en una maraña de pensamientos que no podía desenredar. Sacudió la cabeza, como si quisiera sacudirse también los recuerdos y las dudas que lo atormentaban.

Drostan suspiró, sabía que sería difícil hacerle entender. Pero no podía rendirse. Tenían que recuperar a Duncan, y eso solo sucedería si él mismo enfrentaba la verdad.

—Escucha, cuando llegemos al clan, verás con tus propios ojos. Verás a Maisie, y cuando la mires a los ojos, sabrás que todo lo que te han dicho es mentira —aseguró Drostan con firmeza—. Confía en nosotros, por favor.

Duncan no respondió de inmediato. Las palabras de Drostan se clavaron en su mente, pero aún sentía la confusión rondando en su cabeza. Había perdido tres años de su vida, y ahora todo era un caos.

Finalmente, asintió con lentitud.

—De acuerdo —aceptó, aunque su tono seguía distante—. Veremos qué ocurre cuando regrese. Pero Creed y Drostan sabían que, en el fondo, algo en Duncan comenzaba a cambiar.

Duncan se le levantó y se alejó de ellos.

Drostan lo vio marcharse, frustrado, pero decidió no seguirlo. No servía de nada presionarlo más en ese momento. Creed y él compartieron una mirada de preocupación. Sabían que la única esperanza que les quedaba era el reencuentro entre Duncan y Maisie. Confiaban en que, aunque Duncan no recordara nada, el amor que había entre ellos lo haría despertar un poco.

—Lo recordará —aseguró Creed, como si intentara convencerse a sí mismo.

—Tiene que hacerlo —respondió Drostan, aunque sus ojos revelaban la preocupación que lo carcomía por dentro.

Capítulo 28

El viaje estaba durando más de lo previsto. Ya habían pasado más de cinco días y aún se encontraban lejos del Clan Blair. Duncan seguía negándose a hablar con Drostan y Creed sobre Maisie y su hija, pasando casi todo el tiempo junto a Iveth.

—El clan McLean no debe estar muy lejos —comentó Drostan, mirando a su alrededor. Duncan solo lo miró de reojo y asintió, sin mucho interés.

—Es el clan más cercano al que podemos acudir. Necesitamos conseguir más caballos y comer algo decente —añadió Creed, vigilando el cansancio en los rostros de los hombres.

—Entonces, andando —ordenó Duncan, adelantándose sin más, dejando a Drostan y Creed detrás.

—No lo reconozco —murmuró Drostan, con frustración—. Entiendo que haya perdido recuerdos, pero el Duncan que conozco no se comportaría así conmigo. Soy su mejor amigo.

—Tienes que tener más paciencia —respondió Creed—. No olvides que también hemos perdido a Donell. Duncan y él eran inseparables.

—Lo sé —susurró Drostan, con un nudo en la garganta—. Donell era mi amigo también... y tuve que verlo morir.

El dolor en sus palabras era palpable. El recuerdo de Donell, el primo de Duncan, aún lo atormentaba. Los ingleses lo habían matado brutalmente durante su captura, y aunque habían luchado, no pudieron salvarlo.

Horas más tarde llegaron al clan McLean. Duncan y Drostan hablaron con el Laird, mientras Creed supervisaba al grupo. Edmund, el Laird del clan McLean, los acogió con generosidad apenas Duncan se presentó. Les ofreció comida, refugio y prometió algunos caballos para que pudieran continuar el viaje.

Esa noche, Edmund organizó una pequeña celebración en honor a Duncan. Sabía bien que era uno de los líderes más respetados en la lucha por la independencia de Escocia.

—Los ingleses deben abandonar nuestras tierras cuanto antes —habló Edmund, alzando su copa de whisky con determinación.

—No te quepa duda, no van a durar mucho más en las tierras altas —replicó Duncan, su rostro serio y distante. La frustración por su pérdida de memoria lo carcomía por dentro. Sabía que en algún momento había tenido un plan claro para terminar la guerra, pero ahora todo era un vacío.

—Escuché que te casaste hace un tiempo —mencionó el Laird, sonriendo—. Lamento no haberte felicitado antes, pero nuestros clanes están algo distantes. Dicen que fue una magnífica ceremonia.

Duncan le devolvió una sonrisa irónica. Ya había escuchado suficientes comentarios sobre su matrimonio.

—Fue un matrimonio político —respondió Duncan, sin emoción—. Necesitábamos más

hombres para la guerra, y el clan McAllen era lo suficientemente fuerte como para ser un buen aliado. No había otra opción.

—Ah, ya veo. Aunque muchas veces, un matrimonio político puede sorprenderte. Cuando Vika y yo nos casamos, todo comenzó por conveniencia, pero con el tiempo nos enamoramos. Ahora tenemos cuatro hijos y casi quince años juntos —expresó Edmund con una sonrisa llena de orgullo.

—Me alegro por ti, pero dudo que mi matrimonio sea como el tuyo —replicó Duncan, notando cómo la rabia se encendía en su interior. Para evitar seguir con el tema, desvió la mirada, encontrándose con los ojos de Iveth, que le sonrió desde el otro extremo del salón. Él le devolvió la sonrisa, sintiendo algo de alivio.

—Ahora entiendo por qué lo dices —comentó Edmund, observando la conexión entre Duncan e Iveth—. Es hermosa.

—Claro que lo es.

—Sin embargo, no estoy de acuerdo con lo que haces —añadió Edmund, bajando un poco la voz—. Engañar a tu esposa de esta forma no es...

—¿Engañar a mi esposa? —la pregunta de Duncan, cargada de frialdad, hizo que el Laird captara el mensaje. Edmund frunció el ceño, percibiendo que había más en esa historia de lo que parecía, pero decidió no presionar.

Mientras tanto, Drostan y Creed observaron desde la distancia. Ambos compartían la misma preocupación.

—Conozco a Maisie, y sé que no se derrumbará ante los comentarios poco atractivos e indiferencia de Duncan —comenzó Creed, mirando a su amigo.

—¿Estás seguro? Todos sabemos el amor que Maisie siente por Duncan, esto no será fácil para ella.

—También lo sé, pero estaremos ahí para ella, todo el clan la quiere, y cuando Duncan se dé cuenta de que Maisie no es como el malnacido de Edzel le hizo creer, se arrepentirá de todo lo que dijo.

—Lo sé, pero si Duncan sigue con esta actitud, no sé cómo reaccionará Maisie. No es una mujer que perdone fácilmente —mencionó Drostan, con los ojos fijos en Duncan e Iveth, que conversaban con demasiada intimidad—. Y si se entera de lo que está pasando con Iveth...

—Duncan ama a Maisie —interrumpió Creed—. Estoy seguro de que algo cambiará cuando la vea.

—Por el bien de ambos, espero que tengas razón.

A la mañana siguiente, se despidieron del Laird McLean, agradeciéndole por la hospitalidad. El Laird les había donado diez caballos y suficientes alimentos para el viaje, lo que les permitiría llegar más rápidamente al clan Blair.

Duncan llevaba a Iveth en su caballo. Durante todo el viaje, habían estado muy juntos, compartiendo casi cada momento. Iveth sabía que Duncan estaba casado, pues Drostan se había encargado de ponerla al tanto, pero eso no la había disuadido. De hecho, se había apresurado a buscar a Duncan exigiendo saber la verdad. Duncan solo le dijo que su matrimonio había sido

por conveniencia y que no amaba a su esposa.

Iveth, con esa respuesta, se sintió confiada. A pesar de la situación, estaba convencida de que podía ganarse el corazón de Duncan, porque según él mismo, la mujer que tenía el título de esposa no sería una rival digna para ella.



Mientras tanto, en el clan Blair, todo estaba revuelto. La primera razón era la preocupación por Duncan y los guerreros que aún no regresaban, y la segunda, los rumores crecientes de que los ingleses habían sido vistos rondando cerca del clan. Maisie, aunque se mantenía fuerte, estaba angustiada por ambas situaciones. No solo Duncan seguía desaparecido, sino que Creed tampoco había vuelto, lo que la mantenía en vilo.

Para empeorar las cosas, la falta de hombres en el clan los había dejado prácticamente indefensos. Sin embargo, Maisie no iba a quedarse de brazos cruzados esperando a ser atacada. Estaba decidida a adelantarse a los ingleses.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Maisie? —preguntó Kala con preocupación.

—Le digo que es una locura ir a enfrentar a los ingleses —intervino Valoree, que tenía a la pequeña Beth en brazos.

—Estoy haciendo lo mejor para el clan —respondió Maisie con firmeza—. No puedo permitir que lleguen hasta aquí. Si los enfrentamos antes, sabrán que estamos preparados. Esta guerra se lucha en el campo de batalla, no dentro de nuestras murallas.

Maisie se había vestido para la ocasión. Llevaba consigo su arco y flechas, además de una espada atada a la cintura y dos dagas ocultas en sus botas. Su porte no dejaba dudas de que, aunque era la esposa del Laird, estaba preparada para proteger su hogar con sus propias manos.

—¿Los hombres están listos? —preguntó Maisie, mirando a Valoree, quien había ayudado a reclutar a más de diez hombres del clan para acompañarla.

—Sí, ya están preparados —asintió Valoree.

—Perfecto. Volveré antes de que caiga la noche. Si no es así, es que algo salió mal —advirtió Maisie con una sonrisa valiente.

—Maisie... — intentó decir algo Kala, preocupada por la peligrosidad de la misión.

—Tranquila, trataré de ser educada con los ingleses —respondió Maisie con una sonrisa socarrona, intentando aligerar el momento.

Antes de marcharse, Maisie tomó a su hija en brazos, besándola en la frente.

—Mamá y papá regresarán pronto, mi amor —le susurró a Beth, quien la miró con sus grandes ojos, sin entender el peligro que su madre enfrentaría.

Luego, entregó a la pequeña a Valoree y les dedicó una última sonrisa.

—Debería acompañarte —insistió Kala, claramente preocupada.

—Ni hablar —respondió Maisie con firmeza—. Ya lo hablamos, te quedas aquí. Alguien debe estar presente cuando Creed y Duncan regresen.

Kala, resignada, asintió, sabiendo que Maisie tenía razón.

Una vez todo estuvo listo, el grupo de Maisie partió rumbo al este, hacia la zona donde supuestamente se encontraban los ingleses. No era un recorrido largo, con un poco de suerte, podrían estar de vuelta para la cena.

El trayecto transcurrió tranquilo, las tierras del clan Blair estaban en completa calma, lo que hizo que Maisie comenzara a pensar que tal vez los rumores sobre los ingleses eran solo eso: rumores.

—¿Cree que los ingleses realmente estén por aquí, Maisie? —preguntó uno de los hombres que la acompañaba, rompiendo el silencio.

—No lo sé —respondió Maisie, mirando el horizonte—. Es posible que solo sean rumores, pero es mejor asegurarnos.

—Tiene razón —asintió el hombre, satisfecho con su respuesta.

—Llevemos los caballos a refrescarse antes de regresar —ordenó Maisie, sintiendo que el peligro no era inminente.

Tomaron la ruta hacia el río más cercano, donde los caballos podrían beber agua y ellos descansar un poco antes de volver al clan. Sin embargo, al llegar al río, se toparon con algo inesperado. Había varios hombres dentro del agua, aparentemente disfrutando de un baño.

Maisie frunció el ceño al verlos y, en un primer momento, una sonrisa divertida cruzó su rostro, pero esa sonrisa se desvaneció al notar algo que le heló la sangre. En la orilla, tirados descuidadamente, estaban los uniformes de los hombres... y todos llevaban la insignia inglesa.

Maisie notó la intención de sus hombres de sacar sus espadas y atacar, pero los detuvo con un gesto firme de su mano.

—¡Caballeros! —les habló en inglés, con un marcado acento escocés, lo suficientemente alto para que los pocos hombres que disfrutaban del agua la escucharan.

Al oír su voz, los ingleses guardaron silencio y todos dirigieron su atención hacia ella. Maisie se dio cuenta de que los hombres estaban completamente desnudos, pues tenían el torso descubierto y el resto de su ropa esparcida en la orilla.

—Milady —habló uno de los ingleses con tono socarrón—, ¿necesita algo?

—De hecho, sí —respondió Maisie, manteniendo la calma a pesar de sus deseos de echarlos de sus tierras a patadas.

—Usted dirá.

—Como sabrán, están en territorio del clan Blair —comenzó a decir pausadamente, sin bajarse de su yegua—, y no permitimos forasteros en nuestras tierras. Les agradecería que las abandonen cuanto antes.

—No sabíamos que este río pertenecía al clan Blair —interrumpió el mismo inglés con una sonrisa burlona—. No veo ninguna proclama que lo diga.

Los demás ingleses rieron ante su comentario, lo que hizo hervir la sangre de Maisie. Manteniendo su compostura, replicó con un tono más serio y cortante.

—No quiero ser grosera con alguien como ustedes —habló, dejando que su voz tomara un matiz frío—, pero mucho menos quiero iniciar una disputa innecesaria.

—¿Una disputa, dice? —el inglés volvió a reír, esta vez con más descaro—. Primero, quiero

saber el nombre de la mujer que me desafía.

—Maisie Blair, esposa del Laird del clan Blair e hija del Laird del clan McAllen —respondió ella con la barbilla en alto, su voz firme y llena de orgullo.

—Vaya, vaya. La mujer de Duncan Blair —expresó el inglés, sin perder la sonrisa en su rostro mientras se acercaba a la orilla. Maisie desvió la mirada al darse cuenta de que el hombre estaba completamente desnudo, pero eso no pareció importarle en lo más mínimo. El capitán avanzó despreocupado hacia ella, su cuerpo goteando, mostrando una confianza irritante—. Una auténtica pelirroja. Me gusta.

Maisie lo miró a los ojos, aguantando las ganas de devolverle una respuesta mordaz. Su paciencia se agotaba, pero no permitiría que un inglés la provocara tan fácilmente.

—Para ser un inglés, no parece muy educado —le dijo con tono sarcástico—. Luego dicen que nosotros somos los salvajes.

—Mil disculpas, tiene razón, milady —replicó él, con una leve inclinación de cabeza que no podía ser menos sincera—. Permítame presentarme. Soy el capitán Brad Stone, de la armada inglesa.

—Si espera que le responda con un «*mucho gusto*», lamento desilusionarlo —replicó Maisie, manteniendo la mirada fija en él. El capitán Stone solo sonrió ante sus palabras—. ¿Podría hacerme el favor de vestirse, capitán?

—¿Le molesta mi desnudez, milady?

—En absoluto —respondió Maisie con una sonrisa gélida—, pero temo que su frágil cuerpo inglés no soportaría las temperaturas de Escocia.

Los hombres, tanto los ingleses como los que acompañaban a Maisie, soltaron carcajadas ante su comentario. Stone la miró con una expresión evaluadora, y aunque su sonrisa seguía presente, sus ojos mostraron un destello de admiración.

Maisie tuvo que admitir, aunque solo para sí misma, que el cuerpo del capitán no era para nada débil. De hecho, su musculatura era robusta, su piel bronceada brillaba con las gotas de agua que caían por su torso, y aunque no quería admitirlo, había tenido que desviar la mirada más de una vez para no fijarse en... bueno, en ciertas partes de su anatomía. Con su cabello rubio y ojos verdes, el capitán poseía una belleza innegable. Sin embargo, eso no le importaba en lo más mínimo.

—Oh, no se preocupe por mí, milady —respondió Stone, vistiéndose lentamente—. Estoy perfectamente bien.

—Como prefiera —expresó ella con impaciencia—. Pero insisto en que deben abandonar las tierras del clan Blair, ya sea vestidos o desnudos.

—No tengo intenciones de pelear, y mucho menos con una mujer tan hermosa como usted. Terminaremos nuestro baño y nos marcharemos. Solo estábamos de paso, no le veo ningún mal.

—Pero la gente de mi clan no tiene tanta paciencia como yo. Y preferiría evitar malentendidos —replicó Maisie, manteniendo su tono firme.

—Entiendo su preocupación, dadas las circunstancias —habló el capitán mientras se abotonaba la camisa.

—Gracias —respondió Maisie con sequedad.

Los otros ingleses también salieron del agua y se vistieron rápidamente. El capitán Stone se acercó nuevamente a Maisie, ahora completamente vestido. Ella ya había bajado de su yegua y lo miraba con los brazos cruzados.

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver, milady —aseguró Stone con una sonrisa provocadora.

—Yo no estaría tan seguro de eso, capitán —respondió ella con la misma frialdad.

Él la observó por un momento más, su sonrisa nunca desapareciendo, antes de montar su caballo junto a sus hombres. Maisie los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en la distancia, satisfecha de haber logrado que se marcharan sin un enfrentamiento.

—Bueno, es hora de volver —ordenó Maisie, soltando un suspiro de alivio.

Había logrado mantener la calma en una situación que fácilmente podría haberse salido de control. Pero mientras montaba su yegua para regresar al castillo, no pudo evitar preguntarse si realmente volvería a ver al capitán Stone, y si la próxima vez las cosas serían tan pacíficas.

Capítulo 29

Duncan y los demás habían llegado finalmente al clan Blair. Fueron recibidos con alegría, especialmente al ver a Duncan y Drostan de vuelta sanos y salvos. Douglas, el padre de Duncan, estaba profundamente agradecido con Creed y Drostan por haber salvado a su hijo, aunque la noticia de que Duncan había perdido tres años de recuerdos lo llenó de preocupación. La cálida bienvenida también se extendió a los pocos del clan McPherson que habían llegado con ellos, especialmente a Iveth, la curandera, cuyo conocimiento era valioso para el clan.

Duncan no había preguntado por Maisie ni por su hija, lo que desconcertaba y preocupaba a Douglas. Decidió no presionar, sabiendo que su hijo necesitaba tiempo. Solo deseaba confirmar que Duncan estaba bien, aunque el dolor de la pérdida de Donell, su sobrino, aún pesaba sobre él.

—Papá, quiero presentarte a Iveth —habló Duncan, mientras señalaba a la mujer a su lado. Douglas dirigió su mirada hacia ella, estudiándola brevemente.

—Gracias por recibirnos en su clan, milord —agradeció Iveth con una sonrisa educada, haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

Douglas le devolvió un leve asentimiento, sin decir mucho, y luego volvió la vista a su hijo.

—Tu hermana no tarda en bajar, Duncan —le informó—. Ha estado muy preocupada por ti y por Creed.

—Bien —respondió Duncan, aunque su mirada seguía recorriendo el lugar, como si buscara a alguien—. Después quiero hablar contigo, papá, cuando todo esté más calmado.

—Por supuesto —asintió Douglas—. Aunque sé que no recuerdas mucho, me gustaría escuchar lo que viviste cuando estabas en manos de esos malditos ingleses.

Duncan no respondió de inmediato, pues algo más llamó su atención. Mas adelante, notó una pequeña conmoción, varios hombres y una mujer acababan de llegar a caballo. Instintivamente, sus ojos se centraron en la figura de la pelirroja que bajaba de su montura, riendo con los hombres que la acompañaban. Su cabello estaba ligeramente alborotado, las mejillas encendidas por el esfuerzo, y llevaba un arco colgado a la espalda y una espada en la mano. A pesar de su apariencia algo desaliñada, había una fuerza y una belleza indiscutible en ella. Una verdadera guerrera. Duncan sintió cómo su corazón comenzó a latir más rápido, lo que lo irritó. Esa sensación lo incomodaba profundamente.

Ella debía ser su esposa. Estaba seguro.

—Ese Capitán Stone es un verdadero idiota —comentó Maisie a los hombres que la rodeaban, su voz llena de energía—. ¿Vieron su cara cuando le dije que su cuerpo era débil?

Soltó una carcajada y los hombres rieron con ella.

—Fue algo digno de ver —comentó uno de ellos, sonriendo.

—Pensé que los ingleses eran más... —sus palabras se desvanecieron cuando sus ojos se cruzaron con los de Duncan. Todo su ser se paralizó. Su corazón comenzó a latir de una manera

frenética, pero esta vez de pura alegría—. Duncan...

Soltó la espada que llevaba en la mano y el arco de su espalda, y echó a correr hacia él. Había estado esperando ese momento, ansiando tenerlo entre sus brazos de nuevo. Cuando finalmente llegó hasta él, lo abrazó con todas sus fuerzas, pero pronto se dio cuenta de que no recibió el mismo calor en respuesta. Al separarse lo miró directamente a los ojos, buscando la familiar chispa de amor y calidez que siempre había estado ahí. Sin embargo, lo que encontró fue una mirada fría, distante... casi como si estuviera frente a un extraño.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Su mente se llenó de preguntas: ¿Qué había pasado con su Duncan? ¿Por qué la miraba de esa manera? Y entonces, como un golpe, notó a la mujer que estaba a su lado, observándolos. ¿Quién era ella?

La felicidad que había sentido se desvaneció en un instante, reemplazada por una sensación de vacío y confusión. Maisie se alejó un poco, dando un paso atrás, sin saber qué decir o cómo reaccionar ante aquella mirada tan fría, tan... extraña.

—¿Qué pasa, Duncan? —preguntó Maisie frunciendo el ceño—. ¿Estás bien?

Duncan no apartó la mirada de ella, observando cada rasgo de su rostro, intentando recordar algo, cualquier cosa. Pero lo único que sentía era su corazón latir frenéticamente y su piel arder, clamando por sentir nuevamente el roce de su piel.

No había respondido a su abrazo, y ahora no sabía qué hacer. ¿Debía creer lo que Edzel le había dicho sobre la mujer que tenía frente a él?

—Duncan, respóndeme —insistió Maisie, con un tono lleno de preocupación—. ¿Qué te pasa?

Duncan sintió el peso de sus palabras. Su tono, esa mirada...

Debo creerle o no? —pensó, luchando contra la confusión.

—Estoy perfectamente —respondió por fin, su voz cortante y seria. Tanto, que hizo que Maisie retrocediera un par de pasos más, mirándolo con cautela—. Y veo que tú también lo estás.

—¿Qué? —preguntó ella, incrédula, su ceño fruncido en una expresión de desconcierto. Lo observó con una furia que comenzaba a crecer. ¿Esto era una broma? Si lo era, ya estaba harta.

—Duncan, si estás jugando, mejor déjalo. He estado desesperada todos estos días, preocupada por ti, y ahora vengo de echar a unos tontos ingleses de nuestras tierras y...

—¿Nuestras tierras? —Duncan la interrumpió, su tono era brusco y desafiante—. Este es mi clan.

Las palabras cayeron como un mazazo. La sorpresa llenó el ambiente, y los pocos que habían escuchado la conversación miraron a Duncan con incredulidad. Nadie se atrevía a intervenir, pero la tensión en el aire era palpable.

—¿Qué dijiste? —Maisie lo miró, furiosa. Estaba a punto de estallar. Si no estuviera tan confusa, probablemente ya le habría dado un buen golpe en la cabeza a Duncan para hacerlo entrar en razón.

—¡Maisie! —intervino Creed, junto a Drostan, acercándose rápidamente—. Tenemos que hablar.

—Drostan, me alegra verte bien. Muy al contrario de mi esposo —respondió Maisie, lanzando una mirada furiosa hacia Duncan—. Porque parece que le han cambiado lo que tiene dentro de la

cabeza.

Drostan y Creed se miraron con seriedad. Sabían que si no aclaraban la situación rápidamente, el conflicto entre Duncan y Maisie empeoraría.

—Precisamente de eso queremos hablar —añadió Creed—. Te explicaremos lo que está pasando.

Maisie respiró profundamente, aceptando la conversación, aunque no apartó la mirada de Duncan. Había algo extraño, algo que no encajaba, y su instinto le decía que había más detrás de esa frialdad. De vez en cuando, su mirada se deslizaba hacia la mujer que estaba junto a Duncan. ¿Quién era? No lo había preguntado aún, intentando mantener la compostura, pero la duda la carcomía.

Justo en ese momento, Valoree llegó con Beth en brazos, y cuando la niña vio a Duncan, no dudó e hizo que Valoree la dejara en el suelo para luego correr hacia él.

—¡Pa... pá! —intentó decir la pequeña, su voccita infantil resonando mientras llegaba a los pies de Duncan.

Duncan la miró, escuchando el dulce llamado. «*Papá*». Era su hija. La belleza de la niña lo desarmó por completo, y por un momento quiso alzarla, sostenerla entre sus brazos, verla de cerca, conocerla. Pero antes de que pudiera reaccionar, Maisie la levantó, alejándola de él con una firmeza que dejaba claro que algo había cambiado.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente, Duncan —expresó Maisie con un tono helado, mientras su furia se hacía evidente—. Y esto que le has hecho a tu hija no te lo voy a perdonar.

Sin esperar respuesta, Maisie le dio la espalda y comenzó a alejarse con Beth en brazos. Drostan y Creed la siguieron rápidamente; tenían que aclarar todo antes de que la situación se desbordara aún más.

Una vez que llegaron a un lugar más apartado del resto, Maisie se giró bruscamente hacia ellos, su mirada reflejaba una mezcla de rabia, dolor y desesperación.

—Ahora me van a decir qué está pasando con Duncan —exigió—. ¿Por qué actuó tan extraño? ¿Por qué fue tan frío conmigo... y con Beth? ¿Qué diablos le ha pasado?

—Maisie —comenzó Creed—, lo que ha pasado tiene una explicación, aunque no apoyo su comportamiento, hay que entenderlo, al menos en parte.

—Explicate bien, Creed, porque no estoy entendiendo nada —respondió Maisie, su paciencia agotándose.

—Cuando Duncan fue atacado por los ingleses, sufrió un golpe muy fuerte en la cabeza. Estuvo inconsciente más de dos semanas, y cuando finalmente despertó, descubrimos que no recordaba nada de lo sucedido en los últimos tres años —explicó Drostan, dejando a Maisie completamente conmocionada.

—¿Me estás diciendo que Duncan no me recuerda? ¿Que no recuerda a su hija? —preguntó Maisie con la mirada perdida, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

Todo comenzaba a tener sentido, el comportamiento frío y distante de Duncan, su mirada vacía cuando la vio, la falta de afecto cuando ella solo quería abrazarlo y sentir que todo estaba bien. Él no recordaba nada.

Entonces, la imagen de la mujer que estaba junto a él volvió a aparecer en su mente. Maisie no quería pensar lo peor ni saltar a conclusiones, pero la duda la carcomía.

—¿Y quién es esa mujer? —preguntó con tono serio—. La que estaba al lado de Duncan.

Creed y Drostan intercambiaron miradas antes de que Drostan respondiera.

—Iveth. Estaba con nosotros en la celda de la fortaleza. Cuidó de Duncan mientras estuvo inconsciente, y en agradecimiento, Duncan los invitó al clan. Su propio clan fue atacado y no tenían adónde ir.

—Entiendo... —Maisie respiró hondo—. Lo que no entiendo es por qué estaba tan cerca de él, como si... —Se detuvo, sus pensamientos y emociones enredándose... Como si...

No podía terminar la frase. No quería decirlo en voz alta, pero algo en su interior le decía que debía luchar. Duncan no la recordaba, sí, pero ella lo había conquistado una vez. Podría hacerlo de nuevo, ¿no? Sabía que su amor no podía haberse desvanecido completamente, aunque sus recuerdos lo hubieran hecho. Duncan la amaba, y en lo más profundo, debía sentirlo todavía.

—¿Qué piensas hacer, Maisie? —preguntó Creed, expectante.

—Voy a recuperar a mi esposo —respondió ella con determinación. No importaba lo que pasara, no iba a dejar que Duncan se apartara de ella.

Mientras tanto, Duncan no podía dejar de pensar en Maisie, la pelirroja que acababa de ver. Su mirada, el fuego en sus ojos, su presencia... Todo lo enloquecía, aunque su mente estuviera llena de confusión. ¿Cómo no caer bajo su hechizo? Pero entonces, recordó lo que Edzel le había contado.

—Seguro así fue como me sedujo —pensó en voz alta, con cierta amargura—. Y cómo no caer, si es realmente preciosa.

—Desde luego que lo es —respondió Edzel, acercándose con esa sonrisa cínica que Duncan comenzaba a detestar—. Te lo advertí. Maisie es seductora, cualquier hombre podría caer en ese abismo. Y muchos ya lo han hecho.

—¿Qué? —Duncan frunció el ceño, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No lo recuerdas, pero solían discutir mucho por eso. Ella se lanzaba a los brazos de otros hombres. Cuando estábamos en el clan McAllen, fui una de sus víctimas. Me enamoré de ella y hasta le pedí a su padre que dejara casarme con ella, pero Maisie rompió nuestro compromiso para seducirte a ti.

Demasiada información de golpe. Duncan sintió que la cabeza le dolía intentando procesar todo aquello.

¿Era todo cierto? ¿Era posible que Maisie, su esposa, lo hubiera engañado así? El dolor de cabeza aumentó con cada pensamiento, con cada palabra de Edzel.

—Debo hablar con Maisie —expresó Duncan, alejándose bruscamente de Edzel. Necesitaba aclarar las cosas de una vez por todas. Si Maisie lo había engañado, si realmente lo había manipulado para casarse con él, debía ponerle fin. No volvería a caer en sus juegos. Esta vez, resistiría la tentación y sería firme.

La doblegaría, la haría respetarlo como su esposo y Laird. Por mucho que su cuerpo deseara lo contrario, no permitiría que ella lo controlara.

Edzel sonrió, viéndolo alejarse con satisfacción. Todo estaba saliendo tal como lo había planeado. Con el tiempo, Maisie sería suya, como siempre debió ser. Duncan pagaría por habérsela arrebatado tan fácilmente.

Capítulo 30

Maisie seguía buscando a Duncan por todo el castillo, su enfado aumentaba con cada paso que daba sin encontrarlo. ¿Dónde diablos se había metido? La frustración la carcomía por dentro.

—Si estás mínimamente cerca de esa Iveth, Duncan, no sabes lo que te espera —susurró entre dientes mientras bajaba rápidamente las escaleras de piedra.

—¡Milady! —gritó una de las mujeres que trabajaban en el castillo, haciendo que Maisie se detuviera de golpe—. El Laird, su esposo, quiere verla en el lago cercano.

—Gracias —respondió Maisie con una sonrisa forzada, ocultando su agitación.

Sin perder un segundo, corrió hacia el lago, su corazón latiendo rápidamente, ya no sabía si era de rabia o ansiedad. Al llegar, vio a Duncan, de espaldas a ella, con el torso desnudo, observando cómo el agua fluía lentamente. El aire fresco de la tarde rozaba su piel, pero él no parecía notarlo. Maisie se acercó con sigilo, apoyando suavemente su mano en la espalda fuerte y ancha de su esposo. Sintió cómo él se tensaba al principio, pero a medida que su mano subía hacia su cuello, notó cómo los músculos de Duncan se relajaban.

Él cerró los ojos, su respiración pesada ante el toque suave de Maisie. Su cuerpo la reconocía, incluso si su mente no lo hacía.

—Duncan... —murmuró ella, con un gemido entre sus labios.

Eso fue suficiente para que Duncan se diera la vuelta rápidamente, tomara su cintura con fuerza y la acercara a su cuerpo. Sus ojos se encontraron, y por un instante, todo lo que había escuchado de Edzel se esfumó. ¿Cómo podía ella ser todo lo que le habían dicho? Sus labios, rojos e irresistibles, parecían llamarlo, incitándolo a ceder, a probarlos. Su cuerpo clamaba por ella, por sentirla.

Pero entonces, la razón, o lo que creía que era la razón, lo frenó. No, no caería tan fácil esta vez. Duncan apartó su rostro de los labios de Maisie y se alejó abruptamente, luchando por contener el deseo que lo consumía.

—Duncan, sé que no me recuerdas —empezó Maisie, con la voz temblorosa—, pero puedo ayudarte a recordar... Podemos hacer esto juntos, por nosotros, por nuestra hija...

—¿Para qué? ¿Para caer en tus redes otra vez y ser el idiota en que me convertiste una vez? No, gracias —respondió él, frío como el hielo.

—¿Qué? ¡Duncan, no es así! —replicó Maisie, incrédula, y con la voz cargada de dolor.

—Ya sé cómo terminamos casados —interrumpió él, sus palabras llenas de veneno—. Con tus malditos juegos de seducción, lanzándote a cualquier hombre que se te cruzara por delante.

La bofetada de Maisie resonó en el aire antes de que Duncan pudiera decir otra palabra, su rostro giró bruscamente hacia un lado. El silencio que siguió fue ensordecedor.

—El hecho de que no recuerdes nuestra historia no te da derecho a insultarme así, Duncan Blair —escupió Maisie, su rabia contenida explotando—. Y que quede claro, que sea la última vez

que...

Pero no pudo terminar. Duncan la tomó por el cuello, su agarre no era tan fuerte como para hacerle daño, pero suficiente para mostrarle que él estaba al mando ahora.

—Que sea la última vez que me tocas de esa manera —gruñó, acercando su rostro al de ella—. No voy a ser el mismo Duncan que seguramente caía en tus encantos. Esta vez tú serás quien me obedezca y me respete. Este es mi clan, y tú solo eres mi esposa, nada más. A partir de ahora, vivirás bajo mis condiciones. ¿Está claro?

Los ojos de Maisie se llenaron de furia. Se soltó de su agarre, empujando su brazo con fuerza. No permitiría que la intimidara.

—¡Suéltame, maldito imbécil! —gritó ella—. No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. ¿Este es tu clan? ¡Pues te lo puedes meter donde mejor te quepa! Yo me largo de aquí.

Maisie dio media vuelta para marcharse, pero Duncan la agarró del brazo, tirando de ella hasta pegarla contra su pecho nuevamente.

—Soy tu esposo, y no vas a ninguna parte —sentenció él con firmeza. Sin pensarlo dos veces, la tomó por la nuca y la besó con una mezcla de pasión y rabia.

Maisie intentó resistirse, pero su cuerpo reaccionó de otra manera. Maldito Duncan, siempre sabía cómo derribar sus barreras, y aunque quisiera pegarle otro bofetón, su cuerpo la traicionó. Los labios de Duncan eran firmes y exigentes, y aunque lo odiaba en ese momento, no podía evitar perderse en él.

Había extrañado sus labios, ansiaba ese contacto todo el tiempo. Duncan la besaba como solía hacerlo, con pasión, con hambre, como si quisiera devorarla. Sentía el deseo de él, y le costaba no ceder. Pero Maisie estaba furiosa. No iba a pasar por alto su comportamiento, mucho menos que la hubiera tomado del cuello, aunque no fuera para hacerle daño. Y lo que más la dolía, no podía perdonarle el desaire que le hizo a su hija. Con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir, se apartó de él.

Duncan la miró frunciendo el ceño, sorprendido. ¿Por qué se detenía? Quería seguir besándola, perderse en su sabor, en su piel, en la chispa que encendía en él.

—No me vuelvas a tocar —le dijo Maisie, con una dureza en la voz que lo desconcertó.

—¿Te molesta que tu esposo te bese? —preguntó él, ahora en un tono más relajado, casi burlón, como si intentara restarle importancia.

—Por supuesto que no, pero en este momento eres un completo idiota al que no quiero ni ver. —La mirada de Maisie era de pura determinación—. Cuando vuelvas a ser el Duncan que amo, mi esposo, entonces búscame.

Duncan no podía creer lo que oía. Estaba sorprendido y confundido, pero no dijo nada. ¿Qué clase de mujer era esa que se le enfrentaba de esa manera?

—¡Ah! Y que no se te ocurra revolcarte con esa mujer —añadió Maisie, girándose hacia él con una última advertencia—. Porque soy perfectamente capaz de castrarte, Duncan Blair.

Y sin decir más, le dio la espalda y se marchó, dejándolo solo y completamente sorprendido.

—¡Qué mujer, por Dios! —susurró para sí mismo, sonriendo como un bobo.

No podía evitarlo, esa pelirroja lo tenía fascinado. No se parecía en nada a la mujer que Edzel le

había descrito, interesada y calculadora. Maisie no encajaba en ese perfil, en absoluto. Era... diferente. Una mujer fuerte, desafiante, y eso le encantaba. Decidió que la observaría con más atención. Si quería entenderla, tenía que pasar más tiempo con ella. Y además, estaba su hija... cuando la pequeña lo había llamado «papá», su corazón casi se detuvo. Quería conocerla mejor, pero Maisie la había apartado rápidamente.

La furia de Maisie aumentaba a cada paso mientras regresaba al castillo. La escena con Duncan aún le quemaba en la piel. ¿Cómo podía haberle hablado así? ¿Y cómo había sido capaz de insultarla de esa manera? Pero su humor empeoró cuando se topó con Iveth en su camino.

—Milady —la saludó Iveth educadamente—. Solo quería agradecerle por la hospitalidad de su clan hacia el mío.

—Lo mejor para nuestros invitados —respondió Maisie, con una sonrisa afilada—. Y más aún para usted, que cuidó tan bien de mi esposo —recalcó la palabra esposo con intención—. Pueden quedarse todo el tiempo que necesiten, Duncan y yo estaremos encantados de tenerlos aquí.

Iveth arqueó una ceja, pero no dijo nada. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que Duncan se acercara a ella. Al fin y al cabo, había escuchado rumores sobre las cicatrices que Maisie ocultaba bajo su ropa. Ningún hombre soportaría ver esa deformidad. Iveth sonrió internamente. El tiempo estaba a su favor.

—Muchas gracias, milady —respondió Iveth, manteniendo su tono educado.

En ese momento, Duncan apareció, aún con el torso desnudo y el cabello húmedo. Se había bañado en el lago.

—Duncan —saludó Iveth, sonriéndole con dulzura.

—Iveth, espero que no te estén molestando —expresó Duncan, mirando a Maisie con una expresión divertida, como si disfrutara de su enfado.

Maisie lo fulminó con la mirada, pero él no se inmutó. Sabía perfectamente lo que su pelirroja pensaba, y eso solo lo hacía sonreír más.

—Para nada, solo estaba agradeciendo a tu... —Iveth hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Tu...

—Esposa —intervino Maisie, sus ojos lanzaban dagas—. No es tan difícil pronunciarlo, ¿verdad?

—No... claro que no. Solo agradecía lo bien que me han tratado —respondió Iveth, algo avergonzada.

—Me alegra saber que mi linda esposa esté haciendo bien su trabajo —añadió Duncan, mientras tomaba a Maisie de la cintura, acercándola a él.

Iveth no podía creer lo que veía. Duncan le había dicho que su matrimonio era solo de conveniencia, que no amaba a Maisie, y sin embargo... ahí estaba, con ella.

—Yo... creo que debo retirarme —expresó Iveth, incómoda, alejándose rápidamente.

—¡Suéltame! —exclamó Maisie, apartándose de Duncan de un tirón—. Te dije que no me tocaras hasta que...

—Eres mía, puedo tocarte cuando lo desee —la interrumpió Duncan, con una sonrisa arrogante. Era verdad que Iveth era hermosa, perfecta para una aventura, pero su pelirroja lo tenía

completamente arruinado para cualquier otra mujer.

Empezaba a pensar que todo lo que Edzel le había dicho de Maisie eran puras mentiras. Y aunque no quería admitirlo en voz alta, una parte de él ya lo sabía.

—Ni hablar, tú me tocas cuando yo quiera. Podrás ser mi esposo, pero no mi dueño. La única dueña de mi cuerpo y decisiones soy yo —declaró Maisie, con el fuego en la mirada que tanto la caracterizaba.

—Eso ya lo veremos —replicó Duncan, con un tono desafiante.

Justo en ese momento, un hombre se acercó, interrumpiendo la intensa conversación.

—Milord —habló el hombre, y ambos le prestaron atención—. Soy Alec, sirvo al rey Roberto de Bruce. Esto es para usted —añadió, extendiéndole un sobre.

Duncan frunció el ceño mientras tomaba el sobre. Lo abrió y rápidamente revisó su contenido: Una invitación al castillo para celebrar el cumpleaños de la esposa del rey y, además, para hablar de una posible paz con los ingleses.

—Bien —habló Duncan con tono neutral—, dígame al rey que estaremos ahí.

El sirviente asintió y se retiró.

—¿Qué era? —preguntó Maisie, aún algo tensa por la conversación anterior.

—Una invitación al cumpleaños de la esposa del rey Roberto. Y parece que también se discutirá una posible paz con Inglaterra.

Los ojos de Maisie se iluminaron al escuchar eso.

—Eso sería maravilloso, Duncan —expresó ella sonriendo, y su sonrisa hizo que el corazón de Duncan diera un vuelco inesperado, lo cual lo molestó un poco—. Terminar la guerra sin más peleas ni pérdidas de vidas... Nuestra hija podría crecer en un lugar seguro, sin temor a los ingleses.

—Pues prepárate, porque mañana partimos hacia Stirling —respondió Duncan, recuperando su compostura.



A la mañana siguiente, Maisie y Duncan estaban listos para partir hacia el castillo de Stirling. Con ellos iba un grupo de hombres bien armados; sabían que siempre existía el riesgo de que algo saliera mal. Maisie se despidió de su hija Beth, dejándola bajo el cuidado de Valoree y Kala. Esperaba que el viaje no durara más de cinco días entre ir y regresar al clan.

El trayecto hasta Stirling tomaría un día y medio, no estaba demasiado lejos del clan Blair. Durante el viaje, Maisie pasó la mayor parte del tiempo conversando con Drostan, quien también los acompañaba. Creed, por otro lado, decidió quedarse para cuidar de Kala.

Duncan, mientras tanto, estaba de pésimo humor. Para su sorpresa y desconcierto, se dio cuenta de que estaba... celoso de la amistad que había entre su mujer y su mejor amigo.

Cuando la noche cayó, el grupo acampó cerca de una fogata. Duncan, molesto por la cercanía de Maisie con Drostan, no pudo contenerse más. Aprovechó el momento para hablar con ella a solas.

—Maisie, aléjate de Drostan —ordenó Duncan en tono bajo pero firme, sujetándola del brazo con suavidad, aunque su enfado era evidente—. Mis hombres empiezan a pensar que él es tu esposo y no yo.

Maisie lo miró con incredulidad y fastidio.

—¿Duncan, estás hablando en serio? —respondió, soltándose de su agarre—. Drostan es mi amigo, tu mejor amigo, por Dios. Deja de ser tan ridículo.

—¿Ridículo? —Duncan entrecerró los ojos—. Yo solo estoy cuidando mi orgullo. No quiero que mis hombres piensen que me engañas con mi propio amigo.

—Vete a la mierda, Duncan —expresó Maisie, enfadada, dándole la espalda y alejándose de él.



Al llegar al castillo de Stirling, fueron recibidos calurosamente y acomodados en habitaciones asignadas. Maisie, admiró el lugar un poco asombrada. El castillo de Stirling era imponente, con altas torres que se alzaban como centinelas vigilando las tierras circundantes. A diferencia de otros castillos que había visto, este no solo mostraba fortaleza, sino también una clara opulencia. Los pasillos estaban cubiertos por alfombras finas y decorados con tapices ricos en colores y detalles. Las paredes eran de piedra pulida, y los candelabros que colgaban de los altos techos brillaban con velas encendidas, iluminando el lugar con una luz cálida y acogedora. Había un aire de sofisticación que era imposible ignorar.

Como Duncan y Maisie eran un matrimonio, les dieron una sola habitación para ambos, algo que alegró mucho a Duncan, quien se tumbó cómodamente en la cama.

Maisie, sin embargo, estaba inquieta. Se encontraba junto al ventanal, mirando el horizonte. Nunca había estado en una situación tan solemne y oficial, mucho menos frente al rey y a los nobles más importantes de Escocia. No estaba segura de cómo comportarse en un evento tan elegante.

—¿Qué te preocupa? —la voz de Duncan la sorprendió. No lo había sentido acercarse.

—Nada... —respondió ella con un suspiro.

Duncan la observó fijamente, sabiendo que algo no estaba bien.

—Maisie, yo... —comenzó, suavizando su tono—. Todo estará bien, no tienes que preocuparte.

Ella se giró, sorprendida por cómo Duncan, a pesar de no recordar los últimos años, aún sabía lo que la inquietaba. Esa cercanía emocional no había desaparecido.

¿Cómo no estar enamorada de él? —pensó Maisie, con el corazón apretado. Quería que Duncan volviera a ser el hombre con el que se había casado, el hombre que la amaba sin reservas. Anhelaba con toda su alma que recuperara sus recuerdos.

Esa noche, Maisie se preparó con esmero. Eligió un hermoso vestido rojo de manga larga, ajustado a la cintura y con un escote discreto en forma de uve, adornado con bordados de oro. El tartán del clan Blair colgaba con orgullo sobre sus hombros, completando su atuendo.

El salón del castillo estaba lleno de invitados. Lo primero que les sorprendió fue ver a algunos nobles ingleses entre los presentes, lo cual parecía razonable si se trataba de discutir una paz.

Se acercaron al rey Roberto y a la reina Ailsa. Maisie, con elegancia, felicitó a la reina por su cumpleaños y le entregó un regalo: Un fino collar de diamantes. La reina lo aceptó con una sonrisa amable, agradeciendo el gesto.

El ambiente era elegante, lleno de conversaciones en susurros, brindis, y música suave de fondo.

—Duncan, me alegro verte en perfecto estado. Escuché rumores de que los ingleses del sur te habían capturado y llevado a la fortaleza Golden en Berwick —comentó el rey Roberto, observando a Duncan con una mezcla de admiración y curiosidad.

—Así es, pero gracias a mis hombres logré salir sin muchas... complicaciones —respondió Duncan, manteniendo un tono firme y neutral.

—Entiendo —asintió rey, y luego giró su hacia Maisie, que estaba a su lado—. Esta debe ser tu esposa, ¿no?

—Sí, Maisie Blair —respondió ella con un leve nerviosismo. Sintiendo el peso de la mirada inquisitiva del rey, bajó la mirada, avergonzada.

Duncan, notando el leve malestar de Maisie, decidió intervenir rápidamente .

—Si me disculpa, majestad, iremos a tomar algo —expresó Duncan con tono educado, pero decidido, tomando a Maisie por la cintura y guiándola lejos del rey.

A medida que se alejaban del bullicio de los invitados, Duncan habló en un tono más bajo y relajado.

—No te preocupes —habló queriendo calmarla —. Roberto es muy excéntrico y crítico. No le hagas mucho caso.

—Vale... —respondió Maisie, aunque su ánimo seguía algo desinflado.

—Este lugar está lleno de serpientes —murmuró Duncan, sin apartar la vista de los ingleses—. Espero que lo de la paz no sea solo una treta para debilitarnos.

—No seas tan pesimista, Duncan —respondió Maisie, tomando una copa de vino para relajarse—. Tal vez, por una vez, podamos creer que algo bueno puede venir de esto. Por el bien de nuestra hija.

Duncan no dijo nada. Después de un buen rato conversando con varios nobles escoceses, Maisie empezó a aburrirse. La política no era su fuerte, un tema que siempre le resultaba tedioso. Prefería la acción, el movimiento, algo más tangible que las charlas interminables sobre alianzas y tratados. Así que decidió alejarse un poco y observar a los invitados desde una distancia prudente.

Todos se veían tan elegantes, refinados... y a la vez tan falsos. Ese no era el mundo en el que se sentía cómoda, no le interesaba ese tipo de juegos.

Mientras observaba el salón, una voz familiar la sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué tan solitaria, milady? — preguntó alguien a sus espaldas.

Maisie se giró rápidamente, y su sorpresa fue grande al ver de quién se trataba.

—¡Capitán Stone! —exclamó, sorprendida.

—Le dije que nos volveríamos a ver —respondió él con una sonrisa, inclinando ligeramente la

cabeza.

Capítulo 31

Ver nuevamente al inglés frente a ella era algo que Maisie no esperaba, y menos en una celebración como aquella, pero era de esperar si se esperaba un alianza. Maisie frunció el ceño mientras observaba al capitán Stone, quien, lejos de parecer sorprendido, sonreía complacido, como si hubiera estado esperando ese encuentro.

—¿Qué hace aquí, capitán? —preguntó ella con seriedad.

—Fuimos invitados por el mismísimo rey de Escocia —respondió él con total tranquilidad, como si estar rodeado de escoceses resentidos contra los ingleses fuera de lo más normal del mundo—. Supongo que habrás oído sobre la tregua que mi padre y el rey Roberto están negociando para poner fin a la guerra.

—Sí, lo he escuchado largo y tendido —replicó Maisie, pero entonces frunció el ceño al darse cuenta de algo—. Espera... ¿Dijiste *padre*? ¿Acaso eres hijo del rey Eduardo de Inglaterra?

Brad esbozó una sonrisa traviesa.

—Exactamente, mi hermosa escocesa. Soy Eduardo Brad Stone. Pero prefiero que me llamen Brad o simplemente Capitán Stone —expresó con un tono juguetón.

Maisie casi dejó caer la mandíbula al suelo. ¿Acaso había estado hablando con el futuro rey de Inglaterra? No solo eso, sino que había visto completamente desnudo al príncipe inglés, y tenía que admitir que, aunque no era indiferente a su atractivo, no se comparaba con lo que sentía por su guerrero escocés.

—Vaya, bien oculto lo tenías, su alteza —ironizó Maisie, alzando una ceja.

Brad dejó escapar una risa. Diablos, el inglés era encantador.

—No hay necesidad de tanta formalidad, Maisie. ¿Puedo llamarte así, verdad? —preguntó, aunque ella negó rápidamente.

—Es mejor mantener las formalidades, soy una mujer casada, capitán.

—Eso lo tengo claro, Maisie —aseguró Brad, mirándola con intensidad—. De hecho, me interesa más tú que tu esposo.

Maisie lo miró incrédula, sin poder creer la audacia del inglés. Era prácticamente una invitación descartada.

—Un poco de respeto, ¿no te parece? —replicó ella, visiblemente irritada—. Y créeme cuando te digo que, si no estuviéramos en medio del salón del castillo, ya te habría dado tu merecido por bruto. Y, por cierto, me importa un carajo que seas el príncipe de Inglaterra.

Giró sobre sus talones, dispuesta a marcharse, pero Brad la tomó suavemente del brazo, deteniéndola. Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Suéltame! —siseó, intentando que la conversación no llamara la atención de los demás invitados.

—Sabes, acepté venir a esta celebración no tanto por la paz, sino porque quería verte —confesó

Brad con franqueza, lo que hizo que el ceño de Maisie se frunciera aún más—. Estaba seguro de que estarías aquí.

Maisie logró zafarse de su agarre, pero antes de que pudiera responderle, alguien más lo hizo por ella.

—Y será la última vez —Duncan apareció junto a ellos, su mirada era una mezcla de ira contenida y desdén. Maisie, al verlo, pasó de la furia a la preocupación, sabiendo que la situación podría escalar rápidamente.

—Duncan, cálmate —pidió Maisie, intentando interponerse.

—Estoy muy calmado, Maisie —respondió él, pero su tono frío y cortante decía lo contrario—. Lo que no sabía es que mantenías tan buena relación con un sucio inglés.

Brad arqueó una ceja, divertido.

—De todos los insultos, ese fue el que menos esperaba —comentó el capitán con un tono burlón—. Debes ser Duncan, el Laird del clan Blair.

Duncan asintió, pero la frialdad en su mirada no disminuyó mientras pasaba un brazo firmemente alrededor de la cintura de Maisie. Ella intentó apartarse, pero Duncan la mantuvo a su lado con más fuerza.

—Soy Eduardo Brad Stone —expresó el inglés con una digna inclinación de cabeza.

—Sé perfectamente quién eres —respondió Duncan, su tono cargado de advertencia—. Y no me importará en lo más mínimo si te vuelvo a ver cerca de mi esposa.

—Duncan...

—Y ¿qué vas a hacer? —lo retó Brad, con una sonrisa provocativa—. No podrás estar todo el tiempo pegado a tu esposa.

Duncan lo miró con la misma intensidad de un lobo acechando a su presa.

—Capitán, por favor —insistió Maisie, intentando poner fin al enfrentamiento, pero ambos hombres la ignoraron.

—No querrás averiguarlo, principito. Sabe perfectamente de lo que es capaz un escocés enojado, y yo me enojo el doble cuando tocan lo que es mío —declaró Duncan con firmeza, dejando claro que Maisie le pertenecía.

—¡Capitán Stone! —interrumpió un soldado inglés que se acercó apresurado—. El rey Roberto quiere hablar con usted.

El mensaje llegó justo a tiempo, frenando lo que parecía ser el comienzo de un duelo de miradas mortales.

Brad lanzó una última mirada a Maisie, recorriéndola de pies a cabeza con descaro, una sonrisa pícaramente satisfecha en su rostro.

—Nos volveremos a ver —expresó Brad con una seguridad que hizo hervir la sangre de Duncan, antes de marcharse con la misma arrogancia que había mostrado todo el tiempo.

Duncan estaba más que furioso. El solo hecho de ver a su esposa cerca de ese hombre lo enloqueció. Sin decir una palabra, agarró a Maisie del brazo con firmeza, sus dientes apretados en una línea tensa.

—¡Vámonos! —gruñó, llevándola a zancadas hasta que estuvo lejos del salón, donde la celebración continuó sin notar su abrupta salida.

Cuando llegaron a la habitación, Maisie se soltó de su agarre y lo miró con ojos llameantes, alejándose unos pasos.

—No hacía falta que lo amenazaras de esa manera —habló ella, con un tono de reprimenda que ocultaba su propia furia—. Con que le hubieras dicho que se mantuviera alejado, habría sido suficiente.

Duncan, sin embargo, no apartó la mirada de ella. Su cuerpo estaba aún tenso, y su ira solo crecía mientras la imagen de Maisie hablando con ese maldito inglés le invadía la mente.

—¿Qué hay entre tú y ese tal Capitán Stone? —Soltó finalmente, en un tono que apenas controlaba.

—¡Basta! —Maisie explotó, la furia que había contenido durante tanto tiempo estalló con fuerza, y sin pensarlo, le giró la cara con una bofetada.

—¡Te dije que si me volvías a...!

—¡Me da igual lo que hayas dicho! —interrumpió ella, con la voz llena de rabia y decepción—. ¿Cómo te atreves a preguntar semejante estupidez, Duncan? ¡Yo te amo! Nunca te fui, ni te seré infiel. ¡Muy al contrario de lo que parece que tú has hecho!

Duncan abrió la boca para defenderse, pero las palabras se le quedaron atascadas. ¿Podía realmente decir que nunca había sido infiel? No recordaba nada de esos tres años perdidos. Sabía que desde que había despertado, no había estado con ninguna mujer, pero... ¿antes de eso?

—¡Eres un idiota! —Maisie continuó, su voz rota por la frustración—. Desde que llegaste con esa maldita pérdida de memoria, todo ha ido cuesta abajo. Te juré que te recuperaría, pero con el comportamiento que estás teniendo... —Se detuvo, respirando hondo para no decir algo de lo que podría arrepentirse—... Antes de decidir qué hacer, quiero que me expliques por qué piensas tantas cosas horribles de mí. ¡No me recuerdas! Entonces, ¿por qué te comportas como si yo fuera una persona interesada y fría?

Duncan se quedó en silencio, derrotado por la verdad de sus palabras. ¿Por qué siempre perdía las batallas con ella? La respuesta estaba clara.

—Me lo han contado todo —confesó finalmente, su voz más apagada—. Me dijeron cómo terminamos casados, y también me hablaron de tus... infidelidades. Que te interpusiste entre tu hermana y yo solo para convertirte en la esposa del Laird.

—¿Qué? —exclamó Maisie, sus ojos llenos de incredulidad—. ¿Quién te dijo semejante mentira? —Su furia se intensificaba a medida que las palabras de Duncan resonaban en su cabeza—. Y lo que más me enfurece es que tú, con esa estúpida y diminuta mente, lo hayas creído. ¡Ni siquiera te molestaste en preguntar a tus propios amigos para comprobar si era cierto! Simplemente lo creíste. ¡Eres un completo idiota, Duncan Blair!

Duncan sabía ella que tenía razón, cada palabra. Pero no admitiría su error. No podía.

—¿No tienes nada que decir? —insistió Maisie, desafiante—. ¿Quién te llenó la cabeza con tantas mentiras?

Duncan seguía callado, incapaz de responderle. Maisie bufó, frustrada, y se dirigió a la puerta,

decidida a marcharse.

Pero Duncan la detuvo antes de que pudiera salir. Cerró la puerta de golpe, acorralándola entre su cuerpo y la madera, sus ojos intensos clavados en los de ella.

—¿Qué quieres que te diga? —comenzó con la voz ronca y cargada de emoción—. ¿Que soy un estúpido por haber creído a alguien que no conocía? Sí, lo soy. ¿También quieres que te diga que por mucho que intentara odiarte, al final volví a caer por ti? ¡Sí, Maisie, lo hice! —admitió, sus ojos ardientes—. Volví a enamorarme de ti, como un tonto.

Maisie lo miró, inmóvil, atrapada entre el deseo de gritarle y el impulso de lanzarse a sus brazos.

—Y ahora solo tengo clara una cosa —añadió Duncan, su mirada oscura recorriendo su rostro.

—¿Qué cosa? —preguntó Maisie, sus ojos fijos en los de él.

Duncan descendió la mirada hasta sus labios y respondió.

—Que te deseo.

Antes de que pudiera decir más, Maisie se lanzó a sus labios, buscando esa pasión que tanto necesitaba, y Duncan le respondió con la misma intensidad. La movió hasta la cama, donde la dejó caer suavemente antes de unirse a ella, sus bocas devorándose con ansias renovadas.

—Dime, ¿eres una bruja o una diosa? —murmuró Duncan contra sus labios, Maisie sonrió recordando el apodo que le había dado el día de su boda.

—Solo sé que te amo, Duncan, y que espero que algún día recuerdes eso —susurró, sus ojos llenos de amor y esperanza.

—Entonces, hazme recordarlo —pidió él, antes de besarla nuevamente.

Capítulo 32

La noche aún era joven, y lo más importante de la celebración, el esperado anuncio del tratado, aún no se había proclamado.

El capitán Brad Stone recorrió el salón con la mirada, buscando ansiosamente a la pelirroja que lo tenía obsesionado desde su primer encuentro. Pero no la encontró por ningún rincón, ni a ella ni al imbécil que tenía como esposo.

—¡Mierda! —murmuró, frustrado al imaginar lo que podrían estar haciendo los dos solos. La imagen de Duncan y Maisie juntos le daba un poco de envidia. Él era su esposo, lo sabía, y no tenía ningún derecho a reclamar nada. Pero no podía evitarlo, deseaba a esa mujer.

—Excelencia —la voz de Richard, el consejero de su padre, lo sacó de sus pensamientos. Brad lo miró con evidente molestia, pero el hombre continuó como si nada—. Es hora de anunciar el tratado.

—Claro, ¿y puedo saber qué brillante acuerdo hicieron mi padre y ese loco del rey Roberto? —preguntó Brad, el tono sarcástico no pasó desapercibido.

—¿Su padre no habló con usted sobre los términos?

Brad soltó una risa amarga, llena de sarcasmo.

—Te recuerdo, Richard, que mi padre y yo no somos precisamente grandes conversadores. Si por mí fuera, le cedería mi lugar como futuro rey a mi hermano menor.

—Alteza, sabe perfectamente que las cosas no funcionan así —comentó Richard con un tono neutro, como si le hablara a un niño caprichoso.

—Sí, Richard, soy consciente de cómo funcionan las cosas —gruñó Brad, con evidente fastidio—. Así que vamos, sorpréndeme. ¿Qué demonios ha acordado mi padre esta vez?

El consejero hizo una pausa, como si eligiera sus palabras con cuidado, y bajó la mirada con algo de pena antes de soltar la bomba.

—Temo que la decisión no será de su agrado, excelencia.

—Richard, no me hagas perder la poca paciencia que me queda —espetó Brad, apretando los dientes.

—Su padre ha acordado con el rey Roberto... un matrimonio —expuso Richard finalmente, observando cómo el ceño de Brad se fruncía más y más—. Un matrimonio para forjar la paz entre ambas naciones.

Brad lo miró incrédulo durante un par de segundos antes de responder.

—Muy bien, ¿y quién es el pobre idiota que aceptó un sacrificio semejante? —preguntó con tono cargado de ironía.

—Usted, excelencia

Las palabras de Richard cayeron como un martillo, y el rostro de Brad se endureció, su ceño fruncido se profundizó al punto de parecer esculpido en piedra.

—¿Qué? —espetó con incredulidad.

—El rey Eduardo ha decidido que el futuro rey de Inglaterra debe contraer matrimonio con una de las hijas del rey Roberto —explicó Richard con cautela, como si intentara amortiguar el golpe—. Según el acuerdo, usted tiene la libertad de elegir cuál de las tres será su esposa.

Brad apretó los puños, intentando contener la ira que hervía dentro de él. ¿Cómo podía su padre haber hecho algo así sin siquiera informarle? Aunque, pensándolo bien, no era tan sorprendente. Conocía demasiado bien los métodos de su padre, siempre manipulando a todos como piezas en su juego de poder.

—Muy buena jugada, padre —murmuró con amargura. Su mandíbula se tensó mientras intentaba procesar la situación—. Dime, Richard, ¿dónde están esas hijas del rey Roberto?

—Aún no han llegado, excelencia. Sin embargo, le adelanto que el rey tiene tres hijas. Si me permite una recomendación, le sugeriría a la menor. Es joven, con una salud impecable, y puede darle herederos rápidamente.

Brad lo miró con una mezcla de asco y sarcasmo.

—Ah, claro. Por supuesto que tú ya tienes tus sugerencias preparadas. Pero te recuerdo algo, Richard, yo soy el que elige, no tú ni mi querido padre.

—Desde luego, excelencia. Era solo una sugerencia —respondió Richard, inclinando la cabeza.

Brad se cruzó de brazos, mirándolo con desdén.

—Bien, entonces guarda tus sugerencias para alguien a quien le importe. Yo elegiré a la que me parezca, y te aseguro que si mi padre está esperando una novia perfecta, va a llevarse una gran decepción. Si me obligan a casarme, me aseguraré de darle de todo... menos una mujer apta para ser la reina de Inglaterra.

Richard tragó saliva, pero no se atrevió a replicar. Conocía demasiado bien el temperamento del príncipe y sabía que no valía la pena discutir con él en ese estado.

∞∞∞

Duncan y Maisie seguían disfrutando de su momento apasionado, encerrados en su habitación. Desde el primer beso, la pasión había crecido entre ellos como un incendio descontrolado, voraz e imposible de detener. Ambos se habían entregado al deseo, dejando de lado cualquier otra preocupación.

Maisie ahora yacía debajo de él, completamente desnuda, y todas las intenciones nobles de Duncan de ir despacio, de ser suave y cuidadoso, habían quedado atrás. La necesidad de poseerla lo consumía, y con un movimiento rápido, la colocó a horcajadas sobre su erección rígida. Ambos dejaron escapar un gemido al sentir la intensa fricción entre sus cuerpos.

Maisie comenzó a moverse lentamente, creando una roca tortuosamente placentera que hacía que Duncan perdiera la cabeza. La intensidad de sus movimientos lo hacía arder, pero lo que más lo torturaba era el vacío de sus recuerdos. Deseaba con todo su ser poder recordar esa primera vez con ella, recordar cada instante juntos. Sin embargo, no necesitaba la memoria para saber cuánto la deseaba en ese momento.

Sin poder contenerse más, Duncan tomó su cintura y detuvo sus movimientos. Sus ojos se

encontraron, y en ese instante, sin previo aviso, la levantó ligeramente y la dejó caer sobre él, provocando una profunda penetración. Un gemido gutural escapó de lo más profundo de su pecho, mientras Maisie jadeaba de puro placer.

—Podemos ir más lento. Quiero sentirte y que me sientas tú a mí —susurró él, su voz ronca de deseo y emoción contenida.

Guiándola con las manos en sus caderas, Duncan marcó un ritmo pausado y ondulante que les arrancaba gemidos a ambos con cada movimiento. Sus cuerpos febriles se cubrieron de sudor, pero valía la pena. Ver el rostro de Maisie iluminado por destellos de placer era una imagen que Duncan sabía que nunca olvidaría, incluso si el resto de sus recuerdos no regresaban.

Para intensificar aún más el éxtasis de su esposa, Duncan deslizó su mano entre sus cuerpos y comenzó a acariciar con destreza su botón de placer. Maisie arqueó la espalda, moviendo la cabeza hacia atrás mientras gemidos y gritos escapaban de sus labios entreabiertos. Su mirada nublada por el éxtasis alimentaba el propio deseo de Duncan.

Entonces, incapaz de resistir un segundo más, la tomó y la colocó debajo de él en la cama. Sus embestidas se volvieron más rápidas, más profundas, llenas de un deseo que no podía controlar. Ambos estaban al borde del abismo, y cuando finalmente alcanzaron juntos el clímax, un rugido salvaje escapó de la garganta de Duncan mientras liberaba su semilla, cegado por la intensidad de su orgasmo.

Se dejó caer sobre ella completamente satisfecho. Había sido el mejor momento que podía recordar, literal y figurativamente. Si algo quería conservar en su memoria para siempre, era eso.

Un rato después, ambos permanecieron recostados en la cama. Maisie tenía la cabeza apoyada en su pecho, dibujando círculos suaves sobre el firme abdomen de Duncan, mientras él jugaba con los mechones de su cabello.

—¿Quién te puso en mi contra? —preguntó Maisie de repente, rompiendo el cómodo silencio. Duncan frunció el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que alguien te contó cosas sobre mí. Pero no eran más que mentiras —respondió ella, incorporándose para poder mirarlo directamente a los ojos—. ¿Quién fue?

Duncan suspiró, cerrando los ojos por un instante. Sabía que tarde o temprano tendría que admitir su error, pero se odiaba por no haber confiado en ella desde el principio. Había dejado que las palabras envenenadas de otro nublaran su juicio.

—Lo siento —expresó finalmente, con voz grave y sincera.

—¿Por qué? —preguntó Maisie, ahora más calmada.

—Por cómo te traté al llegar al clan. Edzel me contó tantas cosas... y como un idiota, le creí. —Duncan hizo una pausa, el peso de su error cayendo sobre él como una piedra—. Me dijo que me manipulaste, que te interpusiste entre tu hermana y yo para casarte conmigo.

Maisie sintió cómo la furia crecía en su interior al escuchar el nombre de Edzel. ¡Ese maldito bastardo! ¿Es que acaso nunca superaría que ella había rechazado casarse con él?

—¡Ese maldito imbécil! —exclamó Maisie, interrumpiendo las palabras de Duncan—. No puedo creer que siga con esa historia absurda porque nunca lo acepté.

Duncan la miró, desconcertado.

—¿Cómo que no lo aceptaste? ¿No estaban comprometidos? —preguntó él, aún con dudas.

Maisie bufó con exasperación.

—Sí, lo estábamos. Mi padre lo arregló sin siquiera consultarme. Pero cuando llegó el momento, lo rechacé y tú me pediste que me casara contigo. Nunca lo quise. Siempre pensé que era un hombre despreciable. —Ella se acercó un poco más, mirándolo directamente a los ojos—. El único hombre que he amado, Duncan Blair, eres tú.

El corazón de Duncan se detuvo un segundo al escuchar sus palabras. Su mirada bajó a los labios de Maisie, tentado a besarla nuevamente, pero esta vez decidió detenerse. Había cometido demasiados errores, y lo mínimo que podía hacer era enmendarlos uno a uno.

—Voy a arreglar todo esto, Maisie. Cuando volvamos al clan, buscaré a Edzel y lo haré confesar la verdad. Lo haré frente a ti y a todos los que escucharon sus mentiras.

Maisie asintió, todavía furiosa con Edzel, pero aliviada al ver que Duncan estaba comenzando a ver las cosas con claridad. Sin embargo, lo que más deseaba era que él recuperara sus recuerdos, que volviera a ser el hombre que había amado con todo su corazón.

Ella acarició suavemente su mejilla, y sus ojos se llenaron de ternura.

—Duncan, solo quiero que recuerdes quién eres y quiénes somos nosotros. Lo demás... lo demás se arreglará con el tiempo.

Capítulo 33

Duncan y Maisie regresaron al salón, donde la celebración continuaba. Sin embargo, al entrar, Maisie se dio cuenta de que toda la sala estaba en silencio, con todos los ojos fijos en el rey Roberto. Junto a él, más allá de los nobles, se encontraba el Capitán Brad Stone, su esposa y dos jóvenes mujeres, las cuales imaginaba eran las hijas del rey.

—Este día es motivo de celebración —comenzó el rey, con una sonrisa solemne—, tanto por el cumpleaños de mi amada esposa, como porque, finalmente, después de tantos años de guerra, hemos alcanzado un acuerdo de paz con Inglaterra.

Las miradas se dirigieron hacia Brad, quien asintió con la cabeza, y luego hacia los jóvenes.

—Mis hijas están dispuestas a aceptar un matrimonio con el futuro rey de Inglaterra. Así, forjaremos una alianza que nos unirá como nación —continuó el rey, señalando a las jóvenes con orgullo.

Maisie observó a las jóvenes con una sensación agridulce. Sus pensamientos la llevaron atrás, a sus primeros días en el clan Blair, como conoció a Duncan, y cómo, por fin, había encontrado un lugar en su corazón.

—Esto me recuerda tanto a nosotros —expresó Maisie, mirando a Duncan, quien la miró curioso.

—Es una pena no poder recordar el momento exacto en que te conocí —respondió Duncan, acariciando suavemente la cintura de su mujer—. Seguro que no fue el encuentro más bonito.

Maisie sonrió con suavidad.

—Te conoces muy bien, Duncan Blair —respondió ella riendo.

—Realmente quiero recordar todos esos momentos a tu lado, Maisie. Cómo nos conocimos, cómo nos casamos, el nacimiento de nuestra hija... Son recuerdos por los que daría todo por recuperar.

Maisie le acarició la mano, apretándola suavemente.

—No pienses en eso ahora, Duncan. Estoy segura de que los recuperarás en el momento justo, o tal vez nunca los recuperes, pero lo que sí podemos hacer es crear nuevos recuerdos, mucho mejores. Ahora que estamos forjando la paz, no habrá más guerras. Estaremos juntos, y nuestra hija crecerá en un ambiente sano.

Duncan la miró con una expresión llena de admiración.

—Me sorprende la capacidad que tienes de ver las cosas de una manera tan simple y humana. Es un don, Maisie. Pero, por ahora, esperaré hasta que todo sea realmente cierto.

—Tienes que tener fe, Duncan —respondió ella, su mirada serena pero firme.

Justo en ese momento, las puertas del salón se abrieron de golpe, y toda la atención se centró rápidamente en la entrada.

—¡Suéltense, imbéciles! —gritó una joven con el cabello más negro que la propia noche. Su

vestido azul estaba sucio y algo roto, y su rostro también estaba con algunas salpicaduras de lodo. De su cabello colgaban algunos pajas de heno—. ¡Se los haré pagar!

La joven fue arrastrada a la fuerza hasta el rey. Maisie notó el gesto despectivo que Brad hizo al verla y no pudo evitar fruncir el ceño al ver cómo el silencio se instalaba en la sala. El rey la observó con una ceja alzada, mientras que la reina parecía avergonzada.

—Lo siento, madre. Sé que es tu cumpleaños, pero... —la joven intentó disculparse, pero fue interrumpida por el rey.

—¡Pero nada, Aria! —exclamó el rey con firmeza—. Te pedí de favor que hoy te comportaras como lo que eres: la princesa de Escocia.

Maisie se sorprendió al saber que la joven era hija del rey Roberto. Aria. La joven parecía estar desbordada de rabia, y sus palabras no hacían sino confirmar el carácter rebelde que tenía.

—Lo sé, pero... —la joven calló cuando su padre le hizo un gesto para que guardara silencio. En seguida, dos guardias la sujetaron de los brazos nuevamente, pero ella se soltó bruscamente.

—Puedo caminar sola —expresó con una mirada desafiante.

La mirada de todos siguió a la joven hasta que se desvaneció por completo, y el rey retomó la palabra como si nada hubiera pasado. Continuó con su discurso y ordenó que se reanudara la celebración.

Maisie observó con una sonrisa divertida a Duncan, mientras el rey seguía hablando, sin darle mucha importancia a lo ocurrido.

—Pensé que la única rebelde era yo —comentó Maisie, recordando a la hija del rey, que había mostrado un carácter tan fuerte—. Pero parece que incluso la nobleza es algo... salvaje.

Duncan sonrió al escucharla, mirando la situación con más humor del que se esperaba.

—Mi padre me hubiera encerrado directamente —expresó ella, con una ligera risa.

—¿Por qué? —preguntó Duncan, curioso.

Maisie suspiró, y su rostro se suavizó, mientras pensaba en cómo contarle lo que había vivido con su padre.

—Porque mi padre siempre ha sido así, controlador, sobre todo conmigo, y siempre mostrando un favoritismo extremo hacia Valoree. La trataba como si fuera su hija perfecta, mientras que a mí... a mí siempre me vio como una rebelde, una niña problemática. —Maisie sonrió con algo de nostalgia.

—Pero ahora tú y Valoree se tratan mejor.

—Cierto, pero no siempre fue así, todo cambió el día que nos casamos. Y más aún cuando tuvimos a Beth. Fue un proceso lento, pero se dio. Valoree comenzó a ver que no valía la pena alimentar el odio que nos había inculcado nuestro padre, y desde entonces se quedó con nosotros en el clan. Ahora, la nueva Valoree me gusta mucho.

Duncan la miró con orgullo, admirando la fortaleza y bondad de Maisie.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —expresó Duncan, con una sonrisa llena de cariño.

Maisie se sintió conmovida por sus palabras y sonrió tiernamente, apoyándose más contra su esposo. Todo lo que había atravesado, todo lo que había perdido, había valido la pena por lo que

tenía ahora. Un amor renovado, una familia que la apoyaba, y la esperanza de un futuro en paz.



Brad Stone no podía apartar la vista de la pelirroja que, pese a todo, seguía rondando sus pensamientos. Tampoco podía ignorar al mastodonte de su esposo, que parecía estar pegado a ella como una sombra. Tras observarla durante toda la noche, Brad se dio cuenta de que no tenía ninguna oportunidad con ella. Sus expresiones lo dejaban claro, la mujer estaba enamorada de su marido. Lo mejor sería dejarla ir y centrarse en lo que realmente importaba ahora, su futuro matrimonio.

Pero entonces, algo desvió su mirada. Desde el umbral del salón, entró una mujer, y Brad la recorrió con los ojos de arriba a abajo. Pelinegra, con senos generosos y caderas anchas, de estatura media, pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos. De un color extraordinario, como el fuego, tan intensos que era imposible apartarse de ellos. La joven se acercó a ellos, y Brad se dio cuenta de que era la misma que los hombres de Roberto habían traído antes: la hija rebelde.

—Hija, sin duda te ves mucho más bella así —comentó la esposa de Roberto, mientras Brad observaba cómo la joven le devolvía una sonrisa sarcástica.

Aria. Su nombre resonó en su cabeza. Brad la miró con más detenimiento. No era tan diferente a sus hermanas, que tenían el cabello color miel y ojos avellanas, pero había algo en ella. Era más desafiante, más rebelde. Su actitud era distinta, su presencia era fuerte, como si quisiera desafiar todo lo que le rodeaba.

—Alteza, esta es mi hija mayor, Aria —presentó el rey Roberto, y la joven miró a Brad con una intensidad que casi lo desconcertó.

—Bien. Espero que mis hermanas hagan un buen trabajo como la futura reina de Inglaterra —expresó Aria con total seguridad en sus palabras, lo que hizo que Brad esbozara una ligera sonrisa. En su cabeza, ya comenzaba a tejer un plan. Su padre quería que eligiera una esposa digna, una dama perfecta para ser la futura reina. Y, por supuesto, él elegiría una esposa... pero no sería la perfecta que todos esperaban.

Brad se levantó de su asiento y caminó hacia ella. En ningún momento, Aria apartó la mirada. Cuando estuvo a menos de un metro de distancia, Brad no pudo evitar sonreír con malicia.

—Siento desilusionarte, querida, pero ese buen trabajo lo tendrás que hacer tú —musitó él, antes de alejarse rápidamente, sin darle tiempo a reaccionar.

Aria se quedó allí, mirando su espalda, sin decir palabra. Brad no le dio más importancia y se dirigió hacia Maisie, quien en ese momento estaba sola en un rincón apartado del salón.

—Pensé que el mastodonte de tu esposo no te dejaría sola para que cierto capitán no se la robara —expresó Brad, con una sonrisa burlona.

Maisie se giró lentamente, y al ver su expresión, no pudo evitar fruncir el ceño. Era evidente que ya estaba empezando a cansarse de él, y eso solo divertía más a Brad.

—Descuida, solo quiero despedirme —informó él, manteniendo su tono juguetón.

Maisie lo observó por un momento, y su rostro cambió, como si un velo de culpabilidad y

añoranza se posara sobre él.

—Sé que me vas a extrañar.

Maisie se limitó a poner los ojos en blanco.

—Estoy al tanto de que mañana por la mañana parten todos los invitados hacia sus clanes, y creo que no nos volveremos a ver en mucho tiempo —continuó él.

—Sí, escuché que te casarías —expresó Maisie, alzando una ceja.

Brad sonrió levemente.

—Me hubiera gustado conocerte antes, cuando no estabas casada y yo no estuviera a punto de casarme con una desconocida —añadió Brad, y Maisie no pudo evitar reírse.

—Sabes, Duncan y yo nos conocemos en las mismas circunstancias que tú y las hijas del rey. No nos conocíamos, pero él tuvo que elegir entre mi hermana y yo —contó Maisie, dejando caer una ligera sonrisa.

Brad la miró intrigado.

—Y veo que no dudó en elegirte a ti.

—De hecho, no. Él había elegido a mi hermana. Pero ese no es el caso. Mi punto es —respiró hondo antes de continuar—, dejar que las cosas fluyan. No hacerle frente al destino. Si esto tenía que pasar, pues déjalo que pase. Algún día te darás cuenta de que esa persona estaba destinada a ti, a conocerte, a formar parte de tu vida.

Brad la miró pensativo. Algo en sus palabras lo hizo reflexionar por un momento.

—Como tú y yo —expresó, casi en un susurro—, nos conocimos, pero el destino no quiso que fueras mía.

Maisie frunció el ceño, y luego se le escapó una leve sonrisa.

—Eh... sí, más o menos —respondió ella, claramente divertida—. Espero que podamos quedar como amigos, y prefiero quedarme con el recuerdo de que solo eres un capitán.

—Y que me viste desnudo —añadió Brad, con su sonrisa pícara.

—¿Qué? —Maisie miró por encima del hombro de Brad, conteniendo un suspiro mientras imaginaba lo que le esperaba con su muy celoso esposo.

Capítulo 34

Maisie miró a Duncan con calma. En el fondo sabía que no había hecho nada malo, simplemente estaba hablando con Brad, quien se estaba despidiendo. Pero, claro, Duncan había llegado en el peor momento y había escuchado justo lo que no debía.

—¿Qué quieres decir con eso de que mi mujer te vio desnudo? —preguntó Duncan con voz grave y seria.

—Fue un incidente que nadie planeó —respondió Maisie con firmeza—. Ocurrió el día que regresaste. Había rumores de ingleses rondando nuestras tierras, así que fui a enfrentarlos. Fue cuando conocí al capitán, y, lamentablemente, estaban bañándose en el lago. No era solo él, sino todos sus hombres... y sí, estaban desnudos.

—Te dije que no lo quería cerca de ti —replicó Duncan, cruzando los brazos y mirando fijamente a Brad.

—Solo se está despidiendo, Duncan —explicó Maisie con un tono sereno pero con un toque de cansancio.

—¿Despidiéndose? —preguntó él, acercándose más a Maisie y tomando su cintura con posesividad.

—Sí, mañana ustedes partirán hacia sus hogares, y yo me quedo —intervino Brad con voz tranquila—. Debo atender algunos asuntos de estado. Por ejemplo, mi boda.

Duncan arqueó una ceja, con una sonrisa que destilaba diversión y desafío.

—Espero que escojas a la hermana sensata y sumisa —expresó, mirando a Brad con burla—. Las rebeldes no son recomendables. Mira mi caso, estoy rendido ante esta mujer que me lleva al borde de la locura. Pero, aun así, no la dejaría ir por nada ni por nadie.

—Entonces, parece que te gusta vivir al borde de la locura —respondió Maisie con una sonrisa divertida, mirando a Duncan con afecto.

Brad pudo ver claramente el amor que había entre ellos, un amor que lo hizo desear, por un breve instante, algo similar para él.

Los tres rieron suavemente, aunque la tensión entre Duncan y Brad seguía latente en el aire. Sin embargo, Maisie se conformó con que la situación no escalara a mayores. Brad finalmente se despidió por completo, dejándolos a solas. Duncan y Maisie decidieron disfrutar juntos un poco más de la celebración, esta vez sin interrupciones.

A la mañana siguiente, partieron temprano hacia el clan Blair. Duncan había insistido en que Maisie viajara a su lado, y ella, aunque inicialmente había protestado, aceptó. Durante el trayecto, la cercanía entre ellos fue evidente, y Maisie no podía evitar sonreír al ver cómo Duncan, poco a poco, parecía estar recordando quién era ella para él.

Dos días después llegaron al clan. Maisie tomó a su hija en brazos, emocionada de que Beth pudiera pasar más tiempo con su padre.

Por su parte, Duncan no tardó en caer nuevamente rendido ante los encantos de la pequeña. La adoraba, y tenerla entre sus brazos le hizo sentir que, aunque no recordara muchos momentos de su vida, ella era una parte irremplazable de su corazón.

—¿Sabes dónde está ese tal Edzel? —preguntó Duncan a Drostan mientras revisaban los caballos en el establo. Habían pasado la tarde recorriendo el pueblo.

—La verdad, no lo sé, y tampoco me interesa saberlo —respondió Drostan sin levantar la mirada de lo que hacía.

—Pues a mí sí —expuso Duncan con un tono helado—, porque en cuanto lo tenga de frente, lo voy a matar.

Drostan alzó las cejas, dejando de lado lo que estaba haciendo, y miró a Duncan con sorpresa.

—¿Qué me perdí? —preguntó finalmente.

—Te perdiste el hecho de que soy un idiota —declaró Duncan, soltando un largo suspiro.

—Eso ya lo sé de sobra —replicó Drostan con una sonrisa burlona—. Como también sé lo estúpidamente idiota que fuiste al no querer escucharnos a Creed y a mí. Te limitaste a dar por sentado que Edzel decía la verdad. Y todo porque estabas distraído queriendo levantarle el vestido a esa tal Iveth.

Duncan fulminó a Drostan con la mirada, pero no pudo refutarlo. Su amigo tenía toda la razón, y admitirlo era lo que más le dolía.

—Y no te juzgo, Iveth es realmente hermosa, pero Maisie...

—No tiene comparación —interrumpió Duncan con firmeza—. Mi mujer es simplemente ella, y en el poco tiempo que llevo aquí desde que perdí mis recuerdos... volví a enamorarme perdidamente de Maisie.

Drostan sonrió al escuchar la declaración y palmeó el hombro de su amigo, satisfecho de ver al verdadero Duncan regresando poco a poco. Cuando salieron del establo, ambos notaron a Valoree corriendo hacia ellos a toda velocidad. Duncan se alarmó de inmediato, pensando lo peor.

—Maisie ¿está bien? —preguntó rápidamente.

Valoree, tratando de recuperar el aliento, asintió con la cabeza.

—¿Y mi hija? —insistió él, aún más preocupado.

Valoree volvió a asentir antes de lograr articular las palabras.

—Es... es Kala...

—¿Mi hermana? ¿Qué pasa con ella? —preguntó, cada vez más tenso.

—El bebé...

—¿El bebé? —Los ojos de Duncan se abrieron como platos al entender—. ¡El bebé!

Sin perder más tiempo, Duncan y Drostan salieron corriendo hacia el castillo, dejando a Valoree atrás sin esperar ninguna explicación adicional.

—¡Perfecto! —gruñó Valoree entre jadeos, irritada por cómo la habían dejado atrás.

Al llegar al castillo, encontraron a Creed caminando en círculos en el gran salón como un león

enjaulado, claramente nervioso.

—Tranquilo, amigo, todo estará bien —habló Drostan tratando de calmarlo, dándole una palmada en el hombro.

Duncan, en cambio, permaneció apartado. Aunque compartía la preocupación de Creed, su relación con él seguía siendo distante al no poder recordarlo, lo que lo llevaba a mantenerse al margen.

El ambiente en el salón estaba cargado de tensión. Varios hombres del clan estaban reunidos, algunos bebiendo whisky para calmar los nervios, pero el único que parecía completamente incapaz de relajarse era Creed, quien no dejaba de caminar de un lado a otro.

Finalmente, la espera terminó cuando Maisie apareció con una sonrisa radiante, trayendo las buenas noticias.

—¡Es una niña! —anunció emocionada—. Una niña hermosa y saludable. Kala y el bebé están bien.

La alegría fue inmediata y contagiosa. Todos los presentes vitorearon y levantaron sus copas en un brindis improvisado. Duncan, visiblemente aliviado, aprobó una gran celebración para esa misma noche en honor al nacimiento.

Maisie se acercó a él mientras los demás seguían celebrando.

—Deberías ir a felicitar a tu hermana —le dijo con ternura—. Ha hecho un gran esfuerzo, y gracias a Dios, todo salió bien. Es una bebe preciosa.

Duncan no respondió con palabras. En su lugar, la tomó firmemente de la cintura y la besó frente a todos los presentes. Los hombres comenzaron a vitorear y aplaudir, animando a la pareja con gritos de entusiasmo.

—¿Y eso? —preguntó Maisie, riendo suavemente contra los labios de su esposo.

—¿No puedo besar a mi esposa? —respondió Duncan, pícaro, sin soltarla ni un milímetro.

De lejos, Maisie notó a Iveth observándolos. Sus ojos estaban llenos de furia y resentimiento, pero Maisie simplemente le dedicó una mirada indiferente. No estaba dispuesta a dejar que esa mujer, ni ninguna otra, interfiriera entre ella y Duncan. Su esposo era suyo, y estaba decidida a mantenerse a su lado.

—Claro que puedes —respondió Maisie, sin apartar su mirada de Duncan—. Es más, puedes volver a hacerlo.

Duncan no necesitó más invitación. Volvió a besarla, esta vez con más intensidad, dejando en claro frente a todos que Maisie era su mujer, y que nadie se interpondría entre ellos.

—Deberíamos subir a nuestra habitación —susurró él contra su oído, su voz ronca y cargada de deseo.

Maisie rió suavemente, apartándose un poco, aunque seguía atrapada por sus fuertes brazos.

—Creo que no. Tengo que ir con Beth, y tú también deberías pasar más tiempo con nuestra hija. Dejemos «eso» para más tarde.

—No puedes dejarme así, Maisie —murmuró Duncan con una sonrisa ladina, tratando de convencerla.

—Estoy segura de que sí puedes soportarlo, Duncan Blair —respondió ella con un toque de picardía, dejando un casto beso en sus labios antes de apartarse completamente—. Nos vemos luego.

Duncan la observó mientras se alejaba, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. Maisie era su fuego, su debilidad y su fortaleza, todo en una sola persona.

Más tarde, cuando cayó la noche, el castillo estaba lleno de risas y canciones. La celebración estaba en su apogeo, y tanto hombres como mujeres brindaban por el nacimiento de la nueva integrante del clan. Maisie había pasado gran parte del día ayudando a Kala con el bebé, pero ahora se dirigió al gran salón para reunirse con Duncan.

Al llegar, buscó a su esposo con la mirada, pero no lo encontró entre la multitud. Se acercó a Drostan, que estaba charlando animadamente con otros guerreros.

—¿Has visto a Duncan? —preguntó Maisie.

—La última vez que lo vi, estaba afuera —respondió Drostan antes de tomar otro sorbo de su bebida.

Maisie agradeció con un gesto y salió del salón. La noche era fría, pero la luna iluminaba las tierras del clan con su pálida luz. Mientras caminaba por los jardines en busca de Duncan, notó una silueta familiar.

Era Iveth.

La mujer estaba sola, pero su postura y expresión la hacían ver como si estuviera esperando algo... o a alguien. Maisie frunció el ceño y se acercó con cautela.

—¿Buscas a Duncan? —preguntó Iveth, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¿Qué estás insinuando? —respondió Maisie con tono corto.

Iveth se cruzó de brazos, estudiándola de pies a cabeza antes de soltar su veneno.

—Sabía que tarde o temprano Duncan se daría cuenta de que tú no eres suficiente para él. ¿Crees que alguien como tú, lleno de cicatrices, puede competir conmigo? Me apiado de él cada vez que tiene que tocar esa piel quemada.

El golpe de Maisie rápido fue y contundente, directo a la mejilla de Iveth, que cayó al suelo sorprendida.

—No me conoces, Iveth. Así que escucha bien, Duncan me ama, y no voy a permitir que una serpiente como tú siembre dudas entre nosotros.

Maisie se inclinó hacia ella, sus ojos brillando con determinación.

—¿Y sabes qué? Mis cicatrices no le repugnan. Las adora, porque cada vez que me hace el amor, las besa una por una.

Iveth la miró con rabia e impotencia, pero no dijo nada. Maisie se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, pero se detuvo al ver a Duncan acercándose desde la oscuridad.

La sonrisa confiada que había mantenido hasta ese momento desapareció al instante. Su mirada se posó en los cordones desatados del vestido de Iveth, en su cabello despeinado, y la duda empezó a envenenar su corazón. Miró a Duncan, sus ojos cristalizados, luchando por no derrumbarse.

El dolor que sentía era indescriptible.

Capítulo Final

Duncan quiso acercarse a Maisie, pero ella retrocedió, sosteniéndolo a raya con la mirada llena de lágrimas.

—Maisie, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió ella, su voz temblando mientras las lágrimas caían sin control—. ¡No puedo creer que lo hicieras...!

—¿Qué se supone que hice?

—¡Revolcarte con esta... con ella! —gritó Maisie, señalando a Iveth, que seguía en el suelo, y Duncan frunció el ceño, mirando a la mujer con frialdad—. No quería creerlo, pensé que ella solo intentaba envenenarme, crear discordia entre nosotros, ¡pero viéndote salir de la misma dirección que ella, con ese estado desaliñado...! ¡Es obvio! —Maisie apretó los puños, su voz quebrándose con cada palabra—. Soy una estúpida por creer que podías serme fiel... No me recuerdas, no recuerdas lo que sientes por mí. ¡Es tan fácil engañarme!

—¡Maisie, para! —gritó Duncan, su tono tan firme que la hizo callar al instante—. ¿Te das cuenta de que me estás acusando de algo que ni siquiera hice?

—¡No quieras hacerme pasar por tonta! ¡No más de lo que ya he sido!

—¡Nunca estuve ni estaría con Iveth! —rugió Duncan, mirándola directamente a los ojos, tan dolido como enfurecido—. La mujer que amo eres tú, ¡joder!

Antes de que Maisie pudiera responder, Duncan se acercó a Iveth, la tomó del brazo sin ningún cuidado y la arrastró hacia ellos.

—Dime en mi cara la mentira que le has dicho a mi mujer. ¡Dila! —exigió con una furia que hizo que Iveth se sobresaltara.

—Yo... —balbuceó Iveth, mirando a Maisie, y luego miró a Duncan—. Duncan tiene razón, era mentira.

—¿Qué? —Susurró Maisie, incrédula.

—Quería que vinieras a mí —admitió Iveth, tragando saliva antes de mirar a Duncan directamente—. Pensé que podía ser mejor para ti que ella, Duncan...

—¡Cállate! —rugió él—. Entiende algo de una vez, Maisie es mi mujer, y la amo.

—¡Ni siquiera la recuerdas! —gritó Iveth, en un último intento desesperado de defenderse.

—¡Pero la amo! —gritó Duncan con la misma intensidad—. Mi corazón sí la recuerda, mi cuerpo también. ¡Solo con ella reacciona, solo ella acelera mi alma! ¡Entiéndelo, Iveth!

Duncan la soltó con brusquedad y giró hacia Maisie. Antes de que ella pudiera reaccionar, tomó su rostro entre sus manos y unió sus labios en un beso intenso y desesperado.

—Tienes que creerme, Maisie. Te amo. Podré no recordar nuestros momentos juntos, pero esto —expresó llevándose la mano al pecho, donde su corazón latía con fuerza—. Esto no miente. Te amo, Maisie.

Ella lo miró, aún llorando, pero su corazón comenzó a calmarse al escuchar esas palabras.

—Duncan, yo... cuando ella me lo dijo, no quise creerlo. De verdad. Pero luego te vi y, con sus palabras sobre mis cicatrices... de que te daban asco...

—¡Shh! —Duncan la interrumpió, acariciándole suavemente las mejillas—. Tus cicatrices no me importan, Maisie. Son parte de ti, de tu historia, y las que te hacen fuerte y valiente cada día. Son las marcas de una guerrera, y me siento increíblemente orgulloso de ti.

Las lágrimas de Maisie continuaron fluyendo, pero esta vez eran de alivio y felicidad.

—Yo también te amo, Duncan. No quiero perderte.

—Y no lo harás —respondió él con ternura—. Vas a tener que aguantarme por el resto de nuestras vidas.

—Correré el riesgo —aceptó Maisie sonriendo, antes de besarlo nuevamente.

Pero su expresión cambió ligeramente, y Duncan lo notó.

— ¿Qué pasa? —preguntó él, preocupado.

—¿Y dónde estabas? —inquirió ella, intentando mantener la calma.

—Haciendo mi recorrido habitual. Es algo que recuerdo claramente, siempre lo hacía —respondió Duncan con sinceridad.

—Lo hacías, pero cuando quedó en cinta dejaste de hacerlo —le recordó ella. Aunque podía ver la verdad en sus ojos, no podía evitar sentirse algo culpable por haber dudado de él tan fácilmente.

Duncan la abrazó con fuerza y susurró contra su oído.

—¿Por qué no hacemos lo que me impediste esta tarde? Te deseo, Maisie, más que a nada en este mundo.

—Entonces hazlo. Ámame.

—Con todo mi ser. Ahora y siempre.

Duncan y Maisie regresaron al castillo, ambos con una nueva fuerza en su vínculo. Sin embargo, Maisie no estaba dispuesta a dejar que Iveth se saliera con la suya tan fácilmente. Le daría una lección antes de permitir que abandonara el clan.

Pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentirse agradecida por todo lo ocurrido. Esa amarga prueba había fortalecido aún más el amor entre ella y Duncan, y le recordó algo esencial, incluso sin sus recuerdos, él había vuelto a enamorarse de ella. Eso era suficiente para enfrentarse a cualquier cosa.

Con esa certeza en mente, pero sin perder tiempo, Maisie se dirigió a la cocina del castillo. Sabía que Iveth estaría allí. Y no se equivocó. Allí estaba, pero no estaba sola. Varias mujeres trabajaban en las últimas labores del día. Sin embargo, Maisie no pensaba esperar ni un segundo más. Las ganas de darle su merecido a Iveth la habían estado quemando desde el primer día en que la mujer apareció junto a Duncan.

Con decisión, Maisie caminó hacia Iveth y la tomó del brazo con fuerza. La otra mujer intentó soltarse, pero Maisie no se lo permitió.

—Deberían disfrutar de la fiesta, y no perder la noche estando aquí —expresó Maisie mirando a

las demás mujeres que las observaban desconcertadas. Antes de que alguien pudiera responder, salió de la cocina arrastrando a Iveth hacia la parte trasera del castillo.

Apenas estuvieron solas, Iveth recibió una bofetada tan fuerte que su rostro giró hacia un lado. Esta vez el golpe sería suficiente para dejarle un buen moretón.

—Será la última vez que te acercas a nosotros e inventas tus tonterías —advirtió Maisie con voz firme, sin apartar la mirada de Iveth.

—¡Eres una...! —intentó gritar Iveth, pero Maisie la calló con otro golpe, esta vez más fuerte. Y luego otro. Hasta que la tiró al suelo. Iveth, impotente, la miró desde abajo.

—No eres rival para mí, Iveth. En ningún sentido —declaró Maisie, mirándola con desprecio mientras la otra mujer intentaba recuperar el aliento. Sus palabras fueron un golpe más fuerte que los anteriores—. Te aconsejo que te vayas del clan por tu propio pie, o puedes esperar a que Duncan te saque arrastrándote.

—Duncan no haría eso... —respondió Iveth con la voz temblorosa, pero con algo de desafío en su tono.

Maisie dejó escapar una risa fría.

—No perderé más contigo tiempo, pero escucha bien: Duncan no es para ti. Él es mío. Mi esposo. Mi hombre.

Sin decir más, Maisie se dio la vuelta y se alejó, dejando a Iveth sola en el suelo. El rostro de la mujer ardía tanto por los golpes como por la rabia contenida. Pero nada de eso le importaba a Maisie. Ella ya había cerrado ese asunto.



Los días transcurrieron con relativa tranquilidad en el clan. Todos retomaron su trabajos habituales, mientras Maisie disfrutaba de pasar tiempo con Duncan y su hija. También dedicaba momentos a ayudar a Kala con su bebé, compartiendo su experiencia como madre. Valoree, por su parte, también colaboraba en lo que podía, aunque Maisie notaba en sus ojos cierto anhelo. Era evidente que su hermana deseaba formar su propia familia algún día.

—Estoy segura de que te casarás con un hombre que ames, y él te amará a ti —le dijo Maisie en un momento de descanso.

—Eso espero —respondió, pero luego se quedó callada, mirando a Maisie con intensidad—. ¿Y qué pasará con Iveth?

Maisie suspiró.

—Duncan la exilió del clan. Al fin y al cabo, ella no pertenece aquí. Yo le advertí que se fuera por propia voluntad antes de que Duncan la echara, pero pensó que él no sería capaz de hacerlo. Todos los que llegaron con ella se quedaron; no tenían a dónde ir. Y al saber el verdadero motivo de su exilio, decidieron dejarla a su suerte y quedarse con nosotros.

—Me alegro por ellos. Aquí estarán seguros y podrán empezar de nuevo. —Valoree suspiró, pero no pudo evitar preguntar con curiosidad—. ¿Quién era el hombre con el que ella se estaba revolcando?

—Uno de los nuestros, uno que cayó en sus redes. —Maisie negó con la cabeza, molesta de solo recordar el asunto.

En ese momento, Duncan entró en la habitación con Beth en brazos. Maisie dejó de hablar de inmediato y se apresuró a recibirlos, dándole un beso a su esposo y uno en la mejilla a su pequeña, que rio alegremente.

—No te va a gustar esta noticia, pero tienes que saberlo —Duncan habló con seriedad, mirando a Maisie fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, preocupada.

—Tu padre está aquí.

—¿Qué? —La sorpresa de Maisie era palpable, y Valoree quedó igual de impactada.

—¿Lo sabías? —le preguntó Maisie a su hermana.

—Claro que no, estoy tan sorprendida como tú —respondió Valoree, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Maisie tomó aire, tratando de prepararse para lo que vendría. Cuando llegaron al gran salón, Archie McAllen ya los esperaba, de pie en el centro, con esa misma expresión de autoridad que siempre había tenido, pero esta vez con un destello de cansancio en los ojos. Maisie no pudo evitar que viejos recuerdos amargos se cruzaran por su mente.

—Padre —saludó Valoree con cautela, pero no con la devoción de antes. Archie notó la frialdad en su tono y el distanciamiento en su mirada.

—¿A qué se debe tu visita a nuestro clan? —preguntó Maisie sin rodeos, cruzándose de brazos.

—Solo he venido por dos razones. La primera, hablar con Valoree. La segunda, habla contigo, Maisie.

—¿Hablar conmigo? —La sorpresa de Maisie fue evidente, pero no dejó de mirarlo con desconfianza.

—Sí. Pero eso será más tarde. Ahora quiero dirigirme a Valoree. Debo anunciarle que tendrá que regresar al clan McAllen.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Valoree con temor, su voz temblando.

—Porque tienes responsabilidades como hija del Laird.

—¿Qué responsabilidades? —insistió Valoree, aunque algo en su interior ya intuía la respuesta. Archie no titubeó.

—El matrimonio. Ya he hablado con el Laird del clan MacNally, y está dispuesto a formar una alianza con nosotros.

Valoree palideció.

—¿Estás hablando en serio? El Laird MacNally es una bestia. No por nada lo llaman “*La Bestia de las Tierras Bajas*”. —Maisie intervino con un tono mordaz, dirigiendo una mirada dura a su padre.

—No crean en los rumores. Su clan es fuerte, tanto como el clan Blair. Juntos seremos una fortaleza —respondió Archie, ignorando deliberadamente la preocupación en el rostro de sus hijas.

—Padre, ya no hace falta hacer alianzas de este tipo. Escocia está en paz con Inglaterra —replicó Maisie, tratando de razonar con él.

Archie dejó escapar un bufido.

—La paz con Inglaterra no lo es todo. Aún hay clanes hostiles y otras naciones que podrían desear nuestros territorios. Debemos estar preparados para cualquier eventualidad. Esto ya está decidido. Valoree, regresarás al clan.

Valoree miró a Maisie con los ojos llenos de lágrimas. La desesperación en su rostro era evidente. Maisie sabía que su hermana no quería volver al clan McAllen, y mucho menos casarse con un hombre que era conocido como una bestia. Sentía cómo la ira hervía en su interior al ver a Valoree tan vulnerable, pero también sabía que, si Archie estaba decidido, sus posibilidades de intervención eran limitadas. Desde el fondo, siempre había temido que ese día llegaría.

—Padre... —Valoree comenzó, pero su voz se quebró.

—No hay más que discutir —sanjó Archie con firmeza, cortándola en seco—. Partirás al amanecer.

Valoree miró nuevamente a Maisie, buscando fuerzas. Maisie se acercó a ella y le tomó las manos con suavidad.

—No dejaré que esto pase sin luchar, Valoree. —Su voz era un susurro, pero su tono estaba cargado de determinación.

Archie alzó una ceja, pero no dijo nada. Duncan, que había permanecido al margen de la conversación, finalmente intervino.

—Archie, si vienes a imponer decisiones, te advierto que aquí no estamos en el clan McAllen. En este territorio se respetan las voluntades, y mi esposa tiene tanto poder aquí como yo.

Archie lo miró con una mezcla de desdén y respeto.

—Esto no tiene que ver contigo, Blair. Es un asunto de nuestra familia.

—Cuando se trata de mi cuñada, sí tiene que ver conmigo —respondió Duncan con voz grave.

Maisie presionó las manos de Valoree con más fuerza.

—Padre, ¿no querías hablar conmigo? —intervino Maisie, buscando desviar el tema y ganar tiempo para pensar en cómo manejar la situación.

—Claro —respondió Archie con un tono más suave de lo habitual—. Hablemos en un lugar más privado.

Ambos salieron del gran salón y se dirigieron a la sala privada donde Duncan solía reunirse con sus guerreros más confiables para discutir estrategias. Maisie avanzó con paso firme, pero no podía ignorar la mezcla de desconfianza y curiosidad que le provocaba su padre.

—¿Y bien? —preguntó Maisie cruzándose de brazos y mirándolo con frialdad.

Archie suspiró profundamente antes de hablar.

—Ha pasado mucho tiempo desde que dejaste el clan McAllen —comenzó, como si eso explicara todo—. Al igual que Valoree, en su momento, todo lo que hice fue con la intención de protegerlas. La guerra estaba en su punto más crítico, y sinceramente, no veía un final cercano. Solo quería mantenerlas a salvo. Pero ahora...

—Ahora necesitas un sucesor —lo interrumpió Maisie con dureza, entrecerrando los ojos—. El clan McAllen necesita un nuevo Laird, pero yo estoy casada con Duncan y no tengo hijos varones. Así que, ¿cuál es el verdadero motivo detrás de querer casar a Valoree con el Laird MacNally?

Archie la observó en silencio durante unos segundos, como si intentara medir sus palabras.

—No hay motivo oculto —respondió finalmente—. No quiero que Valoree se quede sin un futuro seguro. Casándose con Bruce MacNally estará bien. Yo me encargaré de que así sea.

—¿Crees realmente que estará bien casándose con alguien que no ama? —replicó Maisie, alzando la voz—. Valoree quiere casarse con alguien que la ame de verdad, y ella a él. ¿Eso no importa?

—Por favor, Maisie. Valoree estaba dispuesta a casarse con Duncan sin siquiera conocerlo —exclamó Archie.

El ceño de Maisie se frunció aún más. Había algo en sus palabras que la irritaba profundamente.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Pensé que con Valoree serías diferente, pero no. Este tiempo separado de tus hijas no te ha cambiado en lo absoluto.

—Te equivocas. —Archie negó con la cabeza, con un gesto que parecía genuino—. Este tiempo sin ustedes me hizo darme cuenta de lo equivocado que he estado, especialmente contigo, Maisie. Si tu madre estuviera viva, seguramente me habría roto la cabeza a palos.

Maisie lo miró incrédula. ¿Su padre estaba... disculpándose?

—No les di lo que necesitaban —continuó Archie, bajando la mirada como si le costara admitirlo—. A ti no te di nada más que rechazo. Siempre supe que eras fuerte, que podías soportarlo todo, pero no pensé en lo que te estaba haciendo. Sufriste mucho, más de lo que cualquiera podría imaginar. Perdimos a tu madre en el incendio, pero tú... tú cargaste con más que eso. Cargaste con las heridas, las cicatrices, y aún así nunca te quebraste. Lo siento, Maisie.

Por un momento, Maisie no supo qué decir. Parte de ella quería gritarle que ya era demasiado tarde, que las palabras no podían borrar años de desprecio y humillación. Pero otra parte de ella... otra parte quería creer que su padre realmente estaba arrepentido.

—Bien. Supongo que es un alivio, en cierto punto, escuchar que te sientes así. —Su tono era cortante, pero había un leve temblor en su voz—. Llegué a pensar que morirías sin darte cuenta de todo el daño que hiciste.

—Y ahora merezco todo tu odio y tu rencor —admitió Archie, asintiendo lentamente.

—No, padre. No te odio, y mucho menos te guardo rencor —respondió Maisie con firmeza—. Si algo aprendí en la vida es que el rencor solo te consume, y créeme, no tengo interés en parecerme a ti.

Archie apretó los labios, pero no respondió. Sus ojos parecían buscar algo en el rostro de su hija, alguna señal de perdón que no llegaría.

—Si no tienes nada más que decirme, preferiría regresar con mi esposo. Hay asuntos más importantes que atender.

Archie frunció el ceño, pero no dijo nada. Cuando Maisie estaba a punto de salir, su voz la alcanzó, cargada de un tono más grave y melancólico.

—Espero que algún día puedas perdonarme, Maisie.

Ella se detuvo por un segundo, sin girarse, y luego continuó caminando. No tenía respuesta para eso, no ahora. Salió del salón dejando a su padre solo, con el mismo sabor amargo que él le había dejado tantas veces en el pasado. Por primera vez, Archie McAllen supo lo que se sentía estar en el lugar de su hija.

Epílogo

La celebración se extendió por todo el clan, con los gritos de alegría retumbando en el gran salón. La música y el whisky fluían sin pausa, y los aldeanos se acercaban al castillo para felicitar a Duncan y a Maisie por la gran noticia. Se decretaron tres días de fiesta en el clan, y no era para menos: Maisie le había dado a Duncan la noticia de que estaba embarazada nuevamente.

Duncan no cabía en sí de la felicidad. Tendría otro hijo con la mujer que amaba, y esa noticia había llenado su corazón de una dicha tan profunda que sentía como si pudiera conquistar el mundo. Todo el clan compartía la alegría de su Laird, celebrando a lo grande en honor a la nueva vida que venía en camino.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —expresó Douglas, acercándose a Duncan con una sonrisa llena de satisfacción—. Cuando regresaste hace algunos meses, sin recordar a Maisie y a tu hija, pensé que la perderías. Maisie es una mujer fuerte, independiente... No depende de un hombre para vivir. Más bien, un hombre depende de ella para hacerlo.

—Y tienes toda la razón, padre. Dependo completamente de Maisie para vivir —respondió Duncan, con una sonrisa que mostraba cuánto adoraba a su esposa—. Maisie se ha convertido en mi universo, mi razón de ser. Mi hija, el hijo que viene en camino, el clan... Todos son mi familia, y por ellos sería capaz de hacer cualquier cosa.

Douglas lo miró con admiración, pero no dejó de lado el consejo que había estado pensando desde hacía días.

—Deberías decirle la verdad —aconsejó su padre en tono serio.

Duncan sonrió, asintiendo levemente.

—Lo sé, y quiero hacerlo. Pero quiero sorprenderla. Quiero que sea especial.

—Eso está bien —respondió Douglas, aunque su expresión reflejaba una ligera preocupación—. Solo temo su reacción.

—Créeme, hasta yo temo su reacción —admitió Duncan riendo, pero había algo de nerviosismo en su tono—. Hay dos posibles opciones: o me llena de besos y me da la mejor noche de mi vida... o me mata a palos y me manda a dormir con los caballos.

Douglas no pudo evitar soltar una carcajada, asintiendo con complicidad. Sabía que Maisie tenía un temperamento impredecible, especialmente en los últimos días, donde parecía más sensible que nunca debido al embarazo. Duncan la conocía bien, pero eso no hacía menos incierto el cómo reaccionaría.

—¿Le has contado lo de Edzel? —preguntó Douglas, cambiando el tema.

—Sí, no podía ocultárselo. Desde que supe que había muerto a manos de los ingleses, sentí que era algo que Maisie debía saber —respondió Duncan con seriedad—. Y siendo honesto, quería matarlo con mis propias manos. Por su culpa rechacé a mi mujer, la traté como si no valiera nada... Es otra de las tantas cosas estúpidas que he hecho con Maisie.

—No te culpes, hijo —expresó Douglas poniéndole una mano en el hombro—. No recordabas

nada, y él se aprovechó de eso. Creo que el destino de Edzel era inevitable, pero lo que me intriga es cómo terminó en manos de los ingleses.

—A mí tampoco me interesa entenderlo, la verdad —respondió Duncan con firmeza—. Su muerte no cambia nada de lo que hizo, ni lo que dañó.

Después de la conversación con su padre, Duncan fue directo al salón en busca de Maisie. La encontró bailando alegremente con Valoree. Su esposa irradiaba una felicidad que lo llenaba de paz, y aunque su hermana aún no había partido al clan McAllen, Duncan podía notar que Valoree disfrutaba esos últimos días con su hermana antes de enfrentar el destino que su padre le había impuesto.

—Deberías descansar un poco, estás embarazada —musitó Duncan al llegar a ella, inmovilizándola en sus brazos con un gesto protector.

—Duncan, solo estoy embarazada, no enferma —respondió Maisie rodando los ojos, aunque sonreía por su preocupación.

—Lo sé, pero quiero que tengas algo de fuerza para mí esta noche —murmuró Duncan con un tono pícaro que hizo que Maisie riera.

—¡Eres un insaciable! —exclamó ella.

—Tengo que aprovechar antes de que nazca nuestro hijo, mi diosa —respondió él, acariciándole suavemente el vientre.

Maisie lo miró con una expresión de sorpresa. Esa palabra, *mi diosa*, resonó en su mente.

—¿Mi diosa? —repitió en voz baja, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. ¿Recordaste?

Duncan sonrió, acariciándole el rostro con ternura.

—Sí —confesó—. Recordé hace unos días, pero...

—¿Hace unos días? —Maisie retrocedió un paso, su voz subiendo de tono—. ¿Y hasta ahora me lo dices? ¡Duncan, eres un...!

No terminó la frase, porque él la interrumpió tomándola por la cintura y uniéndola a él en un beso profundo, apasionado, que la dejó sin aliento. Maisie se relajó en sus brazos, rindiéndose ante el amor que sentía por él.

—No dejaré que tu mente empiece a inventar miles de injurias y formas de vengarte de mí —musitó Duncan, con una sonrisa tierna mientras acariciaba el rostro de Maisie.

—¿Por qué no me dijiste que habías recordado? —preguntó ella con los ojos brillantes, una mezcla de reproche y alegría inundando su mirada.

—Quería sorprenderte, pero el sorprendido fui yo con la noticia de que estás embarazada —respondió Duncan antes de besarla nuevamente. En el gran salón, todos se estallaron en gritos de felicidad y aplausos por ellos—. ¿Estaría muy mal si nos ausentáramos el resto de la noche?

—Sí, estaría muy mal... pero dudo que les importe demasiado —expresó Maisie, divertida, mientras miraba a los que los rodeaban.

Sin pensarlo más, Duncan la tomó en sus brazos como si no pesara nada y, bajo las miradas felices y las risas cómplices de todos, se la llevó hacia su habitación. Nadie los detuvo, al contrario, las sonrisas y las bendiciones llenaron el ambiente, porque todos compartían su

felicidad.

—Te adoro, mi Diosa, mi luz —musitó Duncan suavemente una vez estuvieron en la privacidad de su alcoba. Rozó sus labios con los de ella con tanta ternura, con tanto amor, que una lágrima escapó de los ojos de Maisie. Él la atrapó con un beso en su mejilla—. No llores, mi Diosa. De ahora en adelante, para nosotros solo habrá dicha. Te lo prometo.

—Estoy tan feliz de que hayas recordado —expresó Maisie, y su voz temblaba por la emoción. Todavía le costaba creer que ese momento tan esperado había llegado.

Se besaron con el alma. Sus bocas degustaban la del otro con una mezcla perfecta de dulzura y pasión, disfrutando de un sabor tan familiar, pero a la vez tan emocionante como la primera vez. Sus corazones latían desbocados, no solo por la pasión, sino también por el amor que los unía, ese amor que había sobrevivido a los olvidos, a las dudas y las mentiras.

Las manos de Duncan recorrieron cada rincón de su cuerpo, como si estuviera descubriéndola de nuevo, adorándola con cada caricia, con cada beso, no queriendo que ni un solo centímetro de su piel quedara sin el toque de él.

—El roce de tu piel es lo único que quiero sentir el resto de mi vida —susurró Duncan en su odio en pleno acto de amor.

Sus cuerpos danzaron al ritmo de sus corazones, entregándose sin reservas, unidos por la necesidad y el deseo de ser uno. Los gemidos de Maisie llenaron la alcoba, entremezclados con los «*te amo*» ahogados de Duncan. Y cuando alcanzaron juntos el clímax, sintieron que nada en el mundo podía ser más perfecto que ese momento, que ese amor que los envolvía como una manta cálida en una noche fría.

Acabaron exhaustos, pero profundamente felices. Duncan abrazó a Maisie, dejando que su respiración pausada y su olor lo llenaran por completo. Ella apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo la calidez de su piel y el latir de su corazón.

—Ahora todo será mucho mejor —murmuró Maisie, acariciándole suavemente el abdomen.

Y era verdad. Todo parecía estar en su lugar. El clan estaba prosperando, la paz reinaba en sus tierras, y las personas que amaban estaban cerca. Kala y Creed tenían una hermosa familia, y aunque Drostan seguía solo, ambos mantenían la esperanza de que encontraría a alguien que pudiera ablandar su corazón guerrero. La única preocupación de Maisie ahora era su hermana Valoree y el matrimonio al que estaba obligada.

—Escuché que la hija del rey será llevada a Inglaterra, y que después del matrimonio con Brad se firmará el acuerdo de paz —comentó Maisie, rompiendo el cómodo silencio.

—Sí. La boda será en Inglaterra —respondió Duncan, acariciándole el cabello.

—¿A cuál de las tres crees que escogió? —preguntó Maisie con curiosidad.

—A la más pequeña, seguramente —dijo Duncan—. Sería lo más lógico. Si escogió a la princesa Aria... bueno, lo veré en mi situación, o aún peor.

Maisie le dio un leve golpe en el abdomen, fingiendo indignación.

—¡Eres un idiota! —exclamó ella, pero no pudo evitar sonreír al recordar cómo habían comenzado ellos dos.

Duncan rió y, con un rápido movimiento, la tomó por sorpresa, girándola hasta que quedó

montada sobre él.

—Te amo, Maisie. Más que a mi propia vida. Nunca lo olvides —le dijo con una seriedad que hizo que el corazón de Maisie diera un vuelco.

—Y yo te amo, Duncan. Te amaré hasta el último de mis días. —Maisie acarició su rostro con ternura y dejó un suave beso en sus labios—. Eres mi todo.

—Y tú eres mi Diosa, mi mundo. Nadie más que tú hace que mi corazón lata de esta forma, ni que mi alma arda como lo hace cada vez que estás a mi lado. —Duncan la atrajo más hacia él, rozando su frente con la de ella mientras murmuraba—. Nada se compara al roce de tu piel.

Se besaron nuevamente, uniendo sus cuerpos con la misma pasión y amor de siempre. Ambos sabían que lo que tenían era eterno, un amor que había superado cada prueba y que seguiría brillando como el fuego más puro, incluso en las tormentas más oscuras. Su vida juntos apenas comenzaba, y con cada día, harían que valiera la pena vivirla.

Fin

Nota de la autora

Mi querido lector:

Gracias por acompañar a Maisie y Duncan en su *drama* de amor. Muy pronto podrás conocer la historia de Aria, princesa de Escocia y Brad Stone, príncipe de Inglaterra.

Si quieres saber más sobre la trilogía Highlands, te invito a seguirme en mi Instagram como: [ejblack20.](#)